

CULTURAS en GLOBALIZACION

AMÉRICA LATINA-
EUROPA-ESTADOS UNIDOS:
libre comercio e integración

Néstor García Canclini (coord.)

Hugo Achúgar

Francisco Bustamante

Miguel de Moragas

Aníbal Ford

Stella M. Martini

Nora Mazziotti

Enrique Oteiza

Rafael Roncagliolo

José Manuel Valenzuela Arce

Seminario de Estudios de la Cultura (CNCA)
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales-CLACSO



**Nueva
Sociedad**

Culturas en globalización
América Latina - Europa - Estados Unidos:
libre comercio e integración

Néstor García Canclini
(coordinador)

Seminario de Estudios de la Cultura (CNCA)
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO
Editorial Nueva Sociedad

Primera edición: 1996

La posición de los autores de este libro no refleja necesariamente los puntos de vista oficiales de las instituciones que han auspiciado su publicación.

© Seminario de Estudios de la Cultura (CNCA)
© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - CLACSO
© Editorial NUEVA SOCIEDAD
Apartado 61.712 Caracas, 1060-A, Venezuela
Telfs.: (058-2) 265.18.49, 265.53.21, 265.99.75
Fax: (058-2) 267.33.97
Correo-e: nuso@ccs.internet.ve

Edición al cuidado de Eufemia Hernández
Diseño de portada: Carmela Gutiérrez

Composición electrónica: Cecilia Zuvic
Impreso en Venezuela
ISBN: 980-317-099-6

Índice

Introducción	7
<i>Néstor García Canclini</i>	
Políticas culturales e integración norteamericana: una perspectiva desde México	13
<i>Néstor García Canclini</i>	
La integración audiovisual en América Latina: Estados, empresas y productores independientes	41
<i>Rafael Roncagliolo</i>	
Políticas culturales en Europa: entre las políticas de comunicación y el desarrollo tecnológico	55
<i>Miguel de Moragas</i>	
El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio norteamericano	73
<i>George Yúdice</i>	
MERCOSUR, intercambio cultural y perfiles de un imaginario	127
<i>Hugo Achúgar/Francisco Bustamante</i>	
Construcciones de la información en la prensa argentina sobre el Tratado del MERCOSUR	177
<i>Anibal Ford/Stella M. Martini/Nora Mazziotti</i>	
Etnia y nación en la frontera México-Estados Unidos	215
<i>José Manuel Valenzuela Arce</i>	
La evolución de la política científica: nuevos y viejos desafíos culturales para América Latina en el marco de la integración supranacional	245
<i>Enrique Oteiza</i>	

Néstor García Canclini

Uno de los cambios más sorprendentes de este fin de siglo es la velocidad con que se realizan acuerdos de libre comercio: el TLC entre México, Estados Unidos y Canadá; el MERCOSUR y otros convenios que acaban de firmarse entre varios países latinoamericanos. En algunas áreas, notoriamente en Europa, la integración regional va más allá de la reducción de aranceles para facilitar el intercambio de mercancías: implica la libre circulación de personas y mensajes, la elaboración conjunta de programas educativos y comunicacionales. En síntesis: se está redefiniendo el mapa de las competencias económicas y culturales nacionales, de los agrupamientos e intercambios entre los países y las regiones.

Aun donde los gobiernos sólo hablan explícitamente de acuerdos para liberar el comercio, por ejemplo los que suscriben el TLC, comienzan a verse consecuencias sobre la cultura que van más allá del simple reordenamiento comercial. Se están haciendo convenios entre empresas editoriales y de televisión, entre universidades y centros artísticos de diversos países. Están cambiando las imágenes que unas sociedades tienen de las otras y las influencias recíprocas en los estilos de vida. Las transformaciones económicas se inscriben en un proceso más largo y complejo de globalización, de recomposición nacional e internacional de los sistemas educativos, culturales y comunicacionales.

Con el fin de estudiar comparativamente los cambios que están ocurriendo en las políticas culturales y en la cultura cotidiana, asociados a estos procesos de libre comercio, globalización e integración regional, el Seminario de Estudios de la Cultura, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (México), encargó en 1993 siete estudios a especialistas de América Latina, Estados Unidos y Europa. En octubre de 1994 los autores de tales investigaciones nos reunimos en un edificio del siglo XVII, en el centro histórico de la ciudad de México, donde estuvo la primera imprenta de América, con el auspicio del Seminario de Estudios de la Cultura (CNCA), el Grupo de Trabajo de Políticas Culturales de CLACSO y la Universidad Autónoma Metropolitana.

Posteriormente, los autores reelaboramos los estudios tomando en cuenta las contribuciones recibidas en este simposio, y añadimos a los siete trabajos originalmente encargados el texto presentado en la reunión por Enrique Oteiza sobre los desafíos que estos procesos de integración nacional representan para el desarrollo científico.

Nuevos horizontes de las políticas culturales

Ya no se pueden diseñar las políticas educativas, culturales y científicas dentro

de cada país como si su alcance se limitara a las fronteras nacionales. La acelerada integración de todos los mercados—desde los de alimentos hasta los de comunicaciones—ha modificado las preguntas. Para planear políticas adecuadas al carácter transnacional de la reestructuración, es necesario comenzar indagando qué cambios se requieren en la educación, en la investigación científica y tecnológica, en la calificación de la fuerza de trabajo, a fin de volver más competitivas a las naciones que entran en condiciones más débiles a estos acuerdos. Qué transformaciones generan estos procesos en las identidades nacionales (incluso en los conceptos de nación y soberanía), en la capacidad de iniciativa y control de cada sociedad sobre su producción editorial, sus comunicaciones electrónicas, en la propiedad intelectual y el turismo. Qué debe hacerse para uniformar internacionalmente los criterios de acreditación, certificación de estudios, intensificar los intercambios culturales y regular las comunicaciones.

En la década actual han comenzado a desarrollarse en países latinoamericanos polémicas sobre estas cuestiones—casi siempre a nivel periodístico—entre intelectuales, funcionarios públicos y empresarios. Pero en general se carece de diagnósticos, estudios consistentes y evaluaciones de las políticas educativas, científicas y culturales que permitan responder en forma fundada estas preguntas. En algunos países se han producido en los últimos años análisis minuciosos de sus políticas culturales, pero en pocos casos estos balances tomaron como eje este nuevo proceso de integración supranacional.

El estudio comparativo que en seguida se propone tiene como punto de partida el libro *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio* (1992), coordinado por Néstor García Canclini y Gilberto Guevara Niebla. Una de las conclusiones de ese conjunto de trabajos sobre el acuerdo norteamericano es la necesidad de efectuar estudios comparativos entre los procesos de libre comercio y/o integración que se desarrollan en otras regiones de América Latina y en la Unión Europea.

Al menos tres argumentos justifican esta ampliación del análisis. El primero es la larga trayectoria de relaciones entre las Américas y de éstas con los países europeos. Existe una historia de intercambio poblacional, económico, político, cultural y científico. Pero además, mirando hacia el futuro, para los países latinoamericanos intensificar los vínculos con Europa y Estados Unidos presenta posibilidades de expansión hacia nuevos mercados por las facilidades que otorgan una lengua y unos estilos de consumo comunes, tanto para las industrias editoriales y audiovisuales como para la coordinación de sistemas educativos con tradiciones afines. Algunas experiencias de empresas privadas latinoamericanas (Televisa, Rede Globo), así como los logros y fracasos de los procesos de integración regional, permiten imaginar perspectivas en esta dirección.

La segunda razón es política. Las afinidades histórico-culturales citadas vuelven necesario y viable el fortalecimiento de posiciones conjuntas en la competencia internacional. Las ventajas que pueden existir para los países latinoamericanos al asociarse entre sí y con los países de desarrollo avanzado (Estados Unidos y Canadá) necesitan afirmarse mediante una diversificación hacia mercados y la construcción de acuerdos múltiples, que incluyen a los países más débiles o con

mercados insuficientes en la región. La integración regional puede mejorar la inserción de cada país en la economía mundial mediante el ejercicio conjunto de la capacidad de negociación. Estas son las razones que han llevado a las naciones europeas de economía más fuerte a extender su integración o sus arreglos comerciales con las del sur y más recientemente con las del este de Europa.

La tercera motivación tiene que ver con el proceso de integración económica, sociopolítica y cultural que viene desarrollándose en Europa desde hace más de cuarenta años. Su profundización en la última década lo convierte en un laboratorio de ensayo del mayor interés. Al tratarse de una experiencia de articulación entre globalización y regionalización más radical que el TLC norteamericano y que el MERCOSUR, ha dado lugar a un vasto debate en el que se han elaborado decisiones y acuerdos muy sofisticados para coordinar los sistemas educativos, las industrias culturales, la administración y circulación de bienes y los conocimientos. La regulación de las relaciones interculturales está en el centro, tanto de los programas de integración global, los de simple cohesión entre los países europeos, como en las dificultades halladas ante los riesgos de desmembramiento nacional o regionales. Por todo esto importa a los latinoamericanos el análisis de los logros y frustraciones en la unificación europea ofrecido en este libro por Miguel de Moragas.

Renovar la información y los modelos de análisis

Los textos reunidos en este libro ofrecen información reciente acerca de los cambios de los mercados culturales y de los hábitos de consumo, teniendo en cuenta la escala transnacional que hoy presentan los procesos culturales. Es destacable, en este sentido, la clasificación ofrecida por Rafael Roncagliolo de los países exportadores, incipientemente exportadores y netamente importadores, que muestra diferentes capacidades de inserción y dependencia del mercado mundial de las comunicaciones. También la explicación del mismo autor, cuidadosamente documentada, de los intentos fallidos de integración cultural latinoamericana emprendidos por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), el Sistema Económico Latinoamericano (SELA) y el Acuerdo de Cartagena, entre otros. Vale la pena seguir con detalle la compleja evaluación de Roncagliolo, y advertir que estos fracasos conducen a nuevas preguntas acerca de cómo combinar la rentabilidad económica con los intereses públicos (socioculturales y políticos), lo cual requiere reformular las responsabilidades de los Estados y de los organismos internacionales. Pero también hay que hablar de los datos que faltan. No sabemos con precisión—y a veces ni siquiera vagamente—los montos de los intercambios de libros, discos y películas latinoamericanos. Nadie se ocupa de registrar, salvo en cuatro o cinco países, los movimientos de las audiencias en las principales áreas de consumo cultural. Hugo Achúgar se quejaba en el seminario de México que cuando fue a las embajadas de Argentina y Paraguay en Montevideo, y a los organismos uruguayos que deberían llevar las cuentas de los bienes culturales que ese país comercia con sus vecinos,

salió con la mayoría de las preguntas sin contestar, con datos dudosos y con la sorpresa de que los pocos que existían sobre intercambios en publicaciones y música eran registrados con criterios distintos en cada país; y a veces entre las dependencias oficiales del mismo país. Una de las áreas despobladas, casi inexistentes en las ciencias sociales de América Latina es la economía de la cultura: las producciones simbólicas son cada vez más cuantificadas, presupuestadas y sometidas a impuestos por economistas que no entienden bien de qué se trata eso de la cultura, mientras los especialistas en cultura seguimos opinando con pocos datos, como si sólo nos ocupáramos de excelsas creaciones del espíritu; cuando en Estados Unidos, por ejemplo, las industrias culturales y comunicacionales son la segunda fuente de ingreso por exportaciones.

Sin embargo, no se trata sólo de sumar nuevos datos. La transformación estructural de los procesos culturales y comunicacionales requiere revisar nociones clásicas de la teoría social y de las prácticas políticas y culturales, así como producir nuevos conceptos y modelos de análisis. Los autores de los siguientes estudios se interrogan sobre la reformulación necesaria de las concepciones del desarrollo socioeconómico, la nación y la soberanía nacional, las identidades y las comunidades de pertenencia.

Una modificación significativa consiste en no tratar los efectos de liberalización del comercio en relación con identidades nacionales difusas, caracterizadas como esencias atemporales, sino observando cómo el libre comercio afecta diferencialmente los diversos circuitos culturales: el histórico-territorial, el de las artes de élites, el de la comunicación masiva y el de los sistemas restringidos de información y comunicación. Los textos de Hugo Achúgar/Francisco Bustamante, Néstor García Canclini, José Manuel Valenzuela y George Yúdice ofrecen esta visión diversificada.

Otro cambio, señalado en varios trabajos, es el que está ocurriendo en el sentido de la integración ahora manejado en América Latina. Mientras en el pasado se concebía como unión entre los países de la región para defenderse, desde una posición fortalecida, ante las metrópolis, la incorporación de México al TLC y los intentos de otros países latinoamericanos de sumarse a ese Tratado muestran la tendencia a asociarse con Estados Unidos y despreocuparse de los conflictos. Las restricciones al ingreso de capitales externos a la región, consagradas en acuerdos de hace pocos años, como el de Cartagena, son reemplazadas por la búsqueda de esas inversiones metropolitanas. «La integración ya no se requiere 'frente' a los desarrollados, sino 'con' ellos», afirma Roncagliolo.

Después de la última crisis

Cuando estábamos editando estos trabajos, a mediados de 1995, comenzaron a percibirse en varios países latinoamericanos los desajustes macroeconómicos, la caída del producto bruto y el aumento del desempleo generados por la crisis financiera internacional, que tuvo su manifestación inicial en México, a fines de diciembre de 1994. La excesiva dependencia de la economía mexicana y de otras

de la región respecto del financiamiento externo agravaron la pesada carga de las deudas nacionales y engendraron tendencias recesivas, que se estiman difícilmente revertibles. En Estados Unidos creció la desconfianza de los inversionistas hacia los países latinoamericanos, y en éstos se retomó la idea de que es necesario fortalecer el desarrollo endógeno con mayor participación de capitales nacionales.

En parte, esta crisis última confirma la vigencia de planteamientos presentados en este libro, en los que se critica la apertura indiscriminada de las economías periféricas. Respecto de los procesos culturales, se vuelve más urgente la necesidad de definir políticas nacionales que se ubiquen creativa y responsablemente en la globalización, defiendan el interés público y disciernen con más cuidado los desafíos y posibilidades de las culturas nacionales.

La necesaria integración regional e interregional de las economías y las culturas no elimina la preocupación por el desarrollo de cada nación. Vamos acercándonos al fin de siglo con una visión más compleja de la globalización, que ya no es vista como sustitutiva de las culturas locales ni de las nacionales. Nuestro libro quiere participar en esta etapa de los estudios y la reflexión sobre lo que significa producir, difundir y consumir bienes culturales en un tiempo en que los movimientos de integración supranacional adoptan formas concretas en los acuerdos de libre comercio, pero también cuando los primeros efectos de tales acuerdos renuevan la mirada y el interés por cada cultura.

Políticas culturales e integración norteamericana: una perspectiva desde México

Néstor García Canclini

¿Qué cambió en las relaciones entre Estados Unidos, Canadá y México al firmarse el Tratado de Libre Comercio (TLC)? Algunos sectores de las élites políticas y comerciales, así como de la prensa en los tres países, manifiestan que no se dieron las transformaciones espectaculares que se esperaban. Hay dos maneras de analizar esta «decepción». Por un lado, se señala que la apertura de Canadá y de México hacia la economía estadounidense había comenzado desde los ochenta; ya el secretario de Comercio y Fomento Industrial de México, Jaime Serra Puche, había dicho en 1991: «Al día siguiente de que firmemos el Tratado de Libre Comercio no va a pasar nada; al año siguiente habrá pasado muy poco; al segundo año, un poquitito más; al tercero, un poquitito más, y cuando empezaremos a ver los resultados es en el mediano y largo plazos: en nueve, diez, doce años. Esto es una cosa de largo plazo, con transiciones largas...» (Reyes Heróles/Aguayo, 1991).

Por otro lado, se sostiene que los cambios van más lentos de lo previsto y que las dificultades para que los bienes atraviesen las fronteras con más fluidez revelan la fuerza de antiguos condicionamientos: entre otros, la inercia de cada economía nacional, las desconfianzas recíprocas y ciertas incompatibilidades en los estilos de producción y consumo.

Cuando escribimos este texto (septiembre de 1994), nueve meses después de que comenzara a aplicarse el TLC, es evidente que la disminución de aranceles pactada se entrelaza con procesos de larga duración y que los cambios de los que habla el Tratado no pueden concebirse como simple reordenamiento comercial. Sin duda, influyen en su desenvolvimiento cuestiones macroeconómicas y políticas ya mencionadas en las polémicas previas a la aprobación del TLC: ¿aumentarán o disminuirán los empleos en las naciones participantes?; ¿se acentuarán o regularán mejor los conflictos migratorios?; ¿pueden garantizar las legislaciones —divergentes— en cuestiones laborales, de salud y medio ambiente un trato justo entre los países y dentro de cada uno? Estas preguntas, que sitúan al libre comercio en una discusión más global, conducen a reconocer la importancia de aspectos socioculturales que en los años recientes se han vuelto parte insoslayable de las políticas de desarrollo y en el debate sobre cómo valorar sus resultados.

En este trabajo analizaremos el papel de las condiciones culturales en los acuerdos de libre comercio y los efectos del TLC en diversas áreas de la cultura. Una de las diferencias respecto de las polémicas previas a la aprobación del Tratado es que hemos pasado de críticas generales al posible impacto sobre «la identidad mexicana» a análisis particulares de lo que puede significar la liberalización comercial en cada área. Como veremos, los efectos no son los mismos en la

cultura tradicional —que llamaremos histórico-territorial—, en la cultura de élites, en la que circula por los medios masivos o la referida a las nuevas tecnologías de información y comunicación. Al diferenciar estos circuitos, estamos proponiendo un modelo de análisis conjunto de los campos culturales que haga posible examinar los desafíos del libre comercio y la integración supranacional con la especificidad que cada caso requiere.

Además, intentaremos trascender el examen particular de la coyuntura delimitada por el TLC. Con ese fin interrogaremos el sentido de estos cambios como parte de un proceso más amplio de integración de México dentro de Norteamérica, y en la evolución de sus relaciones históricas con América Latina y Europa. Esta ubicación en un proceso de más largo plazo parte de la hipótesis de que los acuerdos de libre comercio se correlacionan con las formas de encarar los problemas multiculturales del desarrollo en una etapa en que las naciones se reorganizan al participar de la integración regional y global. El tratamiento de estas cuestiones exigirá elaborar brevemente algunos problemas conceptuales: no es posible profundizar en los vínculos actuales entre políticas culturales y desarrollo, liberalización e integración regional, multiculturalidad y globalización sin señalar, al menos, las reformulaciones que estos cambios requieren en las ciencias sociales y en los análisis políticos.

Las políticas culturales como parte del desarrollo y la integración global

Cultura y desarrollo

Estos dos términos se asocian ahora con frecuencia en la literatura internacional; hasta algunos programas y organismos consagran su «matrimonio» (por ejemplo, la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO, que ha efectuado reuniones en varios continentes). Sin embargo, hace apenas veinte años esto no ocurría. Los diagnósticos de los científicos sociales y los planes gubernamentales definían el desarrollo de los países periféricos por referencia a los indicadores de modernización tecnológica, industrialización y crecimiento del producto de las metrópolis; las particularidades culturales que distinguían a las sociedades «subdesarrolladas» eran miradas como «obstáculos», rezagos tradicionales que la modernización superaría.

En cuanto a los trabajos sobre políticas culturales, éstos consistían en: a) reflexiones ensayísticas para revistas literarias; o b) descripciones burocráticas de instituciones. Sólo algunos libros excepcionales, como *El desarrollo cultural. Experiencias regionales*, publicado por la UNESCO en 1982, plantearon más orgánicamente cómo se relacionan los movimientos creativos y la administración de los recursos culturales en cada sociedad con sus «formas de crecimiento», con las «nociones de equidad, de justicia social» y «calidad de vida». Sin embargo, las cuestiones multiculturales ocuparon escaso lugar en las casi quinientas páginas de esa obra. El tratamiento «compartimentado» de cada continente o región por autores que trabajaron en forma separada dio poca oportunidad para trabajar las

complejas interrelaciones multiculturales generadas por las migraciones y los exilios interregionales e intercontinentales, por la transnacionalización de las comunicaciones y la globalización económica y cultural que hoy están en el centro de la problemática del desarrollo.

Si recorremos los documentos de otros organismos preocupados por el desarrollo de América Latina (OEA, CEPAL, SELA) y las reuniones intergubernamentales (Grupos de Río, de los Ocho, de los Tres, etc.), hallamos que las cuestiones culturales suelen estar ausentes o son tratadas sin conexión con las encrucijadas y contradicciones del desarrollo continental. En pocos casos, por ejemplo en algunas conferencias de la UNESCO o la CEPAL, se ha buscado formar un cierto consenso internacional acerca de que el crecimiento de los países no puede evaluarse sólo por índices económicos, y que el desarrollo cultural, concebido como un avance conjunto de toda la sociedad, necesita una política pública: no puede ser dejado como tarea marginal de élites refinadas o librado a la iniciativa empresarial de grandes consorcios comunicacionales (véase UNESCO, 1994).

Otro mérito que debemos reconocer a esas reuniones es que temas claves como el control transnacional de la información y la desigualdad social en la apropiación de los bienes artísticos, educacionales y científicos hayan dejado de ser discusiones murmuradas sólo en revistas políticas de oposición. Pero casi todos los debates y resoluciones se reducen a promover acuerdos de buena voluntad para la defensa del patrimonio nacional, el acceso de sectores populares a la cultura y la protección de los derechos de artistas y trabajadores culturales. Esas sugerencias pocas veces son acompañadas con análisis sobre las contradicciones básicas del desarrollo en los países periféricos. Complejas cuestiones tecnológicas, lingüísticas y artísticas son resueltas a menudo en función de criterios de rentabilidad financiera o consenso político, sin considerar suficientemente los aspectos técnicos ni el conocimiento de los especialistas. Se aconsejan planes de protección a las culturas indígenas y populares, pero sus protagonistas en pocas ocasiones participan en el diseño. Tampoco suelen intervenir en estas reuniones los representantes de empresas e industrias culturales, que como se sabe en esta segunda mitad del siglo XX se han convertido en protagonistas decisivos del desarrollo y la cultura.

En los últimos años, algunos estudios de especialistas académicos, de organizaciones no gubernamentales y de organismos internacionales, han comenzado a reconocer las funciones de la cultura en las contradicciones del desarrollo. No se trata ya simplemente de relacionar disciplinas desconectadas: la economía con la antropología y la sociología de la cultura. El diálogo entre estos saberes está transformando lo que se venía entendiendo por desarrollo y cultura (Appadurai, 1990; Stavenhagen/Nolasco, 1988; Brunner, 1992). Sintéticamente, podemos decir que se está debatiendo entre una concepción unidireccional y evolucionista del desarrollo, medido según los criterios de racionalidad formal que rigen la eficiencia técnica del mercado; y una concepción multidireccional, capaz de hacerse cargo de diversos estilos y lógicas socioculturales, de la heterogeneidad interna de cada sociedad y de la multiculturalidad generada por la articulación de sociedades diferentes en procesos de globalización (Rosaldo, 1991; Chase-Dunn, 1994; Calderón/Hopenhayn, 1994; Bonfil Batalla, 1992).

En cuanto a la cultura, ya no se la piensa únicamente como el espacio de los libros y las bellas artes. Es concebida como el conjunto de actos y discursos donde se elabora la significación de las estructuras sociales. Entendida como parte de los procesos simbólicos que contribuyen a la reproducción y transformación de las sociedades, se la ve como un espacio clave en la formación de las naciones modernas y en la reformulación de lo nacional que ocurre en las migraciones masivas, en la integración a mercados y circuitos transnacionales de bienes económicos y culturales (Featherstone, 1990; Martín Barbero, 1987; García Canclini, 1990).

Integración regional, globalización y cultura

¿Cuándo comenzó la integración de América Latina al mercado mundial? Autores como Immanuel Wallerstein y Aníbal Quijano fijan como inicio el momento de la conquista y colonización de América. Es innegable que se pueden rastrear los orígenes en la instauración de métodos homogéneos de control del trabajo, desde el siglo XVI, para diferentes regiones que unificaron estilos locales de producción y consumo. La cristianización de los indígenas, su alfabetización en español y portugués, y la uniformación de sistemas políticos y educacionales fueron consiguiendo uno de los procesos homogeneizadores más eficaces del planeta. Quizá con la excepción de los países árabes no exista otra zona en la que un número tan grande de Estados independientes comparta un mismo idioma, una historia, una religión predominante, y además tenga una posición más o menos conjunta, durante cinco siglos, en relación con las metrópolis.

Sin embargo, esta integración histórica contribuyó poco a impulsar un desarrollo económico consistente y a hacernos participar en forma competitiva en el intercambio mundial. En el área cultural, pese a la multiplicación de organismos integradores desde mediados del siglo XX (OEA, CEPAL, ALALC, etc.), ni siquiera hemos logrado establecer entre los países de América Latina formas de colaboración duradera y de conocimiento recíproco. Sigue siendo casi imposible encontrar libros o discos centroamericanos en Montevideo, Bogotá o México. Nos enteramos por las agencias de noticias estadounidenses que filmes argentinos, brasileños y mexicanos ganan premios en festivales internacionales, pero eso no ayuda a que sus imágenes recorran el continente. Nuestras publicaciones, películas y obras musicales entran tan poco y tan mal a Europa y Norteamérica como nuestro acero, nuestros cereales y nuestra artesanía (ALADI, 1994).

Una mayor integración cultural de los países latinoamericanos, y de éstos con el mercado mundial, se está produciendo desde hace unos cincuenta años a través de los medios de comunicación masiva. Primero la radio y el cine, luego la televisión y las últimas tecnologías (fax, correo electrónico, comunicación por satélite) nos vinculan en forma fluida y simultánea con la información internacional, a la vez que facilitan la exportación de algunos productos culturales latinoamericanos: notoriamente, las telenovelas mexicanas y brasileñas, y ciertas músicas étnicas y regionales. Los medios electrónicos están logrando un conocimiento recíproco entre los países latinoamericanos que deja muy atrás los tímidos aportes de las

embajadas y los planes de la OEA y otros organismos internacionales. ¿Podrían aún hacer algo estos organismos y los gobiernos para que la comunicación interregional, y con Estados Unidos y Europa, no quede sólo en manos de los empresarios, o sea que tome en cuenta tanto los intereses privados como los públicos?

Para elaborar esta cuestión es necesario, ante todo, tener en cuenta que la interrelación entre las sociedades latinoamericanas no es sólo un logro de los medios masivos. La circulación más fluida de mensajes es resultado de las facilidades tecnológicas recientes, pero también parte del proceso de globalización. Dicho proceso incluye, dice Arjun Appadurai (1990), además de los *technoscapes*, o sea los flujos producidos por las tecnologías y las corporaciones multinacionales que las manejan, los *ethnoscapes*, o movimientos poblacionales de turistas, migrantes, exiliados y trabajadores temporales; los *finanscapes*, o múltiples intercambios de moneda entre mercados nacionales; los *mediascapes*, o repertorios de imágenes e información creados para ser distribuidos en todo el planeta por las industrias culturales; y los *ideoscapes*, o modelos ideológicos representativos de lo que podría llamarse el iluminismo occidental: concepciones de democracia, libertad, bienestar y derechos humanos, que trascienden las definiciones de las identidades particulares.

Pese a la variedad e intensidad de procesos de globalización, ésta no implica la unificación indiferenciada ni la puesta en relación simultánea de todas las sociedades entre sí. Los países acceden de manera desigual y conflictiva a los mercados económicos y simbólicos internacionales. Además, la tendencia a crear regiones de intercambio (Norteamérica, Europa, MERCOSUR, cuenca del Pacífico, etc.) establece líneas de atracción preferentes entre algunas sociedades, enfrentamientos entre bloques y la exclusión de quienes no participan en estos agrupamientos regionales.

En tal contexto, Estados Unidos, Canadá y México constituyen virtualmente la región comercial de mayor potencia, con 360 millones de personas y una producción anual combinada de 6 billones de dólares. Su competidor más próximo es la Unión Europea, que tiene 326 millones de habitantes y una producción de 5 billones de dólares por año. Si, como prometen los defensores del libre comercio, estas estrategias integrativas van a acelerar el crecimiento de las economías regionales, disminuir los costos y elevar las utilidades, estas dos áreas geográficas son las mejor colocadas en la competencia internacional. Todo parece indicar que en los años restantes del siglo XX el TLC se fortalecerá con la incorporación de otros países americanos (¿desde Alaska hasta Tierra del Fuego?) y el bloque europeo con varias naciones ex socialistas.

¿Qué papel juegan los factores no económicos en esta nueva etapa de las integraciones regionales? Varios estudios recientes argumentan que la compatibilidad en los estilos culturales de desarrollo es un ingrediente básico para realizar cualquier integración multinacional y para que se desenvuelva con éxito. Algunos autores jerarquizan «la similitud en las orientaciones hacia la democracia» y la coincidencia o convergencia de las modalidades de desarrollo económico (Inglehart et al., 1994). Estos requisitos plantean dudas acerca de la integración norteamericana, debido a que el predominio de la tradición protestante de Estados

Unidos y Canadá habría generado en esas sociedades ciertas virtudes («trabajo, humildad, frugalidad, servicio y honestidad») que contrastarían con las que la tradición católica habría promovido preferentemente en México («recreación, grandiosidad, generosidad, desigualdad y hombría») (Inglehart et al., 1994).

Independientemente del rigor y la verificabilidad de esta caracterización, por el momento nos interesa destacar la importancia concedida por un sector creciente de los estudios a los componentes culturales de la integración económica.

Los mismos autores sostienen que quizá tales divergencias históricas no sean tan importantes si pensamos que el mismo proceso de integración, iniciado a mediados de este siglo, favorece la apertura de las sociedades y lleva a aceptar nuevos marcos de trabajo para transformarlas. En los países de Norteamérica la convergencia se lograría al tener intereses compartidos por desarrollar economías de libre mercado y formas políticas democráticas, y dar menor peso a las instituciones nacionales en beneficio de la globalización. Pero sabemos que estos tres puntos supuestamente comunes motivan controversias en las tres naciones, y su cuestionamiento se acentuó durante los debates sobre si se firmaba o no el TLC. Los autores citados, pese a su visión optimista de la integración, reconocen que la liberalización del comercio produce oposición política porque atrae claramente la atención hacia dilemas antiguos o de reciente aparición. Cabe añadir que los dilemas culturales irresueltos, por ejemplo la integración multiétnica, la coexistencia de migrantes con residentes antiguos, y el reconocimiento pleno de los derechos de las minorías y de las regiones dentro de cada país, son dificultades sustanciales para la integración supranacional. En el proceso de unificación europea y en los acuerdos de libre comercio que se gestionan en otras zonas de América Latina, estas cuestiones también se hallan presentes.

La información que hemos reunido para este trabajo revela que la intensificación de relaciones económicas, migratorias y culturales de intercambio incrementó las reacciones ambivalentes entre México, Estados Unidos y Canadá, pero a la vez va dando un conocimiento más preciso de las ventajas y dificultades de dicha interacción.

Hay cifras impactantes en el campo económico: Estados Unidos importa más de 60% de todas las exportaciones manufactureras de México; una parte destacada de las exportaciones son los alimentos que México envía a Estados Unidos, pues representan el 25% de la totalidad de productos que comen los estadounidenses. Casi las dos terceras partes de la inversión extranjera en México procede de Estados Unidos y los bancos comerciales de este país controlan un gran sector de la deuda externa mexicana.

Las estadísticas demográficas ofrecen datos igualmente significativos. Durante la década de los ochenta, los canadienses realizaron 42 millones de visitas a Estados Unidos y los estadounidenses cumplieron 48 millones a Canadá; por otra parte, los cruces legales en la frontera entre Estados Unidos y México se acercan a los 300 millones por año, de los cuales unos 60 millones ocurren en el paso Tijuana-San Diego.

Si a esto agregamos que miles de familias mexicanas tienen familiares en Estados Unidos, reciben de ellos dinero, noticias y visitas periódicas, así como la

cada vez más voluminosa llegada de bienes y mensajes estadounidenses a los supermercados y televisoras mexicanos, es claro que ese volumen de transacciones económicas y simbólicas genera un mayor interés y conocimiento recíproco (Weintraub, 1990; Inglehart et al., 1994; García Canclini, 1990). Se establecen así intereses confluyentes, y en algunos casos comunes, en políticas comerciales y culturales entre estos países, en las posiciones que adoptan hacia las otras regiones, en líneas estratégicas de desarrollo de cada sociedad y en su ubicación respecto de la globalización económica y cultural.

Estas confluencias no suprimen las discrepancias, las suspicacias, ni las miradas críticas de cada nación sobre las otras. Pero las matrices cognitivas tradicionales desde las cuales se viven y piensan estas diferencias van matizándose y sometándose a las complicidades.

Según constatan muchos autores (Bartra, 1993; Monsiváis, 1993; Valenzuela Arce, 1992; entre otros), el nacionalismo se atenúa, aunque no se eliminan las acciones racistas, especialmente virulentas en los estados sureños de Estados Unidos.

También se perciben acercamientos en los estilos de vida y mayor comprensión de las diferencias del otro. Son expresiones de esta tendencia los incrementos de intercambio cultural y científico, el crecimiento de centros y programas que estudian en cada uno de los tres países norteamericanos a los otros, la reciente creación de organismos bi o trinacionales, entre los cuales sobresale el Fideicomiso para la Cultura México-EEUU, que ha recibido en sus tres años de desarrollo más de 1.000 solicitudes de apoyo: su crecimiento año tras año revela el aumento en el interés recíproco y en los proyectos de colaboración binacionales en teatro, danza, artes plásticas, publicaciones, medios masivos y estudios culturales.

Como manifestaciones de la ambigüedad que persiste en las relaciones entre los tres países, quedan preguntas intranquilizantes en la prensa, en los estudios especializados sobre la integración norteamericana y en debates políticos: ¿es la sociedad estadounidense una imagen convincente para los canadienses y mexicanos de lo que será su futuro? ¿Cómo se procesarán en cada país las diferencias históricas en las concepciones sobre la familia, las relaciones interétnicas, los modelos de desarrollo cultural y científico? ¿Vale la pena perder caracteres distintivos en los países menos desarrollados, por ejemplo en México, para conseguir cierta prosperidad económica que tal vez sólo alcance a una minoría? Esta integración con una economía más poderosa ¿no volverá a México aún más dependiente y desigual, más vulnerable a los condicionamientos externos? ¿No hay otras vías para incorporarse a la globalización y ser más competitivos en el mercado internacional?

Todo esto conduce a repensar, en las condiciones de la actual etapa, las relaciones históricas de México con los países europeos y latinoamericanos. Estas otras regiones nos interesan como experiencias diferentes de liberalización del comercio e integración transnacional, como modalidades distintas de interacción entre historia cultural y mercado, y también para ampliar y diversificar los caminos por los cuales México puede insertarse en el intercambio mundial.

TLC: ¿de la liberalización económica a la integración regional?

Prehistoria del TLC

Como dijimos antes, el TLC no es un simple reordenamiento comercial de los vínculos entre Estados Unidos, México y Canadá. En la política económica mexicana, este acuerdo profundiza y culmina un proceso de apertura iniciado en 1982 para enfrentar la grave crisis económico-financiera del país. Con el ingreso de México al GATT en 1986 y con la privatización y desregulación de muchas ramas de la producción y comercialización en la década de los ochenta, los cambios se acentuaron.

Uno de los cambios más significativos en este proceso de apertura comercial fue que el petróleo dejó de ocupar en México el lugar dominante que tenía en las exportaciones: pasó de representar el 74% del valor exportado en 1982 a sólo el 33% en 1990. Las exportaciones de manufacturas se movieron en sentido inverso: en los mismos años aumentaron del 16% al 55%. No sólo México importa más y más variado, sino que también su relación con el mercado internacional, a través de los productos que envía al exterior, se ha diversificado. Esto supone relaciones con más países y una mayor complejidad en las interrelaciones económicas y socioculturales con el extranjero.

Entre 1982 y 1987, como resultado del incremento de las exportaciones y el descenso de las importaciones, la balanza comercial había resultado superavitaria para México. Sin embargo, el estancamiento económico y los altos índices inflacionarios, así como mayores niveles de concentración del ingreso, fueron generando déficit a partir de 1987. En los intentos por superar este problema, se agudizaron las dificultades de la deuda externa, la continuidad del crecimiento de la economía mexicana fue dependiendo cada vez más del ingreso de inversión extranjera y por lo tanto de los objetivos y prioridades de esos inversionistas.

Las inversiones externas, principalmente de origen estadounidense, se concentraron en la industria y en el sector servicios. Este último acrecentó su receptividad a los capitales extranjeros hasta acumular en 1990 un monto 5,8 veces mayor que el de 1983. Entre tanto, el Estado privatizaba entidades de su propiedad o paraestatales. La política de saneamiento de las finanzas públicas mediante la reducción del aparato estatal había llevado, a fines de los años noventa, a que de las 1.150 paraestatales quedaran en manos del Estado sólo 400: se desincorporaron empresas automotrices, hoteleras, comerciales, mineras; las dos líneas aéreas oficiales, grandes productoras de bienes básicos y secundarios, como Inmecafé, Fertimex, etc.

El TLC viene a profundizar un proceso de resolución de las dificultades económicas mediante la protección y el estímulo al sector exportador, mientras se promueve el ingreso de inversión extranjera o la asociación de ella con la nacional. Es lógico por la vecindad con Canadá y Estados Unidos, y por la intensificación de las relaciones económicas y comerciales con el segundo país en los últimos años, que el Tratado persiga una integración más formalizada con los vecinos del Norte.

La integración buscada con el TLC tiene como antecedente el Acuerdo de Libre

Comercio firmado entre Canadá y Estados Unidos hace cinco años. Se trata de un convenio único, pues incluye los servicios, la inversión extranjera, reglas para el tratamiento de subsidios, el *dumping* y las medidas no arancelarias. Para incrementar el intercambio de mercancías entre ambos países se consideró la eliminación gradual de tarifas y aranceles. Con el fin de evitar que terceros países resulten beneficiados por el Acuerdo, se establecieron Reglas de Origen por las cuales se consideran mercancías canadienses o estadounidenses los bienes en los cuales por lo menos el 50% de su costo de producción fue realizado dentro de cada uno de esos países.

El TLC al que se incorporó México tiene objetivos semejantes. Como se señaló en el momento en que se gestionaba el Tratado, su objetivo es elevar «la competitividad de nuestra economía y poder enfrentar el reto de la interdependencia». Se trata, según se explicó, de fijar reglas claras y permanentes para los intercambios comerciales que estimulen la inversión productiva, apoyen la modernización tecnológica mexicana y vinculen a un número extenso de consumidores con las economías de gran escala.

¿Qué va a cambiar en la medida en que se vaya ampliando el TLC? Estados Unidos comenzó a liberalizar en 1994 el 84% de las exportaciones mexicanas, en tanto que México lo hizo con el 40%. Cinco años después Estados Unidos desgravará 1.200 productos y México 2.500 (20% de sus importaciones). A los diez años de la entrada en vigor del TLC, Estados Unidos liberalizará el 7% de las exportaciones mexicanas y México el 38% de sus importaciones. En quince años se liberalizará el 1% restante en los dos países (Guevara Niebla/García Canclini, 1992; Zermeno, 1993; de Mateo, 1993).

Cuando se pregunta qué efectos tendrá el TLC en la educación y la cultura, lo primero que hay que apuntar —de un modo semejante a lo que ocurre en la economía— es que los cambios posibles están inscritos en un proceso más largo de recomposición nacional e internacional de los mercados culturales, y de modernización o ajuste de los sistemas educativos en relación con las nuevas necesidades de la producción y el comercio internacionales. Hay una prehistoria económica y cultural del TLC, originada en las innovaciones tecnológicas y las exigencias de rentabilidad económica impuestas por la política neoliberal a las actividades educativas, científicas y culturales. Podríamos sintetizar en tres tendencias estos cambios previos al Tratado:

a) el predominio de las industrias culturales nacionales y transnacionales sobre las formas tradicionales y locales de producción y circulación de la cultura, tanto ilustrada como popular;

b) el incremento de la cultura privada a domicilio (radio, TV, video) y una disminución de la asistencia al cine, teatro, conciertos y espectáculos que suponen usos colectivos del espacio urbano; y

c) la transferencia de la responsabilidad del Estado a las empresas privadas nacionales y multinacionales en la producción, el financiamiento y la difusión de los bienes culturales.

Esta reestructuración de la producción, la circulación y el consumo de la cultura que está ocurriendo en México, Estados Unidos y Canadá —coincidente

con la de muchos países latinoamericanos y europeos— es resultado de la redefinición profunda del papel de las prácticas culturales y de su interrelación con el conjunto del desarrollo social. En la medida en que los bienes culturales son cada vez más producidos industrialmente y se masifica el consumo, incluso del arte culto y el popular, en tanto se vuelve más visible su papel en el desarrollo económico y en la construcción de hegemonía, las reglas que los rigen se asemejan más a las de otras áreas de la vida social (Bonet/Dueñas/Portell, 1992). A diferencia de la economía clásica, que ubicaba las actividades culturales entre las ocupaciones improductivas, y alejándose también de la estética moderna que autonomizó el campo estético, hoy se habla de la «oferta cultural», las obras son valoradas como productos comerciales, las estrategias publicitarias se aplican para vender cuadros y conciertos, el público es redefinido como mercado de clientes. Consecuentemente, se espera que los espectáculos sean lucrativos o al menos autofinanciables, que los bienes culturales resulten útiles o den distinción simbólica a los grupos que los consumen.

Este proceso es concebido en un amplio sector de la literatura mexicana y latinoamericana como un efecto más de la crisis financiera de los Estados dependientes; en parte lo es, y las políticas neoliberales tienden a acentuar la mercantilización de los bienes culturales. Pero además manifiesta un reordenamiento de largo plazo de la producción simbólica generado por las nuevas tecnologías, los mayores costos de financiamiento en la producción, sobre todo de las artes interpretativas; cambios en las reglas de circulación y gestión de la cultura, debido a su distribución masiva e internacional; transformaciones en el consumo derivadas del acceso generalizado a un mayor número de bienes, su rápida obsolescencia y la aparición de nuevos mecanismos de diferenciación entre los grupos sociales. Todo esto modifica el papel de la cultura como parte del desarrollo socioeconómico (Delgado, 1988; Kyon-Dong Kim, 1994).

Los escenarios de la identidad

Cuando la negociación del TLC, a principio de los noventa, desató en México múltiples alarmas por la amenaza que podía representar para la identidad nacional, Carlos Monsiváis escribió que la preocupación porque el país se iba a americanizar pudo haber sido muy eficaz en 1920, pero «hoy es una prevención póstuma». Al mismo tiempo advirtió que «el resultado no ha sido tan necesariamente apocalíptico como se pronostica» (Monsiváis, 1993).

Muchos de los que se inquietan por la desaparición de la identidad nacional—en México y en otros países latinoamericanos— sitúan «la esencia» de esa identidad en las tradiciones indígenas y campesinas, o en un folclore nacional que fija en ellas la definición de «lo propio». En algunas regiones tales fuentes «clásicas» siguen sirviendo como elementos de distinción regional y nacional. Pero dos simples datos estadísticos revelan cómo ha disminuido el peso de las culturas tradicionales: a) el 70% de la población en México y en América Latina vive en ciudades; y b) alrededor del 90% de los consumidores, incluidos los campesinos, se hallan conectados a los medios masivos (por lo menos radio y televisión), cuyos progra-

mas son generados en su mayoría fuera de la propia sociedad y transmiten un imaginario transnacional.

Las identidades se forman y se renuevan cada vez menos en relación con las tradiciones locales. También las configura en la actualidad ese conjunto heterogéneo de bienes y mensajes producidos y circulados internacionalmente. Es necesario, entonces, distinguir cómo están influyendo los acuerdos de libre comercio, y las tendencias más profundas hacia la globalización, en los diversos escenarios en los que desde hace décadas vienen transformándose las identidades. A fin de apreciar, con las particularidades de cada campo, cómo puede afectar la liberalización del comercio el desarrollo cultural, vamos a diferenciar cuatro circuitos:

1. El histórico-territorial, o sea el conjunto de saberes, hábitos y experiencias organizado a lo largo de varias épocas en relación con territorios étnicos, regionales y nacionales, y que se manifiesta sobre todo en el patrimonio histórico y la cultura popular tradicional.

2. El de la cultura de élites, constituido por la producción simbólica escrita y visual (literatura, artes plásticas). Históricamente, este sector forma parte del patrimonio en el que se define y elabora lo propio de cada nación, pero conviene diferenciarlo del circuito anterior porque abarca las obras representativas de las clases altas y medias con mayor nivel educativo, porque no es conocido ni apropiado por el conjunto de cada sociedad, y en los últimos decenios se ha integrado a los mercados y procedimientos de valoración internacionales.

3. El de la comunicación masiva, dedicada a los grandes espectáculos de entretenimiento (radio, cine, tv, video).

4. El de los sistemas restringidos de información y comunicación destinados a quienes toman decisiones (satélite, fax, teléfonos celulares y computadoras).

Al diferenciar estos cuatro circuitos de desarrollo cultural es posible distinguir niveles diversos de integración al desarrollo supranacional. La reestructuración de las culturas nacionales no ocurre del mismo modo ni con idéntica profundidad en todos estos escenarios, y por tanto la recomposición de las identidades nacionales también varía según su compromiso con cada uno de ellos.

El circuito histórico-territorial. En este escenario, el del patrimonio histórico y la cultura popular tradicional, es previsible que la influencia del TLC y en general de la apertura económica será débil, ya que se trata de zonas donde el rendimiento económico de las inversiones es menor y donde la inercia cultural interna es más prolongada.

Si después de medio siglo de industrialización, las artesanías no han desaparecido; si varias décadas de modernización de los pueblos campesinos y de migración de muchos de sus miembros a las ciudades no extinguieron las fiestas tradicionales; es razonable pensar que no dejará de haber producción artesanal, ni celebraciones antiguas, ni medicina popular, ni fuertes relaciones de parentesco y compadrazgo porque la economía se subordina ahora al TLC.

No obstante, los cambios que están ocurriendo en la producción campesina europea desde que se estableció la integración continental, y los procesos hasta cierto punto semejantes en el norte y el centro de México al reestructurarse la agricultura para la exportación, hacen prever algunas transformaciones importan-

tes también en esta área. La voluminosa provisión de alimentos que Estados Unidos compra a México, a la que nos referimos unas páginas antes, da una idea de la resonancia que la integración económica puede alcanzar aun en estos espacios tradicionales.

Algunos especialistas mexicanos que intervinieron en el debate sobre el TLC llamaron la atención sobre los cambios en la cultura cotidiana que pueden engendrar las exigencias de productividad y eficiencia de las sociedades metropolitanas si se aplican rígidamente en México. La competencia internacional requiere que nuestra producción se reorganice desde otra cultura empresarial y otra cultura obrera. Guillermo Bonfil observaba que ciertos cambios efectuados en la legislación económica y en la organización laboral para adecuar a México a la integración norteamericana toman poco en cuenta los hábitos antiguos y las transformaciones culturales de larga duración que se requieren para lograr un ascenso rápido en la productividad y la eficiencia, de acuerdo con las normas del mercado neoliberal. Dicho autor ponía el ejemplo de la producción agrícola: «Nuestra agricultura tradicional, forjada en el transcurso de milenios, busca la diversificación para alcanzar la autosuficiencia. Obedece, pues, a una lógica de la producción que es radicalmente opuesta a la lógica que privilegia el mercado. La contradicción no es nueva (véase la historia política del crédito al campo, empeñada en impulsar cultivos comerciales en detrimento de los de subsistencia); sólo que en el proyecto actual esta contradicción se acentúa y se torna más nítida e irreductible (...) No hay por qué escandalizarse del cambio; la cuestión está en quiénes lo deciden y con cuáles razones: ¿qué peso tiene la opinión real de los campesinos acerca de los cambios que se demandarán de ellos?, ¿quiénes y cómo van a decidir si la opción favorable es la especialización de la producción agrícola en cultivos comerciales o, por el contrario, la diversificación orientada hacia la autosuficiencia alimentaria?» (Bonfil Batalla, 1992).

Esta perspectiva antropológica que toma en cuenta como parte de los cambios culturales los que ocurren en los hábitos laborales y en el modo de dar significación al trabajo, sugiere que no debemos limitar el análisis a las artesanías, las fiestas o las prácticas religiosas. Un examen integral de los efectos del TLC en el campo y en la cultura tradicional mexicana —que aún está por hacerse— deberá considerar estas transformaciones en las maneras de producir, comerciar y consumir, que son formas de articular lo propio con lo ajeno.

La cultura de élites. La producción artística y literaria con mayor reconocimiento académico y en el mercado, en los museos y las editoriales, ha estado ligada a la formación de las identidades nacionales. En México es bien conocido el papel de los muralistas y de la escuela mexicana de pintura, de escritores como Juan Rulfo, Octavio Paz y Carlos Fuentes en el registro, elaboración y difusión del imaginario nacional. Algunos de estos artistas han conseguido cierta recepción masiva y también se les confiere un lugar destacado dentro de lo que podemos llamar la diplomacia cultural, o sea las grandes exposiciones internacionales, como «México: 30 siglos de esplendor» y «Europalia», cuya función como avanzadas artísticas de la negociación económica fue señalada en varias ocasiones (Herner, 1990; Yúdice, 1993).

Pero sectores amplios del arte y la literatura están experimentando la influencia de la globalización de los mercados culturales y la desterritorialización de la producción, la circulación y el consumo de bienes simbólicos. En las artes plásticas, las diferencias internas del mercado mundial se marcan menos por rasgos nacionales que por las corrientes estéticas monopolizadas por las galerías líderes, cuyas sedes en Nueva York, Londres, París, Milán y Tokio hacen circular internacionalmente las obras y propician que los artistas se adapten a públicos «globales». Las ferias y las bienales también contribuyen a este juego multicultural.

Sin embargo, veríamos sólo una dimensión de este complejo proceso de reubicación transnacional de las artes nacionales si registráramos únicamente la disolución de las marcas de cada cultura. Al mismo tiempo, los artistas latinoamericanos que tratan en sus obras la globalización y la multiculturalidad chocan con la estrategia de los museos, las galerías y los críticos de las metrópolis que prefieren mantenerlos como representantes de culturas exóticas, de la alteridad étnica y la otredad latina, es decir, en los márgenes. En Estados Unidos, observa George Yúdice, la política multicultural de los museos y las universidades ha servido, más que para reconocer a los diferentes como interlocutores en un diálogo igualitario, para situarlos como rincón subalterno del *american way of life*. «Si antes se le pedía al latinoamericano que escenificara su surrealismo nato, a la Carpentier, o sea su realismo maravilloso, o su macondismo, hoy día se le pide que se convierta en un casi chicano o latino» (Yúdice, 1993). También en Europa los dispositivos de determinación del valor artístico esperan que los latinoamericanos actúen escenificando su diferencia: un ejemplo elocuente fue lo ocurrido en «Europalia» y en la exposición «Les Magiciens de la Terre» del Centro Pompidou, en París. Pero vamos a detenernos más en lo que sucede con la literatura, campo que, por su más larga dependencia de las condiciones industriales de producción, muestra con mayor nitidez los efectos de las transformaciones que estamos describiendo.

También los libros han recibido un papel como instrumentos para la conformación y la divulgación de la cultura nacional. Es significativo que hasta el presente el Estado mexicano siga realizando cuantiosas inversiones para producir los libros de texto escolares, para subsidiar muchas colecciones de interés cultural y promover la lectura. Dos ejemplos: en la última década se crearon más de 3.000 bibliotecas, y en 1994 el Estado imprimió 130 millones de libros para distribuirlos gratuitamente a los alumnos de las escuelas primarias.

Aun en esta época de predominio de las culturas audiovisuales y electrónicas, los libros permanecen como un recurso insustituible para transmitir información científica, literaria o que requiera una elaboración razonada y crítica. Por otra parte, la industria editorial mexicana —ubicada en el puesto 120 a nivel mundial— también posee importancia cultural como lugar donde se generan entretenimientos masivos: revistas, fotonovelas e historietas.

Para responder a los desafíos del TLC, la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana (CANAIEM) realizó a principios de los noventa un diagnóstico del sector editorial en México. Leemos en ese documento que el total de las ventas en 1989 fue de 1 billón 276 mil 301 millones de pesos, de los cuales 54,45% corresponde a libros y 45,55% a revistas y otras publicaciones periódicas (excepto

diarios). Es interesante observar que la actividad editorial se reparte entre diversos tipos de agentes: las empresas privadas afiliadas a la CANAIEM son 863, hay 104 entidades gubernamentales que realizan publicaciones, 50 universidades e instituciones de enseñanza superior, y otras 89 instituciones (asociaciones profesionales, etc.) que también cumplen tareas editoriales.

Las empresas editoras con capital nacional representan el 30%; las de capital mixto son la mayoría: 60%; mientras las de capital extranjero abarcan el 10%. Cabe señalar que la mayor parte de estas últimas procede de España, Estados Unidos, Francia, Italia, Argentina y Colombia.

Como el tamaño de la producción y de las exportaciones es bajo en comparación con las metrópolis, e incluso respecto de España, llama la atención que —aún después de la crisis que redujo las cifras anteriores— operen unas 800 empresas en el sector editorial. «Sin embargo —anota Javier Wimer— no son más de 200 las que imprimen más de diez títulos por año y no sobrepasan la decena las empresas de capital nacional que publican más de 50 títulos por año (Citesa, Era, Esfinge, Fernández, Fondo de Cultura Económica, Limusa, Porrúa, Siglo XXI y Trillas)» (Wimer, 1991).

¿Por qué unas 400 empresas editoriales mexicanas quebraron de 1989 a 1993, varias de las sobrevivientes disminuyeron su producción anual y muy pocas registraron apenas un modesto crecimiento? «Se debe no principalmente a factores internacionales sino a problemas estructurales de subdesarrollo económico y social» (idem). Coinciden con esta afirmación de Javier Wimer varios editores entrevistados para este trabajo y muchos artículos que examinan la situación del sector.

Es interesante ver cómo caracteriza la CANAIEM estos problemas estructurales. En sus documentos menciona dificultades con los insumos, especialmente el papel. El que se produce en el país tiene un precio superior a la cotización internacional, su calidad es inestable y presenta poca variedad. «El papel importado es más competitivo que el nacional en precio, calidad, variedad, servicio y confiabilidad comercial. A pesar de los fletes (pagados en su mayor parte en dólares) y de los aranceles existentes, el papel importado es preferible porque mejora de manera sensible la calidad de los productos editoriales» (Elgueta/Izquierdo, inéd.). Conviene decir, para apreciar la importancia de este tema, que el papel representa aproximadamente el 52% del costo de producción industrial de los libros.

El libre comercio editorial precede al TLC en quince años en México. Algunos entrevistados indicaron el año 1972; otros 1976; otros la década de los ochenta; pero en general se coincide en que han sido las editoriales españolas las que más aprovecharon la liberalidad para traer sus productos a México, asociarse con editoriales mexicanas o comprarlas directamente. Por obvias razones de comunidad de lengua y tradiciones culturales, España parece seguir siendo el interlocutor comercial que más puede beneficiarse en el futuro. Aunque la situación se ha complicado por la «europeización» de la industria española: varias casas editoras de Madrid y Barcelona que habían comprado editoriales mexicanas o actuaban en nuestro país fueron a su vez absorbidas en la década de los ochenta por empresas de

otros países europeos (Anaya adquirió Alianza, Labor y Nueva Imagen; Mondadori compró Grijalbo; Planeta adquirió Ariel y Seix Barral, etc.).

La derogación en febrero de 1990 de las disposiciones por medio de las cuales las empresas con un mínimo de 60% de capital mexicano eran las únicas que tenían derecho a recibir devolución de impuestos también contribuye a equiparar a los inversores nacionales y extranjeros.

Varios editores sostienen que no hay razones para temer alteraciones importantes como consecuencia del TLC, en parte porque la liberalización ya se efectuó, en parte porque «el mercado de lectores está atendido». Según lo que se supone por experiencia directa, no por investigación sobre los consumidores, y teniendo en cuenta el nivel educativo y los hábitos de lectura de los mexicanos, no se espera un incremento importante en la demanda en los próximos años. Algunas editoriales estadounidenses, como Mc Graw Hill y Prentice Hall, ya han penetrado el mercado mexicano con diccionarios, libros de texto de secundaria, preparatoria y para universidades, y libros «de superación personal». Si las editoriales de Estados Unidos no han venido en forma masiva hasta ahora, piensan varios entrevistados, no hay por qué pensar que lo harán en el futuro. Suponen que la incidencia de los empresarios estadounidenses no se producirá tanto en la generación de nuevas casas editoras como en el proceso de producción: papel, maquinaria y, como ya ocurre, ediciones de alta calidad (color, pasta dura), para lo cual disponen de infraestructura y personal más calificado.

Pero otros editores mexicanos que en los últimos años incrementaron la interrelación con Estados Unidos pronostican un futuro diferente. Hay datos indicativos de que el acercamiento actual entre México y aquel país puede suscitar más cambios en el mercado editorial estadounidense que en el mexicano. La novela de Laura Esquivel *Como agua para chocolate* superó el millón de ejemplares en inglés, y además vendió 200.000 ejemplares en español, en Estados Unidos. Otros libros en español comienzan a ofrecerse en los Price Club y en otras tiendas de autoservicio de Nueva York, California, Texas, etc. En una entrevista realizada para este trabajo, Sealtiel Alatríste, director del Grupo Santillana en México, comenta que no es extraño que por primera vez exista en Estados Unidos un mercado de derechos de autor en lengua española. Así como la sección de «música latina» creció en Tower Record y otras cadenas importantes, los libros en español dejan de estar en el rincón trasero y los títulos de más venta comparten sitios preferentes con los *best-sellers* en inglés. Los escritores chicanos contribuyen a este reconocimiento a «lo latino», que merece frecuentes reseñas en *Time* y en *The New York Book Review*: el éxito precursor de Sandra Cisneros con *The House of Mango Street*, y de Oscar Hijuelos con *Los reyes del mambo traen canciones de amor*, que obtuvo el Premio Pulitzer, se expande con otras novelas en los últimos años.

En este momento, varias editoriales de México están entusiasmadas con estas nuevas oportunidades que presenta el mercado estadounidense. Pero debemos preguntarnos, agrega Alatríste, qué ocurrirá si los editores de aquel país deciden entrar de lleno a competir con México: su tecnología, sus costos de producción, sus bancos de datos computarizados, «van a destrozar a la industria mexicana que no

está preparada en ese nivel y no se actualizó, en parte, por la sobreprotección recibida del Estado». En todas las entrevistas con editores de México, éstos sostienen que la mejor ayuda que podría darles el Estado nacional para expandirse y renovarse tecnológicamente sería abrir a los empresarios privados la producción de los 130 millones de libros de texto anuales para escuelas primarias. Algunos editores, como Alatríste, dicen que el Estado podría seguir regalando esos libros a los niños, pero debiera someter su producción a criterios de eficiencia y ganancia. Sin duda, habría que tomar en cuenta que también en este rubro, de acuerdo con las reglas del TLC, podrían competir las editoriales estadounidenses, en las que el interés creciente por el mercado en español ha llevado a que en sus oficinas ya esté trabajando personal mexicano, colombiano, chileno y de otros países latinoamericanos. Para que aumente considerablemente el envío a México de libros producidos en Estados Unidos existen las evidentes dificultades de idioma e «idiosincrasia», pero también el costo de los fletes. Los libros que vienen de España a América están subsidiados por la línea aérea Iberia: para llevarlos a Guatemala por avión los editores españoles pagan 1,10 dólares por kilo; en cambio, trasladarlos a ese país vecino desde México cuesta 3,30 dólares. Entre Estados Unidos y México, si bien la circulación es fluida desde el punto de vista aduanal, no hay tales beneficios que abaraten los costos.

En cuanto a la exportación de libros mexicanos al extranjero, conviene diferenciar entre lo que se envía a Estados Unidos y lo que va a América Latina. De los 800 millones de dólares en libros que Estados Unidos importó en 1989, 8% provino de Canadá, 5% de España, 1,2% de Colombia y 0,9% de México (décimo sexto lugar). En el mismo año, España —que importó libros por 67 millones de dólares— recibió un 77% de Europa, 10% de América Latina y 8% de Estados Unidos (del 10% latinoamericano, México fue el principal proveedor con 5,2%). A la inversa, México es el principal cliente de los españoles con un 16% de las compras.

La provisión de libros mexicanos a América Latina —mercado «natural» por la lengua, los intereses históricos compartidos y los estilos de consumo de los lectores— se ha visto reducida por las dificultades ya referidas (fletes, etc.), pero muy especialmente por la inestabilidad económica y política de los países del Sur. Algunos analistas del sector sostienen que el acuerdo para la libre circulación de bienes entre los países latinoamericanos, firmado en Montevideo por el Grupo de Río en 1988 y ratificado luego en México por los ministros de Cultura, debiera reforzar el flujo de libros mexicanos hacia la región. Nuestros textos, argumentan, tienen precios más baratos que los españoles y forman parte de catálogos más diversificados, sobre todo para públicos universitarios, que los de las editoriales argentinas (quebrantadas por la recesión de los últimos años), o de las más incipientes de Venezuela, Colombia y Chile (Anaya). Sin embargo, el país que parece facilitar un futuro más próspero a la industria editorial es Colombia: la Ley del Libro promulgada en 1993, que libera de impuestos por veinte años a los editores residentes en ese país y les garantiza la compra del 20% de todas sus ediciones para bibliotecas, así como las de cualquier procedencia, fomenta el desarrollo de una sólida industria editorial con capitales transnacionales y creciente capacidad de exportación (Malvido, 1993).

El informe elaborado por CERLALC, organismo de la UNESCO para el libro latinoamericano, que ofrece hasta donde conocemos el diagnóstico más completo de las necesidades del intercambio regional, identifica ocho nudos problemáticos para que se avance hacia un «mercado común latinoamericano del libro»:

- desgravación de insumos para el sector editorial (y en particular libre tránsito de negativos con contenido editorial);
- facilitar la importación de equipos para la industria gráfica;
- abatir costos con tirajes amplios y reforzar las coediciones intrarregionales;
- suprimir toda clase de aranceles y otras trabas no arancelarias para la circulación de libros;
- mejorar y abaratar los medios de transporte (aéreo, marítimo y postal);
- dar incentivos a la exportación y créditos a la importación de libros;
- adherir plenamente a los convenios internacionales de protección a la propiedad intelectual;
- definir políticas nacionales del libro, unificar la legislación correspondiente y crear organismos rectores, en donde estén bien representados los intereses sociales y privados del sector editorial.

La cultura audiovisual masiva. En el tercer subsistema, o sea la producción de mensajes recreativos y de información para mayorías, México ha tenido desde hace décadas, como se sabe, múltiples intercambios con Estados Unidos. El fuerte desarrollo de nuestro cine y más recientemente de la televisión, hizo que estas industrias trascendieran más allá de las fronteras nacionales, especialmente en América Latina y en la población hispanohablante de Estados Unidos. Por esta historia propia y por el carácter crecientemente transnacional de las comunicaciones masivas, las industrias audiovisuales llevan acumulada una larga experiencia de conflictos y acuerdos entre los países norteamericanos.

El Acuerdo de Libre Comercio firmado, antes del TLC, entre Estados Unidos y Canadá dejó fuera —por la oposición canadiense— las comunicaciones audiovisuales. En el TLC persistió esa posición de Canadá, aunque México aceptó que se incluyeran algunas cláusulas para facilitar la entrada de capitales de los otros países, sobre todo en servicios de telecomunicaciones de valor agregado, como el uso de cables y señales vía satélites.

Esta área se ha mostrado, junto con la informática, como la más atractiva para la expansión comercial internacional y la más sensible a innovaciones tecnológicas incesantes, cuyos efectos sobre las culturas nacionales son difíciles de medir y, más aún, de prever. La cuestión excede la coyuntura del TLC: aparece polémicamente en las negociaciones del GATT desde que comenzó la Ronda Uruguay y se impone, por su vasta importancia económica, en muchas interacciones multinacionales. Hay que señalar, también, que ésta es la zona cultural en donde la asimetría y la desigualdad entre Estados Unidos y México —o cualquier otro país latinoamericano— nos colocan en una situación más vulnerable.

Vamos a considerar esta asimetría en materia de inversiones, producción y consumo cultural entre México, Estados Unidos y otras metrópolis culturales a la luz de las condiciones actuales de intercambio. Para tal fin, resumiremos primero los cambios introducidos por el TLC en las relaciones México-Estados Unidos—

Canadá. Luego, compararemos esta situación con la de las relaciones entre Estados Unidos y Europa, y procuraremos extraer algunas conclusiones sobre lo que la disputa actual intermetrópolis podría significar para los países latinoamericanos.

De acuerdo con la normativa del TLC, la inversión extranjera en radio y televisión puede crecer hasta un tope de 49%. No sucederá lo mismo con los otros participantes en el Tratado, ya que Canadá limita la inversión de capitales foráneos a cuotas que el propio país juzgue compatibles con las políticas económicas y culturales nacionales; y Estados Unidos, por su parte, tiene un tope de 20% al capital extranjero. Por esta razón cuando las empresas mexicanas, por ejemplo Televisa, intentaron incursionar en el mercado hispano de Estados Unidos fueron bloqueadas por esta condición o por la ley antimonopolio vigente en ese país.

Es posible que la radiodifusión crezca en la franja fronteriza de México con Estados Unidos. El Tratado prevé el descongestionamiento de las frecuencias que ya se encuentran operando en la zona, reservando los derechos de cada país sobre la mitad de frecuencias que le corresponden a cada uno, por lo que habrá un control más preciso sobre la recepción directa de señales norteamericanas y viceversa (Casas Pérez, 1994).

En el campo televisivo, las cadenas privadas mexicanas —Televisa con 4 canales nacionales abiertos, otros de cable y más de 60 emisoras regionales; y Televisión Azteca (con 2 canales)— manejan la mayoría de la audiencia con sentido comercial. Gran parte de su programación se apoya en la compra de series extranjeras y en la imitación de modelos de comunicación norteamericanos. Un sector minoritario de los receptores, que no alcanza el 10% (ver García Canclini/Piccini, en García Canclini, 1993), sigue la limitada oferta de televisión en manos del Instituto Politécnico Nacional (canal 11), y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (canal 22).

En tanto, la televisión por cable y el video —los dos circuitos audiovisuales de mayor expansión comercial reciente— presentan la mayor dependencia de la programación estadounidense. La televisión por cable está creciendo a un ritmo del 20% anual, y es previsible que la competencia y la reducción progresiva de costos ayudarán a expandirla. Las videocaseteras, que comenzaron a circular comercialmente hace diez años, ya existen en más de seis millones de hogares mexicanos. Los aproximadamente 9.000 videoclubes y videocentros diseminados en todo el país, muchos en zonas populares, ofrecen videos procedentes de Hollywood Pictures, MGM, Paramount, RCA-Columbia, Touchstone, Turner, Universal y Walt Disney. El cine mexicano ocupa un lugar mínimo en sus catálogos, y es casi inexistente el latinoamericano o el europeo, salvo si lo distribuyen algunas de esas compañías norteamericanas.

La cercanía histórica con la cultura audiovisual de Estados Unidos se está estrechando en el marco del TLC. La ampliación de las inversiones al 49% de capitales extranjeros permitió que Televisa se asociara a fines de 1993 con Telecommunications Inc. para el sistema de Cablevisión; con QVC Network para establecer un servicio de ventas por medios electrónicos en México, España y el resto de América Latina; y con Hearst Corporation para publicar y distribuir revistas (*Mundo Ejecutivo*). Televisión Azteca firmó en julio de 1994 un convenio

con la NBC que proveerá a la empresa mexicana programas, apoyo técnico y asesoría en su planeación.

¿Cómo se vinculan con estas tendencias empresariales las orientaciones de las audiencias? En una investigación reciente sobre los hábitos de los espectadores de cine en México, en salas, televisión y video (García Canclini et al., 1994), encontramos una gran diferencia entre las políticas educativas y culturales desplegadas por el Estado mexicano a lo largo de este siglo y las seguidas en el espacio audiovisual. Las primeras buscaron construir una identidad común de lo mexicano en torno de símbolos nacionales, de actores y actrices, objetos y costumbres surgidos dentro del país; en los ochenta y noventa, el Estado se ha desprendido de canales de televisión y no ha desarrollado acciones culturales en televisión por cable ni en video (salvo el canal 22 y el muy limitado e interrumpido programa de videotecas), con lo cual casi el 80% de las películas que circulan en televisión abierta, cableada y video son de origen estadounidense y tienen un perfil comercial. Las culturas europeas con las que México ha tenido largos vínculos, sobre todo la española, así como las latinoamericanas, con las que compartimos lengua, historia y proyectos políticos comunes, no suman ni un 10% de la oferta cinematográfica en televisión y video. El cine mexicano que se renta en los videoclubes no supera tampoco el 10% y la oferta casi no incluye películas que documenten o se relacionen con conflictos contemporáneos.

El predominio de la cinematografía estadounidense puede resultar aún más desconcertante si se piensa que las empresas vinculadas a capitales de ese país, Multivisión y Blockbuster, manejan franjas minoritarias del mercado de televisión y video. El papel hegemónico de Televisa en estos medios indica que la unilateralidad de la oferta audiovisual ha sido decisión suya y propia de sus objetivos culturales. Los intereses de esta empresa por el mercado español, latinoamericano y de habla hispana en Estados Unidos, se han manifestado en unos pocos programas de entretenimiento (*Siempre en domingo*), de información (ECO) y en ciclos fugaces de películas mexicanas o de espectáculos (la Cadena de las Américas). Podemos suponer que las preferencias mayoritarias por las películas estadounidenses y el dominio abrumador de ídolos de esta nacionalidad revelados por la encuesta que realizamos en México (Kevin Costner, Arnold Schwarzenegger, Tom Cruise, Sylvester Stallone, Mel Gibson, etc.) está condicionado, en parte, por ese sesgo de la oferta y la falta de películas de otras nacionalidades. No obstante, hay que reconocer que se ha creado ya un círculo de justificaciones recíprocas entre empresas y públicos: cuando Blockbuster se instaló en México comenzó ofreciendo un 25% de películas mexicanas en sus tiendas, pero lo redujo por el bajo requerimiento de los consumidores. Luego, los distribuidores dicen que ellos no hacen más que seguir las tendencias de los clientes.

La privatización de los canales de televisión 7 y 13, y de los cines de COTSA (la cooperativa dependiente del Estado) fue reduciendo la acción estatal en los circuitos audiovisuales al canal 22, que se capta con dificultad y sólo en la ciudad de México, a la Cineteca y algunos circuitos independientes de cine. El apoyo del Instituto Mexicano de Cinematografía ha sido útil para la producción y la difusión internacional de algunas películas. Las videotecas asociadas a las bibliotecas

públicas, nacidas en 1984 con la adquisición de unas 300 películas europeas, latinoamericanas y clásicas del cine estadounidense, como una alternativa a la oferta comercial, tienen estancado su repertorio, y su acción se circunscribe a exhibiciones y préstamos en escasos puntos de algunas ciudades, sin comparación con las densas redes difusoras de los videoclubes.

¿Cómo ven los videófilos el cine mexicano? Lo ven en comparación con el cine estadounidense. No sólo lo demuestran el predominio de películas y actores de ese país en las encuestas, sino la formación del juicio estético, la valoración de la espectacularidad y del tipo de divos y, por supuesto, la relación cuantitativa de la programación: si en las salas, la televisión y el video las cintas estadounidenses cubren entre el 70% y el 85% de la oferta, según el medio, todo lleva a identificar el cine de Estados Unidos con el cine.

La presencia tan minoritaria de las cintas producidas en México no corresponde, según los datos de nuestra encuesta, al interés y la valoración hacia el cine nacional demostrado por los espectadores de cine, televisión y video en nuestro país. En amplias zonas de las grandes ciudades (DF, Guadalajara) un porcentaje considerable de los entrevistados, al preguntarles qué no encontraban en los videoclubes, mencionó películas mexicanas. Si bien es clara la predilección mayoritaria por las cintas estadounidenses, no todos los sectores valoran de igual forma las mexicanas, ni eligen las mismas. El grupo de 25 a 40 años se mostró más atraído por algunas de las nuevas películas nacionales, por ejemplo *La tarea* y *Como agua para chocolate*; otras que podrían incluirse en este bloque, como *Danzón*, *Rojo amanecer* y *La mujer de Benjamín*, en cambio, recibieron la adhesión de los de 45 a 60 años por su mayor afinidad con la edad de los protagonistas o por la época de los hechos que narran (los años sesenta). El buen porcentaje de menciones dedicadas a filmes del nuevo cine mexicano cuando preguntamos por el título de la última película rentada, indica también que el cine nacional no es despreciado masivamente, ni el de la época dorada es el único que interesa. Pero, como apuntan las preferencias manifestadas, es evidente que no hay un público del cine nacional: diversas épocas, géneros y estilos, con distintas cuotas de entretenimiento y búsqueda artística, tienen sectores fieles o recientemente interesados.

¿De qué modo podría una política cultural en los medios lograr entre los países latinoamericanos y Estados Unidos no una igualdad, pero sí algo que se señaló varias veces en el Acuerdo entre Estados Unidos y Canadá: «emparejar el terreno de juego»? Deberíamos estudiar mejor el comportamiento canadiense en la gestión de este convenio, pero —como señalaban los que polemizaron con el Acuerdo en ese país— su situación era particularmente vulnerable porque la coincidencia en el uso del inglés facilita la penetración de los mensajes estadounidenses. Parece aún más instructiva la discusión europea, por lo cual retomaremos esa comparación más adelante.

El circuito restringido de información y comunicación. No hay zona del desarrollo cultural en donde la distancia entre las metrópolis y los países latinoamericanos sea mayor, y en donde la asimetría se agudice más, que en la de las tecnologías avanzadas (satélites, computadoras, etc.) que suministran la información para tomar decisiones e innovar. El arribo tardío de América Latina a este

campo no puede compensarse, ni siquiera aproximarse al de otros países nuevos en la producción de tecnología avanzada, como los del sudeste asiático, en tanto nuestro continente, que tiene el 8,3% de la población mundial, sólo participa con el 1,3% del gasto mundial destinado a investigación y desarrollo, cuenta con 4,3% de los ingenieros y científicos y produce apenas el 1,1% de las publicaciones científicas (CEPAL, 1994).

En principio, redes como Internet facilitan conectarse a la información de avanzada desde cualquier sitio: basta disponer de teléfono, computadora y módem. Pero a la inercia de nuestro retraso histórico en el acceso a las innovaciones tecnológicas y a la menor extensión de estos hábitos en las poblaciones periféricas, se agregan los procesos de recesión y estrechamiento del gasto público en las sociedades latinoamericanas. Así es como México, considerado la décimo tercera economía más grande del mundo antes de la crisis de fines de 1994, sólo cuenta con el 0,85% de capacidad instalada en computación, a enorme distancia de Estados Unidos, que posee 48,6%, Japón con 6,9% y Francia con 4,2%. A principios de 1995, en América Latina apenas existía un 0,3% de las conexiones con Internet, aunque el equipo de cómputo disponible era bastante mayor, ya que representaba entre el 2% y 3% del mercado mundial. Tenemos más máquinas que en «otras regiones, pero no contamos con capacidad para hacerlas comunicarse entre sí, ni con las que hay en otros países» (Trejo Delarbre, 1995).

La subordinación de los países latinoamericanos se agravará al eliminar los acuerdos de libre comercio los aranceles a la producción extranjera y reducir los bajos subsidios al desarrollo tecnológico local. Una mayor dependencia cultural y científica en las tecnologías comunicacionales de punta, que requieren altas inversiones financieras, y a la vez generan innovaciones más rápidas, nos volverá más vulnerables a los capitales transnacionales y a orientaciones culturales generadas fuera de la región. En ésta área la multiculturalidad procede no tanto de tradiciones históricas diversas sino de la estratificación engendrada por el desigual acceso de los países y de los sectores internos de cada sociedad a los medios avanzados de comunicación.

Cabe señalar que la interrelación con Estados Unidos en este campo es favorecida por las relaciones cada vez más estrechas entre las universidades mexicanas y estadounidenses. Los programas de computación, el acceso preferente a sus bancos de datos, el uso creciente de programas educativos y criterios de reorganización académica de ese origen propicia una unificación de estilos de trabajo y valoración científica. No nos extendemos más en este punto, teniendo en cuenta que otros trabajos de este libro, especialmente los de Miguel de Moragas y Rafael Roncagliolo, también los tratan.

¿Norteamericanización o globalización?

Nada puede hacer pensar que los demás países con los que México ha firmado acuerdos de libre comercio —ni Canadá, Chile, Colombia, Venezuela o Bolivia— puedan aproximarse siquiera a la presencia estadounidense en México. El 49% de

inversión extranjera permitida será ocupado mayoritariamente por los programas de televisión, los videos y las tecnologías de punta de Estados Unidos. El tope de 20% que establecen las leyes de este país para el capital foráneo señala claramente que no sólo en la desigualdad tecnológica se construye la asimetría de la interacción.

A partir de estas condiciones, cabe preguntar si la llamada reorganización global de las economías y culturas periféricas no conduce más bien a una norteamericanización. Este riesgo de que la globalización sea reducida a un dominio estadounidense sobre la cultura internacional, especialmente a través de las autopistas comunicacionales, no es exclusivo de América Latina ni de los países periféricos. En el proceso de integración de un espacio audiovisual europeo también está muy presente. Por eso vale la pena dedicar un tramo de este texto a comparar el comportamiento de los gobiernos latinos de Europa en la negociación del GATT, ocurrida en diciembre de 1993, con las posiciones latinoamericanas.

En esa reunión de Bruselas, donde 117 países aprobaron la mayor liberalización comercial de la historia, las cuestiones culturales y comunicacionales se volvieron por primera vez un asunto de primera importancia en la política económica internacional. El GATT estuvo al borde de fracasar por los desacuerdos en tres áreas: agrícola, textil y audiovisual. Las diferencias en las dos primeras se resolvieron mediante concesiones mutuas entre Estados Unidos y los gobiernos europeos. ¿Cuáles fueron las discrepancias en asuntos culturales que impidieron llegar a acuerdos sobre el cine y la televisión, y obligaron a dejar afuera a estos medios?

Estados Unidos exigió libre circulación para los productos audiovisuales, mientras los europeos buscaron proteger sus medios de comunicación, sobre todo el cine. Las divergencias derivan de dos maneras de concebir la cultura. Para Estados Unidos los entretenimientos deben ser tratados como un negocio: no sólo porque los son, sino porque constituyen para ese país la segunda fuente de ingresos entre todas sus exportaciones, luego de la industria aeroespacial. En 1992, las productoras norteamericanas enviaron a Europa programas de entretenimiento y películas por un valor de más de 4.600 millones de dólares. En el mismo período, los europeos exportaron a Estados Unidos 250 millones de dólares.

Aun en la comparación con la producción audiovisual europea, es evidente que el juego del mercado internacional no permite una oferta multicultural equilibrada. Los europeos preguntan por qué Estados Unidos reclama la libre circulación de sus mensajes en los países ajenos, pero en el suyo el acta 301 de la Ley de Comercio permite imponer restricciones a los productos culturales extranjeros.

Los Estados europeos —que realizaron un adelgazamiento neoliberal de sus aparatos culturales semejante a los latinoamericanos— están reconociendo ahora que la identidad no se juega exclusiva, ni principalmente, en las bellas artes, la literatura y el patrimonio histórico tradicional. Siguen apoyando con fondos públicos esas áreas clásicas de la cultura, sobre todo en los países latinos, pero identifican los medios audiovisuales como los espacios decisivos en donde se organiza el gusto de las masas, en donde éstas aprenden a pensar y sentir (Farchy, 1992).

Como en América Latina, la ola privatizadora llevó en Europa a entregar a las empresas privadas radios, canales de televisión y gran parte de los circuitos de informática y telemática. Los Estados redujeron su acción cultural a la protección del patrimonio histórico (museos, sitios arqueológicos, etc.) y a la promoción de artes tradicionales (plástica, música, teatro, literatura): dado que estas áreas de la cultura están perdiendo audiencia, tienen serias dificultades de sobrevivir si los gobiernos no les brindan respiración artificial. Los medios de comunicación e información vinculados a las nuevas tecnologías, los que requieren mayores inversiones pero también alcanzan a sectores más extensos, fueron cedidos a empresas privadas, en muchos casos norteamericanas y japonesas.

Sin embargo, en esta década la Unión Europea ha incrementado las inversiones para promover producciones cinematográficas y televisivas con sentido europeo, y trata de regular la circulación de productos extranjeros, así como proteger a los consumidores. Los límites a la publicidad, a la interrupción de las películas con anuncios comerciales y otras medidas descritas más adelante, en el artículo de Miguel de Moragas, son claras muestras de una recuperación por el interés público que no existe en América Latina.

El gobierno español aprobó, cinco días antes de la firma del GATT, un decreto ley que establece cuotas mínimas para el cine europeo: en las ciudades de más de 125.000 habitantes deberá proyectarse una película de un país de la CE por cada dos de otros continentes. Otras medidas establecen pagos más altos de las televisiones para poder proyectar filmes, y también se ha establecido que los empresarios y comerciantes de video contribuyan con una parte de lo que ganan al financiamiento del cine. Se vuelve cada vez más evidente que la sobrevivencia del cine no depende sólo de su proyección en las salas, sino de su nuevo papel en el conjunto del campo audiovisual. Las películas, como productos multimedia, deben ser financiadas con aportes de los diversos circuitos que las exhiben.

También en América Latina ha perdido sentido fijar cuotas mínimas para las cinematografías nacionales, pero podría servir una política regional que estableciera medidas semejantes a la española de promoción y producción de las películas latinoamericanas.

No sólo han cerrado salas de cines tradicionales en Buenos Aires, São Paulo, Caracas, Bogotá y México, mientras en algunas de esas ciudades más del 50% de los hogares poseen videocaseteras. La oferta de los videoclubes, el medio predominante a través del cual se conocen las películas, está compuesta en un 70% a 90%, según los países, por cine estadounidense. Las cinematografías europeas y las de los demás países de la región latinoamericana no tienen una representación apropiada al significado histórico y actual de esas sociedades. Pero la hegemonía estadounidense es aún mayor en el control de la informática y la telemática: no existen en ninguna nación de América Latina, salvo Brasil, políticas estatales consistentes de inversión para investigar, producir equipo ni capacitar personal de alto nivel a fin de intervenir en la generación de estas innovaciones culturales ligadas a las tecnologías de punta.

Parece evidente que estas deficiencias en las políticas culturales y científicas colocan a los países latinoamericanos en posiciones económicas y políticas cada

vez más desventajosas, pero además afectan la homogeneización y la heterogeneidad de nuestras sociedades. Se condiciona la manera en que se desenvolverán los accesos a la información, o sea una de las bases culturales de la ciudadanía, y por tanto las posibilidades de que los diversos desarrollos grupales o regionales sean reconocidos en la construcción de la democracia.

Conclusiones

Retomamos la pregunta inicial: ¿qué ha cambiado en las relaciones entre Estados Unidos, Canadá y México luego de firmarse el TLC? Obviamente, las modificaciones más notables son de carácter económico. Según los datos disponibles hasta mediados de 1994, las exportaciones mexicanas hacia el mercado norteamericano crecieron en el primer semestre 23%, o sea tres veces más que el promedio de las ventas al exterior del resto de los otros países hacia la misma región. Así mismo, ingresaron a México, en los primeros seis meses de este año, 1.032 millones de dólares, un 43% superior al mismo período del año precedente. Se concretaron alianzas estratégicas y proyectos de inversión de empresas mexicanas con sus contrapartes de Estados Unidos y Canadá en alimentos, bebidas, tabaco, servicios financieros, aseguradores y, lo que más interesa para el área cultural, en telecomunicaciones y editoriales.

Pese a estos resultados alentadores, la firma Consultores Internacionales —que suministró esta evaluación— anota que el TLC fomentó el desplazamiento de productos nacionales del mercado interno, incrementó el desempleo tanto en el campo como en la ciudad, y no logró que las inversiones hacia México fluyeran con el ritmo previsto. Atribuye la lentitud de los avances a que este primer año de aplicación del TLC coincidió con las disputas electorales y el cambio de sexenio en el gobierno mexicano, lo cual mantuvo elevadas las tasas de interés y muy activa la especulación cambiaria. (Todas estas tendencias negativas, y la realización de las expectativas generadas por el TLC, se agudizaron a partir de la fuga de capitales desencadenada en diciembre de 1994, con la consiguiente recesión, caída del producto bruto y brusca disminución de las importaciones).

Coincidimos con la influencia adjudicada por Consultores Internacionales al contexto político. Pero también pensamos, en la línea propuesta por este trabajo, que la evolución del libre comercio está condicionada por los cambios culturales. Por eso, es necesario prestar atención a los efectos indirectos, a las atracciones complementarias entre empresas, universidades y proyectos culturales de los tres países inducidas por la tendencia general al acercamiento y la colaboración que impulsa el TLC.

La aceleración de los intercambios generada por el libre comercio pone más en evidencia la desigualdad y la asimetría que sufre México en relación con los otros países del área norteamericana. No obstante, como se vio en los debates preelectorales de 1994 ya ni el partido más opositor, el PRD, se opone frontalmente al TLC. Casi todos los actores políticos lo toman como un dato del que hay que partir, sugieren estar pendientes de los efectos que se van acumulando, renegociar algu-

nos acuerdos o consecuencias poco previstas. Pero es posible constatar, si comparamos los discursos de hace diez años (o quizá menos) con los actuales, que se ha pasado de posiciones extremas (adhesión mimética hacia los modelos neoliberales o el rechazo en bloque al imperialismo) a análisis más sutiles de cómo vivir con una interdependencia asimétrica.

Se reconoce que en un período de globalización las sociedades no pueden desarrollarse en forma aislada. Se acepta que el desarrollo económico es favorecido o trabado por las condiciones socioculturales. Y, por lo tanto, se han venido constituyendo no tanto paradigmas (término excesivo para nuestra precariedad cognoscitiva) sino estrategias de análisis más complejas, abarcadoras y flexibles. Es necesario reconocer sin resignación la posición subordinada de los países latinoamericanos en el mercado mundial, pero al mismo tiempo la expansión internacional de las industrias audiovisuales brasileña y mexicana, las posibilidades que se presentan en los últimos años a las artes plásticas latinoamericanas y las editoriales en español en Estados Unidos. Todo esto lleva a ver la asimetría de un modo menos maniqueo y fatal (Ford, 1994; Straubhaar, 1993; Roncagliolo en este libro; Ortiz, 1988).

La concentración de la producción internacional de *hardware* en Japón y de *software* en Estados Unidos refuerza nuestra dependencia futura de esas metrópolis. Pero a la vez el descenso de costos en las tecnologías audiovisuales favorece mayor generación endógena de mensajes representativos de las culturas locales y nacionales. Los estudios sobre el comportamiento de las audiencias en esta tensión entre lo global y lo local revelan una tendencia prevaleciente a la «americanización», pero también intereses sostenidos por las culturas propias y una apertura más diversificada a las regionales, por ejemplo hacia las de otros países latinoamericanos, mayor que en el pasado (Martín Barbero, 1987; Moragas Spa, en este libro). Es cierto que en algunas ramas, como el cine, los acuerdos de libre circulación se intensifican justo en estos años en que tenemos menos películas latinoamericanas para intercambiar. Pero también es verdad que nunca había sido tan fácil conocer en México a los músicos de los países centrales y de los latinoamericanos, y que aun las telenovelas —con su versión pintoresca de las cotidianidades nacionales— contribuyen a que los pueblos del continente se ignoren menos. Los satélites y la televisión por cable también dan información diaria al resto de la región de lo que ocurre incluso en los países pequeños. La proximidad cultural entre las naciones de América Latina está dejando de ser una simple herencia de la dominación colonial o una expresión (inconvincente) de deseos en los discursos políticos. Pasa a convertirse en experiencia diaria.

Pero los cambios están ocurriendo casi exclusivamente en los medios masivos. No está claro aún cómo se interrelaciona el enorme poder de los medios, e incluso de las editoriales y las cadenas de galerías de arte culto, con los receptores. Varios de los editores, artistas y promotores culturales entrevistados para este trabajo mostraron dudas sobre el papel de los lectores, de los públicos de arte y de los receptores medios en este proceso. Preguntaba, por ejemplo, Sealtiel Alatríste: «¿la literatura será lo que los editores quieran o crecerá la función de los lectores como activos sensores que contribuyen a modificar los contenidos, como efectiva-

mente está pasando en el cine?». Podemos agregar: ¿cuánto intervendrán los lectores y espectadores como compradores, como simple aglomeración atomizada, y en qué medida pueden participar, como ya ocurre en varios países, organizados como consumidores, como televidentes? El casi nulo desarrollo de estas organizaciones para defender los derechos de los usuarios en México y en América Latina es otro signo de nuestra desprotección y vulnerabilidad ante los cambios del mercado mundial, de las innovaciones tecnológicas y de la integración supranacional.

Las preguntas por el nuevo papel de la sociedad civil van juntas con las que plantea la necesaria reformulación del Estado como árbitro y representante del interés público. Para construir, entonces, una multiculturalidad democrática, para equilibrar el acceso de diversos estratos a los bienes heterogéneos e internacionales ofrecidos por la globalización, es urgente redefinir el papel de los Estados y de los acuerdos multinacionales y multiculturales con un fin principal: reivindicar lo público, entendido como lo colectivo multicultural.

Se trata de deconstruir tanto la identificación del Estado con una concepción fundamentalista e insular de la nación como evitar su disolución en una lucha canibal de intereses privados. El desarrollo de las sociedades contemporáneas no puede ser sino multicultural. A su vez, una multiculturalidad democrática sólo puede conseguirse mediante la reconstrucción de la esfera pública nacional e internacional. Las tareas necesarias para esta renovación de los espacios públicos, tomando en cuenta las demandas de las culturas étnicas y nacionales a la vez que las condiciones de un desarrollo globalizado, debieran ser el eje organizador de la agenda de trabajo en los gobiernos y los organismos internacionales interesados en contribuir a una convivencia democrática y más equitativa.

Bibliografía

- ALADI** La dimensión cultural de la integración, y El mercado común de bienes y servicios culturales, ponencias en Tercera Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, San José, Costa Rica, 22-26 de febrero de 1994.
- Appadurai, Arjun** Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy, en *Theory, Culture and Society* vol. 7, n° 2-3, junio de 1990.
- Arizpe, Lourdes** Pluralismo cultural y desarrollo social en América Latina: elementos para una discusión, en *Estudios Sociológicos* vol. II, n° 4, enero-abril, 1984.
- Bartra, Roger** *Oficio mexicano*. Grijalbo. México, 1993.
- Bonet, Lluís/Dueñas, Marc/Portell, Raimon** (coords.) *El sector cultural en España ante el proceso de integración europea*. Centre d'Estudis de Planificació. Madrid, 1992.
- Bonfil Batalla, Guillermo** Dimensiones culturales del Tratado de Libre Comercio, en Guevara Niebla/García Canclini (coords.), 1992.
- Brunner, José Joaquín** *América Latina: cultura y modernidad*. Grijalbo. México, 1992.
- Calderón, Fernando/Hopenhayn, Martín** Educación y desarrollo en América Latina y el Caribe: tendencias emergentes y líneas estratégicas de acción, ponencia en Tercera Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, San José, Costa Rica, 22-26 de febrero de 1994.

- Casas Pérez, María de la Luz** Análisis del ámbito sociopolítico en el que se enmarca una posible política cultural de comunicación. Ante la perspectiva del acuerdo tri-lateral México-Estados Unidos-Canadá. Tesis de doctorado. UNAM. México, 1994.
- Catalán, Carlos/Sunkel, Guillermo** Consumo cultural en Chile: la élite, lo masivo y lo popular. Documento de trabajo FLACSO n° 455, 1990.
- CEPAL** La industria cultural en la dinámica del desarrollo y la modernidad: nuevas lecturas para América Latina y el Caribe, LC/G. 1823, 14 de junio de 1994.
- Chase-Dunn, Christopher** United States Culture and World Culture, en Lee et al. (eds.), 1994.
- Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo de la UNESCO** The World Report on Culture and Development (preliminary outline). París, julio 1994.
- de Mateo, Fernando** El jalón del TLC, en *Nexos* 189. México, septiembre de 1993.
- de Moragas Spá, Miguel** *Los juegos de la comunicación*. FUNDESCO. Madrid, 1992.
- Delgado, Eduard** La gestión cultural de los 90, en *Referencias* 5, Ministerio de Cultura. Madrid, 1988.
- Elgueta, Raimundo/Izquierdo, Rafael** Situación competitiva internacional de la industria editorial mexicana. CIDE, México (inédito).
- Farchy, Joelle** *Le cinéma déchainé. Mutation d'une industrie*. Presses du CNRS. París, 1992.
- Featherstone, Mike** Global Culture: An Introduction, en *Theory, Culture and Society* vol. 7, n° 2-3, junio de 1990.
- Ford, Anibal** El desafío de nuevas políticas culturales para una América Latina en crisis, ponencia en simposio Integración cultural de América Latina: São Paulo, junio de 1994.
- García Canclini, Néstor** *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo. México, 1990.
- García Canclini, Néstor** (ed.) *El consumo cultural en México*. Grijalbo/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1993.
- García Canclini, Néstor et al.** *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*. IMCINE. México, 1994.
- Garretón, Manuel A.** Políticas, financiamiento e industrias culturales en América Latina y el Caribe, ponencia en Tercera Reunión de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo, San José, Costa Rica, 22-26 de febrero de 1994.
- Guevara Niebla, Gilberto/García Canclini, Néstor** (coords.) *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio*. Nexos-Nueva Imagen. México, 1992.
- Herner, Irene** La toma de Nueva York: 30 siglos de arte mexicano, en *Nexos* 156, diciembre de 1990.
- Inglehart, Ronald/Basañez, Miguel/Nevitte, Neil** *Convergencia en Norteamérica. Comercio, política y cultura*. Siglo XXI-Este País. México, 1994.
- Kyong-Dong Kim** The culture of Development and the Idea of «cultured» Development, en Lee et al., 1994.
- Landi, Oscar/Vacchieri, A./Quevedo, L.A.** Públicos y consumos culturales de Buenos Aires. Documento CEDES n° 32, 1990.
- Lange, André** Descartes, c'est la Hollande. La Communauté Européenne: culture at audiovisual, en *Quaderni. La revue de la communication* 19, París, invierno de 1993.
- Lee, Mamwo et al.** (eds.) *Culture and Development in a New Era and in a Transforming World*. IFES Kyungnam University y UNESCO. Seúl, 1994.
- Malvido, Adriana** Los libros y el TLC: los retos de la apertura, en *La Jornada*, México, 14 de diciembre de 1993.
- Martín Barbero, Jesús** *De los medios a las mediaciones*. Gilberto Gili. México, 1987.
- Mattelart, Armand** *La communication-monde*. La Découverte. París, 1992.

Michelet, Charles-Albert *Reflexions sur le drôle de drame du cinéma mondial*, en *Cinéma Action*, 1988.

Miège, Bernard Les mouvements de longue durée de la communication en Europe de l'ouest, en *Quaderni. La revue de la communication* 19, París, invierno de 1993.

Monsiváis, Carlos La identidad nacional y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio, en *Cultura, medios de comunicación y libre comercio*. AMIC. México, 1993.

Musso, Pierre Audiovisual et télécommunications en Europe: quelles recompositions?, en *Quaderni. La revue de la communication*, 19, París, invierno de 1993.

Ortiz, Renato *A moderna tradição brasileira*. Brasiliense. São Paulo, 1988.

Pasquali, Antonio Bienvenida global village, en *Intermedios* 8, México, agosto-octubre de 1993.

Reyes Heróles, Federico/Aguayo Quezada, Sergio Entrevista con Jaime Serra Puche, en *Este País* 2, México, mayo de 1991.

Rosaldo, Renato *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. Grijalbo. México, 1991.

Stavenhagen, Rodolfo/Nolasco, Margarita *Política cultural para un país multiétnico*. Universidad de las Naciones Unidas. México, 1988.

Straubhaar, Joseph D. Más allá del imperialismo de los medios. Interdependencia asimétrica y proximidad cultural, en *Comunicación y sociedad* 18-19, Colima, mayo-diciembre de 1993.

Trejo Delarbre, Raúl Maravillas y quimeras en la superautopista informativa. Opción con límites para América Latina, ponencia presentada al XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, México, 2 de octubre de 1995.

UNESCO *El desarrollo cultural. Experiencias regionales*. París, 1982.

Valenzuela Arce, José Manuel En la frontera norte de México: Tratado de Libre Comercio e identidad cultural, en Guevara Niebla/García Canclini, 1992.

Wallerstein, Immanuel Culture as the Ideological Battleground of the Modern WorldSystem, en *Theory, Culture and Society* vol. 7, n° 2-3 junio de 1990.

Weintraub, Sidney *A marriage of convenience: relations between Mexico and the United States*. Oxford University Press. Nueva York, 1990.

Wimer, Javier El libro mexicano y el TLC, en *La Jornada*, 13 de septiembre de 1991; pp. 1 y 38.

Yúdice, George Globalización y nuevas formas de intermediación cultural, ponencia presentada al seminario Identidades, políticas e integración regional. Montevideo, 22-23 de julio de 1993.

Zermeno, Sergio La derrota de la sociedad. Modernización y modernidad en el México de Norteamérica, en *Revista Mexicana de Sociología* año LV, n° 2, abril-junio de 1993.

La integración audiovisual en América Latina: Estados, empresas y productores independientes

Rafael Roncagliolo

La solidez de las tres economías que se liberalizan e integran en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, así como la común aspiración de incorporarse al mismo por parte del conjunto de los Estados de la región, lleva con frecuencia a olvidar que existen varios proyectos de integración en marcha. Sin duda el más reciente y notable es el MERCOSUR, que agrupa a Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Pero hay también el CARICOM; el Acuerdo de Cartagena en el área andina (Bolivia, Colombia, Ecuador y Venezuela); el proceso de integración centroamericana (Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y, para muchos efectos, Panamá). Unos están plétóricos de dinamismo, como el MERCOSUR; otros languidecen en hamletianas dudas, como el Pacto Andino. Pero la historia de los ensayos de integración tiene décadas en esta parte del mundo.

Lo que ocurre es que la emergencia del TLC, al incorporar a México a un mercado común norteamericano, trastoca la tradición previa latinoamericana. El sentido mismo de la palabra integración mudó de signo, pues antes implicaba la connotación sindical y defensiva de unidad entre iguales en la pobreza, y ahora, con el TLC, invoca pertenencia excluyente a uno de los tres grandes bloques económicos que se disputan la hegemonía del nuevo planeta. Por eso, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y los latinoamericanos en general, empiezan a hablar de «integración abierta», es decir integración sin componente de oposición o conflicto. Decisiones como la número 24 del Acuerdo de Cartagena, que había fijado años atrás normas comunes y restrictivas de tratamiento al capital extranjero, hoy resultan impensables. La integración ya no se esgrime «frente» a los desarrollados sino «con» ellos.

Este parece un cambio semántico y político que no puede pasarse por alto. El modelo de integración que se inaugura con el TLC rompe la tradición y los principios de las integraciones ensayadas hasta ahora. La noción, romántica si se quiere, de la «Patria Grande», a menudo evocada en nombre de Bolívar y Martí, ha quedado, de hecho, atrás. «América Latina, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos»; quiere ahora acercarse aún más al Norte. Se cancela así toda la larga bibliografía y los discursos sobre la integración de América Latina, que desde Haya de la Torre, pasando por los partidos socialdemócratas y demócrata-cristianos, habían insistido en un conjunto de tópicos culturales que fueron colocados en la base de la integración, particularmente la comunidad lingüística, histórica y geográfica. Este cambio de modelo es la primera constancia a registrar, a propósito de las políticas culturales en los procesos de integración.

En la era de la *global village* de McLuhan y el *global supermarket* de Barnet y

Müller, América Latina parece transitar del modelo latinoamericanista al modelo panamericanista. La abstinencia chilena y el surgimiento del Grupo de los Tres pueden así entenderse como prepostulaciones al TLC. En qué situación llegan las comunicaciones de la región a esta nueva perspectiva de la integración, es el tema de este trabajo.

América Latina y el Caribe: clase media del mundo

Conviene empezar por ubicar América Latina y el Caribe en términos de comunicación masiva. Para ello hemos escogido los siguientes indicadores: ejemplares de diarios por cada mil habitantes; títulos de libro por cada millón de habitantes; asientos de cine, receptores de radio y receptores de televisión, éstos calculados por cada mil habitantes. Los cálculos se han efectuado con base en los informes entregados por los Estados para las publicaciones oficiales de la UNESCO, por lo que existen algunas inconsistencias menores que, para nuestros fines, pueden pasarse por alto.

Las cifras son claras: por un lado están las tres regiones desarrolladas, con un alto consumo de todos los medios, y entre las cuales Europa lleva la delantera en materia de impresos (diarios, libros) y cine; y América del Norte en cuanto a los medios electrónicos (radio y televisión) (ver cuadro 1).

En el otro extremo, la inmensa, compleja y heterogénea región que es Asia; el vasto conjunto plurinacional monolingüístico del mundo árabe; y África subsaha-

Cuadro 1

Consumo de medios según regiones del mundo
(por cada 1.000 habitantes)

	Diarios	Libros (*)	Asientos de cine	Receptores de radio	Receptores de televisión
Europa	332	565	58	699	375
América del Norte	248	392	40	2.017	798
Oceanía	206	454	20	944	375
América Latina y Caribe	94	96	17	342	164
Asia	64	74	7	182	64
Estados árabes	39	29	4	252	102
África subsahariana	17	21	3,1	148	22
Total mundial	111	159	20	342	156

(*) Número de títulos por millón de habitantes.

Fuente: cálculos basados en UNESCO, *Statistical Yearbook* 1992, París, pp. 6-13 a 6-20.

riana. Estas tres regiones tienen niveles de consumo cuyas coberturas con frecuencia no equivalen a un décimo de las de los países del Norte.

América Latina y el Caribe se coloca en una posición relativamente intermedia, con indicadores muy por debajo de los países del Norte, pero por encima de las otras regiones del Sur.

El cuadro 1 sugiere además lo que, evocando a McLuhan, puede denominarse el tránsito de la galaxia de Gutenberg a la de Marconi (McLuhan, 1972). En todas las regiones del mundo, la radio es el medio más difundido (hay más de dos radios por persona en América del Norte), y luego viene la televisión. Ello vale también para América Latina y el Caribe.

Por lo mismo, para apreciar las tendencias de consumo en las cuales se despliegan las innovaciones tecnológicas, conviene echar una mirada a la evolución de los diversos indicadores considerados en el cuadro 1, durante las últimas dos décadas. Ello se registra en el cuadro 2.

Los datos ilustran la situación mundial y por regiones: la disminución brutal y universal de las butacas de cine, con la sola excepción parcial de Europa; el escaso incremento de los libros (cuya cifra global es inexplicablemente negativa según la fuente utilizada); el lento ascenso de la prensa, que llega a disminuir en América del Norte y Oceanía; la veloz expansión de la radio y la televisión, sobre todo en África y Asia, y en menor medida en América Latina y el Caribe. En esta región, sin embargo, todos los medios crecen por encima del promedio mundial, excepto, claro está, los asientos de cine.

Cuadro 2

Incrementos porcentuales 1970-1990 en el consumo de medios
según regiones del mundo
(por cada 1.000 habitantes)

	Diarios	Libros (*)	Asientos de cine	Receptores de radio	Receptores de televisión
Europa	9	22	-3	57	83
América del Norte	-10	7	-18	50	97
Oceanía	-31	26	-52	79	101
América Latina y Caribe	29	23	-32	116	188
Asia	16	17	-13	406	237
Estados árabes	77	-24	-43	92	364
África subsahariana	10	24	-22	348	1.471
Total mundial	1	-15	-20	116	93

(*) Número de títulos por millón de habitantes.

Fuente: cálculos basados en UNESCO, *Statistical Yearbook* 1992, París, pp. 6-13 a 6.

Este empuje de la radio y la televisión expresa y corresponde a la revolución tecnológica en curso. Los canadienses, Harold A. Innis y Marshall McLuhan lo habían advertido, al fijar la evolución de la humanidad a través de las galaxias señaladas por la tecnología de las comunicaciones: a) la larga galaxia de la oralidad; b) algunos milenios de escritura; c) apenas quinientos años de imprenta; y, finalmente, d) un siglo de medios electrónicos, particularmente radio y televisión. Sin embargo, ellos no pudieron advertir la transformación cultural que vendría a provocar la nueva «galaxia bit». De hecho, ambos escriben y publican sus obras antes del advenimiento de la computadora personal, en 1980. Este evento puede marcar el surgimiento de una nueva galaxia cultural, la «galaxia bit», cuyos efectos en el universo de las políticas culturales aún está por analizarse, aunque pertenece al futuro inmediato.

Lo cierto es que, a diferencia de las anteriores (la de la caldera a vapor, la de la electricidad y la de la faja transportadora), la última revolución industrial, la de la informática y la telemática, no se aplica a momentos concretos y específicos del proceso productivo (producción de energía, ensamblaje) sino a todas las etapas del proceso económico y al conjunto de la vida social, incluidos la cultura y el uso del tiempo libre.

En cualquier caso, afirmar que hemos pasado de la galaxia de Gutenberg a la galaxia Marconi no implica ningún pronóstico catastrófico respecto al futuro de la imprenta, el libro y la prensa escrita¹. Anuncia simplemente la multiplicación de la oferta radiofónica y audiovisual, incluidas las transformaciones satelitales y la televisión por cable, todo lo cual hace que el consumo de bienes simbólicos se efectúe cada vez más a través de vehículos electrónicos, y en particular de la televisión, que además se combina crecientemente con la computadora y el teléfono. A guisa de ilustración de los impactos diferenciados de cada medio, basta echar una mirada a los datos del cuadro 3.

Estas cifras sugieren que los medios electrónicos se consumen más, son preferidos para la información política y gozan de mayor credibilidad. De ahí que su influencia y responsabilidad para una cultura democrática se acrecienta día a día. Sin embargo, de ello no se infiere que la prensa pierda importancia; lo que aparece más bien es un panorama complejo, en el que los diferentes medios interactúan entre sí. Por ejemplo, suele ocurrir que uno se entera por la radio, confirma por la noche en la televisión, y analiza al día siguiente en el periódico.

Además, no estamos en condiciones de establecer generalizaciones regionales

1. Al respecto, parece inevitable recordar la obra póstuma de Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio* (1989). Señala Calvino: «El milenio que está por terminar (...) ha sido (...) el milenio del libro; ha visto cómo el objeto libro adquirió la forma que nos es familiar. La señal de que el milenio está por concluir tal vez sea la frecuencia con que nos interrogamos sobre la suerte de la literatura y del libro en la era tecnológica llamada postindustrial (...) Mi fe en el futuro de la literatura consiste en saber que hay cosas que sólo la literatura, con sus medios específicos puede dar» (p.11). Y, respondiendo a McLuhan, ha escrito hace poco Francisco Miró Quesada: «...todo el objeto que ocupe lugar en el espacio y que contenga un lenguaje escrito es un libro. En este sentido todo libro puede reproducirse en la pantalla del televisor (...) con la revolución de la informática, el libro, en lugar de desaparecer, se ha hecho más cómodo» (1993, p.3).

Cuadro 3

Consumo, preferencia y credibilidad en los medios de Lima, 1992

(En porcentajes)

Medio	Lee, escucha o ve todos los días	Lo prefiere para información política	Mayor credibilidad
Periódico	35	12	13
Radio	73	15	14
TV	84	72	63

Fuente: datos basados en IPAL-Universidad Complutense de Madrid, 1993; y Roncagliolo, 1993a.

en este aspecto. Así, la Encuesta de Consumo Cultural realizada por CENECA y CLACSO en el mes de mayo de 1987, en el Gran Santiago, arrojó los siguientes porcentajes de respuestas a la pregunta «¿Cuál es el medio que es más fiel a la verdad: los diarios, las revistas, la radio o la televisión?»: radio 4,1%; diarios 18,1%; televisión 14,4%; revistas 9,4%; ninguno 3,7% (Portales et al., 1989; p.58). Y de hecho, en cada país y en cada momento, los resultados varían según un cúmulo de circunstancias.

Lo relevante es que hemos pasado, simultáneamente, del consumo prioritario de «bienes simbólicos situados, que requieren la asistencia al lugar (desde las universidades y bibliotecas hasta los cines y salones de baile)», a «los medios de comunicación electrónica que llevan los bienes simbólicos a domicilio (radio, televisión, etc.)» (García Canclini/Piccini, 1993; p. 47).

Hay muchas crisis de manifestaciones culturales y políticas que se explican simplemente en razón de este tránsito. Por ejemplo, la crisis de las salas cinematográficas, que no es crisis del audiovisual sino de las salas, como consecuencia del desarrollo, primero de la televisión y luego de las videograbadoras, de modo que hoy se ve más cine que nunca, sólo que no se ve en los cines; o también la crisis de la vida política, que es la crisis de la vida partidaria, sus locales, células y manifestaciones callejeras, espacios sustituidos por los escenarios de la industria cultural, en el marco de la espectacularización de la política.

El doble tránsito aludido —de Gutenberg a Marconi, de los locales culturales al reperto a domicilio— indica el surgimiento de nuevas formas de organización (y desorganización) social, que constituyen el paisaje o escenario cultural. En este sentido, la revolución tecnológica no debe considerarse como un hecho puramente material, sino que tiene profundas implicaciones económicas, culturales, sociales y políticas.

El mosaico regional

El análisis de las comunicaciones regionales tiene que tener en cuenta las

similitudes, pero también las diferencias. No sólo las diferencias entre el norte de América y el centro y el sur, sino también la heterogeneidad dentro de la periferia. La situación del Caribe no es comparable a la de la América del Sur. La de Brasil (país que los propios brasileños gustan llamar «Belindia» = Bélgica + India) no tiene nada que ver con la de su vecino, Bolivia. Esto hace un mosaico de situaciones que prefigura aptitudes nacionales muy diferentes frente a la integración, en particular en el área de la cultura y las comunicaciones.

Para tomar un solo indicador, la balanza de pagos de los bienes y servicios culturales de los países de la región permite establecer una clasificación tricotómica que arroja tres situaciones totalmente distintas:

1. Países netamente exportadores, que son dos, Brasil y México. Estos países ya están incorporados a la economía global de bienes culturales, y son sedes de gigantes del audiovisual: Red Globo y Televisa, respectivamente. Naturalmente, ambas empresas se beneficiaron de a) mercados domésticos de inicio bastante grandes (lo que en el caso de Televisa incluyó al mercado hispanohablante de Estados Unidos, gracias a su propiedad sobre el Spanish Television Network); y b) de alianzas políticas que les aseguraron la protección de sus respectivos gobiernos (el gobierno militar en Brasil, el PRI en México). Pero lo cierto es que se trata de dos situaciones aisladas. Aisladas pero diferentes: Globo es básicamente un exportador de audiovisuales, que ha llevado a Brasil al cuarto lugar como productor y tercero como exportador audiovisual, pero no ha transnacionalizado su producción; Televisa, en cambio, actúa en la región como una genuina corporación transnacional, que compra canales e internacionaliza sus actividades productivas.

2. Países incipientemente exportadores: es el caso de Argentina y Venezuela, y en mucho menor medida de Colombia, Chile y Perú (que actualmente sólo exporta una serie infantil de televisión). Estos países medianos están en segunda fila para el acceso a cualquier liberalización hemisférica, que pudiera diseñarse a partir del conjunto tripartito del TLC. Su situación es ambigua, pues por un lado están buscando mercados para su producción cultural y, por el otro, tienen que defenderse frente a la penetración, ya no sólo de las empresas extrarregionales, sino de las propias transnacionales latinoamericanas, como Televisa.

3. Países netamente importadores: son todos los demás, países pequeños que están en la tercera fila para la clasificación en el esquema de integración panamericano. Lógicamente, son estos los países más interesados en los esquemas subregionales y, por eso, el dinamismo de los procesos centroamericano y caribeño es mayor que el andino; y también por ello Uruguay y Paraguay respaldan un MERCOSUR que consolide la hegemonía compartida de Argentina y Brasil.

La clasificación gruesa que introducimos no debe hacernos olvidar que el 70% de las películas que se pasan por la televisión brasileña son de origen estadounidense; o que más del 50% del *prime time*, tanto en Argentina como en Venezuela o en México, sigue siendo extranjero. Todos somos dependientes, y podremos serlo aún más después del TLC. Pero tenemos aptitudes diferentes para incorporarnos en esquemas integracionistas y por eso, cuando se piensa en el conjunto de la región, resulta difícil encontrar políticas deseables y fórmulas igualmente convenientes para todos.

«Todos los animales son iguales pero algunos son más iguales que otros», dice con ironía Orwell en *Animal Farm*. Digamos pues que todos los países latinoamericanos son dependientes pero algunos son más dependientes que otros.

Una lista de intentos fallidos

En América Latina existe una larga, aunque poca fecunda, tradición de esfuerzos de integración en el campo de las comunicaciones. Se trata de una tradición que es menester evaluar, de cara al futuro.

Los primeros procesos espontáneos de integración cultural se remontan medio siglo atrás, a la música y al cine argentinos y mexicanos. Sin embargo, durante los últimos veinte años se ha intentado una serie de esfuerzos de integración comunicacional, desde el mundo gubernamental e intergubernamental.

Entre ellos, cabe señalar los más importantes: en primer lugar, las experiencias pioneras, surgidas al final de los años setenta, como corolario de la polémica Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación, convocada por la UNESCO en San José de Costa Rica, en 1976. Esta Conferencia marcó un hito en términos de políticas culturales de integración, no tanto por sus acuerdos, como por el hecho de que las organizaciones privadas de la región, la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR), cuestionaron severamente el derecho de los Estados y de la UNESCO a discutir políticas de comunicación, llegando a organizar una contraconferencia paralela y orquestando una campaña continental en su contra.

Las tres iniciativas que siguieron a la Conferencia de San José fueron largamente consideradas como ejemplos de integración cultural, en el marco de la construcción del entonces llamado Nuevo Orden Internacional de la Información y las Comunicaciones, nuevo orden que se plasmó en el Informe McBride y que motivó tantas investigaciones y tantas polémicas, hasta el retiro de Estados Unidos, Gran Bretaña y Singapur de la UNESCO. Ellas son:

1. Acción de Sistemas Informativos Nacionales (ASIN), un *pool* de las agencias nacionales de noticias que ha tenido como operador a la agencia cooperativa IPS-Tercer Mundo. A diferencia de la Pan African News Agency (PANA), y otros entes regionales, ASIN ha tenido una participación mínima en el flujo de noticias publicadas en la región.

2. La Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales de Información (ALASEI), creada por el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), con el apoyo de la UNESCO. La novedad de ALASEI, basada en México, fue que incorporó en su seno a representantes de asociaciones no gubernamentales: la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS), y la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIIC). La agencia quiso especializarse en artículos analíticos (*features*), y aunque su producción fue de notable calidad periodística, simplemente quebró tan pronto como terminaron los proyectos de cooperación internacional destinados a su financiamiento. Los Esta-

dos miembros de los que dependía nunca cumplieron con pagar sus cuotas, y aunque los medios de comunicación estaban dispuestos a publicar sus despachos, no los valoraban en el grado necesario para pagar por los mismos.

3. La Unión Latinoamericana y Caribeña de Radiodifusión (ULCRA), entidad que agrupa a las estaciones de radio y televisión no comerciales, es decir gubernamentales y sin fines de lucro. La ULCRA ha sido frecuentemente comparada con la Unión Europea de Radiodifusión (UER) y otros cuerpos regionales existentes en el mundo, para llegar a la conclusión de que su existencia es frágil y su impacto mínimo. De hecho, sus oficinas en San José de Costa Rica prácticamente han dejado de funcionar luego del relevo de su secretario general. Como en el caso de ALASEI, los miembros son muy renuentes a pagar sus cuotas y la entidad prácticamente no tiene ninguna presencia pública en la región.

A esta lista inicial pueden agregarse otros esfuerzos comunicacionales de data más reciente:

- La Conferencia de Autoridades Cinematográficas de Iberoamérica (CACI), que empezó a reunirse ya en los años noventa y que ha suscrito diversos convenios de intercambio, coproducción y distribución, pero cuyo impacto se ve reducido por el doble fenómeno de crisis de la industria cinematográfica, cuyos costos de producción pueden competir con el registro electromagnético de la TV, y de abandono de las políticas de fomento por parte de los Estados.

- Los Encuentros de Ministros y Responsables de las Políticas de Cultura, que empezaron a realizarse en Mar del Plata, en 1990, y que han asumido diversas iniciativas de cooperación e intercambio, pero cuyos efectos están lejos de sentirse por la pérdida de peso, cuando no han desaparecido, de los entes encargados de la política cultural, en el marco del neoliberalismo. Carentes de sustento financiero, los acuerdos de los ministros tienden a quedarse en el nivel de las declaraciones.

- Diversas iniciativas del SELA, la Junta del Acuerdo de Cartagena y otros organismos, que han desarrollado algunos programas concretos de cooperación. Por ejemplo: a) el Servicio de Información sobre Nuevas Tecnologías de Comunicación (SIETCOM) del SELA, un proyecto que quedó en suspenso tan pronto como la UNESCO dejó de proporcionar los fondos necesarios; b) Nuestra América, programa de televisión de la Junta del Acuerdo de Cartagena, que produjo una serie de programas infantiles que fueron mostrados en todos los países miembros. La producción fue costosa y subvencionada, y la serie es reconocida como de alta calidad. Sin embargo, sólo pudo pasarse merced a gestiones políticas en cada país. No hubo posibilidad de financiarla a través de los mecanismos de mercado; y c) Expedición Andina, del Convenio Andrés Bello, cuyo resultado fue muy similar al de Nuestra América, y que hoy circula en videocintas.

La mayoría de estos esfuerzos han sido poco relevantes a la larga, o directamente fracasados, por el hecho de que privilegiaron el papel de los Estados y los organismos intergubernamentales. En esto, se siguieron los modelos europeos, probados también con algún éxito en África, el Pacífico y algunas partes de Asia tributarias del propio sistema europeo de organización de los sistemas de comunicación. En América Latina, heredera como veremos más adelante de una tradición muy distinta, simplemente no funcionaron.

En contraste con las iniciativas mencionadas, han surgido otras en las que se combina lo intergubernamental con lo privado comercial. Es el caso del proyecto reciente de Periódicos de la UNESCO y el Fondo de Cultura Económica de México. Aquí, la difusión de libros como suplementos mensuales de diarios se realiza a través de una cadena de diarios privados de alto tiraje, uno en cada país de la región. Cabe anotar, sin embargo, que el éxito de la operación sigue dependiendo del financiamiento a través de las publicidades locales. Señal de que seguramente habrá que pensar pronto en una campaña de publicidad global.

Existen, además, acciones independientes de organismos de base de la sociedad civil, tales como la Asociación de Radios Comunitarias-AMARC, la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica-ALER, los movimientos latinoamericanos y nacionales de video, y un proyecto de Red de Televisoras Comunitarias. Estas últimas redes no han sido aún evaluadas pero, a pesar de que dependen también en medida importante de la cooperación internacional, puede formularse la hipótesis de que su eficacia es mayor.

En suma, lo que ocurre es que se desestatiza el tema de los agentes de la integración, incorporando al sector privado comercial y al sector de servicio público no estatal, fortalecido con la aparición de productores independientes, televisoras regionales y comunitarias.

Lo anterior implica una crítica a la manera en que se formularon (evaluaron e investigaron) los procesos de integración recientes. En general se olvidó que, a pesar de su relativa homogeneidad lingüística, comunidad histórica y proximidad geográfica, desde antes del proceso general de globalización, América Latina ha tenido tres atipicidades que la colocan en situación frágil dentro de la aldea global:

1. La atipicidad fundacional de sus sistemas de radiodifusión (que puede explicar en gran parte los fracasos recientes).

2. La atipicidad en sus niveles de transmisión y consumo de medios: número de estaciones, horas de emisión, número de receptores, videograbadoras, y más recientemente generalización de las transmisiones vía satélite y cable.

3. La atipicidad en la densidad de su tejido social, que se expresa en la multiplicación de emisoras de grupos de base de la sociedad civil y de productores independientes.

La atipicidad fundacional

Ante todo lo obvio y ya aludido: nuestro sistema de radiodifusión, en contraste con los europeos, africanos y la mayoría de los asiáticos, se inspiraron tempranamente en la variante estadounidense de la rentabilidad económica; peculiaridad hemisférica que no debe pasarse por alto, so riesgo de hacer comparaciones equívocas y erradas entre la situación latinoamericana y la de otras regiones. En efecto, ¿qué alcance tiene la televisión estatal en América Latina?, ¿en qué sentido cabe hablar aquí de la televisión pública?, ¿qué hay que se asemeje a la BBC británica o la RAI italiana? Para los públicos de esta región tales nociones y experiencias son casi esotéricas. Nuestra televisión realmente existente poco o nada ha tenido que ver con ellas.

Es cierto que en estos cuarenta años se intentaron otras fórmulas y variaciones en la organización de la televisión, tales como:

- el monopolio estatal: Cuba a partir de 1961;
- la propiedad mixta con mayoría de acciones y control por el Estado: Perú entre 1969 y 1980;
- la propiedad principalmente universitaria: Bolivia hasta 1979 y Chile hasta 1990.
- la propiedad estatal y licitación de los programas entre empresas programadoras: Colombia.

A pesar de estas singularidades, la televisión privada copó rápida y plenamente las ondas y las audiencias, dejando para la televisión pública y la estatal apenas su lugar simbólico. En algunos países, como el Ecuador, en donde la televisión fue definida legalmente como parte de la actividad publicitaria, ni siquiera llegó a existir canal estatal. Y en la mayoría de los casos antes citados a guisa de excepciones, el financiamiento exclusivamente publicitario, y luego la privatización, produjeron un cuadro en el que no puede hablarse con rigor de una tradición de televisión pública ni estatal. Los esfuerzos en esta dirección, como el proyecto RATELVE durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez en Venezuela², o las discusiones habidas en el México de López Portillo, abortaron tempranamente, como lo ha demostrado e ilustrado Elizabeth Fox (1990).

Por lo tanto, la radiodifusión americana arraigó dentro de la mencionada lógica de la rentabilidad económica, mientras que la europea se fundó sobre la lógica de la rentabilidad sociocultural, para usar los términos de Giuseppe Richeri (1983). La primera procura maximizar las utilidades contables de la empresa; la segunda, los intereses culturales y educativos de la sociedad. La primera reposa sobre el negocio privado y el financiamiento exclusivamente publicitario; la segunda, sobre la noción de servicio público.

En la primera los programas son envoltura de la publicidad. Y como lo ha señalado Dallas Smythe (1981), literalmente se venden públicos semicautivos a los anunciantes (cautividad que por supuesto se relativizó con la aparición del control remoto). El *rating* es una medida de la cantidad de público que se vende y, por lo tanto, una manera de definir su precio de venta.

La privatización parcial de la radiodifusión europea se está realizando a partir de un trasfondo histórico que simplemente nunca existió en América Latina. Por eso, cuando se privatiza en Europa se introduce (suponemos) pluralidad. Pero en América Latina donde todo es privado (con escasas excepciones), lo que faltaría, para compensar la globalización, es un balance al monocorde paisaje de nuestra televisión.

Si la ULCRA, como ALASEI y en parte ASIN, desaparece de nuestro panorama institucional, ello tiene que ver con una carencia de partida. En efecto, tales esfuerzos intergubernamentales no podían suplir la carencia de políticas públicas

2. A partir de Venezuela, y en relación con el proyecto RATELVE, se ha desarrollado en América Latina una amplia tradición crítica de investigación en comunicaciones (ver Pasquali, 1963; 1976; 1990 y 1991).

de cultura y comunicaciones, que fueran sólidas al interior de los países. La generalización del neoliberalismo viene, en este sentido, sólo a consolidar y consagrar una situación preexistente. La integración no ha funcionado, ni funcionará en las actuales circunstancias, a partir de los Estados.

En el supuesto caso de que la integración permanezca como *desideratum*, cabe preguntarse: ¿estará el sector privado interesado en la misma? En octubre de 1993 realizamos un seminario en Lima, en donde reunimos a productores independientes de programas infantiles de tv y gerentes de producción de los países andinos (Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela). Los gerentes habían constituido previamente el jurado de un concurso subregional al que los productores habían presentado sus trabajos. El clima era óptimo: de franqueza y camaradería; todo parecía indicar que los videos exhibidos merecían transmitirse por sus canales. Les preguntamos si eventualmente estarían dispuestos a asistir a una muestra-mercado de producciones latinoamericanas y nos dijeron que no. Gente acostumbrada a viajar a los mercados de Estados Unidos más de una vez al año, la mayoría apenas conocía Lima.

El costo promedio de producción de los videos premiados bordeaba los 10.000 dólares. Si uno cualquiera se vendiera en los seis países andinos, debería recibir no menos de 1.500 dólares en cada país para absorber los costos. Los gerentes estaban dispuestos a pasar los videos, e incluso a pagar por ellos, pero no más que lo que pagaban en los remates de saldos de Estados Unidos, es decir unos pocos centenares de dólares. En estas condiciones, parece claro que la lógica de la rentabilidad económica resulta impermeable a los propósitos de la integración.

Tal conclusión se ve fortalecida por la globalización de los mercados audiovisuales. En efecto, si la producción de Estados Unidos, donde los costos son mucho más altos, pueden venderse a precios tan inferiores, se debe a que la inversión ya se ha recuperado en el mercado doméstico. Por lo tanto, las exportaciones son pura utilidad. Ello explica también que Brasil pueda vender telenovelas a 100 dólares en Angola. En esta lógica, la posibilidad de la integración, y del sostenimiento de la producción endógena, descansaría sobre la eficacia para moverse a la escala mundial del mercado global. Si no, no hay competencia.

La atipicidad del consumo

1. Tenemos en América Latina un radio receptor por cada 3 habitantes y un receptor de tv por cada 7: casi un televisor por familia, aunque por supuesto se trata de un promedio y la televisión sigue lejos de alcanzar cobertura poblacional total, en particular en el medio rural. Pero agreguemos, a guisa de comparación, que sólo hay un ejemplar de diario por cada 18 personas y un aparato telefónico por cada 19. Y, siempre en promedio, un habitante latinoamericano va al cine dos veces al año.

2. Según cálculos que hemos efectuado basados en el *World Communication Report* publicado en 1990 por la UNESCO, en los países de América Latina se transmiten en promedio más de 500.000 horas anuales de televisión. En los de Europa latina, apenas 11.000. Esto significa que lanzamos y recibimos 444% más horas que los latineuropeos (España, Francia, Italia, Portugal, Rumania).

3. Bolivia es uno de los países del mundo que mantiene más canales de televisión por número de receptores. Cerca de setenta canales para un parque de algo más de 500.000 aparatos receptores: más de un canal por cada 10.000 receptores. Aunque, claro, muchos canales se reducen a una videgrabadora, una antena parabólica, una transmisora y, a veces, una cámara.

4. En Colombia, Panamá, Perú y Venezuela, hay más de una videgrabadora (VCR) por cada tres hogares con televisión. Esta proporción es más alta que la que corresponde a Bélgica (26,3%) o a Italia (16,9%). Por lo que, conviene no olvidarlo, en una cultura del consumismo como la nuestra, el número de canales o videgrabadoras, y el consumo de mensajes tienen sólo una remota relación con el nivel de desarrollo socioeconómico.

Estas cifras anuncian que, desde el punto de vista cuantitativo, nuestros medios de comunicación son atípicos por su opulencia y no por su miseria. A diferencia de otras regiones del Sur, el problema capital de nuestros sistemas de comunicación no reside tanto en la carencia de medios como en los mensajes o contenidos que éstos transmiten, y en particular en la ausencia de producción endógena. Es lamentable cómo a medida que se expanden los medios de comunicación latinoamericanos, disminuye concomitantemente el porcentaje de programas y mensajes producidos dentro de la región.

La opulencia se acelera geométricamente. La multiplicación de las emisiones como consecuencia de la generalización de satélites y cables es sólo el preludio de lo que en el mediano plazo consistirán las Redes Digitales de Servicios Integrados y las autopistas de la información. En el mediano plazo, piensa uno, pero puede tratarse de un muy corto término. Quizás ya México enfrenta la conocida paradoja canadiense: Canadá fue el primer país que puso en órbita un satélite de comunicaciones domésticas. Se quería con ello favorecer la integración nacional, facilitando la transmisión de la programación endógena. A los pocos años de lanzado el satélite, se comprobó que la audiencia de programas de Estados Unidos, gracias al satélite, se había multiplicado, en detrimento de la producción canadiense.

Esta paradoja se potencia con los nuevos desarrollos tecnológicos. La digitalización de sonido e imágenes y la inminencia de la televisión de alta definición, cuyos estándares para Estados Unidos serán definidos este año por la Federal Communications Commission, implican costos de producción y transmisión que, de entrada, sólo podrán asumir quienes operan a escala global.

La atipicidad social

La última especificidad que interesa rescatar aquí se refiere a la densidad de tejido social latinoamericano, y a una larga trayectoria de expropiación y domesticación de las tecnologías de comunicación por parte de la sociedad civil, es decir las organizaciones sociales que se articulan en función de intereses particulares, no necesaria ni explícitamente políticos (sindicatos, movimientos campesinos, femeninos, religiosos, juveniles, etc.). Como lo ha registrado Luis Ramiro Beltrán (en «Neoliberalismo y comunicación democrática en América Latina: plataforma y banderas para el Tercer Milenio», un documento lamentablemente inédito hasta

ahora), esta historia se remonta a más de cuarenta años atrás, a las radios mineras, campesinas y religiosas de Bolivia (tan importantes en la revolución de 1952), así como a la Acción Cultural Popular de Colombia.

En la última década, como consecuencia de la revolución telemática y el desarrollo de las «comunicaciones» (según el neologismo de Parker), la expresión comunicacional tenderá a agudizarse aún más. En efecto, las tecnologías de comunicación (informática, telecomunicaciones, video y televisión) se caracterizan, entre otras cosas, por a) la disminución relativa de los precios de venta de sus productos finales (microcomputadora, antena parabólica, grabadoras, cámara de video, estaciones transmisoras, etc.); b) el incremento de la transparencia tecnológica, o sea la posibilidad de utilizar los equipos sin intermediación ni entrenamiento previo; y c) la miniaturización (computadoras *notebook*, poderosas minicámaras, antenas parabólicas de 60 centímetros de diámetro que caben en un maletín de viajes, etc.).

En América Latina esta revolución tecnológica ha facilitado un desarrollo ilustrado de nuevos actores y formas de la comunicación: televisoras regionales, municipales y comunitarias; radios y diarios en manos de los más diversos grupos de la sociedad civil; realizadores y difusores independientes y populares de video (más de 3.000), etc.

Hay un nuevo universo de productores, estaciones regionales y comunitarias, y usuarios de audiovisual para la educación, la cultura y el desarrollo, que deben considerarse sujetos y actores de la integración.

En el caso de la producción audiovisual, puede registrarse una evolución neta que pasa por varios tipos de producción (ver Roncagliolo, 1990):

1. El video registro, primera manifestación de los nuevos productores, que se apropian y proponen recoger la historia oral de diversos grupos sociales, en una perspectiva que luego ha sido sistematizada por la antropología visual.

2. El video grupal que, al modo de la observación participante, produce audiovisuales para el consumo y la retroalimentación grupales, lo que además alimenta toda la línea de «comunicación para el desarrollo».

3. El video espectáculo, cuyo más conocido ejemplo es el de TV Viva en Brasil, y que hace del audiovisual motivo de la fiesta popular, a partir de la utilización de todas sus posibilidades estéticas y humorísticas.

4. El video de contrainformación, que fue tan importante bajo la dictadura de Pinochet, y que funda las líneas del documental y del periodismo de los grupos populares.

5. El video para la difusión masiva, que viene a ser la producción «alternativa» (usamos tan cuestionado término por pura comodidad y economía del lenguaje) orientada a la conquista, primero de las ondas herzianas y luego del cable.

Este es, propiamente hablando, el espacio público en gestación. A partir de una veintena de años de esfuerzos y ensayos, de él emergen televisoras regionales (como las mexicanas y colombianas), municipales y comunales (como Villa El Salvador y Sicuani en Perú). Ellas representan un impulso local, hacia arriba, que parece destinado a convivir con los medios globales. Tal convivencia constituye quizás la tendencia más clara de las industrias culturales «de punta» en la región.

A modo de conclusión

Transnacionalización de la producción, globalización de los mercados y liberalización de los Estados son tres fenómenos que se refuerzan entre sí. Los tres tienden a desvanecer el espacio para las políticas culturales de integración. La evolución de las comunicaciones en América Latina no permite alimentar muchos ideales integracionistas ni de fortalecimiento de la producción endógena.

Sin embargo, asistimos al nacimiento de una compleja convivencia entre lo global y lo local. La densidad del tejido comunicacional de las localidades, beneficiándose de un acceso creciente a ciertos desarrollos tecnológicos, puede implicar la emergencia de un tercer sector (no comercial ni gubernamental) que empiece a articularse regionalmente y a desempeñar un papel integrador.

Sólo si los Estados son capaces de asumir e impulsar esta convivencia, a través de políticas democráticas de concentración, habrá integración comunicacional y sustento cultural para las integraciones económica y política.

Bibliografía

- Calvino, Italo *Seis propuestas para el próximo milenio*. Ediciones Siniela. Madrid, 1989.
- Fox, Elizabeth *Días de baile: el fracaso de la reforma en la televisión de América Latina*. FELAFACS-WACC. México, 1990.
- García Canclini, Néstor/Piccini, Mabel *Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano*, en García Canclini (coord.), *El consumo cultural en México*. CONACULTA. México DF, 1993.
- IPAL/Universidad Complutense de Madrid *La cultura política en el Perú de los años 90*.
- McLuhan, M.H. *La galaxia Gutenberg, génesis del homotipographycus*. Aguilar. Madrid, 1972.
- Miró Quesada, Francisco *El destino del libro*, en *Alma Matinal* año 2, nº 4-5, marzo-abril/mayo-junio, 1993.
- Pasquali, Antonio *Comunicación y cultura de masas*. Monte Avila. Caracas, 1963.
- Pasquali, Antonio *Comprender la comunicación*. Monte Avila. Caracas, 1976.
- Pasquali, Antonio *La comunicación cercenada*. Monte Avila. Caracas, 1990.
- Pasquali, Antonio *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Monte Avila. Caracas, 1991.
- Portales, Diego et al. *La política en la pantalla*. ILET-CESOC. Santiago, 1989.
- Richeri, Giuseppe *La televisión entre servicio público y negocio*. Gilberto Gili. Barcelona, 1983.
- Roncagliolo, Rafael *Latin America: Peculiarities, problems and proposals*, en Nostbakken, D./Morrow, Ch., *Cultural Expression in the Global Village*. Southbond/IDRC. Penang-Ottawa, 1993.
- Smythe, Dallas W. *Dependency Road: Communications, Capitalism, Consciousness, and Canada*. Ablex. Norwood, New Jersey, 1981.

Políticas culturales en Europa: entre las políticas de comunicación y el desarrollo tecnológico

Miguel de Moragas

El objetivo de este trabajo es analizar un factor que, a nuestro entender, condiciona muy especialmente a la política cultural europea y en general a las políticas culturales de los países más desarrollados: la nueva dependencia de estas políticas de las políticas de comunicación y de telecomunicaciones.

Esto sucede en una época en la que se están produciendo otros importantes cambios económicos y políticos que afectan decisivamente a las prácticas culturales de los ciudadanos. Sin negar estas otras influencias, consideramos que la importancia de la concurrencia cultura-comunicación-telecomunicaciones justifica un análisis especializado.

Los cambios de la comunicación

La comunicación sigue siendo un factor influyente en lo que podríamos denominar «sectores de siempre», es decir la política, la cultura, la educación. Lo que sucede ahora es que esta influencia —esta centralidad— se manifiesta también en otros sectores: las finanzas, la producción industrial, el trabajo, la ciencia, etc.

Este nuevo poderío de la comunicación es una consecuencia de sus propios y acelerados cambios, particularmente de la confluencia entre los medios de comunicación, las telecomunicaciones y la informática que, como sabemos, ha producido importantes efectos directos en el sistema de comunicaciones y no menos importantes efectos secundarios en el conjunto del sistema social y cultural.

Los efectos sociales

—Multiplicación de la interactividad y desarrollo de los fenómenos multimedia. Esto determina, por ejemplo, la transformación del papel tradicional de los antiguos mediadores (periodistas, educadores, artistas), en una sociedad que ya gestiona una buena parte de su información con los recursos denominados *self media*.

—Redimensión de las distancias y aparición de nuevos espacios de comunicación (mundiales, continentales, nacionales, regionales, locales) como consecuencia de la generalización del uso de los satélites y la implantación de las redes cable. Se producen así cambios en las fronteras políticas o, por lo menos, cambios en la significación política y cultural de éstas (televisión «transfrontera», televisiones locales, etc).

También cambia la importancia social de las distancias, con los efectos consiguientes en los sistemas de organización (multinacionales, corresponsalías, dele-

gaciones, redes, etc.). La facturación de las compañías telefónicas nos ofrece un ejemplo interesante de estos cambios: las tarifas de las llamadas telefónicas de larga distancia (transnacionales) no dejan de bajar, mientras que aumentan los precios de las llamadas locales.

—Se multiplican los canales de comunicación, lo que produce la consiguiente especialización y la segmentación de las audiencias, iniciándose nuevos procesos de competitividad, concentración empresarial, privatizaciones, etc.

—Se tecnifican los procesos de comunicación, con el consiguiente sobredimensionamiento de sus aspectos tecnológicos y económicos, que hacen que se considere y se gestione la comunicación cada vez más como un negocio y cada vez menos como un objeto cultural.

—Se establecen nuevos modelos de comunicación y se producen nuevas divisiones y desequilibrios entre los receptores de la información. La discriminación se establece ahora entre los que sólo acceden a la información «pública» (de masas) y los receptores (usuarios) que también tienen acceso a la información reservada, de peaje, a la que sólo se puede acceder por medio de las correspondientes «autorizaciones» o *pass word*.

Los efectos en la cultura

Los cambios en el sistema de comunicación tienen influencias más directas, menos generales, sobre la cultura.

Muchas voces críticas, aunque no sepan cómo ofrecer alternativas, se lamentan del hecho de que la participación cultural, lo que se ha denominado «cultura de la participación», se vea sustituida cada vez más por la denominada «cultura del hogar». «La televisión» (así genéricamente) se considera la principal culpable de todo este proceso.

Sin duda, la interpretación de estos fenómenos debe buscarse en un conjunto de causas más complejas. Desde luego, la solución no está en recomendar, de nuevo, que la gente apague la televisión, mientras las audiencias aumentan en todas partes del mundo.

La televisión constituye sólo un aspecto del proceso más general de «massmediatización» de las actividades culturales, o de lo que un autor ha denominado la «macdonalización» (Ritzer, 1992) de la sociedad. Piénsese, por ejemplo, en las nuevas formas que adoptan las visitas a museos, las exposiciones monográficas, los años o los centenarios de..., el turismo o las visitas a monumentos artísticos, etc.

Obsérvese cómo se están transfiriendo valores de la cultura de los *mass media*, más específicamente de la ficción, a otros dominios como la política, o el deporte.

No son únicamente las prácticas culturales lo que se transforma con la influencia de la comunicación, sino que también se transforman los sistemas de producción de la cultura. Así, por ejemplo, la mayoría de las «actuaciones» culturales, como el teatro, la música, la ópera o incluso el deporte, ya no pueden sobrevivir sin el concurso, y las condiciones que les imponen, los medios de comunicación.

La única práctica cultural «de participación» (Consejo de Europa, 1993) que ha

aumentado en Europa en los últimos años es la visita a museos, que entre 1970 y 1990 ha llegado a doblarse. Esta excepción puede aplicarse por la confluencia de diversos sectores y no únicamente de la comunicación, por ejemplo gracias al incremento del turismo, del sistema escolar, pero también de la influencia de las grandes campañas y de las modas de las exposiciones monográficas —exposición Van Gogh, por ejemplo— que mueven a grandes masas de visitantes.

Aún puede decirse que quedan algunos sectores en los que la influencia de la comunicación sólo es indirecta, pero éstos coinciden con prácticas culturales minoritarias (música clásica, ballet, instrumentos musicales, canto y danza, exposiciones de arte). Lo mismo no ocurre con los grandes conciertos de *rock*, o más recientemente, con las grandes exhibiciones de ópera popular (Pavarotti, Carerras, Plácido Domingo). Estos casos sólo pueden explicarse por la decisiva influencia de la industria discográfica y de sus relaciones con los medios audiovisuales. Son productos, básicamente, de comunicación.

En sociedades como la europea apenas es posible referirse a algún aspecto de las políticas culturales que pueda interpretarse de forma autónoma respecto de las políticas de comunicación. Ante estos cambios las políticas culturales y de comunicación convergen en un sector concreto: el sector audiovisual (el cine y la televisión) que, como veremos, pasa a ser considerado sector «prioritario», no sólo de la cultura sino también de la economía y de las tecnologías.

Las políticas culturales han perdido, en buena medida, su anterior autonomía para depender, cada vez más directamente, de las políticas de comunicación. Ahora son las políticas de comunicación las que establecen los elementos básicos de las políticas culturales.

Los nuevos actores «europeos» de las políticas culturales y de comunicación

Los principales actores de la política cultural en Europa han dejado de ser los Estados-nación, quienes hasta hace bien pocos años eran considerados como los grandes controladores de lo que llegó a denominarse los «aparatos ideológicos de Estado». No puede decirse, desde luego, que los Estados-nación hayan perdido su influencia y su protagonismo en las políticas culturales, pero sí puede afirmarse que se han visto obligados a compartirla. Esta pérdida de influencia tiene tres principales «fugas»: la privatización, la descentralización hacia las regiones, autonomías y ámbitos locales y, finalmente, la transferencia de competencias hacia los ámbitos supranacionales, comunitarios.

Nombres como Springer, Bertelsmann, CLT, Fininvest (Berlusconi), Hachette, Hersant, son ya tan importantes en la comunicación europea como lo fueron en su día siglas como BBC, RAI, TVE. Esta presencia del sector privado plantea, desde luego, importantes problemas al pluralismo informativo que ya han sido objeto de abundantes análisis económicos (Charon, 1991; de Miguel, 1993) y políticos, como el *Libro verde sobre el pluralismo y la concentración de los medios de comunicación en el mercado interior* de la Unión Europea (ver Sánchez

Tabernero, 1994). En cualquier caso, esta presencia marca nuevas lógicas en el control de la información y de la cultura, ahora menos dirigista y más dependiente de la rentabilidad de sus inversiones. La misma presencia en los nuevos negocios culturales de los grandes bancos, de las compañías de agua y electricidad, son consecuencia del desplazamiento de los intereses políticos hacia los intereses comerciales.

A instancias del Parlamento Europeo, la Comisión Europea empezó a preparar en 1992 un marco legislativo sobre la concentración y la compra de empresas del sector de los medios de comunicación, con el objeto de proteger el pluralismo.

La discusión sobre la conveniencia y la posibilidad de establecer una política anti *trust* en el sector de los medios de comunicación parte de una legislación muy diversa y variada en los distintos Estados de la Unión Europea, y sobre todo de una viva y contradictoria polémica político-ideológica entre los distintos Estados, grupos empresariales y fuerzas políticas.

El argumento de las empresas a favor de la concentración es que la atomización empresarial del sector cultural y de la comunicación debilita extraordinariamente la competitividad europea frente a las grandes empresas norteamericanas. Las restricciones son interpretadas entonces por los empresarios como verdaderos obstáculos a las actividades de los operadores económicos en el sector. Si la protección al pluralismo consiste en restricciones a la propiedad de empresas de un Estado miembro en otro Estado miembro, esta restricción vulnera además el principio de libre competencia y de mercado único.

Ante ello, la Comisión, en una fase de estudio y de sondeo de opiniones, sólo ha podido identificar tres posibles salidas, entre sí excluyentes. La primera, simplemente, consiste en proponer no hacer nada; la segunda, y que es la que tiene más posibilidades de convertirse en la única política europea ante la concentración, consistiría en recomendar la transparencia en los procesos de compra y venta de industrias culturales y de comunicación; la tercera, la más intervencionista, consistiría en la aprobación de una directiva (o un reglamento) del Consejo que homologase todas las legislaciones estatales.

En cualquier caso, las nuevas condiciones políticas y comerciales de la Unión Europea exigirían la homologación de las distintas legislaciones estatales en la materia, actualmente contradictorias y con numerosas barreras a la participación de empresas de un país miembro en otro país miembro.

Aparte de su pérdida de competencias frente a las empresas privadas, los Estados-nación también pierden numerosas competencias en los procesos de descentralización que, a pesar de las múltiples dificultades, no dejan de avanzar. Nuestro estudio sobre televisiones y regiones en Europa demuestra esta expansión (Moragas/Garitaonandia et al., 1995).

Nos ocuparemos aquí con mayor extensión de una tercera «fuga» de competencias de los Estados: la cesión de competencias hacia los ámbitos supranacionales. Para ello deberemos considerar la actividad y las propuestas de dos principales instituciones «comunitarias» (europeas): el Consejo de Europa y, sobre todo, la Unión Europea (antes Comunidad Europea.)

El Consejo de Europa

La política cultural europea tiene una larga tradición que se remonta hasta el año 1949 con la creación del Consejo de Europa, primera organización intergubernamental paneuropea de la historia. En el Consejo de Europa, a diferencia de lo que será la Comunidad Europea, han podido integrarse todos los Estados europeos (Este y Oeste) que aceptan las condiciones democráticas y el respeto por los derechos humanos.

Al Consejo de Europa se deben numerosas disposiciones y recomendaciones en el sector cultural y de la comunicación (CE, 1988) inspiradas en la Convención Europea de los Derechos Humanos (1953), que obligan, aunque sólo sea «moralmente», a los países que las suscriben.

A partir de los años ochenta se produce una cada vez más estrecha colaboración entre las actividades culturales y las actividades de comunicación. Se establece una creciente colaboración entre la Dirección de Derechos del Hombre (dentro de la cual se ha desarrollado la actividad de comunicación) y la Dirección de Educación, Cultura y Deporte. Por su parte los ministros de Cultura centran cada vez más su atención en los problemas culturales, especialmente del sector audiovisual.

Por lo que se refiere a las políticas de comunicación, la principal intervención normativa del Consejo de Europa en esta materia es, sin duda, el Convenio Europeo para la Televisión Transfronteriza de 1990, que en líneas generales persigue los mismos objetivos que la Directiva de la Comunidad Europea que luego analizaremos.

También es importante destacar el desarrollo de un proyecto especial del Consejo para la Cooperación Cultural denominado Cultura y Regiones. Dinámicas Culturales en el Desarrollo Regional (CE, 1987), con el que se inicia una preocupación ya constante del Consejo de Europa por los medios de comunicación regionales y locales, como formas de promover y garantizar la participación de los ciudadanos en el terreno cultural y político.

Más recientemente, el principal interés del Consejo de Europa parece dirigirse hacia la colaboración entre los países de la Europa occidental y los países del Este. Esta política afectará a los distintos campos de los intercambios culturales, pero también preferentemente al sector de los medios audiovisuales.

Esta tendencia se confirma en la aplicación de los programas de apoyo al sector audiovisual en los que participa el Consejo de Europa: Eureka audiovisual y Eurimages, este último como veremos, compartido con la Unión Europea.

La Unión Europea

La política de la Unión Europea (identificada antes del Tratado de Maastricht como Comunidad Económica Europea-CEE y Comunidad Europea-CE), por sus propias características y composición política es más reguladora y planificadora que la del Consejo de Europa.

En 1985, con el ingreso de España y Portugal quedó formada «La Europa de los 12», con Francia, Alemania, Bélgica, Holanda, Italia, Luxemburgo, Dinamarca,

Irlanda, Gran Bretaña, Grecia, Portugal y España. En 1986 se firmó el «acta única» que estableció el mercado sin fronteras para 1993, y dio más competencias al Parlamento Europeo y mas fondos para las regiones menos desarrolladas.

En 1992 se firmó el Tratado de Maastricht, que convertía a la Comunidad Europea (CE) en Unión Europea (UE)¹, con más competencias políticas. Se iniciaba así el proceso hacia la unión monetaria y se establecían numerosas políticas comunes, principalmente en los sectores de la investigación (I+D), la lucha contra el terrorismo y las drogas, la agricultura, los transportes, y el medio ambiente.

En 1994 el proceso de ampliación, con Austria, Finlandia, Suecia y Noruega, se encuentra pendiente de distintos procesos de aprobación o de referéndum.

La política cultural de la Unión Europea. Entre la idea común y la diversidad

La política cultural de la Unión Europea, como en otros sectores, consiste en una permanente dialéctica entre transferencia y reserva de competencias entre los Estados miembros y la propia Unión.

En el sector cultural esta dialéctica tropezará con un problema clave: el conflicto entre diversidad (cultural, lingüística) y unidad (o lógica) del mercado.

Políticos y empresarios de la comunicación no dejan de repetir la necesidad de intervenir para corregir la contradicción de una Europa (la de los 12), con una población de 327.000.000 de habitantes, dominada culturalmente por Estados Unidos que, sin embargo, cuenta con una menor población (246.000.000 de habitantes), y por tanto con un mercado mucho menor.

La política cultural se define entonces como una forma de resistencia frente a las grandes potencias (Estados Unidos, Japón) cuya industria, además de empobrecerle y robarle puestos de trabajo, pone en cuestión la supremacía e identidad de su cultura. La principal actividad y el objetivo de la política cultural y de comunicación de la Unión Europea consistirá, precisamente, en tratar de corregir esta situación o, por lo menos, tratar de evitar su empeoramiento.

La defensa de una herencia cultural común habrá de hacerse compatible con la defensa de las múltiples identidades (nacionales, regionales, locales) «que constituyen la riqueza y variedad europea». No obstante una idea parece imponerse sobre las otras en las políticas comunitarias concretas: la necesidad de crear un mercado cultural común, que según los análisis de los expertos (ver, por ejemplo,

1. La Unión Europea cuenta con las siguientes instituciones: el Parlamento, el Consejo de Ministros, la Comisión (que actúa como gobierno) y el Tribunal de Justicia. Entre los comisarios y direcciones generales que tratan (directa o indirectamente) temas culturales y de *mass media* cabe señalar: el Comisariado de Cultura, Información y Relaciones con el Parlamento Europeo; la Dirección General V, del Empleo, Asuntos Sociales y Educación; la Dirección General X, del Sector Audiovisual, Información, Comunicación y Cultura. Y más directamente: la Dirección General XII, de Ciencia, Investigación y Desarrollo, y la Dirección General VIII, de Telecomunicaciones, Industrias de la Información e Innovación.

Vasconcelos et al., 1994) es la condición de supervivencia tanto de «la» cultura europea como de «las» culturas europeas.

Proteccionismo, defensa de la identidad: las razones de intervención del sector público

La intervención del sector público en el ámbito cultural es algo muy arraigado y aceptado en Europa, a diferencia de lo que sucede, por ejemplo, en Estados Unidos, donde la iniciativa privada tiene un papel mucho más destacado. Pero este «intervencionismo» o «proteccionismo», según se interprete, se sigue fundamentando en la actuación de los respectivos Estados que, cuando aceptan las transferencias (hacia arriba) o la descentralización (hacia abajo) en materia de cultura, no dejan de hacerlo con importantes resistencias.

Los Estados son reacios a las cesiones en un terreno de tantas implicaciones simbólicas. Baste recordar, por ejemplo, el caso de la política lingüística o, a nivel más popular, el caso de la política deportiva, para identificar adecuadamente estas dificultades de transferencia. Sólo unos pocos europeístas se imaginan a un equipo europeo unificado desfilando en los Juegos Olímpicos, en lugar de las correspondientes delegaciones de cada uno de los 12 Estados, ordenadas, entre las otras naciones... por orden alfabético.

Por esto la política cultural de la Unión Europea es, hoy por hoy, una política complementaria de la de los Estados, con misiones específicas en el terreno de la cooperación y de la coordinación de recursos en sectores de interés común (ver UE, 1992). Como veremos, esta tarea encontrará un campo de actuación privilegiado en el sector de la comunicación, y especialmente, en el sector audiovisual.

La política de la Unión Europea, a diferencia de la del Consejo de Europa (o también de la de UNESCO), no consiste pues únicamente en hacer declaraciones y dar recomendaciones, sino que es una política «más política», en el sentido de que establece regulaciones que obligan a los Estados y aprueba presupuestos para la realización de proyectos concretos. Esto significa básicamente que la Comunidad puede establecer criterios de planificación, prioridades, así como favorecer la participación de unos u otros actores.

El pragmatismo político establece entonces un principio de actuación, en parte realista y en parte oportunista: «hacer un número de acciones limitado y que sin embargo garanticen una adecuada visibilidad de las iniciativas acometidas por la comunidad» (UE, 1992). La visibilidad de las iniciativas, su valor promocional o de propaganda de la idea «europea», se convierte así en otro de los ejes de la actual política cultural comunitaria.

Este posicionamiento «promocional» quedó reflejado en un polémico documento titulado Reflexión sobre la política de información y comunicación de la Comunidad Europea (1993), que despertó una fuerte polémica entre los periodistas acreditados en Bruselas. Estos estimaron que el espíritu «publicitario y propagandístico» que proponía el documento para las estrategias de comunicación de la Comisión era contradictorio con la necesaria espontaneidad y libertad de la información sobre las cuestiones europeas.

Por lo que respecta a los actores, la política de la Comunidad favorece claramente el principio de subsidiariedad, es decir que el sector público debe llegar hasta donde no llega el sector privado. Por lo que respecta a la cooperación internacional, se favorece la actividad de coproducción cultural y, sobre todo, la creación de un gran mercado común.

Con estos límites y condiciones la política cultural de la Unión Europea declara los siguientes tres objetivos:

1. Contribuir a la expansión de la cultura en el gran espacio sin fronteras de la nueva Europa.
2. Contribuir al enaltecimiento de la herencia común mediante acciones de fomento en sectores culturales específicos.
3. Reforzar la cooperación con terceros países y organizaciones internacionales competentes, en especial con el Consejo de Europa.

El primero de estos objetivos es el que encierra la gran mayoría de acciones concretas comprendidas por la Unión, y caracterizadas por el deseo de fomentar la cooperación entre Estados. Para ello se propone el apoyo a las redes culturales transnacionales, lo que también desembocará en un especial protagonismo de los medios y de las redes de comunicación.

Todo ello debe hacerse desde el principio de racionalización de recursos. Un buen ejemplo de una política cultural con los mínimos costes es la propuesta de la Comisión de introducir «la dimensión cultural» en otras políticas y programas comunitarios convencionalmente «neoculturales», por ejemplo en los programas de tecnologías, turismo, deporte, políticas sociales, formación, etc.

El segundo objetivo, el de «contribuir al enaltecimiento de la herencia común mediante acciones de fenómeno en sectores culturales específicos», se moverá más en el terreno de las recomendaciones y principios que en el terreno de las aplicaciones concretas. En este punto se encierra el gran conflicto europeo actual, que se desarrolla en las mismas puertas de la Unión: la guerra en la ex Yugoslavia. Este terrible conflicto demuestra que uno de los principales problemas pendientes y amenazantes es la necesidad de apoyo a políticas de tolerancia y de mestizaje cultural.

Por el momento, las principales iniciativas parecen más interesadas en las cuestiones promocionales que en la creación de infraestructuras y programas de cooperación estables. La participación exitosa de las ciudades como candidatas a «la capital cultural europea del año» constituye un buen ejemplo de las tendencias y limitaciones de esta política cultural comunitaria. Todos, las ciudades también, quieren aprovechar la oportunidad para sus propios planes de *marketing*.

Finalmente, el tercer objetivo, «reforzar la cooperación con terceros países y organizaciones internacionales competentes», es el que ofrece un panorama más pobre, tanto definitorio como de realizaciones. En todo caso, la cooperación prioritaria es la que se propone establecer con los países de la Europa oriental.

En el terreno de las declaraciones de principios y por lo que se refiere a la cooperación con América Latina u otras regiones menos desarrolladas, la política cultural europea, con ausencia de programas específicos de cooperación, es realmente decepcionante.

La política audiovisual como un nuevo sector de las políticas culturales

De acuerdo con lo que ya es clásico en la administración de la cultura, la Unión Europea también fija su actuación en torno a unos determinados campos:

1. Patrimonio cultural, cuya actuación se centrará en su defensa y conservación.
2. Libro y lectura, cuya actuación se concretará en la promoción de programas de traducción, la creación y la cooperación entre bibliotecas (documentación).
3. Otras diversas áreas, para las que existen escasas acciones comunes, como la música, los espectáculos vivos o las artes plásticas. En estos sectores la principal actividad de la Unión ha sido la regulación y la defensa de los derechos de autor (CE, 1991).

4. Finalmente, un cuarto gran sector emergente y que, según nuestro análisis, se ha convertido en el objeto prioritario de toda la política cultural de la comunidad: el sector audiovisual. Las principales actividades de la política audiovisual se concentrarán en el establecimiento de reglas de juego para sus tecnologías, en la promoción de las industrias de producción de programas y en la creación de un mercado (distribución y consumo) comunes a los países europeos comunitarios y no comunitarios.

Los periodistas y los observadores políticos o culturales europeos aceptarían fácilmente nuestra afirmación de que en los años noventa la política audiovisual se ha convertido en el principal tema de agenda de las políticas culturales, no sólo de las instancias europeas, Unión Europea y Consejo de Europa, sino más ampliamente de los gobiernos estatales y aun locales o municipales. «Desde mediados de los años ochenta, los problemas del sector audiovisual ocupan el primer plano de la actualidad europea, como han subrayado en repetidas ocasiones las resoluciones adoptadas por los jefes de Estado o de gobierno de los Doce» (CE, 1992, p. 3).

En este último período, el gran tema de debate fue el de los procesos de desregulación y la entrada de la iniciativa privada en unos ámbitos hasta entonces totalmente reservados al sector público (correos, telecomunicaciones, televisión). Resuelto este debate a favor de la privatización (todavía iniciándose en el caso del sector de las telecomunicaciones, y ello debido a las implicaciones económicas de estos procesos y, más concretamente, a las relaciones de dependencia entre dos principales factores: la identidad cultural y la rentabilidad comercial).

La política audiovisual de la CE se basa en tres pilares fundamentales:

1. El diseño de un marco normativo común que asegure la libre circulación de imágenes, estableciendo unos mínimos aceptables para todos los Estados en materia de programación, de publicidad y de contenidos. Este objetivo ha sido abordado por distintas disposiciones legales, especialmente a través de la Directiva de la Televisión sin Fronteras de 1989.
2. El impulso a una industria de programas competitiva, capaz de hacer frente a la invasión de programas extraeuropeos. El instrumento adoptado para tratar de conseguir este objetivo ha sido principalmente el programa Measures to Encourage the Development of the Industry of Audiovisual Production (MEDIA) (en español, Medidas para Estimular el Desarrollo de la Industria Audiovisual) y otros

programas en colaboración con el Consejo de Europa como el Programa Eurimages o Eureka audiovisual.

3. Finalmente, pero no lo menos importante, el diseño de una estrategia común en materia de nuevas tecnologías audiovisuales. Los principales aspectos de esta línea han sido las acciones de promoción de la televisión de alta definición y la Directiva sobre normas de transmisión de televisión vía satélite. Los desacuerdos entre los Estados miembros se han manifestado con fuerza en este terreno, aunque los negociadores no eran, desde luego, los ministros de Cultura sino los ministros de Industria o de Telecomunicaciones.

Producción audiovisual propia (europea): coincidencias entre el sector económico y el sector cultural

La mayoría de los documentos sobre la política audiovisual de la Comunidad Europea empieza con algunas apabullantes cifras sobre el desequilibrio de la industria europea respecto de la de Estados Unidos, principalmente en el sector del cine y de la televisión.

El déficit actual en el comercio audiovisual entre Europa y Estados Unidos se cifra en 3.500 millones de dólares. Según los analistas (Vasconcelos et al., 1994), este déficit se incrementará con el propio crecimiento del consumo audiovisual en Europa, que se estima pasará de los 23.000 millones de ecus² en 1993 a 45.000 millones en el año 2000.

Si Europa consumía 650.000 horas de emisión de televisión en 1993, esta cifra llegará hasta las 3.250.000 horas de difusión anual en el 2000.

Pero este espectacular crecimiento, lejos de favorecer a la industria europea, lleva camino de enriquecer a la industria norteamericana, que ha pasado de facturarnos 300 millones de dólares a los europeos en 1984 a facturarnos 3.600 millones de dólares en 1992.

Con estos datos en la mano, un mismo punto de partida parece aproximar a los intereses culturales y a los intereses industriales del sector audiovisual: la idea de que sólo la unión ha de permitir hacer frente a la influencia cultural y económica que plantean a Europa las grandes potencias mundiales de la industria de la cultura y de la tecnología: Estados Unidos y Japón.

La Directiva, objetivo prioritario: la producción propia

Existe una abundante producción «programática» de la Comunidad Europea (Comisión y Parlamento Europeo) y del Consejo de Europa sobre la importancia económica, política y cultural de la televisión y del sector audiovisual en general (CE, 1992; p. 3; Dupagne, 1992; pp. 99-120). Recuérdese, por ejemplo, el Informe provisional sobre la televisión en Europa (1983) o el Libro verde sobre el establecimiento de un mercado común de la radiodifusión por satélite y cable (1984), que

2. 1 ecu = 1,24 dólares (agosto de 1994).

antecedan al principal y más histórico documento en la materia: la Directiva de televisión sin fronteras, aprobado en octubre de 1989.

A partir de «la Directiva», los documentos más importantes, como la actividad política en general, se centrarán en la producción audiovisual y en su distribución comercial. La Directiva establece un verdadero plan de regulación de la televisión, que tiene como principal objetivo que la producción europea sea mayoritaria en programas de las televisiones de los Estados miembros. Para ello se compromete a los Estados para que en sus territorios procuren una proporción mayoritaria de producción europea en sus televisiones. Se regula el tiempo máximo de publicidad, para regular el mercado (máximo 15% del tiempo total de emisión diaria, o el 20% de cada hora de emisión; una interrupción máxima de películas por cada 45 minutos).

Este proyecto quedó reforzado por el Convenio Europeo sobre Televisión Transfronteriza (1992) del Consejo de Europa con objetivos similares, aunque con algún mayor énfasis en las dimensiones culturales: «las partes se comprometen a buscar conjuntamente los instrumentos y los procedimientos más adecuados para sostener, sin discriminaciones entre los radiodifusores, la actividad y el desarrollo de la producción europea, especialmente en los países con una más débil capacidad de producción audiovisual o con un área lingüística restringida» (art. 10.3).

Pero estas medidas de protección del espacio audiovisual, a través de la regulación de la programación de las emisoras, han de resultar totalmente insuficientes —o imposibles— si al mismo tiempo no se promueve una acción específica para fomentar la producción (cine, televisión) propia (europea). A esta finalidad está destinado uno de los programas de alcance cultural más importante de los emprendidos por la Comunidad Europea: el programa MEDIA.

El programa MEDIA: estímulos a la producción audiovisual europea

El programa MEDIA es el programa más importante en su género de los existentes en Europa. Otros programas importantes y que persiguen fines similares son Eureka Audiovisual, programa conjunto de la Unión Europea y del Consejo de Europa, y el programa Eurimages del Consejo de Europa.

El programa MEDIA, que dispuso de 23,5 millones de ecus para el período 1987-1990, ha visto incrementado sus recursos con una dotación de 200 millones de ecus para el período de 1990-1995. Comparativamente su presupuesto es similar al de la cadena de televisión europea Euronews y muy superior al de Eurimages, éste con una dotación de 150 millones de francos franceses para 1993.

Cambiando los criterios tradicionales de la ayuda a la cultura, la filosofía del programa MEDIA rehúye explícitamente el criterio de la «subvención», entendiendo que sólo debe financiarse aquello comercializable, y ofreciendo exclusivamente la cofinanciación: CE 50% y productores 50%. Se trata de un programa cuya finalidad es la de proporcionar «capitales de impulso y estímulo a la industria audiovisual», más que favorecer la producción de películas sin viabilidad comercial.

La complejidad de la moderna industria audiovisual hace que estas acciones

deban aplicarse simultáneamente en distintos sectores, concretamente en la distribución, producción, información y financiación de la industria audiovisual. En todos estos ámbitos de aplicación se consideran más favorables las propuestas de ayuda que impliquen la cooperación o la coproducción entre varios países de la Comunidad.

Entre los principales proyectos operativos del programa MEDIA destacan los relativos a la distribución de películas (BFDO), de doblaje y subtitulación (BABEL), de ayuda y promoción a la producción independiente (EURO-AIM), de nuevas tecnologías audiovisuales y de aplicación de la Televisión de Alta Definición, de realización de guiones (European Script Fund), de producción de dibujos animados (CARTOON), de formación comercial y de gestión de los jóvenes productores (EAVE).

El programa MEDIA trata, por tanto, de crear y consolidar sinergias profesionales que, a medio y a largo plazo, consigan convertir la deficitaria industria audiovisual europea en una industria verdaderamente competitiva.

Pero la política europea aún debía descubrir un nuevo nivel de la importancia y de la responsabilidad atribuibles a la industria audiovisual: su papel central en el desarrollo general de la economía y su aportación a la solución de uno de los problemas sociales más acuciantes de la Europa actual: la disminución del paro y la creación de nuevos puestos de trabajo.

El Libro Blanco: competitividad, empleo y política cultural

La política cultural europea ha experimentado un nuevo e importante giro en 1994 con la publicación y amplia difusión del Libro Blanco: crecimiento, competitividad, empleo, retos y pistas para entrar en el siglo XXI (CE, 1993).

El objetivo central con el que se enfrenta actualmente la Comunidad es el de intentar mantener a toda costa el empleo y el crecimiento. La crisis económica y sus consecuencias sociales constituyen, sin duda, la cuestión prioritaria de toda la actividad política de la Comunidad. El principal objetivo ahora es el de crear entre 1994 y el 2000 un total de 15 millones de nuevos empleos.

En este contexto, lo que sí constituye una novedad es que la solución a estos problemas pueda ser adoptada directamente por los sectores de la información y de la cultura. La principal receta para salir de la crisis no es otra sino la de «preparar, sin demora, y poner los cimientos de la sociedad de la información».

Esta adaptación a la nueva sociedad de la información no es sólo conveniente, sino además irreversible; para el Libro Blanco la apertura de un mundo multimedia (sonido-texto-imagen) constituye una mutación comparable a la primera revolución industrial. El reto consiste en encontrar un modelo de crecimiento que no elimine el empleo. O dicho de otra forma, encontrar una forma de defensa del empleo que no disminuya la competitividad.

La solución a este dilema no se encuentra –según el Libro Blanco– en el proteccionismo, tampoco en acudir a la inflación, comprometiendo los presupuestos del Estado. Tampoco se considera una buena solución la reducción del tiempo

de trabajo (porque no explotaría adecuadamente la práctica y el conocimiento). Por su parte, el recorte de salarios aparece como la peor de las soluciones por la generación de conflictos que generaría, y de hecho ya genera.

Para conseguir aquellos objetivos se proponen algunas grandes medidas o modelos a desarrollar:

1. Intensificar el esfuerzo en investigación y desarrollo, como base de la competitividad en los sectores de punta. La política de I+D aparece como uno de los principales motores de la unidad europea (ver Quin/Salvi, 1991). Esta política, por la dimensión de sus presupuestos, por su lógica y líneas de priorización constituye, además, un buen punto de comparación para valorar la importancia política que la Unión Europea concede a sus políticas culturales.

2. Establecer una nueva forma de concebir la educación. Según el análisis del Libro Blanco, en la sociedad del mañana no será suficiente poseer un saber y un saber hacer adquiridos de una vez para siempre; es imperativa la aptitud para aprender, para comunicar, para trabajar en grupo, para evaluar la propia situación.

3. Facilitar la adaptación a la movilidad geográfica. La búsqueda de empleo obligará al desarraigo local.

4. Impulsar el desarrollo de las redes de información. Estas redes, que en el 2000 llegarán a representar el 6% del PIB en Europa, han de disponer de una alta capacidad transeuropea, y serán indispensables para responder a las nuevas necesidades de redes de comunicación de las empresas, para permitir el acceso a las bases de datos científicos, o a las bases de datos de ocio, a la extensión del teletrabajo, la teleadministración, la teleinformación o la telemedicina, etc.

Pero no es únicamente la creación de un espacio común de la información lo que ha de contribuir a la superación de la crisis. Al sector audiovisual también se le atribuye un lugar, secundario, pero básico en este proceso. En la mente de los dirigentes europeos está muy presente el hecho de que el sector audiovisual constituya en la actualidad el segundo sector en exportaciones de Estados Unidos, que los países de la Unión Europea compren hasta el 60% del total de exportaciones americanas, y que el crecimiento del sector audiovisual no ha hecho sino convertir a Europa en un mejor cliente para Estados Unidos.

Y esto sucede, precisamente, en un sector que ahora se considera clave para la creación del empleo. Los costes de personal llegan a representar hasta el 47% de los gastos audiovisuales. En 1993 se calculaba que trabajaban en este sector 1.800.000 personas. Según el Libro Blanco, antes del año 2000 la Unión Europea podría llegar a crear hasta 2.000.000 de nuevos puestos de trabajo, siempre que se establezca la correspondiente política de apoyo al sector.

«Es vital que el crecimiento previsto en el mercado audiovisual europeo se traduzca en puestos de trabajo en Europa. Dada la naturaleza intrínseca de los productos audiovisuales (es decir de amortizarlos en amplios mercados interiores) es necesario disponer de políticas nacionales concertadas y de políticas comunitarias para conseguir este objetivo» (CE, 1993; p. 112).

Es la primera vez que importantes aspectos sociales ajenos a la cultura propiamente dicha aparecen en el centro de las políticas culturales y de comunicación, y viceversa. Pero no podemos olvidar que en estos mismos años un discurso muy

semejante se produce en Estados Unidos, donde el vicepresidente Al Gore, como principal portavoz, propone también una «infraestructura nacional de información» (US Department of Commerce, 1993).

Aunque no siempre lleguen a confirmarse, ésta es también la época de las grandes fusiones entre las empresas de telecomunicaciones y las empresas productoras de bienes culturales y de comunicación. Se trata de una nueva convergencia entre informática, televisión y telefonía.

El gran problema de los analistas culturales consiste ahora en descifrar la parte de razón que llevan todos estos argumentos y promesas. Es cierto que estos procesos han de ser considerados irreversibles, pero también lo es que la lógica de su evolución no parece ser la lógica de los intereses culturales, sino más bien la lógica de los intereses de los inversores en las infraestructuras de comunicación.

Como ha afirmado Astrad Torres, «La verdadera batalla de las autopistas de la comunicación pasa muy lejos del terreno sobre el cual se sitúan los discursos de los responsables políticos. Mientras que Al Gore habla de sanidad, educación, formación, los gigantes de las telecomunicaciones se batan para hacer pasar las conversaciones telefónicas por los cables de televisión» (1994).

Confluencia de tres políticas: cultura, comunicación y telecomunicaciones

Después de la descripción y análisis anteriores podemos proponer algunas conclusiones para el debate comparativo internacional acerca de las políticas culturales en procesos de globalización y de integración supranacional (algunas de estas conclusiones también han sido propuestas en Moragas/Garitaonandia et al., 1995).

Distintas implicaciones de las políticas de comunicación

Las modernas políticas de comunicación implican la coordinación de tres grandes áreas: los medios de comunicación, la gestión cultural y las telecomunicaciones. Y estas tres grandes áreas tienen importantes repercusiones, no solamente en la política (democracia y participación) y en la identidad cultural, como se reconoce comúnmente, sino que también tienen importantes repercusiones en otros grandes sectores como el bienestar social, la economía o el desarrollo tecnológico, como puede expresarse en la tabla 1.

Deberíamos estar muy atentos, por ejemplo, al hecho de que, además de la comunicación y de la cultura, otros sectores, igualmente importantes para el futuro de la democracia y del progreso en las sociedades modernas, e igualmente afectados por la influencia de la transformación tecnológica, como son, por ejemplo, la educación, la política social, o el bienestar social, reciban comparativamente una atención mucho menor.

Tabla 1

Áreas de las políticas de comunicación

<i>Mass media</i>	<i>Cultura</i>	<i>Telecomunicaciones</i>
Servicios de información	Servicios culturales	Infraestruct. de telecom.
Objetivos políticos	Objetivos cult. y sociales	Objetivos económicos
Democracia	Identidad cult. y social	Desarrollo económico
Participación	Desarrollo socioeconómico	Desarrollo tecnológico

Fuente: reelaboración del cuadro propuesto por Cuilenburg/Slaa, 1993.

Identidad y diversidad en la cultura europea

El debate sobre lo «común europeo» no ha hecho otra cosa sino poner de relieve las múltiples dimensiones de su diversidad y ha hecho más evidente la necesidad de considerar todos los espacios de comunicación, de la menor a la mayor dimensión territorial, que configuran el espacio audiovisual europeo: ciudad, región, Estado, Europa.

En consecuencia, podemos establecer una primera hipótesis de que un desarrollo armónico y completo de la política cultural sólo será posible si cubre con sus políticas de comunicación todos y cada uno de estos cuatro ámbitos. Entre ellos existen numerosas sinergias que aconsejan una interpretación integrada de las políticas de comunicación. Existen sinergias en la organización y la formación profesional, en la organización de la producción, en la distribución de productos, en la segmentación de las audiencias y de las estrategias publicitarias, en la distribución de sus funciones informativas y culturales y en el desarrollo de las tecnologías.

Un hipotético vacío audiovisual en los ámbitos local y regional no solamente perjudicaría a las regiones, sino que también privaría a la Unión Europea de un eslabón necesario para su política de comunicación global.

La existencia de una importante producción local en las televisiones europeas debería dejar de ser considerada como una amenaza, como una limitación, para ser comprendida como parte de la riqueza cultural y del futuro competitivo de la industria audiovisual europea.

La importancia de las dimensiones económicas

La transformación del sistema comunicativo y la progresiva importancia adquirida por la televisión ha determinado el desarrollo de un sector de la comunicación con importantes repercusiones económicas: el de la producción audiovisual. El cine, la televisión, el video son estratégicos en la economía de servicios en

Europa, con fuerte incidencia en la creación de puestos de trabajo y un volumen de negocio creciente.

Por otra parte, las transformaciones experimentadas por los medios de comunicación audiovisuales en los últimos años han generado el crecimiento del número de canales de televisión, de la oferta de programas y una ampliación de las formas de acceso. El resultado de este conjunto de cambios es una competencia mayor que impone a las televisiones de cualquier dimensión o nivel mayor precisión en la caracterización de la programación y en la individuación del público, y mayor adhesión a sus gustos e intereses.

Usar las telecomunicaciones

Ni las regiones europeas ni tampoco los Estados, pueden aplicar una política industrial en el sector de las telecomunicaciones en forma aislada. En estos sectores es donde se demuestra con mayor evidencia la importancia de la nueva dimensión europea (comunitaria). Pero esto no significa, sin embargo, que las regiones no puedan y deban planificar el uso de las telecomunicaciones en sus políticas territoriales, culturales, educativas, sanitarias, etc.

Las tecnologías modernas se caracterizan, precisamente, por haber terminado con la escasez de canales de comunicación, lo que en la «era Marconi» había podido justificar, en alguna medida, el interés o la necesidad de un control y regulación por parte de los Estados. En la actualidad, con las nuevas tecnologías del cable (y con la fibra óptica) nos encontramos en una situación que se caracterizará por la multiplicación técnica de los canales. Esta multiplicación no sólo permitirá, sino que incluso aconsejará, una gestión directa de las telecomunicaciones en los ámbitos más reducidos de las ciudades y de las regiones.

Comunicación y cultura: una convergencia que también debe ser académica

El análisis de las políticas de comunicación y de cultura contemporáneas demuestra claramente la creciente convergencia entre ambas. Pero esto debería tener también su respuesta en el marco académico, donde cada vez es más necesaria una confluencia, o por lo menos una colaboración, entre los estudios de la cultura y los estudios de la comunicación.

Nuestro análisis se ha limitado aquí a los aspectos más generales, o a las influencias de carácter más global, pero por debajo de ellas existen múltiples flujos de influencias en la producción de mensajes y sobre todo en su consumo.

Si en el pasado se consideró que el aporte de los investigadores de la comunicación era vital para el desarrollo de las políticas democráticas de comunicación, ahora debemos decir que la colaboración entre los expertos en cultura y los expertos en comunicación es más indispensable que nunca para descubrir hacia dónde se dirigen realmente estos procesos, sin dejarse confundir por las promesas promocionales, y para ser capaces de proponer nuevas formas de uso de estas tecnologías y de estos procesos ya irreversibles.

Bibliografía

- Charon, Jean Marie *L'état des medias*. Ed. La Découverte/Médias-Pouvoirs. París, 1991.
- Comunidad Europea (CE) Libro verde sobre el pluralismo y la concentración de los medios de comunicación en el mercado interior. COM (84) 300, 14 de junio de 1984.
- Comunidad Europea (CE) Informe provisional sobre la tv en Europa. COM (83) 229, 25 de mayo de 1983.
- Comunidad Europea (CE) Libro verde sobre el establecimiento de un mercado común de la radiodifusión por satélite y cable. COM (84) 300, 14 de junio de 1984.
- Comunidad Europea (CE) Council of Europe Activities in the Mass Media Field. DH-MM (88) I Estrasburgo, 1988.
- Comunidad Europea (CE) El derecho de autor y los derechos en la Comunidad Europea, en *Documentos Europeos* nº 9, 1991.
- Comunidad Europea (CE) La política audiovisual de la Comunidad Europea, en *Documentos Europeos* junio nº 6, 1992.
- Comunidad Europea (CE) Libro Blanco. Crecimiento, competitividad y empleo. Los desafíos y las vías para entrar en el siglo XXI, en *Boletín de las Comunidades Europeas*. Suplemento 6/93. Bruselas, 1993.
- Consejo de Europa Decisión del Consejo de 21 de diciembre de 1990 relativa a la aplicación de un programa de fomento de la industria audiovisual europea, 1991-1995 (90/685/CEE). DOL 380. 1990.
- Consejo de Europa Convenio Europeo sobre Televisión Transfronteriza (5 de mayo de 1989), en *El espacio televisivo a partir de la Directiva de las Comunidades Europeas*. RTVV. Valencia, 1992.
- Consejo de Europa *Euroimages* (Guide). Estrasburgo, enero de 1993.
- Consejo de Europa Participation à la vie culturelle en Europa. Tendances, stratégies et défis, en *La Documentation Française*. París, 1993.
- Cuilenburg, J./Slaa, P. From Media Policy towards a National Communication Policy: broadening the Scope, en *European Journal of Communication* vol. 8, 149-176, 1993.
- De Miguel, Carlos *Los grupos multimedia*. Ed. Bosch. Barcelona, 1993.
- De Moragas, Miguel/Garitaonandia, Carmelo et al. (EURORETV) *Television in the Regions in Europe*. John Libbey. Londres, 1995.
- Dupagne, Michel EC policymaking: The case of the «Television Without Frontiers» directive, en *Gazette* nº 49, 1992.
- Feron, F. *L'Etat de l'Europe*. La Découverte. París, 1992.
- MEDIA, *Guide pour les professionnels*. Edición nº 9, abril. Comisión de las Comunidades Europeas. Bruselas, 1993.
- Musso, Pierre *Régions d'Europe et télévision*. Editions Miroirs. Lille, 1991.
- Parlamento Europeo (PE) Reflexión sobre la política de información de la Comunidad Europea. RP. 1051/93. Bruselas, 1993.
- Quin, A./Salvi, F. Tendances de la recherche scientifique et du developpment technologique dans la CEE. CEE. Luxemburgo, 1991.
- Ritzer, George *The Macdonaldization of Society*. Sage. Londres, 1992.
- Sánchez Tabernero, Alonso *Concentración de la comunicación en Europa*. Centre d'Investigació de la Comunicació, Generalitat de Catalunya. Barcelona, 1994.
- Torres, Asdrad Sur les autorites de la communication, en *Le Monde Diplomatique*, 18 de marzo de 1994.
- Unión Europea (UE) Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento sobre nuevas perspectivas de la actuación comunitaria en el ámbito cultural. COM (92) 149 final. Bruselas, 29 de abril de 1992.

US Department of Commerce The National Information Infrastructure: Agenda for Action. National Telecommunications and Information Administration. September, 1993.
 Vasconcelos, A.P. et al. Rapport de la cellule de reflexion sur la politique audiovisuelle dans l'Union Européenne. CE. Bruselas, 1994.

El impacto cultural del Tratado de Libre Comercio norteamericano

George Yúdice

El siguiente trabajo tiene como propósito el análisis de los modos en que el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Canadá, México y Estados Unidos afecta el campo de las artes en este último país. Para entender este impacto, se comentará:

- la relación entre cultura y libre comercio;
- el impacto cultural del TLC en Canadá y México;
- el contexto político y social en el que se efectúan los cambios culturales en Estados Unidos: la derecha, la diversidad empresarial, la inmigración y el multiculturalismo;
- la intermediación transnacional en el campo de las artes;
- el surgimiento y la evolución de una «cultura fronteriza»; y
- la relación entre finanzas y cultura en la época del libre comercio.

¿Qué tiene que ver el libre comercio con la cultura?

«Libre comercio» y «cultura» no tienen sentidos transparentes. El adjetivo «libre», por ejemplo, sugiere que los acuerdos comerciales firmados por gobiernos y empresas internacionales proponen flujos irrestrictos de mercancías a través de fronteras. No es ésta la realidad hoy ni lo ha sido en ninguna época del pasado. El comercio no es libre de restricciones, como se comprueba al examinar los centenares de protocolos, declaraciones y artículos contenidos en los tratados. Análogamente, el término «cultura» tampoco tiene sentido transparente. Dependiendo del contexto —políticas culturales nacionales o locales; teorías antropológicas o sociológicas; acercamientos vinculados con perspectivas de feministas, de grupos raciales marginados, o de los llamados estudios culturales; la legislación y el litigio contra la discriminación; discursos políticos—, el término puede hacer referencia a las artes cultas, a las culturas populares, a los medios, o a los rituales y otras prácticas por medio de las cuales se reproducen simbólicamente las comunidades. Como se verá a continuación, las estrategias del comercio global conducen a una rearticulación de tales nociones de cultura, de manera que, por ejemplo, los servicios y productos más rentables —pongamos por ejemplo el *software*— son tratados como formas culturales de propiedad intelectual.

No pretendo dar aquí una definición de estos dos términos, que en todo caso varían según el contexto. Creo que estos términos son situacionales, en el sentido de que a través de la apelación a ellos se está negociando otros asuntos. La significación de «cultura» y «libre comercio», en este contexto, tiene que ver con los propósitos de quienes los vinculan.

Virginia R. Domínguez (1992) ha observado que se acude al concepto de «cultura» cuando «se procura hacer una estratégica intervención social o política». Recomienda a continuación que «se hable menos de cultura—lo que pertenece o no a ella, cuáles son sus características, qué se está imponiendo y qué se está excluyendo— y en su lugar se pregunte qué se está logrando social, política y discursivamente cuando se usa el concepto de cultura para describir, argumentar, justificar y teorizar» (p. 21).

En este sentido, exploramos a continuación el cambio (o la contribución al cambio) que el TLC ha efectuado en los conceptos y las prácticas de ciudadanía y cultura pública, en especial en lo que tienen que ver con la relación entre Estado y sociedad civil. ¿Cuáles son las responsabilidades del Estado? ¿De qué medios disponen los ciudadanos para participar en la formación de la opinión pública y en las decisiones a legislar? ¿De qué manera los cambios a este nivel implican cambios en los modos en que se comprenden los asuntos culturales y no sólo los que tienen que ver con la identidad nacional? Más fundamentalmente, cabe preguntarse ¿cómo la constitución de comunidad, identidad, solidaridad y aun las prácticas artísticas son transformadas por las nuevas tecnologías y los valores de mercado asociados con el *ethos* de los tratados de libre comercio? Estos juegan un papel muy importante en los cambios efectuados en cada una de estas dimensiones.

El libre comercio, en la década de los ochenta y noventa, es la estrategia que Estados Unidos ha elegido para enfrentar la crisis económica mundial a partir de los setenta. El cambio de política económica y la reestructuración económica son respuestas a una coyuntura de factores: la crisis de la deuda externa de los países del hemisferio sur (resultado en parte de las políticas de reajuste estructural impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, bajo dirección de Estados Unidos); la baja en las ganancias debido a la sobreproducción a partir del rebote industrial de Alemania y Japón; la reducción de costos gracias a las innovaciones tecnológicas. En este contexto, libre comercio significa desregulamiento; la derogación de las barreras arancelarias; la eliminación de los subsidios estatales a la industria y la protección de la mano de obra, los cuales conducen a bajas de salarios y beneficios; la reducción de los servicios de bienestar (salud y educación); la marcha atrás en la protección ambiental, etc. Estos cambios no sólo aseguran mayor lucro para las empresas, en especial las multinacionales y transnacionales; también garantizan que habrá poca interferencia en los negocios, pues las organizaciones que manejan el comercio (en lo tocante a tarifas y regulaciones sobre producción y distribución) no responden a ningún electorado. De hecho, ni el GATT (Acuerdo General de Tarifas y Comercio) ni el TLC, el BM o el FMI han recibido el visto bueno del electorado y no obstante imponen sus políticas sin restricción. Las repercusiones de esta reestructuración, si bien son generadas a nivel transnacional en los acuerdos comerciales y programas de reajuste estructural, se expresan agudamente en el nivel local como, por ejemplo, cuando los políticos justifican cortes presupuestarios en salud y educación apuntando a los servicios que inmigrantes «parasitarios» reciben indebidamente a expensas de los ciudadanos que pagan impuestos (como si los inmigrantes no los pagaran). El

impacto económico global es redirigido de manera que distintos sectores de la sociedad, así como distintas sociedades, son forzadas a entrar en competencia, particularmente en un contexto en donde la producción es desplazada en busca de mercados laborales más baratos. Dichas proyecciones ideológicas tienen un efecto profundo en la manera como los ciudadanos y otros residentes se entienden a sí mismos, como conciben su identidad.

Si bien es verdad que estos problemas se deben a las políticas y prácticas de las empresas transnacionales, es importante entender que generan imágenes muy diferentes de su relación con diversos tipos de obreros, consumidores y públicos. Como se verá más abajo, la hegemonía del discurso de la «diversidad empresarial», cara ideológica del capitalismo global, se reproduce en los millones de mensajes publicitarios a través de los cuales se pretende lograr una armonía social. El concepto clave aquí es la diferencia, que el discurso publicitario adopta y recrea, poniendo en marcha los dispositivos del *marketing*. Los valores de mercado prevalecen en la medida en que se privatizan los servicios que el Estado keynesiano proporcionaba. Este doble proceso de privatización y agudización del consumo se produce en un contexto de mayores diferencias de clase. Katz-Fishman y Scott (1994) observan un alza en los índices de pobreza en las décadas de 1980 y 1990 y afirman que «la polarización de riqueza y pobreza es mayor que en cualquier período anterior, desde que el gobierno [estadounidense] ha compilado esta información. El poder económico del 1% más rico de la población (101 billonarios y un millón de millonarios) es más alto que el de 90% de la población». A pesar de este declive, los patrones de consumo en Estados Unidos sobrepasan por mucho el nivel de supervivencia de 3 mil millones de habitantes del mundo y el de un mil millones que vive en la más abyecta pobreza, especialmente en África y el sudeste asiático (Durning, 1994). El apogeo de los valores de mercado y del consumo es proporcional al crecimiento de la pobreza y ambos son factores importantes para entender cómo se viene redefiniendo el campo de la cultura.

La propiedad intelectual y la redefinición de la cultura

El apogeo de los valores de mercado también constituye un factor decisivo para la redefinición de la cultura en otro sentido. Según los europeos, los negociadores estadounidenses en el GATT han definido bienes culturales como películas, programas de televisión, grabaciones audiovisuales, libros, etc., en términos de mercancías sujetas a las mismas condiciones comerciales que los automóviles o la ropa. De ahí la protesta europea a la aprobación de los acuerdos comerciales bajo estas condiciones, pues ello legitimaría la colonización del imaginario europeo por las imágenes hollywoodianas, para no hablar de la enorme desigualdad de ganancia en el campo de la industria del cine. En 1992, por ejemplo, los europeos «exportaron 250 millones de dólares a Estados Unidos mientras Estados Unidos vendió 4,6 billones de dólares de sus producciones en Europa» (Balladur, 1993). Y las ventas de los productos audiovisuales estadounidenses continúan aumentando: apenas a mitad de 1994 las ventas habían igualado la cifra de todo 1992 (After GATT Pique, Pix Pax Promoted, 1994; p. 16).

Pero la comercialización de la cultura es sólo un aspecto de la redefinición más general del campo cultural. La «cultura» se ha convertido en un olla podrida *high tech* en la que cualquier tipo de innovación es incluida para proteger las reclamaciones de propiedad de las empresas transnacionales. El ejemplo más claro de esto es la tendencia a reemplazar las categorías a las cuales el concepto de propiedad intelectual se puede aplicar. El TLC, siguiendo el ejemplo del GATT, ha redefinido la noción de cultura en términos de formas de propiedad que incluyen registros de propiedad autoral, patentes, marcas registradas, secretos de comercio, circuitos integrados, indicaciones geográficas, señales cifradas de satélite, etc. Por añadidura, dicha propiedad intelectual es protegida en la medida en que pertenece a individuos (las empresas incluidas entre ellos), así obviando el reconocimiento de derechos colectivos, como por ejemplo los de comunidades que producen bienes culturales y otras formas de invención intelectual como son las variedades de semillas desarrolladas por comunidades campesinas. Al contrario, según el TLC, «programas informáticos [son protegidos] como obras literarias y los bancos de datos como recopilaciones» (*North American Free Trade Agreement*, 1993; p. 36). El tratado especifica que los «derechos de propiedad intelectual [recibirán protección adecuada y efectiva] conforme a criterios nacionales». Pero es evidente que los programas informáticos son un pobre ejemplo de bienes culturales que merecen ser juzgados en términos nacionales.

El Grupo de Trabajo sobre Derechos de Propiedad Intelectual del gobierno del presidente Clinton recomienda decisiones que contribuirán a una redefinición aún más aguda del campo cultural y en beneficio de intereses comerciales (McKenna, 1995; p. 8). El impacto de estas decisiones cambiará lo que significa autoría, producción, publicación y retransmisión; los derechos pertenecerán cada vez más a las empresas; la privacidad será intervenida por entidades estatales y comerciales. Hasta la vida misma tendrá que recibir patente y registro de propiedad autoral (Dillon, 1993; p. 1). En cuanto a las artes plásticas, su reproducción digital ya está pasando a ser propiedad de las empresas de telecomunicaciones, desplazando así a los museos que son dueños de los originales (Powell, 1995; p. 31). La falta de cumplimiento con las leyes de propiedad intelectual, en especial aquellas propuestas por Estados Unidos, ya ha generado amenazas y hasta medidas punitivas en contra de Japón y China. La piratería internacional de la «cultura» (*software*, libros, videos, cintas y CD) alcanzó ventas de 8 mil millones de dólares en 1993, incitando a las empresas estadounidenses más grandes a abogar por medidas que aseguren el aumento de la protección de patentes y registros de propiedad autoral. México, que históricamente había ignorado estas leyes, acabó aceptándolas como una de las condiciones para facilitar la aprobación del TLC con Estados Unidos. En cuanto a China y México, Estados Unidos ha amenazado con imponer barreras arancelarias a sus productos equivalentes a 30 millones de dólares y 100 millones de dólares, respectivamente (Sciolino, 1995; Faison, 1995a y 1995b; Sanger, 1995c).

Esta redefinición de la cultura levanta problemas significativos para la protección legal de prácticas comunitarias y colectivas que generan conocimientos

(medicinas tradicionales, variedades de semillas), productos (música, artesanías) rentables y que no han recibido el reconocimiento de Estados y empresas transnacionales, los intermediarios más importantes en la esfera del derecho internacional. En lo tocante a la música popular, pongamos por ejemplo los ritmos afrobrasileños de Bahía, han surgido controversias debido a que estas formas culturales no reciben la misma protección contra la apropiación (por David Byrne o Paul Simon, entre otros) que se le proporciona a los programas de informática. Por otra parte, la idea misma de apropiación está transformándose en conformidad con teorías y prácticas posmodernas en torno al *pastiche* y la parodia.

Sin embargo, el carácter transnacional de la producción y distribución cultural, especialmente en las industrias de la música y el entretenimiento, muestra que son poco viables las medidas para legislar la protección de la cultura según su origen nacional. Como dice Garnham, «el análisis de la cultura estructurado en torno al concepto de las industrias culturales (...) dirige nuestra atención precisamente hacia el sector privado dominante del mercado. Concibe la cultura, definida en términos de producción y circulación de sentidos simbólicos, como un proceso material de producción e intercambio que es parte de —y que de maneras significativas es determinado por— los procesos económicos más amplios de la sociedad con la que comparte muchas de sus formas» (1987; p. 25). Ello acarrea fuertes repercusiones para una comprensión adecuada del dominio público. El espacio público, en donde circulan las formas culturales, es cada vez más impactado por discursos e ideologemas mercadizados y transnacionalizados, los cuales se combinan y entran en conflicto con discursos nacionales tradicionales, en especial los que se fundamentan en nociones de lo popular. «La cultura nacional no se extingue, pero se convierte en una fórmula para designar la continuidad de una memoria histórica inestable, que se va reconstruyendo en interacción con referentes culturales transnacionales» (García Canclini, 1995).

En las dos secciones que siguen, respecto del impacto cultural del TLC sobre, respectivamente, Canadá y México, por una parte, y Estados Unidos, por otra, examinaremos la reconstitución de la «memoria histórica» en los tres países socios.

Libre comercio y cultura en Canadá y México

Ha habido pocos debates sobre las implicaciones culturales del TLC para Estados Unidos, al contrario de la situación en Canadá y México. Los debates sobre el libre comercio en Estados Unidos han girado en torno a la fuga de empleos a mercados laborales más baratos en México y los efectos negativos para los trabajadores estadounidenses; la desregulación de políticas estatales, resultando en una armonización negativa con otros países en lo tocante a la protección del ambiente, al cuidado médico socializado (lo cual implica un alto riesgo para los canadienses), y los derechos y beneficios de los trabajadores; la desregulación de la economía, particularmente proyectos de privatización, no sólo de empresas y recursos nacionales sino de instituciones sociales y públicas que ahora se redefi-

nen como «mercancías de servicio dispuestas a las presiones de competencia y a los dictámenes del mercado» (Bernard, 1994; p. 20). Pero, ¿quién en Estados Unidos ha participado en debates respecto del impacto cultural del comercio libre? En los debates canadienses se había dicho que la entrada de Canadá en un tratado de libre comercio con Estados Unidos era un síntoma de una cultura nacional en proceso de debilitamiento. Anthony Westell, director de la Facultad de Periodismo de la Universidad de Carleton, argumentó que políticas sociales «más humanas» habían emergido de la matriz social canadiense. Esta es, según él, esencialmente diferente a la estadounidense. Entre otros factores, puso como ejemplo el que los canadienses tienen mayor fe en el Estado, como se verifica en la aceptación casi universal del cuidado médico socializado y de la subvención estatal de la producción cultural. La firma de aprobación del tratado marcó un cambio de dirección con respecto a estas políticas, un cambio producido por «...la tendencia hacia una economía global y una cultura popular homogeneizada que rápidamente está erosionando la soberanía de los Estados-nación (...) Por tanto, lo que vemos en Canadá hoy día es una lucha entre los que creen que el mundo se ha encogido y hecho más competitivo y que hay que cambiar con él, corriendo el riesgo de abandonar nuestra cultura distintiva, y los que creen que podemos preservar lo que queda de nuestra cultura, nuestro sueño de una sociedad diferente» (Westell, 1991; p. 266).

No todos los comentaristas suscriben la perspectiva de Westell de que el «nacionalismo se ha preocupado de preservar la noción de una sociedad diferente a y mejor que la estadounidense» (p. 265), ni concuerdan con la definición que da Dorland de la cultura canadiense como la forma reprimida de un «resentimiento nacionalista» (1988; p. 130). Brimelow, desde una perspectiva conservadora que aboga por el libre comercio, cree que la cultura anglocanadiense y la estadounidense no son muy diferentes. Para él, los argumentos a favor de la idea de una cultura canadiense distintiva se generan a partir de una «nueva clase» de «funcionarios civiles, pedagogos y varios tipos de epígonos vinculados a los medios (...) que inventan políticas que los benefician a ellos mismos y a sus clientes», como por ejemplo programas federales que fomentan el bilingüismo o el Programa Nacional de Energía (Brimelow, 1991; pp. 273-74). Esta misma «clase» presionó para obtener una «exención cultural» en el Tratado de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos. Esta exención exime a las industrias canadienses de las regulaciones que prohibirían subsidios estatales para las artes y las industrias culturales (una forma de «proteccionismo» desde la óptica estadounidense).

Brimelow, inglés trasplantado a Norteamérica, seguramente se resiste a cualquier proyecto que debilite la «base» de la cultura angloamericana. De hecho, en su nuevo libro *Alien Nation* (1995), adopta una posición peculiarmente re-revisionista según la cual Estados Unidos no sería un país de inmigrantes. No obstante, sus comentarios enfocan perspicazmente la convergencia de capitalistas nacionalistas y activistas progresistas que justifican los subsidios con base en su «cultura distinta» canadiense. Claire F. Fox (1994b), por ejemplo, observa que Harold Greenberg, presidente de la empresa Astral y director del Comité de las Industrias Canadienses Culturales/Comunicacionales, articula un argumento antiimperia-

lista contra la penetración estadounidense de los medios canadienses (véase también Globerman/Vining, 1986). Según Fox, la posición de Greenberg «se parece mucho a los argumentos de activistas, intelectuales y sindicalistas canadienses...» (p. 11).

Dejando de lado por el momento la efectividad de la exención cultural, que según Fuller (1991) y Mosco (1990) ya se había perdido cuando se inició el TLC¹, y su redefinición de la cultura en términos comerciales, cabe notar el importante hecho de que el debate en torno del libre comercio en Canadá había sido articulado por todos los intereses políticos a los cambios en curso en la cultura nacional. Esos cambios tenían que ver, en gran parte, con el bilingüismo-binacionalismo anglo-francófono y su complemento multiculturalista que tenía como propósito integrar, sin necesariamente asimilar, las diversas comunidades de inmigrantes. También se verifica una tensión análoga en México entre, por una parte, los repudios del libre comercio en nombre de la soberanía económica y cultural y, por otra parte, los argumentos que sostienen que la infraestructura burocrática elefantina de un sistema político monopartidario —que controla todas las esferas de la vida, desde la industria a la producción de artesanías y la institucionalización de las artes y es por ende el más totalitario de los sistemas latinoamericanos al decir de Vargas Llosa— debería exponerse a los efectos descentralizadores provocados por la desregulación. Cabe recordar que en México el Estado posrevolucionario reclutó a intelectuales, artistas y académicos para crear una identidad cultural integrativa, fundamentada en el antiimperialismo y un mestizaje con base en cierto indigenismo, capaz de interpelar tanto a campesinos y obreros como a las clases medias y la burguesía nacional.

Según Guillermo Bonfil Batalla, que ha escrito sobre el papel de los científicos sociales, en especial los antropólogos, en la construcción de la identidad nacional, el «...gobierno (los sucesivos gobiernos) se echó a los hombros la tarea de construir una nación que deseaba homogénea; más aún, para ello emprendió la forja de una cultura nacional que, creada desde arriba, finalmente llegaría a ser el patrimonio común de todos los mexicanos. Se quería que fuera una cultura mestiza, noble amalgama de lo mejor que las culturas madres pudieran ofrecer. El Estado, impulsor del proyecto, se impuso de manera diversa y con diferentes rostros a todo lo largo y ancho del país...» (1993; pp. 19-20).

No obstante, debido a varias fuerzas que databan desde antes de la virada hacia el neoliberalismo y el libre comercio en los ochenta, la sociedad mexicana ya se venía fragmentando, a pesar del peso del Estado priísta. Este proceso de fragmentación se puede resumir de la siguiente manera. Ya para 1968, cuando estalló el movimiento estudiantil en Tlatelolco, en el que fueron masacrados por policía y militares centenares de estudiantes, la modernización había creado una clase

1. En un ensayo inédito, que Fox (1994b) presentó en versión temprana en la convención de la Modern Language Association (29-12-1994), se argumenta, citando a Mosco, que «la exención cultural en el tratado entre Canadá y Estados Unidos era engañosa pues incluía una cláusula que permitía que Estados Unidos tomara represalias de 'efecto comercial equivalente' cuando percibía que se había otorgado subsidios injustos a industrias culturales canadienses».

media amplia que procuraba extender su acceso a la educación y al ascenso social. La transnacionalización de los medios comunicativos desde los sesenta contribuyó al desgaste de los símbolos nacionales para gran parte de la juventud. El impacto creciente de la emigración a Estados Unidos y de culturas fronterizas de chicanos y mexicanos nortños también erosionó la idea de una mexicanidad prístina. Los desafíos desde dentro y fuera del PRI explican en parte el auge del PAN y del PRD, así como la tragicómica derrota del ex presidente Salinas de Gortari, que había sido propuesto (y luego abandonado) por Clinton para dirigir la nueva Organización de Comercio Mundial. Las demandas de campesinos en las áreas pobres del país por una mayor porción de la riqueza nacional y de los derechos de ciudadanía, al no materializarse, llevaron a levantamientos como el del EZLN, que coincidió con la inauguración del TLC. Lo que estamos tratando de enfatizar aquí es que el libre comercio no causó sino que agudizó contradicciones que venían requiriendo desde al menos dos décadas una reconfiguración de la cultura nacional. Este es el caso también en Canadá.

Este escenario no sugiere, sin embargo, que intelectuales como Bonfil Batalla apoyaran el libre comercio; apunta en otra dirección, hacia la hipocresía de los que se empeñaban en el antiimperialismo pero continuaban manteniendo un *statu quo* represivo en lo que respecta a los nuevos sujetos sociales y a los tradicionalmente oprimidos. Bonfil Batalla (1992) y Carlos Monsiváis (1992), en sus análisis del impacto del TLC en la educación y la cultura, cuestionan la entrada en el Tratado de Libre Comercio, cuyo único efecto, al menos al nivel de la cultura, se veía como una intensificación del *ethos* consumista para los que tenían los medios, dejando de lado, según datos oficiales, «17 millones viviendo en la miseria, y 30 millones viviendo en condiciones de pobreza» (Monsiváis, 1992; p. 194). Por una parte, estos intelectuales endosan con cuidado la descentralización de la cultura mexicana; por otra, cuestionan las condiciones neoliberales bajo las cuales los medios, tanto nacionales como transnacionales, establecen los fundamentos de una nueva formación cultural. En otro estudio que examina la distribución audiovisual y los hábitos del espectador en México, Néstor García Canclini encuentra que el imaginario narrativo de la mayoría de los mexicanos está poblado por las estrellas de películas norteamericanas. Lo más alarmante es la naturalización del cine estadounidense: en los videoclubes, Blockbusters de México por ejemplo, el cine estadounidense prevalece, con pocas excepciones mexicanas, en las góndolas clasificadas por género, naturalizándose así como «el» cine. El cine latinoamericano, por contraste, se encuentra junto con el europeo y el asiático en una pequeña sección que lleva la leyenda «cine extranjero» (García Canclini, 1994c). La tendencia a aceptar que la categoría cine se refiera al cine estadounidense es reforzada por el hecho de que los hábitos del espectador se están formando más en relación con el video —clasificado según las categorías referidas y visto en casa— que en los teatros, que han sufrido una baja muy pronunciada de espectadores en las últimas décadas.

Antes de pasar a comentar el casi inexistente debate sobre el impacto cultural del TLC en Estados Unidos, vale la pena considerar brevemente las posibilidades de que en Canadá y México se establezcan políticas culturales que, por una parte,

no vuelvan nostálgicamente a una cultura nacional hegemónica que también fue represiva ni, por otra parte, asuman sin más el tipo de transnacionalismo que las industrias culturales estadounidenses promueven. Es instructivo a este respecto recordar que la Unión Europea, presionada por Francia, España y numerosos cineastas europeos, logró eximir la distribución audiovisual de las políticas de libre comercio en la ronda del GATT de 1994. Desde la perspectiva estadounidense, el cine y la televisión se consideran mercancías; los europeos, al contrario, insisten en que se consideren como constituyentes de la sociedad civil. Justifican la exención de la producción y distribución audiovisual con el argumento de que sólo la protección de estos medios hará posible salvaguardar la «cultura europea» (Cohen, 1993a; Friedman, 1994). Los negociadores estadounidenses descartan este argumento, acusando a los europeos de hipócritas, pues no están procurando salvaguardar la «alta» cultura, legado europeo por excelencia, sino «establecer cuotas para programas policiales americanos para que los estudios franceses puedan generar sus propias escenas de persecución de criminales» (Passell, 1994; Friedman, 1994). Ambas posiciones podrían entenderse como «resultado de moralismos contingentes», pues ambas proyectan justificaciones problemáticas relacionadas con el sujeto que supuestamente están protegiendo: el «consumidor soberano» o el «ciudadano soberano» legendarios (Miller, 1994; p. 12). ¿Cuáles son las repercusiones de la perspectiva europea para pensar bien las políticas de libre comercio en el continente norteamericano?

Según García Canclini, el modelo de una cultura continental negociada, como la de los europeos, podría ser viable para América Latina, acaso aún más debido a su afinidad lingüística y otros factores culturales comunes. Crear un mercado para las industrias culturales y un sistema de incentivos y subsidios para la alta cultura y el artesanado, a nivel hemisférico, ayudaría a contrarrestar el monopolio estadounidense, por una parte y, por otra, la hegemonía de las culturas nacionales que han perdurado más de lo que la historia justificaría. Por añadidura, una política cultural hemisférica, si está bien diseñada, podría proveer un ambiente alentador para grupos minoritarios y marginados, pues podrían tener mayor representación en un espacio latinoamericano, que redibujaría las fronteras simbólicas entre nación y Estado. La sociedad civil operaría simultáneamente a escala local y supranacional, facilitando así la resolución de problemas culturales: «Estos conflictos se intensifican en tanto la política económica neoliberal, al acentuar en la última década la pobreza y la marginación de los indígenas y mestizos, agrava la migración y el desarraigo, los enfrentamientos por tierras y por el poder político. Los conflictos interculturales y el racismo crecen en muchas fronteras nacionales y en todas las grandes ciudades del continente. Nunca ha sido tan necesario como ahora elaborar políticas educativas, comunicacionales y de regulación de las relaciones laborales que fomenten la convivencia democrática interétnica. En algunos países, como Perú y Colombia, el deterioro de las condiciones económicas campesinas y urbanas es uno de los principales soportes de los movimientos guerrilleros, de las alianzas entre luchas campesinas y narcotraficantes, y de otras explosiones de desintegración social. El fundamentalismo aislacionista de algunos movimientos étnicos o paraétnicos, como Sendero Luminoso, exaspera las dificultades de

cualquier proyecto de integración (...) Los fracasos de las políticas globalizadoras derivan de la falta de flexibilidad de los programas de modernización, la incompreensión cultural con que se aplican y, por supuesto, la persistencia de hábitos discriminatorios en instituciones y grupos hegemónicos» (García Canclini, 1995).

Además de estos problemas multiculturales, el hecho de que la mayoría de los mensajes que atraviesan el espacio nacional no se producen dentro de él sino a partir de proyectos transnacionales, hace evidente que la integración y la participación ciudadana se estén haciendo cada vez más difíciles. En vista de la resistencia que los Estados latinoamericanos oponen al reconocimiento de la multiculturalidad, que es fundamentalmente diferente a lo que en Estados Unidos se llama multiculturalismo, el modelo hemisférico-confederacional abogado por García Canclini podría, al menos al nivel de la producción y distribución de bienes culturales, ayudar a desvincular los aparatos ideológicos estatales de la mano férrea de las clases oligarcas, promoviendo así una relación más democrática entre Estado y nación. De hecho, la representación cultural ya no sería forzada a servir los intereses de la representación política. Para García Canclini, se trata de una nueva manera de pensar la sociedad civil en una época caracterizada por procesos de globalización e integración regional.

No es del todo evidente cómo este modelo confederacional superará los escollos —lastres sociales y ecológicos del desarrollo, explotación de la mano de obra barata, etc.— que el transnacionalismo dirigido desde Estados Unidos u otros países implica para América Latina. Por añadidura, la rearticulación de la cultura a nivel hemisférico seguirá rigiéndose conforme al modelo consumista (de bienes y símbolos), con la única diferencia que será un consumismo con cara latinoamericana en lugar de estadounidense. Este proceso ya está dándose en lo tocante a la economía, pues como observa Brooke, ya existe «un fuerte impulso hacia la integración regional en América Latina» (1995; p. 1). En cuanto a la rearticulación cultural, ésta también se está llevando a cabo según un *ethos* empresarial a partir del modelo consumista proyectado por las grandes empresas culturales, Televisa en México, Globo en Brasil y otras. Al menos en el campo del imaginario televisivo, las empresas latinoamericanas tienen una ventaja comparativa, particularmente en la producción de telenovelas y programas deportivos, si bien en la distribución del cine y los enlatados Estados Unidos domina. De todos modos, podría pensarse con García Canclini que el modelo consumista no es completa y necesariamente dañino. Es posible que las sociedades de hoy día hayan alcanzado una etapa histórica en la que aún la ciudadanía y la democracia no se puedan pensar fuera del medio del consumo, al menos el de las imágenes audiovisuales. En sociedades en donde el consumo material es universal, aun para los de rentas bajas, como es el caso de Estados Unidos, este medio ya se ha mostrado capaz de vehiculizar demandas políticas, que requieren una reconfiguración del imaginario social. El multiculturalismo estadounidense, por ejemplo, que tiene como propósito facilitar la participación (mediante representaciones) de todos los distintos grupos que constituyen la sociedad estadounidense, es reforzado por un consumismo que solicita esos mismos grupos por medio de publicidades halagadoras. Se trata, desde luego, de una democracia simulacional, pero capaz de efectuar algu-

nos cambios (Yúdice, 1994b). Tomar en serio esta posibilidad requiere repensar la noción misma de cultura, en relación con la sociedad civil, el mercado y las críticas marxistas que apelan a los conceptos de alienación y fetichismo, todo lo cual queda fuera del alcance de este trabajo.

Volviendo al caso canadiense, una solución confederacional no parece viable, pues el país socio más lógico sería Estados Unidos, precisamente la fuente de los problemas que venimos examinando. Asociar, pues, a Canadá y Estados Unidos en una sociedad civil supranacional sólo agudizaría las contradicciones desde el punto de vista canadiense. Y la distancia que separa a Canadá de los otros países de la comunidad británica presenta un obstáculo insalvable para la creación de una cultura común. De ahí, pues, que algún tipo de proteccionismo sea necesario, si bien diferenciado del *statu quo* nacionalista que se comentó arriba. Esta opción se ve respaldada por los comentarios de Berland (1991) a las contradicciones del irónico éxito de músicos canadienses en Estados Unidos, facilitado por recientes cambios en la producción y distribución de bienes culturales, particularmente en la industria disquera y la programación radiográfica en la década de los ochenta y los noventa. La liberalización económica promovida en este período ha dificultado el acceso de estos artistas a su propio mercado nacional, precisamente porque la distribución está bajo el control de empresas estadounidenses. Por lo tanto, muchos músicos se ven forzados a buscar su distribución de base en el extranjero: «El alza en los precios de grabación de música y productos audiovisuales implica que pocas obras puedan recuperar los costos de producción (...) sólo dentro del mercado nacional (...) Como consecuencia un mayor número de músicos canadienses pasan por alto las productoras nacionales, cuya habilidad de operar dentro del mercado estadounidense no mejora con las nuevas medidas; de ahí que busquen contratos con las sucursales canadienses de las empresas transnacionales» (Berland, 1991; p. 323).

Desde la perspectiva de la ciudadanía, la situación canadiense es justamente contraria a la propuesta confederacional de García Canclini. Según Berland, «agentes, productores, músicos, y dueños de empresas disqueras independientes se enojan e inquietan ante las dificultades que enfrentan en su propio mercado nacional. Ello no quiere decir que no compartan la aspiración al éxito en Estados Unidos, sino que siguen teniendo el deseo de preservar su propio país —un país diferente con experiencias, sabores, sonidos e instituciones económicas e ideológicas diferentes— como lugar de partida y de retorno, cuando no de permanencia» (p. 324).

Libre comercio y cultura en Estados Unidos

Lo mismo que se ha argumentado respecto de Canadá y México —que el libre comercio agudizó cambios en la cultura nacional que ya estaban en curso— podría decirse en relación con Estados Unidos. En este caso, habría que examinar el conflicto que se viene gestando entre el multiculturalismo y la revancha conservadora que procura reinstalar los supuestos valores tradicionales «americanos». La

transformación cultural de Estados Unidos no se limita a esta lucha, caracterizada aquí un poco simplistamente, pues así se viene autopercebando en el país. Por añadidura, el hecho de que el cambio se haya estructurado así no quiere decir que el multiculturalismo sea efectivamente un movimiento democratizante sin contradicciones o que la derecha conservadora sólo busque imponer una sociedad «más autoritaria y monocultural, que limite la participación de toda la población», como muchos, entre ellos Suzane Pharr (1994) mantienen. En esta sección, procuramos contextualizar las formas que ambas posiciones ideológicas adquieren en el debate nacional, como punto de partida para el análisis del impacto cultural del TLC en Estados Unidos.

La derecha

En la medida en que el debate respecto de la cultura nacional —las notorias *culture wars*— implica a varios grupos que han sido caracterizados por los medios y la intelectualidad universitaria como de derecha e izquierda, parece lícito examinar, dentro de este marco, la recepción, por una parte, de los argumentos a favor y en contra del libre comercio, y por otra, la controversia respecto de los derechos de los inmigrantes. La primera observación que podría hacerse es que no hay una correlación nítida entre una posición política tal y una perspectiva a favor o en contra del libre comercio, al contrario de lo que manifiesta en la lucha nacional en torno al derecho a los servicios de bienestar (*welfare*) o a la acción afirmativa (conforme a la cual se debe emplear o admitir en la universidad a un candidato minoritario cuando éste presente calificaciones equivalentes a las de un candidato no minoritario). Lo que sí es evidente es que se ha producido una lucha dentro de ambos campos (derecha e izquierda) por definir ideologemas como conservadurismo, progresismo, valores «americanos», cultura nacional, papel del Estado, etc.

Hay poca coherencia en esta lucha de posiciones ideológicas en torno del libre comercio. Phil Gram, senador republicano, y Ralph Nader, activista progresista del movimiento de protección de consumidores, de campos opuestos, concuerdan en su oposición al libre comercio; Newt Gingrich, actual líder del partido republicano, y Robert Reich, secretario del Trabajo del gobierno de Clinton, están a favor. De todos los programas que apoyó Clinton, el único que tuvo éxito fue el TLC, a pesar de que para ganar la elección presidencial había establecido una alianza con los sindicatos, que se oponían al Tratado. Actualmente (primavera de 1995), el tratado se ha convertido en una debacle para sus apoyadores. La economía mexicana ha sufrido una baja enorme, las inversiones de capital casi han cesado (si bien están volviendo con el fortalecimiento de la economía «palacial» [DePalma, 1995]) muchos negocios fallaron, se han perdido cientos de miles de trabajos, el peso perdió la mitad de su valor después del 20 de diciembre de 1994. En Estados Unidos, Clinton recibió un apoyo apenas tibio para el rescate de 20 mil millones de dólares, habiendo fracasado en sus tentativas originales de aportar 40 mil millones de dólares para la economía mexicana. Irónicamente, los republicanos, que normalmente apoyarían el TLC, intentaron parar los fondos prometidos por Clinton.

El senador republicano Alphonse D'Amato, parangón del conservadurismo, se opuso a que «se pagara más de los 5,2 mil millones de dólares que Washington ya había mandado» (Sanger, 1995b; p. 16). Por otra parte, Salinas de Gortari, que era el candidato de Estados Unidos para dirigir la Organización de Comercio Mundial, se transformó de un día para otro en persona *non grata*.

Entre las razones de la ambigua correlación entre posiciones ideológicas y el apoyo u oposición al TLC salen a relucir los informes contradictorios sobre lo logrado por el Tratado. Por una parte, a la vez que se reportaron grandes aumentos en el comercio entre los tres países socios: un aumento de 40% entre Canadá y México (*Nafta and Inter-American Trade Monitor* n° 31) y más de 20% de aumento entre Estados Unidos y México en 1994 (Myerson, 1995; D7), otras cifras muestran que el déficit comercial de Estados Unidos en relación con México alcanzó un máximo de 152,5 mil millones de dólares (Gilpin, 1995; p. 1) y que hubo pérdidas de trabajos y deterioro en las condiciones laborales en Estados Unidos. Claro está, las repercusiones para México han sido peores², pero cabe anotar que la situación para el trabajador en Estados Unidos también se ha deteriorado. Si bien hubo aumento de trabajos en ciertas industrias, por lo general se trató de trabajos de bajo salario y sin beneficios. Es el caso de los empleos en el procesamiento de pollos, en fábricas municipales de reciclaje, en servicios financieros, prisiones, asilos, y proyectos de renovación urbana. El *The Wall Street Journal* informó que «muchos de los trabajos hoy día ofrecen poca recompensa, sea en términos de salario [apenas el sueldo mínimo] o de las calificaciones adquiridas que podrían conducir a mejores situaciones laborales» (Gundrey, 1994). A partir de la baja del peso mexicano en diciembre de 1994, ha sufrido una caída brusca el superávit de 1,3 mil millones de dólares en 1994, registrándose un déficit de 452 millones de dólares en febrero de 1995, lo cual agudiza aún más la pérdida de trabajos en los sectores de exportación de Estados Unidos (Russell, 1995; pp. 19-20). Por añadidura, los informes contradictorios en torno al impacto del TLC como medida de control de la inmigración de mexicanos, que acosan la imaginación de estadounidenses con imágenes de pérdida de trabajos, deterioro de servicios y sobre todo de la bastardización de la cultura nacional, casi han producido histeria en relación con la pérdida del estándar de vida que ha prevalecido desde la posguerra como garante del *american way of life*.

¿Qué tiene que ver todo esto con el análisis del impacto del TLC en la cultura estadounidense? Si bien no ha habido preocupación alguna respecto del impacto de las industrias culturales canadienses o mexicanas en Estados Unidos, sí se ha producido una ansiedad obsesiva en relación con los inmigrantes, como verifica el referéndum Proposition 187 que demagógicamente el gobernador de California

2. Las estadísticas del servicio de información Bloomberg Business News muestran que si bien la «economía palacial» (i.e., la bolsa, la macroeconomía) parece haber recuperado lo perdido antes de la devaluación de diciembre de 1994, la «economía de la plaza» (i.e., las condiciones de sobrevivencia para la gran mayoría) se han deteriorado hasta el punto más bajo en la historia reciente del país. El estimado oficial de la desocupación (falaz debido a la inclusión hasta de los que venden chicles en la calle) es de dos millones o 6,3%. Pero se cree que la cifra verdadera alcanza los seis millones (DePalma, 1995; p. 11).

apoyó para incrementar su popularidad política entre anglo y afroamericanos a expensas de latinos y asiáticos. Esta maniobra electoral corresponde al nuevo populismo conservador que hay que analizar si se quiere entender la recepción en Estados Unidos de cualquier contrato social, siendo el TLC justamente eso. Hay, pues, que preguntarse cómo se estructura la derecha, política dominante a partir de los regímenes de Reagan y Bush.

La política de derecha más relevante para el análisis del TLC tiene que ver con la inmigración, en particular los nuevos grupos de descendencia no europea: latinos, asiáticos, árabes, africanos. Podemos, con Howard Winant, discernir varios sectores de derecha que se han aliado dentro del partido republicano, llevando al poder a un nuevo régimen conservador a partir de Reagan: la derecha cristiana, la derecha extrema, y la derecha neoliberal.

Cabe advertir que estos sectores podrían desarticularse, como se ve cuando se abordan asuntos candentes como son el derecho al aborto, la eliminación del financiamiento para los Fondos Nacionales de Humanidades y Artes, el corte de presupuesto para el almuerzo en las escuelas, el rechazo de derechos de ciudadanía a homosexuales, la supresión del derecho a la educación o al cuidado médico para inmigrantes indocumentados. Considérese como ejemplo de esta inestabilidad la derrota de la enmienda que habría triplicado el corte de presupuesto para el Fondo Nacional de las Artes: 75 republicanos se unieron a 185 demócratas (Rich, 1995).

Por otra parte, un reportaje de *The New York Times* del 16 de marzo de 1995 informó que «están emergiendo fisuras dentro del partido republicano» respecto de la política del aborto y «el corte de 200 mil millones de dólares en impuestos como parte de la reestructuración del sistema de bienestar [*welfare*]» (Toner, 1995). También en marzo de 1995 se informó que «casi la mitad de los 230 republicanos en la cámara de representantes pidieron que sus líderes abandonaran otro corte de impuestos», el cual permitiría que se descontaran hasta un máximo de 500 dólares para pagar la matrícula de escuelas privadas, subvirtiendo así el apoyo a la educación pública (Wines, 1995). Esta oposición a ciertos aspectos de la política neoliberal, que procura reducir los servicios públicos, no quiere decir, claro está, que estos republicanos se hayan convertido en izquierdistas; señala, no obstante, que la derecha no es un bloque monolítico, como algunos han propuesto.

Entre estos tres sectores de la derecha y el que Winant (1990) caracteriza como el «proyecto de democracia radical», habría que reservar una zona ambigua que abarcara a demócratas liberales y republicanos moderados, los cuales se oponen a algunos de los programas negociados durante el período de la lucha por los derechos civiles, en especial el programa de acción afirmativa. Este sector procura reconvertir más que eliminar este programa.

En cuanto a otros proyectos públicos, este sector se encuentra dividido, pues se opone a los servicios de bienestar, favorece un seguro universal de salud, y endosa una ética empresarial. En relación con esta ética y su correlato consumista es que este sector se hace relevante para el análisis del impacto cultural del libre comercio.

La diversidad empresarial

Estados Unidos ha proyectado ideológicamente su discurso de libre comercio como parte de su estrategia para recuperar el dominio en la economía mundial frente a los avances de Japón y los siete tigres asiáticos, por una parte, y de la Unión Europea, por otra parte. Pero el discurso del libre comercio no sólo sirve para legitimar el retorno al dominio económico; también se proyecta nacionalmente como la expresión de un supuesto renacimiento social y cultural, especialmente en relación con la creación de nuevas fuentes de trabajo que contrarresten la tendencia a la caída del estándar de vida. El componente más importante de este discurso es la afirmación de la diversidad como recurso que facilita el éxito en la economía mundial. Puesto que se requiere concurrir a mercados en sociedades muy diversas, la diversidad ayudaría a la competitividad de las empresas estadounidenses. Este discurso empresarial se fundamenta en la diversidad cultural que, siguiendo el discurso multiculturalista más general, constituye la realidad demográfica de Estados Unidos. Por lo tanto, el discurso empresarial es contrario a la agenda retrógrada de los tres sectores de la derecha considerados brevemente más arriba.

Podría decirse que la ideología derechista es animada por el impulso a detener la modernización social y cultural, contradiciendo así los efectos de la modernización económica que esa misma derecha promueve. En la actualidad, la modernización económica ya no requiere los servicios de bienestar que el Estado keynesiano negoció para mitigar las contradicciones generadas a partir de la modernización social y cultural. Ahora, al contrario, se espera que el mercado resuelva estas contradicciones, haciendo dispensable así el Estado benefactor y sus aparatos regulatorios. El discurso de libre comercio es el correlato de este proceso de desregulación. Por lo tanto, los mecanismos introducidos en la época de la lucha por los derechos civiles para compensar minorías y mujeres discriminadas en el pasado, pasan ahora a las políticas de diversidad del sector empresarial. Estas no son políticas vacuas, como observa Avery Gordon (1995): «Los defensores de la gerencia de la diversidad [*diversity management*] creen que los mecanismos más burdos de control social y racial, aun los motivados por una ignorancia 'inocente', serán reemplazados por una solución diseñada para operar dentro de los parámetros de una clase gerencial profesional cada vez más diferenciada en términos raciales. Sus defensores creen que la gerencia de la diversidad puede conducir a una 'descomposición interna' de lo que Etienne Balibar ha categorizado como una comunidad de racistas». Gordon también observa que el sector empresarial ofrece un nuevo contrato social, arraigado en los poderes gerenciales de la clase media. Este contrato, basado en la diversidad, es muy diferente al Contract With America de Newt Gingrich, aunque siempre existe la posibilidad de que se compatibilicen.

La retórica de la diversidad está abierta a varias articulaciones ideológicas, si bien el hecho de que la derecha extrema tiene una posición privilegiada dentro del partido republicano conduce a la hostilidad. El partido republicano está contra el programa de acción afirmativa y otras medidas para mejorar la condición de las minorías. En la esfera internacional los republicanos también impugnan las campañas publicitarias que fomentan la diversidad gerencial de las empresas transna-

cionales. En un número especial de la revista *International Business*, un artículo sobre «las amenazas a los negocios latinoamericanos» repudia el carácter nacionalista-populista del ala conservadora que domina el partido republicano. El autor, en un examen de la fisura ideológica en torno al libre comercio, cita a un funcionario del Congressional Research Service que analiza el comercio con Japón: «Mi impresión de mucha de esa gente», dice, «especialmente los de la derecha religiosa, es que tienden a ser aislacionistas, temerosos de cualquier organización mundial de comercio o de cualquier otra entidad que determina políticas para Estados Unidos» (Moskowitz, 1994). Esto no quiere decir, desde luego, que los republicanos repudien la globalización. Al contrario, algunos de los líderes, como Newt Gingrich, son simpatizantes entusiastas. Los republicanos parecen haber reconciliado su nacionalismo con el empresarismo globalizante del nuevo orden mundial capitalista en una nueva forma de aislacionismo: el unilateralismo (Schlesinger, 1995; p. 5). Desaparecida la amenaza soviética —razón de la subvención estadounidense a los organismos internacionales, como la ONU—, los conservadores, pero también muchos liberales, ya no ven justificación alguna para seguir participando en causas internacionalistas como los derechos humanos y la democratización o la orientación multiculturalista de UNESCO, pues estas causas no adelantan, según ellos, los intereses de Estados Unidos.

La oposición de la derecha extrema ha impulsado al gobierno de Clinton a buscar terreno común con el partido republicano, especialmente en lo tocante al libre comercio y al abandono relativo de su agenda progresista en asuntos sociales. Como comenta el autor del artículo de *International Business*, este terreno común «significa casi seguramente que el presidente tendrá que abandonar toda esperanza de una autorización rápida para la inclusión de estándares ambientales, de derechos civiles y laborales en futuros acuerdos». No es por un acaso que el Presidente haya pasado a argumentar que cualquier medida que aligere la formación de tratados de libre comercio en sí cumple con sus promesas de fomentar la causa de los derechos humanos en el extranjero, pues el comercio libre, según él, «crea una clase empresarial que aboga por la democratización» (Moskowitz, 1994). En típico estilo clintoniano, su gobierno procura salir adelante practicando dos políticas divergentes a la vez. Por una parte, procura apropiarse, mediante la marcha atrás en lo tocante a los derechos civiles y la acción afirmativa, el atractivo de los republicanos; por otra, intenta trasladar tales preocupaciones públicas al mercado. De hecho, tanto el «Contrato» de Gingrich como la «reinención del gobierno» de Clinton y Gore vienen a reflejarse como en un espejo. «En su búsqueda de un sustituto del *statu quo* en las prácticas de gobierno, el señor Gore y el señor Gingrich simbolizan acercamientos perfectamente recíprocos: un sector público orientado al mercado *versus* un sector privado no orientado al mercado» (Stark, 1995). En ambos casos, se procura articular una política que dibuje de nuevo los lindes entre lo público y lo privado mediante programas gubernamentales que proponen un replanteamiento de los valores sociales y culturales.

Estas explicaciones sugieren que el libre comercio no se puede entender exclusivamente como un fenómeno económico, pues también tiene dimensiones sociales y culturales. Las empresas nacionales y transnacionales tienen que apelar cada

vez más a la diversidad creciente de la mano de obra, especialmente los obreros y gerentes que se desplazan de país en país. Por añadidura, también tienen que recurrir a nuevas estrategias en el *marketing*. Un libro de texto recién publicado sobre el *marketing* global enfatiza la «utilidad de los valores culturales para la formulación de planes y programas estratégicos en el mercado global» (Sandheusen, 1994; p. 99). Valiéndose de una serie de estudios e investigaciones de culturas nacionales y locales, hace hincapié en la necesidad de un programa de «estudios culturales globales» para diseñar un *marketing* efectivo (ibíd., p. 105). Lo importante para nuestro análisis del libre comercio es la atención que el *marketing* global presta no sólo a los valores «nucleares» y persistentes de una sociedad sino, sobre todo, a los valores cambiantes, secundarios y subculturales. Este acercamiento facilita entender cómo se aglutinan los valores particulares para formar lo que podría llamarse ideologemas que orientan el intercambio simbólico operante en el consumo. El objetivo de estos «estudios culturales globales» es pronosticar cómo se correlacionan «los valores y estilos de vida con los patrones de consumo».

El énfasis en la diversidad de valores en el mercado global, para captar y retener una gama creciente de públicos, no se limita a los estudios del *marketing* sino que se extiende a la educación y al empleo. Esto se verifica en el surgimiento de numerosos programas de maestría en administración de empresas (MBA) especializados en la gerencia de la diversidad y de los negocios globales. En la categoría de la gerencia de la diversidad es donde se ve el mayor impacto en la redefinición de la mano de obra en Estados Unidos, aunque a nivel retórico. Según esta retórica, la diversificación de la gerencia asegurará la explotación de todos los mercados posibles, pues sólo prestando atención a la diversidad cultural podrán discernirse estos mercados. Por ejemplo, un anuncio para MCI en *Hispanic Business* declara: «MCI es un líder porque entiende la esencia de la diversidad. Sólo los que poseen un espíritu empresarial logran ser líderes. La visión que hace posible reconocer nuevas direcciones. Y la determinación de tener éxito. Tú encontrarás todos estos atributos en MCI, y algo más: la rica diversidad de recursos requeridos para enfrentar nuevos desafíos. Nosotros ponemos en operación esta diversidad de servicios, tecnologías y recursos humanos para realizar una revolución en las comunicaciones...». De un modo semejante, otro anuncio para Microsoft, también en *Hispanic Business* muestra la imagen de una niña latina de diez años enfrente de un salón de clase leyendo su informe a los condiscípulos. El anuncio dice: «Siempre has disfrutado de un escenario en el cual sobresales. Desde niña te has esforzado por emplear tus talentos extraordinarios en todo lo que haces. Y es eso mismo lo que buscamos en Microsoft. Dependemos de opiniones y puntos de vista diversos. Por eso procuramos diversificar nuestro cuerpo gerencial. Si quisieras unirse a la redefinición de la industria del *software*, llámanos». En su anuncio, la empresa Frito-Lay muestra un «arco iris» de ejecutivos que hacen alarde de su diversidad en los términos metafóricos de la mezcla de ingredientes³: «Frito-Lay comprende que las mejores meriendas no se producen por puro azar. Hay que seguir una buena

3. La palabra «arco iris» se usa para designar la diversidad. El activista Jesse Jackson llamó a su movimiento político, alianza de minorías y liberales, la Rainbow Coalition.

receta que pide sólo los mejores ingredientes. La combinación exacta de vendedores minoritarios siempre rendirá lo mejor». Otro anuncio, esta vez niños de varias razas, comienza con la frase: «Esta es nuestra perspectiva del futuro del mundo de las empresas de América», y acaba con el lema «La diferencia es Merrill Lynch». El cuerpo del anuncio dice: «En Merrill Lynch creemos que la diversidad en el mundo empresarial de América será algo común en el futuro igual como lo es en los patios de recreo hoy en día». El anuncio de Amgen, una empresa de productos biotecnológicos, también emplea el arco iris humano para equiparar la diversidad social con la de su área de especialización: «La ciencia está en los genes de muchos tipos de gente. Nosotros reconocemos que diversas perspectivas son un factor esencial en el proceso de descubrimiento».

Un informe reciente sobre las contribuciones de la filantropía empresarial a la educación y las actividades artísticas de minorías observa que «el mundo empresarial de América (...) identifica los esfuerzos educacionales en las comunidades minoritarias como una prioridad» (Dutko, 1994). No obstante, la realidad de la filantropía empresarial desmiente esta retórica: de unos 6 mil millones de dólares otorgados a organizaciones no lucrativas, sólo 26 millones de dólares fueron dirigidos a comunidades minoritarias. Precisamente porque la ideología empresarial de la diversidad se refiere sobre todo a los niveles medios de la gerencia (los que controlan a los obreros menos calificados, que en gran parte son minoritarios), no coincide con el proyecto progresista de vincular los factores de clase social a los de etnicidad y género sexual (categorías que suelen usarse para designar minorías). De hecho, la diversidad empresarial ofusca estos vínculos recurriendo a imágenes positivas y exitosas. Y si bien su discurso es multicultural, juzgando por la publicidad y los expedientes, hay varias investigaciones que muestran que el 95% de los altos ejecutivos siguen siendo hombres blancos, que constituyen apenas un 43% del universo de empleados (Holmes, 1995b; Kilborn, 1995; Andrews, 1995). Hombres y mujeres negros que, respectivamente, ocupan el 4% y 5% de los puestos de gerencia media (en comparación con 40% de los puestos ocupados por mujeres blancas), siguen siendo subrepresentados en este nivel, a pesar de un aumento de 36% de negros con licenciatura y otros títulos de posgrado (Kilborn, 1995). De ahí, pues, que en el título de un análisis reciente se lea «las empresas adoptan la diversidad con brazos abiertos pero se resisten a examinarla abiertamente» (Dobrzynski, 1995).

Según el nuevo modelo de capitalismo global, con sus políticas de desregulación y cortes presupuestarios a los servicios gubernamentales, la pobreza ha aumentado sobremanera. En 1992, 14,5 % de los estadounidenses —36,9 millones— vivía en la pobreza. Un 33% de negros y 29,3% de latinos. El análisis del censo de 1990 muestra que el 1% más rico (101 billonarios y un millón de millonarios) tenía un poder adquisitivo más alto que el 90% de la población (Katz-Fishman/Scott, 1994; Bata, 1993). Y a lo largo de todo el mundo, la distribución de recursos es aún más desigual. Un porcentaje creciente del comercio mundial (33% según estimado del Banco Mundial de 1993) consiste en transferencias intraempresariales en las 350 multinacionales mayores, resultando en una reducción de ingresos para las municipalidades y los obreros (The Philanthropy of Financiers, 1993).

El acceso al mercado laboral global es, desde luego, desigual. Pero esa desigualdad varía según el grupo que se observa. Un análisis del acceso de inmigrantes a la economía global publicado en *World Trade* celebra la contribución de los inmigrantes al renacimiento de Estados Unidos, a pesar de la aprobación reciente de la Proposition 187, que limita los derechos de inmigrantes en California. El informe comienza notando que hay un número muy alto de minorías e inmigrantes en la lista de los 100 directores de empresa mejor pagados de *World Trade* y el hecho irónico de que casi todos tengan su sede en California. A continuación se explica que los inmigrantes son responsables por un 39% del crecimiento de la población estadounidense en los años ochenta y que son los mayores contribuyentes al *boom* de exportaciones. Según la retórica del comercio global, «[de] polacos a mexicanos, la utilidad de los grupos inmigrantes es que traen consigo su espíritu intrépido de competencia global» (Delaney, 1994). Claro está que aquí no se mencionan las dificultades que la gran mayoría de inmigrantes sufre en Estados Unidos. Pero se destaca un aspecto importante de la política empresarial respecto de la inmigración. El hecho de que haya tantos inmigrantes en puestos gerenciales lleva a hacer causa común con todos los inmigrantes contra las políticas racistas de la derecha. En el mismo informe se dice que «los grupos antiinmigrantes declaran que los recién llegados consumen una parte desproporcionada de los servicios sociales y que con frecuencia tienen que recurrir a la ayuda estatal. Por más que lo nieguen; un ofensivo tono nativista —y aun racista— caracteriza sus argumentos». No obstante, la defensa del sector empresarial no es que los inmigrantes sean esenciales para la sociedad civil estadounidense, sino que el libre comercio, en el cual se encuentra muchos inmigrantes, conduce a la prosperidad y a la democracia.

Libre comercio e intermediación cultural transnacional

La intermediación «progresista» de la diversidad

Considérense los siguientes pasajes: «Visto desde las realidades globales de los noventa, el TLC representa un vital interés estratégico nacional para Estados Unidos. México espera una infusión de *know-how*, tecnología, y capital financiero norteamericanos (...) Esta política tiene el potencial de extenderse a todavía más países latinoamericanos (...) La mayoría de economistas pronostica que los dueños y profesionales de empresas hispánicas norteamericanas estarán entre los que más provecho saquen» (Editorial de *Hispanic Business*, enero 1994).

«Estados Unidos se encuentra al borde de una nueva frontera —un mundo tanto interno como extranjero, que se encuentra en flujo y fuera de quicio (...) La nueva frontera es una compleja sociedad global que requerirá el poder de la imaginación y las fuerzas de regeneración para superar los retos (...) Para los artistas y las instituciones culturales de América [*sic*] ésta es una época de gran oportunidad. Podemos ofrecer más que una bandera vistosa y un himno que apoyen esta búsqueda. Aportamos nuestras capacidades hasta ahora no utilizadas como constructores de puentes, traductores, solucionadores de problemas. Aportamos el lenguaje y la

tecnología de la transformación (...) América [sic], la única «superpotencia» que queda, ahora tiene que aprender a operar en un ambiente de jerarquías mudables, caedizas y niveladas —un mundo en donde la tecnología informática, las finanzas multinacionales, el hambre mundial, los conflictos étnicos y el desgaste del ozono son sólo algunos de los hilos que tejen la emergente tela global...» (Cleveland, 1992).

Es más que curiosa la coincidencia de estas dos afirmaciones efusivas respecto de las oportunidades que el TLC desencadena. Emitidas a partir de contextos tan distintos, como lo son el mundo de los negocios y el de las artes, no obstante resalta un espíritu común de apertura: la globalización transforma las circunstancias bajo las cuales se hace posible que grupos relativamente desventajados (los hispanos por su subordinación social; los artistas por su subordinación económica) entren al *mainstream* y se renueven sus proyectos (escalar a la cumbre de ese *mainstream* a costas de su intermediación de otras culturas). Mientras otros sólo ven lo malo (huirán los trabajos, las grandes empresas acabarán con las pequeñas, se secarán las fuentes de subvención artística), éstos no ven mal que por bien no venga. Pero para que las oportunidades sean aprovechables, se necesitan intermediarios (*brokers*), los «constructores de puentes, traductores, solucionadores de problemas». En lo que sigue en esta sección, ahondaremos en el fenómeno de la intermediación transnacional.

Siempre ha existido la intermediación transnacional de la cultura. Como explica Balfe: «[las] esfinges y las pirámides, por ejemplo, simbolizaban el poder faraónico para el pueblo egipcio. Pero se necesitó el imperialismo de Alejandro y sus sucesores romanos para portar, importar, e instalar obras de arte en nuevos contextos, para simbolizar el poder político a un público que no fuera el original, y así hacerles reconocer que ese poder era capaz de trascender sus límites socioculturales y destacarse en 'símbolos universales'. Pero esta función se ha complicado y se ha hecho más necesaria recientemente en la medida en que las grandes obras de arte han sido usadas con mayor frecuencia en la rivalidad de los poderes 'imperiales' y les han sido asignados diversos papeles en la propaganda internacional» (1987; p. 195).

Entre los nuevos papeles que desempeñan las obras de arte del Tercer Mundo y otros países periféricos, cabe destacar la transformación en los modos de recepción. Cada vez más las exposiciones de arte son colaboraciones entre patrocinadores y curadores del Norte y del Sur. El curador se ha convertido en el actor simbólico más importante en el mundo del arte, eclipsando a los artistas mismos. Más que nunca, la curaduría implica colaboraciones complejas que han transformado los flujos tradicionales de influencia del centro a la periferia. Ahora la influencia circula multidireccionalmente a través de las ciudades globales, no muy diferente a las transacciones entre empresas transnacionales. Como los directores de estas empresas, los curadores son «especialistas institucionalmente reconocidos» en sus mercados, orientando el sentido y el *status* de sus productos y sus imágenes a lo largo del sistema de distribución (adquisición, exposición e interpretación en lo que respecta al arte). Mari Carmen Ramírez, en uno de los pocos estudios del fenómeno que toca el arte latinoamericano y latino estadouni-

dense, ha notado que la función curatorial está contextualizada por una infraestructura de redes institucionales, financieras y profesionales que necesariamente inscriben la exposición del arte en un complejo «entramado de intereses dominados por mercados e instituciones», de manera que «cualquier pretensión de alternatividad es, en el mejor de los casos, una falacia» (Ramírez, 1994). Puesto que el concepto mismo de alternatividad acarrea valor en el mundo del arte, cabe examinar cómo circula el concepto en la intermediación tanto en el mercado propiamente dicho como en el sistema alternativo de distribución de valor a aquéllos (particularmente minorías) cuyas obras no han tenido acceso a los circuitos dominantes del arte.

Podemos comenzar la investigación con el caso idóneo de la megaexposición «México: esplendores de treinta siglos» que sirvió para preparar el camino simbólico para la negociación del TLC, al menos en el nivel de la cultura de élites. Las obras expuestas portan un valor simbólico que se supone trascendente, que supera, supuestamente, las diferencias de las sociedades que entran en negociación. Se puede apreciar esto en el discurso de Octavio Paz para la inauguración de la exposición, en el cual reconcilia la «otredad» del pasado mexicano con el futuro (presente) de su modernidad: «La 'otredad' radical de la civilización mesoamericana es, pues, transformada en su opuesto: gracias a la estética moderna, estas obras que parecían tan lejanas también son contemporáneas» (Paz, 1990; p. 19). Un poco como la publicidad para el turismo, exposiciones como ésta atraen el deseo metropolitano del «exoticismo confortable», con todos los lujos del aire acondicionado, autopistas de seis carriles para desplazarse fácilmente de una parte a otra, y hoteles supermodernos. En uno de esos virajes irónicos que nos brinda la historia, Paz, quien había escrito con tanta agudeza sobre las artimañas retóricas del poder, se ha vuelto ahora el portavoz del libre comercio, anverso de la asimilación de la otredad de México a un gran diseño histórico. En un editorial publicado en *The New York Times*, Paz identifica al «TLC como el primer paso en [este] gran diseño» (Paz, 1993). Si en *El laberinto de la soledad* había escrito de la revolución, el amor y la poesía como fuerzas que trascienden todas las antinomias, ese papel corresponde ahora al TLC: «El TLC parece el primer paso en un gran diseño. Su meta, por lo tanto, es histórica; trasciende economía y política. Es una respuesta al terrible desafío de nuestro momento histórico, que está siendo destrozado por el renacimiento de los nacionalismos más feroces». Purgado del espectro comunista, el nuevo internacionalismo puede ahora resolver los problemas de la identidad a un nivel superior. De ahí que treinta siglos de cultura mexicana puedan circular como testamento de la nueva misión histórica.

Como explica Shifra Goldman, el imperialismo cultural unidireccional de antaño, así como el discurso antiimperialista con que se combatía, ya no tienen lugar en el nuevo orden transnacional (1991a y 1994). Según ella, la cultura es intermediada a este «alto» nivel financiero por una «alianza entre poderosas élites de primer y tercer mundos (...) cuyo objetivo es el control de recursos y configuraciones culturales a través de las fronteras nacionales» (1991a; p. 17). No sorprende, pues, que Televisa haya sido uno de los protagonistas en la intermediación de la exposición de los «esplendores», que como publicidad para el TLC correspon-

día a sus intereses. Justamente cuando el tratado estaba por entrar en vigencia, Emilio Azcárraga, dueño principal de Grupo Televisa, vendió acciones valoradas en 1.000 millones de dólares. Esta movida facilitaría, según los análisis, aprovechar las ganancias esperadas de la privatización de los canales nacionales y reforzaría las inversiones de la empresa en las estaciones hispanas en Estados Unidos. Aun siendo accionista minoritario, parece ser Azcárraga quien hace las decisiones en Univisión, como sugiere un informe de *Hispanic Business* (Mendoza, 1994; p. 54). El TLC parece haber facilitado un canje de influencia en el sector televisivo: empresas estadounidenses han logrado penetrar las telecomunicaciones mexicanas (en 1994 la red NBC firmó un acuerdo para comprar una participación de 10% a 20% en el Grupo Azteca [*NAFTA and Inter-American Trade Monitor* n° 1]) y Televisa ha ganado el control de cuatro nuevas estaciones hispanas por medio de su subsidiaria Galavisión (Mendoza, 1994; p. 60).

Otra exposición que parece haber tenido el propósito de proyectar la imagen de un México que merece estar entre los grandes del Primer Mundo es «Mito y magia en América: los ochenta», realizada en el Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey en 1991. Según uno de los consultores, la agenda subyacente de los directores del museo era historizar el *boom* de la década de 1980 a partir de la pintura mexicana (comunicación personal, agosto de 1993). Si bien fueron representados 19 países, el énfasis en México y Estados Unidos debió sugerir una paridad entre ambos. La exposición yuxtapuso artistas como Julio Galán, Dulce María Núñez, Rocío Maldonado y Nahum B. Zenil con los artistas estadounidenses de mayor renombre en la década de los ochenta, al menos en el campo de la pintura: Basquiat, Fischl, Haring, Salle, Scharf, Schnabel. En su ensayo para el catálogo, Alberto Ruy Sánchez declara que los ochenta habían lanzado una «nueva geografía imaginaria» conforme a la cual «Estados Unidos y Canadá pertenecen cada vez más al mismo continente que México» (Sánchez, 1991; p. CLVI). El denominador común de este imaginario compartido es el ritual «exuberante», caracterizado en el ensayo de Sánchez como una suerte de realismo mágico recompuesto o acaso posmoderno. La «exuberancia» de Jean-Michel Basquiat, por ejemplo, consiste en el «transporte de figuras primitivas 'salvajes' si bien familiares al mundo de figuras contemporáneas cotidianas». De la exuberancia de Dulce María Núñez se dice que «se convierte en un código mitológico estrictamente personal derivado de los mitos de creación mexicanos» (Sánchez, 1991; pp. CLX-CLXI). Según la crítica de Mari Carmen Ramírez, esta exotización de las «identidades culturales» sirve como medio para la circulación del valor para el nuevo mercado internacional del arte que «acoge» al arte latinoamericano en los ochenta y noventa (1994; p. 6). Lo que «Mito y magia...» procuró es tender el puente de la identidad consumible al otro lado del río Bravo.

En el contexto de las negociaciones del TLC en curso, la procurada equivalencia con Estados Unidos manifiesta un deseo de entrar al Primer Mundo económica y culturalmente. Esta es una meta importante, si no se hubiera eliminado todo lo que no contribuya a esta expresión de primermundismo, incluso lo que Edward Sullivan, en su contribución al catálogo, caracteriza como los «gestos retóricamente políticos que condenaron el movimiento muralista tardío a la redundancia»

(1991; p. CLXX). Este encuadramiento de los artistas latinoamericanos no tiene lugar en un vacío, alejado de incentivos y restricciones institucionales. Al contrario, «revela la conjunción de intereses y objetivos diversos en el mercadeo (...) de las identidades» (Ramírez, 1994; p. 6). El consultor mencionado declaró que tuvo que presionar al museo para incluir artistas minoritarios estadounidenses así como artistas del Caribe anglófono y francófono que son relativamente desconocidos. Por otra parte, aquellos artistas latinoamericanos seleccionados que residen en Estados Unidos —Carlos Almaraz, Luis Cruz Azaceta, Juan Sánchez— fueron clasificados como «americanos», pues han logrado su prestigio en instituciones estadounidenses. Por añadidura, el énfasis en la pintura por sobre otros medios menos tradicionales, en especial el formato más politizado de la instalación, revela una acomodación al *statu quo* del mercado del arte. Podría decirse que la exposición apoyó el sistema de galerías en el que las obras son juzgadas más por su valor económico que por el artístico y social. Estas críticas fueron incorporadas al catálogo, particularmente en el ensayo de Charles Merewether (1991), quien suple muchas de las faltas de la exposición, dando un cuadro más diverso del arte estadounidense y el latinoamericano.

El fenómeno de la intermediación cultural que se viene examinando aquí no tiene su origen y fin en las oficinas de sus patrocinadores empresariales como Televisa o PEMEX. El embalaje de la identidad mexicana realizado por estas empresas abre, no obstante, espacios de negociación para otros actores, tanto en México como en Estados Unidos. El énfasis en el pasado indígena hizo posible la crítica de la exposición de los «esplendores» y de las instituciones que la patrocinaron desde la perspectiva de comunidades marginalizadas y oprimidas que desmentía el embalaje. De hecho, las acciones del Ejército Zapatista para la Liberación Nacional en Chiapas fueron facilitadas hasta cierto punto por la falsedad del empaquetamiento de un México moderno y democrático —como se ve en el discurso de Paz— para la entrada en el TLC. En forma semejante, en Estados Unidos, los chicanos y otras minorías (sobre todo indígenas) organizaron exposiciones alternativas para hacer visible lo que los «esplendores» dejaban sin reconocimiento: las artes populares y la producción cultural de los chicanos.

Precisamente en esta lucha entre comunidades minoritarias y el *statu quo* artístico —conflicto que las empresas negocian cautelosamente en sus estrategias para legitimar su discurso y práctica del cruce de fronteras— el lugar y la función del mercado «paralelo» o «alternativo» pueden ser analizados con mayor provecho. Debe recordarse, para empezar, que lo que estas exposiciones procuran es un *brokering* del poder en el escenario internacional. El ensayo de Merewether apunta hacia otras posibilidades, pues aspira a evaluar a los artistas mediante una cuidadosa negociación entre la influencia del mercado de arte y lo que, a falta de mejor término, venimos caracterizando como un mercado alternativo de producción y exposición. El acercamiento antropológico al arte de hoy día (Clifford, 1988 y 1991), la estetización de las obras hasta hace poco guardadas en museos etnológicos, la apertura a la diferencia, a las alternativas que tan evidentemente faltan en «Mito y magia...», forman parte de la nueva estética y una nueva curaduría estadounidenses, como se puede apreciar en dos antologías especializa-

das coordinadas por Ivan Karp y Steven Lavine (1991 y 1992). Según esta perspectiva, la historia del arte, en particular el *modernism* se ha legitimado mediante la autojustificación de las instituciones establecidas para juzgar la experiencia estética según los parámetros de la modernidad. Las nuevas corrientes conciben un arte que abandona la autonomía, como la había pensado Weber y la sigue ideando Habermas, y pasa a entenderse conforme a los modos en que los grupos que componen la sociedad civil se van constituyendo, conforme a principios éticos que contienen a la vez una razón «estética».

Será aleccionador contrastar el *ethos* del trabajo artístico alternativo en México con el de artistas estadounidenses. La exposición «Mito y magia...» excluyó los «verdaderamente alternativos» tanto de Estados Unidos como de México. Olivier Debrouse (1990) ha caracterizado el arte excluido como una cultura «desde un México diferente». A partir del trauma de 1968, se produce una «irreversible 'chicanización' de la vida cotidiana» que contribuye a la redefinición de la identidad mexicana, «revitalizando sustancialmente [de 1975 a 1985] formas cuya forzosa aniquilación habían planteado los artistas del medio siglo en su afán de integrar su producción en el universalismo del arte moderno» (Debrouse, 1990; p. 28). Este proceso se agudiza desde mediados de los ochenta, especialmente a partir del movimiento de la autoorganización que suscitó el terremoto y, también, en oposición al mercado de arte que se consolidó, en parte, como fuente alternativa de ingresos después del *crash* de la bolsa en 1987.

Podría resaltarse un rasgo en la descripción de Debrouse que contrasta sobremedida con la práctica de los jóvenes artistas en Estados Unidos y que ayudará a entender la función de los nuevos *brokers* culturales de la alternatividad. Si bien estalla en México una frenética actividad artística no institucional —exposiciones y fiestas— *vernissages* organizadas por ellos mismos en departamentos de la ciudad de México, «construcción de microgalerías (a veces paródicas) en casa particular, invasión de espacios públicos, revistas y *fanzines*⁴ impresos con los medios de a bordo, enlazamientos con circuitos paralelos fuera de las fronteras», la gran oleada de arte multiculturalista en Estados Unidos se ve auspiciada por las *arts organizations*, en especial las de «artes de acción social» (Whittaker, 1993), los consejos estatales y municipales, y notoriamente, el muy asediado National Endowment for the Arts (NEA).

El NEA tiene un presupuesto de 167 millones de dólares, o más o menos 0,68 dólares *per capita*, del cual un 15% es distribuido a artistas y organizaciones minoritarias (Gilmore, 1993; p. 145). Este presupuesto parece pequeño en comparación con los 40 a 60 dólares *per capita* de los países europeos, pero la diferencia es compensada en parte por los consejos de arte municipales, que distribuyen 300 millones de dólares, y más de 2.000 «organizaciones de arte» locales que distribuyen una cantidad igual (Cummings, 1991; p. 77). Lo importante, sin embargo, es que ha habido un aumento en el compromiso con la «diversidad» en el NEA (una de las razones por las cuales se encuentra tan asediado) y en las organizaciones

locales, que sirven de conducto para los subsidios del NEA (DiMaggio, 1991; p. 227). La alternatividad, definase en términos de raza, etnicidad, género, orientación sexual o una combinación multicultural, tiene muchas fuentes de subsidio. Según Langley, «el subsidio de artistas étnicos y organizaciones multiculturales es ahora una prioridad para las agencias federales, estatales, municipales, las fundaciones privadas y el sector empresarial» (1993; p. 189). Aun con la amenaza de eliminación del NEA (Blumenthal, 1995; p. 11), los subsidios que se pierdan podrían ser compensados por las donaciones privadas. Algunas de las fundaciones privadas, como la Carnegie Foundation y la Ford Foundation, han «dirigido los subsidios a grupos excluidos del acceso» al mercado y fundaciones públicas (Zolberg, 1994; p. 286). También, el Lila Wallace-Reader's Digest Fund «contribuirá con 450 millones de dólares en los próximos cinco años en el esfuerzo nacional mayor para ayudar a que los museos de arte cambien su imagen de instituciones elitistas. Esta donación también ayudará a los museos a interpelar nuevos públicos: jóvenes, residentes en comunidades rurales, incapacitados y minorías étnicas».

La «comunidad» es el concepto bajo el cual se justifican estos esfuerzos para subsidiar la alternatividad. El arte debe, según esta perspectiva, servir los intereses de comunidades más que apelar a valores autónomos universales que acaban manteniendo el *statu quo*. Este *ethos* comunitario ayuda a entender por qué los subsidios a minorías del NEA se concentran en los departamentos «generales» o «multidisciplinares» más que en los específicamente estéticos. La mayoría de los subsidios a minorías proviene de dos de los doce programas (Expansion Arts y Folk Arts) y por lo tanto «las organizaciones minoritarias que los reciben parecen ser menos compatibles con las disciplinas que enfocan el arte contemporáneo y más con los programas 'generales' que son suficientemente eclécticos para abarcar una gama muy amplia de criterios estéticos» (Gilmore, 1993; pp. 147-148). Estas normas, deseables para los grupos progresistas, están siendo revaloradas en el contexto político actual. Y no sólo desde la derecha, que quisiera acabar con las «preferencias» para minorías. Un estudio reciente, por ejemplo, critica los criterios comunitarios que aplican las fundaciones porque fomentan la creación de una mentalidad de funcionaria de aparato estatal, pues los artistas comunitarios se comportan como «trabajadores sociales» (*social workers*). Algunas fundaciones han optado irónicamente por subsidiar directamente a las comunidades e eliminar a los artistas intermediarios (Rabinowitz, 1994).

«La función del artista que pretende servir a una comunidad puede, en algunos aspectos, ser comparada con la de reformistas o trabajadores sociales [*social workers*]. Tanto la comunidad como el artista poseen una serie de calificaciones (burocráticas, diagnósticas, estéticas/expresivas, etc.) y tienen acceso a subvenciones públicas y privadas (mediante la solicitud, el *status* oficial y el subsidio institucional) que se emplean para llevar a cabo una transformación en la condición de individuos que supuestamente están necesitados (...) Para el artista comunitario, la custodia comunitaria del 'arte', la 'creatividad', o lo 'estético' hace el mismo papel que la 'ciencia' para el reformista. Se trata de una lengua universalmente aplicable que permite que [los artistas comunitarios] trasciendan sus pro-

4. «*Fanzines*» son revistas para aficionados (en particular de músicos y de estrellas de cine y televisión). El término tiene su origen en *fan* (aficionado) y *magazine* (revista).

pías posiciones sociales y culturales. Evidentemente el aparato institucional que administra y apoya el bienestar estatal es mucho más grande que el que sostiene al arte de la comunidad, pero el creciente interés de las fundaciones en asuntos 'comunitarios' sugiere que la distinción entre el arte comunitario y las políticas de bienestar es muy tenue» (Kester, 1995; p. 8).

Y son estas mismas instituciones, gerenciadas a mediano y hasta alto nivel por progresistas, mujeres y minorías, que procuran tirar los puentes a todos aquellos «otros» que han sido excluidos o marginados de la participación en esferas públicas estéticas. Tanto las fundaciones privadas como los consejos estatales y el NEA requieren no sólo que se busquen públicos más amplios y más diversos, sino que se soliciten fondos iguales (*matching funds*) de otras fuentes, función que desempeñan las *arts organizations*. Ahora bien, debido tanto a los debates nacionales sobre cuáles comunidades deben recibir o no fondos públicos, se ha establecido un proceso de selección riguroso, de manera que cada vez más las «*arts organizations*» no pueden conseguir fondos sin probar su relevancia para las comunidades que sirven» (Whittaker, 1993; p. 32). Gilmore añade que el NEA, como cualquier otra agencia federal, tiene que dar cuenta a los miembros del congreso «que a su vez representan distintas y muy diferentes comunidades (...) de ahí, pues, que la cuestión de la equidad distribucional de recursos públicos se esté haciendo más y más preocupante» (1993; p. 138).

¿Cuál es el impacto de todo esto en la relación entre las artes y el libre comercio? Este, como venimos exponiendo, ha adoptado la retórica (si bien no la sustancia) de la diversidad elaborada en las políticas sociales y culturales de los sectores progresistas de la sociedad civil y el Estado benefactor. Las empresas, cada vez más interesadas en legitimar su contribución a la diversidad y en entrar en nuevos mercados, han incrementado el subsidio a organizaciones minoritarias y multiculturales. En consecuencia, existe hoy día un lugar (si bien asediado) para el *ethos* multicultural en el *statu quo* institucional del mundo artístico. Curiosamente, ello no contradice al *ethos* empresarial, pues éste viene penetrando todos los aspectos de la sociedad civil, tanto más cuanto que el neoliberalismo promueve la privatización. El mercado de arte «paralelo» (que cada vez más busca unirse al mercado dominante) comparte al menos una característica con el *ethos* empresarial: la de «hacer que los consumidores [el público] se sientan apreciados» (Langley, 1993; p. 185). Y no son únicamente las empresas estadounidenses las que promueven este vínculo entre identidad cultural valorizada y público consumidor. Mari Carmen Ramírez (1994) explica que los mercados de arte en México, Colombia, Venezuela y Miami (i.e., los exiliados cubanos) están promocionando sus propios artistas, conduciendo así a lo que algunos han interpretado como el *boom* latinoamericano del arte en los ochenta y noventa. Estos son los artistas cuyas obras se exponen en las galerías de los centros urbanos más importantes y que se venden en las subastas de Christie's y Sotheby's. Al otro extremo, están los artistas latinos o hispanos minoritarios, generalmente oriundos de la clase obrera y con poca oportunidad de competir en el mercado. La posibilidad de participar en una esfera artística pública amplia depende de los circuitos en donde se mueven los artistas. Si pertenecen a la vanguardia de los «performanceros», como Guillermo

Gómez-Peña, se tiene mayor acceso a las instituciones financieras, hecho que ha producido resentimiento entre la «comunidad» de artistas que no lograron el mismo nivel de renombre (Gómez-Peña, 1993). Y hay artistas, como el chileno Alfredo Jaar, que logran montar los dos mundos a horcajadas. En estos casos también se generan frustraciones, pues los que no participan en el mercado se quejan de que las instituciones alternativas presten atención a los que sí tienen tal entrada. Por otra parte, éstos se quejan de que se les impongan criterios de identidad para legitimar su obra en las esferas alternativas.

La cultura transnacional es también cultura local. Esto se hizo patente en la reacción de los chicanos a la exposición de los «esplendores». Las exposiciones alternativas y la serie de conferencias tenían el propósito de dar entrada a la esfera pública las prácticas culturales cotidianas de la gente de origen mexicano. ¿De dónde vino el financiamiento para estas exposiciones alternativas? En parte, de las instituciones culturales y sociales de la comunidad.

Pero habría que preguntar en dónde consiguieron fondos estas instituciones. En gran parte de las agencias federales y estatales que tienen como mandato una distribución proporcional de los recursos para las actividades culturales. Varios analistas de la gerencia de instituciones artísticas han explicado que las organizaciones de artes [*arts organizations*] comunitarias están bien posicionadas para recibir fondos para atraer nuevos públicos, que aumentan los ingresos provenientes de las ventas de boletos y de los subsidios de fundaciones que, como se vio más arriba, requieren la inclusión de todos los sectores de la sociedad.

El Contrato con América, de los republicanos que entraron en el Congreso con las elecciones de 1994, promueve la eliminación de los subsidios públicos para las artes precisamente porque el NEA y otros órganos estatales han aprobado medidas para democratizar la repartición. De ahí que crezca en importancia el apoyo transnacional, como el del Consejo Nacional para la Cultura y el Arte de México y el Fondo EEUU-México para la Cultura, y empresas como Televisa que pueden compensar cuando se les cortan a los chicanos y otros latinos los subsidios provenientes del gobierno estadounidense. El sistema consular mexicano ha aprobado subsidios importantes para actividades artísticas y culturales, particularmente aquellas organizadas por chicanos y latinos. Raúl Hinojosa, consejero para el Banco del TLC con el Departamento del Tesoro estadounidense, ha comparado estos subsidios a chicanos con los esfuerzos de Israel por influir en las políticas externas de Estados Unidos mediante organizaciones judías, especialmente en lo que respecta al Medio Oriente (comunicación personal, septiembre de 1993). La transnacionalización, pues, se extiende a todos los espacios, trascendiendo así las fronteras nacionales en pro de intereses comerciales y políticos. La propuesta que ha adelantado Garofa Canclini para pensar la ciudadanía por medio del consumo debería extenderse también a estos procesos transnacionales. Lo que falta, en este respecto, es un foro transnacional, abierto a todos los interesados, que pueda considerar estos fenómenos.

Dado el carácter transnacional y translocal de algunos grupos étnicos estadounidenses, no sorprende que las preocupaciones de sus países de origen conduzcan a aprovechar los mecanismos para llegar a la «equidad distribucional» que regulan

las prácticas de muchas fundaciones y otros organismos. Esta interculturalidad transnacional es examinada en una reciente exposición de arte inmigrante: «Beyond the Borders. Art By Recent Immigrants» (Más allá de las fronteras: arte de inmigrantes recientes) (1993). Los curadores del Bronx Museum of the Arts explican que «para la mayoría de inmigrantes que llegan ahora a Estados Unidos, la cultura 'americana' no es un concepto nuevo. Las innovaciones de las telecomunicaciones y transporte globales han reconfigurado el conocimiento intercultural y las nociones fijas de proximidad y distancia cultural». De ahí, pues, que estos nuevos inmigrantes hayan llegado ya a una acomodación con la cultura «americana» y hayan procurado contribuir de manera que se abra un espacio para sus propias ideas. «El trabajo de los artistas inmigrantes se transforma así en un cuestionamiento de las ideas establecidas y de las posiciones culturales posibles dentro de la cultura americana» (Beyond the Borders, 1994; pp. 13-14).

Otro ejemplo de cómo el subsidio de instituciones culturales abre espacios de negociación entre las grandes empresas, los gobiernos extranjeros, los consultores profesionales, y varias comunidades minoritarias es la exposición que organizó Jane Stevenson Day. Cada uno de estos intereses había exigido alguna modificación en la exposición de cultura azteca que se expuso en el Museo de Historia Natural de Denver entre 1992 y 1993. En primer lugar, lo más importante era la atracción de nuevos públicos, no sólo para satisfacer los requisitos de las fundaciones que contribuyeron a la exposición, sino también para ampliar las fuentes de ingresos y así contribuir a la sobrevivencia misma del museo. Dice Day: «Los museos exitosos están hoy día desempeñando nuevos papeles en sus comunidades. No sólo abordan los nuevos desafíos educativos sino que intentan atraer nuevos visitantes al museo y dirigirse a las preocupaciones e intereses de públicos no tradicionales. Las razones por esto varían. En parte, se basan en los requisitos financieros de la institución; obviamente los nuevos públicos constituyen nuevas afiliaciones y tarifas de entrada. Por añadidura, los públicos diversos a menudo abren nuevas oportunidades de financiamiento de fundaciones y agencias gubernamentales» (Day, 1994; p. 309).

Pero la incorporación de nuevos públicos también acarrea nuevas exigencias. En este caso, la comunidad latina pidió que se incluyera su perspectiva en las decisiones que se hicieran respecto de la presentación de la historia de los aztecas. También reclamaron un catálogo más accesible y popular en lugar del libro erudito que se había planeado. Este viraje hacia lo popular facilitó la venta sin precedente de 25.000 ejemplares. Y como suplemento educacional de la exposición, el museo ofreció seminarios para los cuales se pidió la ayuda voluntaria de la comunidad de Denver. La mitad de los dos mil voluntarios resultaron ser latinos, que se interesaron en el aspecto histórico de su «propia» identidad. Los indígenas o nativo-americanos también pidieron voz en la organización de la exposición, especialmente en lo tocante a los restos de esqueletos que son sagrados según su cultura. Las presiones de estas comunidades minoritarias locales, a su vez, obligaron a que el museo renegociara algunos de los acuerdos de préstamo con instituciones mexicanas, instituciones, dice la curadora, «cuyos intereses políticos y culturales había que tener en cuenta» y que al principio no entendían por qué se había

incluido a hispanos e indios en el planeamiento de la exposición (Day, 1994; p. 313). Por añadidura, el hecho de que se tratara de un evento de alto costo, pero que daba relieve a las relaciones entre México y Estados Unidos, atrajo a las grandes empresas que «se mostraron muy ansiosas por añadir la exaltación cultural de la exposición a sus intereses económicos. Contribuciones directas e indirectas de estas empresas internacionales constituyeron un factor significativo en el recaudo de fondos».

Este proceso parecería confirmar el argumento de García Canclini en su *Culturas híbridas* (1990) respecto de la «reconversión cultural», pues «725.000 personas visitaron la exposición; el impacto en la economía de Denver se estimó entre 60 a 70 millones de dólares; un 60% de los visitantes vino desde fuera del área metropolitana de Denver (100.000 de ellos del extranjero); y casi 125.000 estudiantes pudieron visitar Azteca» (Day, 1994; p. 315).

No debe creerse que el multiculturalismo y los nuevos procesos de intermediación que éste ha engendrado tratan sólo de la diversidad y de la expansión de la sociedad civil. El factor económico es una parte fundamental de la negociación de la diversidad. Ya se ha visto que públicos más diversos generarán mayores ingresos, sea directamente en relación con las entradas o indirectamente por medio de las subvenciones recibidas para expandir el público. De hecho, el discurso mismo de la diversidad concilia la actual hegemonía del multiculturalismo en esferas educacionales, artísticas, empresariales y «progresistas» con la creencia de que «América» ofrece un liderazgo no sólo económico sino también cultural como la «primera sociedad verdaderamente multicultural del mundo» (Cleveland, 1992). Progresistas y capitalistas tienen en común una visión redentora de la hibridez generada por los «nuevos» inmigrantes que están redibujando, para parafrasear al «performancero» Guillermo Gómez-Peña, el mapa de América: «Las culturas mexicanas y caribeñas», declara romantizándolas según mi parecer, «pueden ofrecer al Norte la fuerza espiritual, la inteligencia política y el sentido de humor que muestran al negociar las crisis; y también la experiencia en fomentar las relaciones personales y comunitarias» (1993; p. 60).

Por otra parte, los urbanistas ven en los recursos culturales de la diversidad una de las formas más importantes para la renovación económica de los grandes centros metropolitanos. Redburn (1993) informa sobre un «comprensivo proyecto de investigación [conducido por el Port Authority de New York y New Jersey], que muestra que las artes y las otras actividades culturales han crecido significativamente en importancia en la última década. Hoy día inyectan al menos 9.800 millones de dólares en el área metropolitana de Nueva York y, directa e indirectamente, apoyan más de 107.000 trabajos. Las artes emplean directamente a 41.000, mucho más de los 36.000 que trabajan en la industria publicitaria». Los autores del estudio concluyeron que la diversidad cultural misma del área metropolitana es el factor que más ha contribuido a revivir la economía del área metropolitana (Levine, 1990; Sonntag, 1993) y estimular el crecimiento de las artes y otras actividades culturales.

La capitalización de la frontera

Es un lugar común reconocer que la fijación de fronteras se logra mediante la violencia, un «espaciamento violento» (Derrida, 1974; p. 107) que rinde valor y cultura. «La esfera de la cultura», ha dicho Bajtin, «no tiene territorio interno: está distribuido completamente a lo largo de las fronteras, que pasan por doquier (...) Todo acto cultural vive esencialmente en las fronteras» (1984; p. 301). De hecho, ésta parece ser la lógica de la metáfora de la «frontera en movimiento» de Frederick Jackson Turner para caracterizar el proceso por medio del cual se escribe la página del proceso civilizador «americano»: «En la medida en que leemos línea por línea esta página continental de Oeste a Este, encontramos el registro de la evolución social. Comienza con el indio y el cazador; y a continuación narra la desintegración del salvajismo con la entrada en escena del comerciante, el gufa de la civilización; leemos los anales de la etapa pastoral de la vida hacendera; la explotación de la tierra por el cultivo de siembras rotativas de maíz y trigo en comunidades agrícolas escasamente habitadas; la cultura intensa de las colonias más densas; y finalmente la organización manufacturera de la ciudad y el sistema de fábricas» (1920; p. 11).

Economía y cultura van juntas en la «escritura de la frontera», expresión dilecta de los historiadores y críticos chicanos para señalar el valor producido en la «incesante expansión» a que se refieren Turner (1920; p. 37) y antes de él Marx: «La necesidad de la expansión constante de mercados para los productos de la burguesía la lleva a recorrer la superficie entera del globo. Tiene que arraigarse en todas partes, establecer colonias y conexiones por doquier. La burguesía, mediante la explotación del mercado mundial, ha dado un carácter cosmopolita a la producción y el consumo en todo país» (Marx, 1967; p. 83).

Las tierras fronterizas (*borderlands*) de los chicanos pueden entenderse como una metáfora temprana de la resistencia a este proceso de transnacionalización que, según Marx, menoscabó «las antiguas autosuficiencia local y reclusión nacional», reemplazándolas con el «intercurso en toda dirección, con la interdependencia universal de las naciones». Este proceso de expropiación material es acompañado por una apropiación intelectual y cultural. De hecho, amén de atrevesar fronteras para apropiarse de tierras mexicanas y constituir así el sudoeste estadounidense, hubo intermediarios culturales como Charles F. Lummis, Aurelio M. Espinosa y J. Frank Espinosa que se apropiaron de la cultura fronteriza al proyectar un pasado español o mexicano romantizado por encima de las características culturales de la mayoría de los habitantes de la región. Esta representación exotizada de los mexicano-americanos fue reemplazada por los eruditos chicanos de los sesenta, quienes lucharon en un ambiente académico inhóspito (si bien abierto debido a la política de derechos civiles de la época) para enfatizar el carácter bicultural y proletario de esta «subnación» dentro de Estados Unidos. Esta investigación interdisciplinaria sobre la cultura fronteriza de los chicanos —que ha pasado por varias etapas, desde el nacionalismo politizado al reconocimiento de híbridos constituidos por factores de género, raza y orientación sexual— ha producido un canon local que incluye los corridos fronterizos (que Américo

Paredes identificó como matriz de la identidad cultural chicana en *Con su pistola en la mano. Un corrido fronterizo y su héroe*, 1958), la poesía, novelas, teatro popular y murales de los sesenta y setenta, y la «escritura fronteriza» de Gloria Anzaldúa y otros escritores y críticos contemporáneos de los ochenta y noventa (Calderón/Saldívar, 1991; Ybarra-Frausto, 1992; McCracken/García, 1995). A pesar del énfasis en el translocalismo del biculturalismo y de la hibridez que se dice caracteriza a chicanos y otros grupos latinos en Estados Unidos, la noción de una «cultura fronteriza», propuesta en las obras referidas brevemente, es sumamente local y particularmente susceptible de ser apropiada por la ubicuidad de empresas y artistas transnacionales que son *border crossers* (atravesadores de fronteras). La idea de que se puede extraer valor del cruce de fronteras se hace evidente en los pasajes citados más arriba de *Hispanic Business y High Performance*. Guillermo Gómez-Peña, para dar otro ejemplo, hace alarde de su ubicuidad como si en la capacidad misma de trasladarse e hibridizarse hubiera más valor que en el localismo: «Hoy, ocho años después de mi partida [de México], cuando me preguntan por mi nacionalidad o identidad étnica, no puedo responder con una palabra, pues mi 'identidad' ya posee repertorios múltiples: soy mexicano pero también soy chicano y latinoamericano. En la frontera me dicen 'chilango' o 'mexiquillo'; en la capital 'pocho' o 'nortño', y en Europa 'sudaca'. Los anglosajones me llaman *hispanic* o 'lathlou' y los alemanes me han confundido en más de una ocasión con turco o italiano. Mi esposa Emilia es anglo, pero habla español con acento argentino, y juntos nos paseamos por los desechos de la Torre de Babel de nuestra posmodernidad americana» (1988; pp. 127-28).

Entre los tijuaneños entrevistados por Néstor García Canelini hubo quienes expresaron serias reservas respecto de la celebración (por parte de artistas como los del Taller de Arte Fronterizo/Border Arts Workshop, que publican la revista *La línea quebrada*) de la hibridez producida por los flujos de migrantes, turistas y otros que pasan por la ciudad fronteriza: «Otros artistas y escritores de Tijuana cuestionan la visión eufemizada de las contradicciones y el desarraigo que perciben en el grupo de *La línea quebrada*. Rechazan la celebración de las migraciones causadas muchas veces por la pobreza en el lugar originario, que se repite en el nuevo destino. No faltan los que, pese a no haber nacido en Tijuana, en nombre de sus quince o veinte años en la ciudad, impugnan la insolencia paródica y desapegada: 'Gente que recién llega y quiere descubrirnos y decirnos quiénes somos'» (García Canelini, 1989; p. 302).

La apropiación de la «cultura fronteriza» también es evidente en la barahúnda «massmediática» que acompañó las negociaciones del TLC. Hubo celebraciones, por una parte, de la reforma económica, semejantes a las que se comunican en el reportaje citado más arriba sobre el impacto positivo de los inmigrantes en la

5. El término *border crosser* es un tropo de gran rentabilidad simbólica en los estudios culturales estadounidenses, como se verifica en el gran número de libros y artículos que lo llevan en sus títulos. Generalmente se usa para comunicar un sentido de «subversión» cultural. Los chicanos, que habían acuñado el tropo con base en el cruce de fronteras de los inmigrantes indocumentados y también en relación con sus desafíos a una sociedad civil que los excluía, sienten que la generalización del término acaba mermando el valor que portaba cuando se aplicaba a su propia situación.

economía neoyorquina. Un informe de *The New York Times* («San Antonio's Wild About Mexican Culture» [San Antonio se apasiona por la cultura mexicana]) cita a ejecutivos que creen que es necesario abrirse a la cultura mexicana para que tenga éxito el tratado, aproximando así lo cultural con lo económico: «'La gente de acá está haciendo verdaderos esfuerzos por comprender la cultura mexicana', dice Blair Labatt, presidente de Labatt Company» (Verhovek, 1993). Otros informes sobre la inauguración del tratado observaron que «se han acogido las nuevas relaciones comerciales con entusiasmo en los lados de la frontera». No obstante, a continuación se advierte que esta bienvenida ha sido acompañada por «medidas severas contra la inmigración ilegal» (Reinhold, 1994). Dichas medidas, de hecho, también contribuyen a la capitalización de la frontera, como en el caso de la Operation Gatekeeper (Operación guardabarreras), para la cual se inyectaron millones de dólares para construir barreras, comprar equipos, y contratar guardias, etc. (Ayres, 1994). Y desde la devaluación de diciembre de 1994, el gobierno de Clinton ha aumentado el control de fronteras. De hecho, la ayuda económica (o «fianza», como se la caracteriza en Estados Unidos) se le ofreció a México con la «condición implícita de que el gobierno se comprometiera a controlar las migraciones y el narcotráfico» (Sanger, 1995a). Algunas de estas medidas podrían rivalizar las *performances* y obras de arte conceptual de Christo (quien envuelve edificios o construye cercas de varios kilómetros) o del grupo que celebró Arte Reembolso-Art Rebate, que se comenta más abajo. Las consecuencias de la construcción de barreras contra las migraciones ilegales son tanto simbólicas como materiales, como también es el caso de Arte Reembolso-Art Rebate. Si hay alguna diferencia, ésta se podría caracterizar como una histeria obsesiva de parte de los grupos y políticos que quieren controlar la inmigración. Un grupo de políticos conservadores participó, por ejemplo, en eventos de control como Light Up the Border (Alumbrese la frontera), que incluyó la construcción de una «cerca de tres metros de alto al norte de Tijuana y que se extiende 23 km hacia el interior desde la Playa Imperial. También fueron instaladas pilastras de 110 m en el Océano Pacífico para prevenir la llegada de indocumentados por barco» (Reinhold, 1994).

A pesar de este intenso sentimiento antiinmigrante, particularmente en California, el sector empresarial ha subvencionado un megaevento artístico de relaciones públicas que tuvo lugar en la frontera. Este incluyó a «chicanos y artistas estadounidenses de color» que, contrario a lo que había pronosticado Gómez-Peña, no fueron excluidos. Al contrario, podría decirse que el sector empresarial ha generado sus propias «descentralizaciones» (que se suponen democratizadoras) a un ritmo que iguala si no supera las de «performanceros» progresistas. Según Gómez-Peña, los empresarios de un hipotético «Tratado de Libre Cultura» preferirían «prescindir de la zona fronteriza, con sus campos minados por problemas raciales y de género y sus géiseres políticos, y negociar directamente con lo que perciben como 'el centro' (Nueva York, Los Angeles, París o Ciudad de México). Desafortunadamente ignoran que hoy en 1993 la cultura ha sido completamente descentralizada y que los viejos centros están siendo reconquistados por los márgenes» (Gómez-Peña, 1993; p. 61). Vemos pues que si la retórica de la frontera ha logrado

algo, sería lo opuesto de lo que piensa el performancero ubicuo. En el espíritu de su retórica, un informe de *The New York Times* pronostica que San Antonio «está posicionado para ser una suerte de Hong Kong a la 'China' que es México» (Verhovek, 1993). Es decir, los márgenes y los centros se vienen trastocando. El descentramiento no es subversivo en el sentido que piensa Gómez-Peña, al menos si enfocamos megaeventos artísticos como inSITE94 que redibujan las relaciones entre centro y periferia a la vez que sacan ganancias para empresas y artistas progresistas.

El «evento artístico binacional» inSITE94 (Binational Art Happening) congregó en Tijuana y San Diego 38 instituciones no lucrativas de artes visuales que patrocinaron obras de «arte-instalación en sitios específicos» del 23 al 25 de septiembre de 1994. Entre los artistas más conocidos se encontraban el cubano José Bedia, residente en Miami; los «angelinos» Chris Burden, Nancy Rubins y Robert Therrien; los neoyorquinos Rimer Cardillo y Demlis Oppenheim; los mexicanos Silvia Gruner, Helen Escobedo y Felipe Ehrellberg; y los japoneses Yukinori Tanagi y Fukuoka.

Si bien ha habido otros eventos artísticos binacionales, éste se destaca por la colaboración de gobiernos, instituciones no lucrativas (incluso las que representan a artistas minoritarios), y el patrocinio de empresas orientadas hacia el libre comercio. Esta combinación tiende a borrar las diferencias entre el arte contestatario y la publicidad empresarial. Ello se verifica en el suplemento especial del *San Diego Daily Transcript* que acompañó el evento. Comienza con declaraciones de bienvenida de Héctor G. Osuna y Susan Golding, alcaldes respectivamente de Tijuana y San Diego. Ambos hacen hincapié en la novedad de la «exposición binacional de artes visuales más grande que se haya celebrado en la frontera entre México y Estados Unidos», un «maravilloso ejemplo de lo que es posible cuando artistas, instituciones no lucrativas, gobiernos, fundaciones y empresas privadas unen sus recursos» (p. 4). En las siguientes páginas, las declaraciones de los curadores, organizadores y periodistas identifican el contexto en el que germina este evento sin precedente: el TLC y el nuevo tipo de vida pública que hace posible en la zona fronteriza. «Este ambiente altamente cargado [la frontera más transitada del mundo] es energizado por un creciente bilingüismo en la vida pública y comercial, por el desarrollo del TLC y otros medios de intercambio económico, y por la puesta en operación y recusación de las políticas de inmigración» (p. 5).

Acaso lo más significativo sea el reconocimiento por parte de los curadores de que el arte tenga que apelar al libre comercio en el contexto actual de reducción de subsidios a los servicios públicos. Según Michael Krichman, presidente de la Installation Gallery, «la estructura colaborativa de este proyecto representa un modelo sin par de cómo se pueden compartir recursos en una época de bajas en el financiamiento para las artes» (p. 6). A continuación explica el potencial que tiene el comercio para el arte y la cultura: «Como resultado del TLC, hay mayor interés en la zona fronteriza y en las relaciones entre Estados Unidos y México». El artículo en que se hacen estas declaraciones muestra el extremo a que llega el interés económico en el evento: «La exposición ya ha generado una cantidad sustancial de dólares por la actividad turística. Más de cincuenta grupos han

anunciado planes de asistir a la exposición, cada uno reúne entre 25 a 30 personas. Limitándonos a estos grupos, se esperan ingresos de más de medio millón de dólares. Esta cifra no incluye el diluvio de turistas provenientes del mundo entero que también asistirán, inyectando millones de dólares más a la economía local» (p. 7).

No se ha visto jamás un evento tan híbrido como esta mezcla de obras que, por una parte, pretenden concientizar a los espectadores acerca de asuntos candentes como las migraciones ilegales, los problemas raciales, los conflictos de identidad nacional y cultural (p. 11), y, por otra parte, aderezan el homenaje a los dudosos arreglos económicos del TLC. El efecto buscado parece ser dejar en la conciencia de los espectadores la idea de que los vínculos entre cultura y economía pueden salvar las grandes desigualdades que aquejan a la zona fronteriza. Según Krichman, «En la medida en que repensamos nuestro concepto de la frontera debemos aprovechar esta ocasión para compartir nuestro ambiente cultural y económico» (p. 7). Así, pues, el evento incorpora una crítica al capitalismo pero mediante nociones romantizadas de «primeros pueblos» y ecologismo. El mexicano Alvaro Blancarte, por ejemplo, declara que su instalación La Tumba es un «ritual mágico» cuyo propósito es homenajear a esos pueblos, en especial los indígenas, que han sido «apartados a una posición inferior» (p. 11). El artista español Luis Moret enfoca su instalación en la diferencia entre una «sociedad de desperdicio» (Estados Unidos) y otra que «aspira a ser una sociedad que pueda desechar las cosas antes de que se gasten» (p. 12). El tijuaneño Marcos Ramírez Pimienta («Eire») construyó una «copia de las casas erigidas en los terrenos áridos de las lomas de Tijuana» para concientizar al público de la situación de las poblaciones marginales (p. 12). Otros artistas tematizaron la relación entre cultura e industria (Nanette Yannuzzi Macías y Melissa Smedley), el deseo del otro (Abraham Cruzvillegas), el consumo y el desperdicio (Jean Lowe, Nancy Rubins), los obstáculos a la comunicación transfronteriza (Terry Allen, Grupo En-Con-Traste, Silvia Gruner), el deterioro ambiental (Eugenia Vargas), la violencia cultural (Pepón Osorio), el racismo y las migraciones (Taller de Arte Fronterizo/Border Arts Workshop).

Así mismo, inSITE94 abunda en exposiciones de tema más universal y otras que concilian distintas culturas, lo cual refuerza el multiculturalismo que acompaña el libre comercio que atraviesa fronteras. Marta Palau evoca la resonancia mágica de las deidades nativas; Albert Chong transforma el mandala Yin/Yang en un homenaje a la armonía multicultural; Roberto Salas eleva el *kitsch* «transfronterizo» al nivel de arte; Joyce Cutler-Shaw «explora y celebra nuestra diversidad, así como nuestra humanidad común» (p. 17). Es precisamente esta «humanidad común» que los medios enfatizaron. Televisa, la red más grande de México y el patrocinador principal, contribuyó con gran parte de la publicidad al festival binacional. El arte, según la promoción de Televisa, es lo que nos une a todos en la misma familia humana; por medio del arte llegamos a conocernos. José Luis Guasch, gerente de la red, explica que Televisa se compromete a patrocinar el arte debido al importante papel que juega en la vida del pueblo mexicano. Añade que Televisa patrocinó la exposición de los «esplendores», que ya se comentó más

arriba como una forma de promoción transnacional. InSITE94 extiende este tipo de publicidad a la zona fronteriza, en la cual Guasch ve el futuro de ambos países, un futuro híbrido compuesto de «prácticas culturales y comerciales» (p. 9). Según la retórica del libre comercio a la cual apela Guasch, este híbrido futuro no respeta fronteras. Gómez-Peña, frustrado por la fácil apropiación de la metáfora fronteriza, que alguna vez le pareciera «alternativa», insiste que ha llegado la hora en que los artistas fronterizos «busquen otro paradigma para explicar las nuevas complejidades de la época, [pues] el *model* de la hibridez, precisamente porque es muy elástico y abierto, puede ser apropiado por cualquiera para significar cualquier cosa (...) Con el tiempo, aun la transcultura oficial usará la hibridez para bautizar festivales transnacionales, conferencias académicas aburridas y publicaciones vistosas» (1993; p. 62).

Gómez-Peña tiene razón respecto de la apropiación de las metáforas de la frontera y de la hibridez como tema de conferencias académicas y publicaciones de moda, pero habría que añadir que éstas son apenas tan aburridas como las *performances* sobre los mismos temas. En los últimos tres años se ha organizado una miríada de conferencias sobre las consecuencias económicas y sociales del TLC, patrocinadas por instituciones como el Centro para los Estudios Estadounidenses-Mexicanos de la Universidad de California en San Diego, El Colegio de la Frontera Norte en Tijuana, la Universidad de Texas en Austin, la Universidad de Arizona en Tucson, la Universidad Tulane en Nuevo Orleans, y la Universidad de Maryland. Gwen Kirkpatrick ha estudiado las actividades de varias conferencias bi y trinacionales sobre las políticas educacionales propuestas para el TLC: la Conferencia sobre Ciencia y Tecnología (Ciudad Juárez, octubre de 1991), la Conferencia Wingspread sobre la Educación Trilateral (Racine, Wisconsin, septiembre de 1992), el Simposio Internacional sobre Educación Superior y Colaboraciones Estratégicas (Vancouver, septiembre de 1993), la Conferencia sobre el Libre Comercio y la Educación de Educadores Latinos (Tucson, abril de 1993). El propósito de estas conferencias es examinar los modos de «armonizar» los estándares educacionales y la certificación, con énfasis en los aspectos científicos y tecnológicos de la educación» (Kirkpatrick, 1993; p. 6. Véase también Adelman/Somers, 1992).

En el área de la cultura ha habido menos actividad. La Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez patrocinaron una conferencia sin precedente en noviembre de 1991, que se publicó como libro —*La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio* (Guevara/García Canclini, 1992). En 1993 y 1994 la Red Interamericana de Estudios Culturales organizó conferencias en Ciudad México, Bellagio (Italia) y Río de Janeiro sobre varios aspectos del tema general del impacto cultural de procesos de globalización e integración regional. La Modern Language Association también patrocinó importantes intercambios sobre estos temas en sus convenciones de 1993 y 1994. Tres son los temas destacados en estas conferencias: la identidad nacional, la globalización y la integración supranacional, y la organización transnacional de los medios. La conferencia más reciente, *Borders and Cultures* (Fronteras y Culturas) en la Universidad McGill en Montreal (febrero de 1995), se dedicó a examinar

las interacciones culturales dispares e híbridas que resultan del «desmoronamiento de las fronteras geográficas ante el asedio de requisitos económicos y las presiones transnacionales de lealtades étnicas» (Borders and Cultures, 1995). Por comprensiva que fuese la conferencia en McGill, abarcando una gama de temas que recorren desde la «historia de las ideologías cartográficas hasta el impacto de problemas locales en la frontera entre Canadá y Estados Unidos, desde los problemas legales de la Comunidad Europea hasta las repercusiones de la Proposition 187 en California, desde la inutilidad de fronteras ante el flujo electrónico de la información hasta el *status* de refugiados en Chiapas y otros asuntos referentes al legado colonial de las fronteras» (Szanto, 1995), casi nada en ésta ni en las otras conferencias, con excepción de la contribución de Claire F. Fox a la convención de la Modern Language Association, trató específicamente de la relación entre las artes y el libre comercio.

Sin embargo, se comienza a estudiar esta relación. El Programa de Investigación sobre Arte Latinoamericano y Latino, financiado por la Fundación Rockefeller en la Universidad de Texas, ofrece residencias para entrenar a «profesionales que puedan liderar y aconsejar museos y universidades en Estados Unidos que se dedican a la representación cultural y al desarrollo de programas sobre arte latinoamericano». Las residencias son para especialistas en arte sudamericano, arte mexicano y mexicano-americano, y el arte de latinos(as) y sus culturas de origen. Las últimas dos temáticas enfatizan las relaciones transnacionales, la creciente visibilidad de artistas mexicanos y latinos en Estados Unidos, y el nuevo «papel de los curadores y las colecciones». Este programa es importante no sólo para la comprensión de las tensiones entre artistas latinoamericanos y latinos sino también para el análisis de las contradicciones que aquejan a las instituciones que buscan exhibir las obras de estos artistas. El programa también tiene como meta la intervención en las políticas en torno a los procesos estudiados. Mari Carmen Ramírez, que ha escrito elocuentemente sobre el asunto, y a quien se cita más arriba, es la fuerza motriz de este programa.

Los artistas también se han juntado para organizar conferencias, incluso Gómez-Peña quien parecía haberse aburrido de ellas. El propósito es examinar el impacto del libre comercio sobre sus propias prácticas. Un grupo llamado Life on the Water (La vida en el agua), una organización no lucrativa de San Francisco, organizó una conferencia y una serie de talleres para artistas y críticos sobre la Reality/Realidad/Réalité de la Zona de Libres Ideas para acompañar y criticar el TLC. El financiamiento fue proporcionado por la Fundación Rockefeller, el Consejo de California para las Humanidades, el Ministerio de Asuntos Externos de Canadá, FONCA-México y la United States Information Agency. Esta última fuente de subsidios llama la atención, pues hasta hace poco se veía en América Latina como un tentáculo de los servicios de vigilancia de Estados Unidos. El hecho de que artistas «radicales», —como se consideran los organizadores de la conferencia y los talleres—, estén disponibles a solicitar y recibir fondos de fuentes como ésta apunta no sólo a los cambios en la interpretación de lo que antes se llamaba «imperialismo cultural» sino, más aún, a las contradicciones de una alternatividad que se apoya en fundaciones gubernamentales que promueven

políticas económicas —el TLC— contra las cuales se convoca esta actividad. La crítica a estas políticas acaba siendo absorbida por su institucionalización. Los temas examinados en Reality/Realidad/Réalité de la Zona de Libres Ideas estaban vinculados directamente al libre comercio: «el impacto cultural de la globalización, nueva información respecto de tecnologías y distribución cultural, desigualdades culturales históricas y actuales dentro y entre los países del TLC. La meta del programa de residencias y las conferencias es la construcción de los cimientos de una nueva red para la promoción de un intercambio ininterrumpido de ideas, prácticas culturales, e información política entre artistas y activistas culturales de cada país».

Cabe señalar que este activismo cultural se aproxima al *ethos* del trabajador social como sugería Kester (1995), citado arriba, respecto de las artes comunitarias. En un ensayo titulado The Free Art Agreement—El Tratado de Libre Cultura, Gómez-Peña declara que «la tarea del artista es abrir la matriz de la realidad para admitir posibilidades insospechadas», que incluyen la «redefinición de nuestra topografía continental» (1993; p. 59). En gran parte, esta redefinición se basa en las experiencias de trabajadores indocumentados, cuyas migraciones tienen su paralelo en los flujos de un Tratado de Libre Cultura alternativo organizado por «artistas no alineados» (p. 60). Su zona franca o «zona de ideas libres», es blandida como la solución a las asimetrías exacerbadas por el TLC. Esta fe en el arte y la cultura podría parecer quijotesca, pero está a tono con el espíritu de la época, al menos entre los progresistas que abogan por el reconocimiento de una diversidad «transracial, polilingüística y multicontextual». No obstante, después de varios años de promover el multiculturalismo, Gómez-Peña lo abjura ahora por su susceptibilidad a una «cultura global homogeneizada. En la actualidad dice dedicarse a prácticas más interactivas que resultan de «diásporas, hibridaciones y ‘fronterizaciones’». Sin embargo, a pesar de reclamaciones en pro de la atención a las localidades, este espacio utópico tiende hacia lo universal y lo abstracto. Ello se debe acaso a la ubicuidad de estos artistas fronterizos. De hecho, el taller de la Zona de Libres Ideas se ha concebido como un encuentro cumbre de «diplomáticos transculturales» que atraviesan fronteras con una facilidad que no tienen los «otros». Claire F. Fox hace una crítica lúcida de esta postura, señalando que la falta de reconocimiento de su propia movilidad no se distingue mucho de otros actores también privilegiados, como podrían ser los diplomáticos que parodian: «La frontera entre Estados Unidos y México casi nunca ha sido un obstáculo para artistas, intelectuales y turistas, por ejemplo, y estos cruces de frontera no son demográficamente representativos de otros flujos de mayor escala a través de la frontera que se dan en la región, como el transcurso de trabajadores indocumentados hacia el Norte y del capital estadounidense hacia el Sur» (1994a; p. 68).

Otro aspecto problemático del «diplomático transcultural» es su intermediación de los marginados, dominados, en especial los trabajadores indocumentados. Gómez-Peña característicamente adopta la figura del chamán, que tiene una «primacía» en los procesos de transformación social, pues sus trabajos les dan una posición sin par desde donde «dialogar» con los «otros» (Fox, 1994a; p. 68). Mediante la apropiación por el artista de «libres ideas» de las experiencias de

marginación de los indocumentados, en especial «la experiencia de enfrentarse con una cultura dominante desde fuera», el artista mejora su capacidad de «transgredir, tirar puentes, conectar, traducir, remapear y redefinir...» (Gómez-Peña, 1993; p. 61).

A final de cuentas, el énfasis actual en la «fronterización» en relación con lo cultural hace más difícil cualquier comprensión de la especificidad del arte y de lo estético. Acaso esta complicación tenga que ver con el atractivo del *ethos* vanguardista para los artistas «poscoloniales», «transgresores de fronteras» y «diaspóricos». Gómez-Peña, por ejemplo, escribe en el estilo tradicional del manifiesto vanguardista: «Yo soy un artista performancero migrante (...) Yo conecto grupos que piensan como nosotros (...) Yo opongo la fragmentación anticuada del mapa de América con el de Arte-América, continente hecho de gente, arte e ideas, no países (...) Yo me opongo a la cartografía siniestra del nuevo orden mundial (...) En mi mundo conceptual, no hay lugar para identidades, nacionalidades o sagradas tradiciones culturales fijas. Todo está en flujo constante, incluso este texto» (1993; p. 59). Conforme a este *ethos* vanguardista no sorprende que se abalance en una búsqueda desesperada de lo nuevo, de la punta de lanza, que irremediablemente pierde su filo al «ser apropiado por cualquiera para significar cualquier cosa» (1993; p. 62). Nuestra propia encuesta sobre la relación entre el arte activista y las nuevas «comunidades de diferencia» muestra que hay mucha confusión respecto de lo estético y la representación. Un cuestionario sobre estos temas fue enviado a cien profesionales de las artes, de los cuales una mitad respondieron. En algunos casos el cuestionario fue suplementado por entrevistas. El párrafo introductorio dice: «Esta encuesta tiene el propósito de recoger las opiniones de directores de museos y galerías, curadores, críticos e historiadores de arte, artistas, gerentes de fundaciones sobre varios temas relacionados: la importancia concedida o no a la crítica, exposición y subsidio de artistas caracterizados como 'minoritarios', 'de tercer mundo', 'de color', 'subalternos', 'marginados', etc. También de interés es el impacto de tratados comerciales sobre la exposición y subvención artística. ¿Hasta qué extremo opina Ud. que el arte y otras formas de producción cultural serán afectadas por las restricciones a los inmigrantes en las nuevas formaciones supranacionales (la Unión Europea y los países del TLC norteamericano)? ¿O cree Ud. que estas formaciones tendrán un efecto favorable para la exposición y subvención de estos artistas?» (Yúdice/Lazarus, 1994).

Se les pidió a los que contestaban que dieran información sobre los siguientes puntos: si sus instituciones habían subsidiado o expuesto arte latinoamericano o de otras regiones «periféricas» y desde cuándo; qué criterios se usaron en las críticas, subvenciones y exposiciones de estos artistas (v.gr., si hubo un apego particular por la obra de un artista, si se aplicaron criterios tradicionales de excelencia y *connoisseurship*; si el trabajo es innovador y qué se entiende por el calificativo; si hubo un deseo particular de incluir a artistas de grupos históricamente subrepresentados; si los artistas tenían una buena reputación en el mercado de arte); si sus instituciones suscriben a alguna versión del multiculturalismo y cómo se define éste; si ellos creen que debe haber normas o leyes que aseguren la inclusión y representación de lo minoritario; si artistas inmigrantes y del extranjero debieran

incluirse en exposiciones de arte «americano»; por qué razones debiera incluirse el arte en los tratados comerciales.

De las respuestas se obtuvo la siguiente información. Todos los que contestaron suscriben a alguna versión del multiculturalismo, del cual se dieron diversas definiciones que tocaban en categorías de raza, género, orientación sexual, etnicidad, clase social y posición geopolítica (i.e., de primer o tercer mundo). Por otra parte, hubo poco consenso sobre lo que se cree apropiado para democratizar las artes conforme a una perspectiva multicultural. Una mayoría (60%) rechazó la imposición de decretos legales como medio de asegurar la representatividad de artistas provenientes de grupos subrepresentados. Del restante 40%, sólo una respuesta abogó por los decretos legales; la mayoría consideró que bastarían «normas» institucionales. En otras palabras, se cree deseable mantener algún tipo de acción afirmativa pero no una política de cuotas (v.gr., tantos negros, tantas mujeres, tantos inmigrantes). A pesar de este manifiesto *ethos* democratizante, sólo 10% considera que sus instituciones practican una «equidad distribucional» proporcional al porcentaje de grupos «designados» en la población general. En lo que respecta a lo que se piensa hoy día del juicio estético (los criterios de exposición, subsidio, crítica) cabe señalar la reacción casi esquizofrénica de las respuestas. La mayoría optó por una combinación de «criterios tradicionales de excelencia para evaluar el arte», «el deseo de incluir a artistas de grupos subrepresentados», y la aplicación de «factores sociales» para llegar a esta determinación. Es decir, se apeló tanto a la «calidad» como a la «igualdad», revelando una incertidumbre profunda sobre lo que asegura la excelencia de una obra de arte. En la mayoría de los casos, parece que el contenido (lo que se evoca discursiva y políticamente) era considerado más importante que los aspectos formales y materiales de las obras. Lo más interesante respecto de la relación de la exposición del arte y el contexto transnacional del libre comercio es el consenso de que la definición de arte «americano» debe abrirse a artistas de todas las «Américas». Un 90% suscribió esta opción, si bien una mayoría (60%) también consideró que se debía dar preferencia a los artistas minoritarios estadounidenses por sobre los artistas extranjeros —no importa cuán (latino) americanos. Estos resultados confirman las declaraciones de un crítico chicano de arte que en una carta a la dirección del Whitney Museum of American Art objetó los criterios usados para la inclusión en la Bienal de 1993 de artistas minoritarios estadounidenses. También protestó contra los planes de extender la definición de arte «americano» a las obras de artistas latinoamericanos. Su preocupación es que éstos, casi todos oriundos de la clase media, desplazarían a las minorías estadounidenses, que por lo general son de extracción proletaria: «Ha habido muchas indicaciones de que el Whitney se está moviendo en la dirección de exhibir arte no americano. El uso del concepto de «fronteras» proporciona un paso intermedio hacia la apertura al arte internacional, especialmente el latinoamericano. Para los artistas latinos, se trata de una punta de lanza demasiado conocida y que se ha usado para lanzarlos del escenario. Se corre un peligro en el uso de artistas no americanos para desafiar la noción de [que Estados Unidos constituye] una cultura nacional homogénea. No hace falta cruzar fronteras para encontrar prácticas artísticas que —por su diferencia o su crítica de la

estética dominante—perturban, expanden, subvierten y deshacen la categoría de arte 'americano'(...) En el momento mismo en que el Museo Whitney debiera identificar y proclamar a las minorías raciales y sexuales como parte del nuevo patrimonio americano, la dirección curatorial se ha redirigido hacia la esfera internacional» (Comunicación personal).

Este crítico pone su dedo en el fraude de un multiculturalismo que se usa precisamente contra aquellos grupos que retóricamente deberían lograr un sitio equitativo en la sociedad civil estadounidense. Pero aun cuando se logre la inclusión siempre se corre el riesgo de que los medios condenen a los artistas latinoamericanos a los estereotipos exotistas que los curadores estadounidenses —no sin la colaboración de muchos artistas, críticos y activistas latinos— emplean para lograr la representatividad de la «diferencia». Irónicamente, al apelar a dicha diferencia, el multiculturalismo acaba homogeneizándola. Por lo tanto, el multiculturalismo estadounidense es visto con cierta suspicacia por intelectuales, artistas y activistas latinoamericanos, reconociendo en él un parecido familiar con el imperialismo cultural. El problema, según los latinoamericanos, es que los criterios de evaluación, aun cuando se empleen para favorecerlos en la inclusión, pero como «subalternos», son generados en Estados Unidos, dentro de un contexto distinto al suyo. Fundaciones que procuran hacer bien, por ejemplo, muchas veces incluyen a artistas latinoamericanos en exposiciones con base en nociones de identidad que reflejan una situación estadounidense más que la de los artistas extranjeros o inmigrantes. Por ejemplo, el catálogo de una exposición innovadora, *The Decade Show*, subtitulada *Frameworks of Identity in the 1980s* (Marcos de identidad en los ochenta), explica que la exposición es una «proclamación de que la 'historia' no es objetiva y que la experiencia americana es mucho más heterogénea de lo que se piensa comúnmente. Esta heterogeneidad «americana» acaba extendiéndose a todo el mundo y a una historicidad múltiple: «Las obras incluidas en esta exposición pueden considerarse la evidencia material de perspectivas alternativas. Muchos artistas de color, por ejemplo, en sus vínculos filosóficos, estéticos y espirituales con las sociedades precoloniales de África, Asia y América, legitiman la diversidad, resisten la dominación eurocéntrica y crean una fundación desde la cual se puede analizar y explicar fenómenos sociales contemporáneos. Artistas feministas, gay y lesbianas igualmente afirman que hay otras maneras de ver y que tiene igual valor que los dictámenes culturales vigentes».

Para el latinoamericano, como para el coreano o el paquistaní que visita un museo norteamericano, debe ser sorprendente verse interpelado en exposiciones y afirmaciones como éstas conforme a una identidad que no le corresponde en su propia sociedad. El multiculturalismo estadounidense se ha encargado de «emancipar» a todo sujeto de tercer mundo mediante la impugnación del «blanco» y del eurocentrismo. Basándose en la reivindicación de la «diferencia», este multiculturalismo acaba, paradójicamente, homogeneizando una diversidad de subjetividades. Por ejemplo, la etiqueta «persona de color» se usa para toda persona sin antepasados europeos. En el contexto estadounidense, un latinoamericano, aun cuando tenga padres europeos, puede ser clasificado como una «persona de color», como aconteció con una escritora argentina de ascendencia irlandesa y

francesa en una asociación de intelectuales gays y lesbianas deseosos de contar con sujetos «diferentes», es decir, no «blancos». Pero hay que reconocer que la formulación de esta etiqueta identitaria responde a la tentativa de desjerarquizar la sociedad, de hacer patente el privilegio que se asume inconscientemente al aceptar el ser blanco en una sociedad que castiga a sus minorías. Se trata de otra manera de hablar de opresión, y así lo describe otra historiadora del arte, Lucy Lippard, en su libro influyente *Mixed Blessings. New Art in a Multicultural America*: ser «de color» es ser oprimido. «No toda persona del «Tercer Mundo» está consciente de su opresión (o de su causa), pero toda persona del «Tercer Mundo» debe serlo porque es, según nuestra definición, una voz de los oprimidos» (Lippard, 1990; p. 15). Pero ésta es una atribución identitaria que no todo latinoamericano está dispuesto a aceptar. Refiriéndose a otra afirmación semejante en el catálogo de una exposición multiculturalista holandesa, *Het Klimaat* (El clima), pues también este espíritu desjerarquizador se encuentra en Europa, el artista argentino Sebastián López, residente en Amsterdam e incluido en la exposición, protestó ante la camisa de fuerza en que se le quería ubicar. Se trataba de una invitación a ser incluido con tal de que estuviera dispuesto a escenificar su identidad, su «diferencia». Dice el catálogo: «Podría parecer un reto intelectual ver como relativas las nociones de identidad e identidad cultural, pero ello proviene de una posición privilegiada en el pensamiento occidental. Tal raciocinio puede reducir la identidad a una ficción, pero para el individuo no occidental, que se encuentra fuera de este relato, se trata de una necesidad absoluta. Su identidad, vista en relación con la cultura occidental, con su posición monopolizadora y convencional, con su historiografía lineal, jamás ha tenido algún derecho significativo a existir. Para el artista o intelectual no occidental es sobre todo esencial crear o recrear las condiciones históricas e ideológicas que al menos proporcionan la posibilidad de existir» (Gevers, 1992; p. 12). López responde que «...muchos artistas 'extranjeros/étnicos' no querían que sus obras fueran sometidas al régimen del *allochtonen kunst* o del arte extranjero para que pudieran ser reconocidas. En función de artistas seguían tratando de interesar a las galerías de arte y museos en sus obras pero sin éxito (...) Se encontraban en un sistema condescendiente que, si bien por una parte les ofrecía la oportunidad de una subvención, por otra les cerraba la puerta que les permitiría la entrada a y les otorgaría un papel en el clima cultural holandés. Los que aceptaban su etnicidad según la definición oficial sólo podían exhibir sus obras en circuitos alternativos, espacios de exposición marginales. El problema aquí es que mientras al artista europeo se le permite investigar otras culturas y enriquecer su propia obra y perspectiva, se espera que el artista que viene de otra cultura sólo trabaje con el *background* y las tradiciones artísticas vinculadas a su lugar de origen (aunque muchos detentadores holandeses de políticas culturales, curadores y *marchands* ignoraban estas tradiciones y sus manifestaciones contemporáneas). Si el artista extranjero no se conforma con esta separación, se le considera inauténtico, occidentalizado, y como mero seguidor o copista de lo que 'nosotros hacemos'. La universalidad es 'nuestra', la particularidad es 'suya'» (López, 1992; pp. 23-24).

Vemos, pues, que en Holanda las categorías de inclusión de artistas minorita-

rios y periféricos se aproximan a las que se usan en Estados Unidos. En ambos países se ha establecido un mercado paralelo o alternativo para la distribución de valor a los que no lo reciben en el *mainstream*.

Conclusión: el Arte-Reembolso en la época de la integración regional

En julio de 1993, tres artistas llevaron a cabo un evento artístico que anudó todas las contradicciones mencionadas por López más el asunto más importante del período, el libre comercio. Los materiales mismos del evento eran las formas y los medios con que la obra cuestionaba las categorías que corresponden en Estados Unidos a *allochtonen* y *autochtonen*. Más o menos por la misma fecha, Pete Wilson, gobernador de California, anunció un programa que llegó a ser ley: la Proposition 187. Acaso el más importante de sus artículos era la eliminación de los derechos de ciudadanía, incluso la atención médica y la asistencia escolar, a los hijos nacidos en Estados Unidos de residentes indocumentados. Una gama muy amplia de políticos y grupos de interés se encontraba en un debate nacional sobre el TLC, con especial énfasis en la absorción de trabajos y servicios públicos por parte de los inmigrantes indocumentados. Acaso la manera más ingeniosa para llevar la discusión a su clímax y hacer entrar el derecho de los inmigrantes en la agenda de los debates, fue el evento artístico concebido y puesto en escena por tres artistas del sur de California: David Avalos, Louis Hock y Elizabeth Sisco. El 23 de julio, y por varios meses después, estos artistas distribuyeron a los inmigrantes indocumentados billetes de 10 dólares a lo largo de la frontera entre Tijuana y San Diego. El evento, titulado Arte-Reembolso/Art Rebate, comisionado por 5.000 dólares por el Centro Cultural de la Raza y el Museo de Arte Contemporáneo de San Diego, tenía como objetivo sacar a relucir varios problemas de importancia cívica: el tratamiento de los indocumentados mexicanos en Estados Unidos; el uso del espacio cívico mismo —la circulación de derechos de ciudadanía y la distribución de subsidios al arte— como material artístico; el desafío a los criterios de subsidio del NEA, 1.250 dólares de cuyos fondos habían sido incluidos por el Museo en el presupuesto del proyecto. Este dinero fue devuelto en un esfuerzo de atenuar la bronca que se gestaba entre los sectores del público y del congreso que se enfurecieron por este uso «indebido» de los subsidios.

El anuncio que salió en periódicos y revistas para promover el evento incluía pasajes extraídos de estudios de instituciones de consultoría sobre políticas nacionales. Estos pasajes esclarecen que los obreros indocumentados también eran «pagadores de impuestos indocumentados». Por ejemplo, «los inmigrantes contribuyen más a las rentas públicas de lo que consumen en servicios públicos» (Informe de la Rand Corporation). O «aproximadamente 11 millones de inmigrantes trabajan, ganando unos 240 mil millones de dólares por año, y pagan más de 90 mil millones de dólares en impuestos (...) superando por mucho los 5 mil millones de dólares que reciben de los programas del bienestar público» (*Business Week*). Otro pasaje señala que «la inmigración no ha afectado la situación laboral de los obreros nativos» (Los Angeles County Board of Supervisors).

La publicidad también destacó que el evento era una obra de arte conceptual, haciendo visible los flujos normalmente abstractos de la circulación pecunaria. Lo que procuraron patentizar los artistas era lo justo de la devolución de los impuestos que pagan los indocumentados pero por los cuales no reciben beneficios. El evento artístico completa el ciclo del intercambio, pues los que reciben los billetes los reintroducen en la economía, alcanzando así a tocar todo el espacio de la nación y, de hecho, del mundo entero. La publicidad declara: «Arte-Reembolso/Art Rebate es arte público y no arte en el público. Este arte opera en la intersección del espacio público (las calles y las aceras), el espacio informacional (radio, televisión y prensa) y el espacio cívico entre el público y los funcionarios del gobierno. Activa un discurso que revela la forma del pensamiento social actual sobre el trabajo de inmigrantes. Conceptualmente, este evento artístico traza la red que describe nuestra comunidad económica en su seguimiento de la circulación de los billetes de 10 dólares desde las manos de los indocumentados hasta las de los documentados» (Arte Reembolso/ Art Rebate).

Arte-Reembolso/Art Rebate tuvo tanto éxito que su concepto circuló ampliamente por los medios, enfureciendo a los políticos en California y Washington respecto de la «expropiación» de fondos públicos que pertenecían a los ciudadanos. De hecho, lo que estos políticos no entendían o no querían entender era que los artistas estaban abriendo al debate público lo que se debía entender por ciudadanía, y su relación con el trabajo y los derechos laborales. Otro aspecto importante del evento era la puesta en escena de estos políticos como actores o «performances» de la obra. Como observó Avalos, «los políticos se comportan como performancers mientras que los artistas tienen voluntad de ser políticos» (Pincus, 1993; E-8).

Como actores, los políticos reaccionaron a los «botones» que tocaban los artistas. La controversia sobre los subsidios del NEA fue empleada ingeniosamente para lanzar a la circulación pública un problema que requería un amplio debate. En este sentido, Arte Reembolso/Art Rebate participó de las guerras culturales que se comentaron más arriba. La inmigración, comentó el columnista conservador George F. Will por la misma época, no es sólo un asunto económico sino también cultural: «El debate cultural en torno de la inmigración comienza con este hecho: la inmigración en el fin de siglo actual ocurre en un contexto social diferente al contexto de comienzos del siglo (...) Hoy los inmigrantes entran en una cultura acostumbrada a los servicios de bienestar, inculcando así una mentalidad que sólo sabe recibir. Esta mentalidad debilita la motivación por la cual un individuo se esfuerza por ascender. Un Estado con un programa generoso de bienestar como lo es Estados Unidos, y California en particular, puede llegar a ser un 'magenta' para los inmigrantes de manera que el argumento de que la inmigración renueva la sociedad resulta ser falaz (...) La segunda diferencia (...) que hace problemática la tradición de liberalidad respecto de la inmigración es el debilitamiento de la asimilación en la cultura americana (Will, 1993).

La perspectiva de Will tiene eco en el libro de Peter Brimelow, *Alien Nation* (Nación alienada), el cual evoca el fantasma de un país fragmentado en el cual los *allochtonen* transformarán a ciudades como Atlanta, Miami y San Antonio en

«comunidades tan diferentes entre sí como cualesquiera otras en el mundo civilizado» (Brimelow, 1995). El autor no sólo no considera que los hijos de los «nuevos» inmigrantes sean «verdaderos» estadounidenses; también yerra al identificar a los inmigrantes como el mayor peso que debilita el sistema de bienestar. Al contrario, como informa Marguerite Holloway sobre un estudio del Urban Institute, «los inmigrantes crean más trabajos de los que ocupan. En 1989 los ingresos totales de los inmigrantes alcanzaron 285 mil millones de dólares, un 8% de todas las entradas reportadas (los inmigrantes constituyen un 7,9% de la población). Gran parte de este dinero es usado para comprar bienes y servicios estadounidenses. En cuanto a la asistencia pública, la porción utilizada por los inmigrantes indocumentados es relativamente pequeña [6,2% comparado con 6,6% para los inmigrantes documentados y 87,2% para los nativos]». Al decir que los inmigrantes tienen una «mentalidad de asistencia», Brimelow los está alienando doblemente. Pero tal caracterización de los «otros» es precisamente lo que necesita reconsiderarse, desde todas las perspectivas políticas y culturales. Las perspectivas multiculturales que hemos reseñado aquí, sean las que emanan de sectores progresistas o las que procuran legitimar al sector empresarial, acaban reproduciendo un sentido de vida que es alienante. El arte también se ha aprovechado de esta alienación, trátase de las declaraciones chamanísticas de Gómez-Peña, que sanarían las heridas mediante la hibridación, o de la celebración fronteriza de inSITE94. A nuestro parecer, Arte-Reembolso/Art Rebate es el evento artístico excepcional que logra establecer las conexiones entre el comercio libre, las políticas de inmigración, y los debates en torno a la identidad cultural nacional, sin redentismo y sin entregarse de lleno a una retórica de la diversidad suscrita por el capitalismo. Su propósito no era aprovecharse, capitalizar el arte, sino desalienar simbólicamente a los obreros indocumentados devolviéndoles lo que se les había expropiado. En la medida en que Arte-Reembolso/Art Rebate permea el espacio público, sirve así para contrapesar los miles de millones de dólares que se han gastado para promover el libre comercio. Este evento somete al escrutinio público las implicaciones engañosas del libre comercio para la ciudadanía (nativa o no), los inmigrantes, y la calidad de la vida cultural. Sobre todo, este evento mostró que si el libre comercio ha de ser democrático, tiene que abrirse a los debates en torno a los derechos de ciudadanía para inmigrantes, especialmente en nuestra época de desplazamientos masivos de indocumentados.

El autor agradece a Donna Lazarus, asistente de investigación, por su aporte para la elaboración de este trabajo.

Bibliografía

- Adelman, A./Somers, P. Exploring and Academic Common Market in North America, en *Educational Review* 73(4), 1992.
 After GATT Pique, Pix Pax Promoted *Daily Variety* 8-VI; 1994.
American Review of Canadian Studies Número especial sobre Canada-United States Free Trade Agreement (CAFTA). Summer-Autumn, 1991.

- Andrews, Edmund L. Court Stalls FCC Program for Women and Minorities, en *The New York Times* 16-III; p. A22, 1995.
 Aranda Márquez, Carlos Alternativas Phoenix-México Alternatives, en *Poliester* 3, 9, Summer 1994.
 Arian, Edward *The Unfulfilled Promise: Public Subsidy of the Arts in America*. Temple University Press. Philadelphia, 1989.
 Aspe, Pedro *Economic Transformation: The Mexican Way*, en *Americas* 27, 3; nov./dic., 1993.
 Ayres Jr., B. Drummond Stepped-Up Border Patrols Halve Unlawful Crossings, en *The New York Times* 13-XII; p. A22, 1994.
 Bajtin, Mikhail *Problems of Dostoevsky's Poetics*. Ed. & trans. Caryl Emerson. University of Minnesota Press. Minneapolis, 1984.
 Balfe, Judith Huggins Artworks as Symbols in International politics, en *The International Journal of Politics, Culture and Society*, 1, 2 (Winter), 1987.
 Ballardur, Edouard Entrevista a Edouard Ballardur, primer ministro francés: ¿Qué es lo que quiere EU... la desaparición del cine europeo?, en *El Nacional*, México 23-X; p. 27, 1993.
 Batra, Ravi *The Pooring of America: Competition and the Myth of Free Trade*. Collier Macmillan. New York, 1993.
 Bauer, M. Delal/Weintraub, Sidney (eds.) *The NAFTA Debate: Grappling with Unconventional Trade Issues*. Lynne Rienner Publishers. Boulder/London, 1994.
 Becker, Carol (ed.) *The Subversive Imagination: Artists, Society, and Social Responsibility*. Routledge. New York, 1994.
 Benedict, Stephen (ed.) *Public Money and the Muse: Essays on Government Funding for the Arts*. Norton. New York, 1991.
 Berland, Jody Free Trade and Canadian Music: Level Playing Field or Scorched Earth?, en *Cultural Studies* 5, 3 (October), 1991.
 Bernard, Elaine What's the Matter With NAFTA?, en *Radical America* 25, 2 (abr./jun.), 1994.
 Bertoni, Deanna El arte latino en Estados Unidos, en *La Jornada Semanal* (24-XII), 1989.
 Blumenthal, Ralph Federal Chill Is Felt By Those in the Arts, en *The New York Times* 15-VII; pp. 11-15, 1995.
 Bonfil Batalla, Guillermo Desafíos a la antropología en la sociedad contemporánea, en *Iziapalapa* 11, 24; 1991.
 Bonfil Batalla, Guillermo Dimensiones culturales del Tratado de Libre Comercio, en Guevara Niebla/García Canelini, 1992.
 Bonfil Batalla, Guillermo (coord.) Introducción. Nuevos perfiles de nuestra cultura, en *Nuevas identidades culturales en México*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. México, 1993.
 Bradsher, Keith Panel Clears GATT Accord Without Fast-Track Proviso, en *The New York Times* 3-VIII; pp. D1 y D6, 1994.
 Brett, Guy *Transcontinental Border Crossings: Nine Latin American Artists*. London/ New York, 1990.
 Brimelow, Peter The Free Trade Agreement: Implications for Canadian Identity?, en *American Review of Canadian Studies* (Summer-Autumn), 1991.
 Brimelow, Peter *Alien Nation: Common Sense About America's Immigration Disaster*. Random House. New York, 1995.
 Brooke, James Latin America Now Ignores US Lead in Isolating Cuba, en *The New York Times* 8-VII; pp. 1, 5, 1995.

- Buchwalter, Andrew (ed.) (1992) *Culture and Democracy: Social and Ethical Issues in Public Support for the Arts and Humanities*. Westview. Boulder, 1992.
- Calderón, Héctor/Saldívar, José David (eds.) *Criticism in the Borderlands: Studies in Chicano Literature, Culture, and Ideology*. Duke University Press. Durham, 1991.
- Castañeda, Jorge Can NAFTA Change Mexico?, en *Foreign Affairs* 10, 3 (sept.-oct.), 1993a.
- Castañeda, Jorge *Utopia Unarmed*. Knopf. New York, 1993b.
- Castañeda, Jorge/Heredia, Carlos Another NAFTA: What a Good Trade Agreement Should Offer, en Nader et al., 1993.
- Castells, Manuel/Laserna, Roberto La nueva dependencia: cambio tecnológico y reestructuración socioeconómica en Latinoamérica, en *David y Goliath*, año XVIII, n° 55 (jul.), 1989 (1992).
- Cavanagh, John/Anderson, Sarah ...And Europe Offers Practical Insight, en *The New York Times* 14-XI; p. F11, 1993.
- Cembalest, Robin The We Decade, en *ARTnews* (sept.), 1992.
- Cleveland, William Bridges, Translations and Change: The arts as Infrastructure in 21st Century America, en *High Performance* (Fall), 1992.
- Clifford, James *The Predicament of Culture*. Harvard University Press. Cambridge, 1988.
- Clifford, James Four Northwest Coast Museums: Travel Reflections, en Karp/Lavine, 1991.
- Cohen, Marshall A./Blank, Stephen (eds.) *The Challenge of the Canada-United States Free Trade Agreement: An Assessment from Many Perspectives*. Special issue of *The American Review of Canadian Studies*, 21, 2/3 (Summer/Autumn), 1991.
- Cohen, Roger Once Dull, GATT Enters Realm of Pop Culture, en *The New York Times* 7-XII; pp. D1 y D6, 1993a.
- Cohen, Roger Trade Pact Still Eludes Negotiators: U.S. Demands Open Technology Market, en *The New York Times* 7-XII; pp. D1 y D6, 1993b.
- Cummings, Milton C. Government and the Arts: An Overview, en Benedict, 1991.
- Cueva, Héctor de la Side Agreements: Freedom of Trade and Investment Without Social Counterweights, en *La Jornada Labor Supplement* (sept). Reproducido en FBIS-AT-93-07 (28-X), 1993.
- Day, Jane Stevenson Interpreting Culture: New Voices in Museums, en *JAMLS* 23, 4 (Winter), 1994.
- Debroise, Olivier Desde un México diferente, en *La Jornada Semanal* 28-X, 1990.
- Delaney Jr., Lawrence Renaissance: The 1994 World Trade 100 Offers Compelling Evidence of California's and America's Rebirth, en *World Trade* (sept.), 1994.
- DePalma, Anthony As Free Trade Draws Nations Together, Campus Becomes 'Mexico Think Tank', en *The New York Times* 22-XII; p. B7, 1993.
- DePalma, Anthony After the Fall: Two Faces of Mexico's Economy, en *The New York Times* 16-VII; pp. 3-1 y 3-11, 1995.
- Derrida, Jacques *Of Grammatology*. Johns Hopkins. Baltimore, 1974.
- Dillon, John Intellectual Property, en *Canadian Forum* (enero), 1993.
- DiMaggio, Paul J. Decentralization of Arts Funding from the Federal Government to the States, en Benedict, 1991.
- Dobrzynski, Judith H. Some Action, Little Talk: Companies Embrace Diversity, but Are Reluctant to Discuss It, en *The New York Times* 20-IV; pp. D1 y D4, 1995.
- Domínguez, Virginia R. Invoking Culture: The Messy Side of 'Cultural Politics', en *SAQ* 91, 1 (Winter), 1992.

- Dorland, Michael A thoroughly Hidden Country: Ressentiment, Canadian Nationalism, Canadian Culture, en *Canadian Journal of Political and Social Theory/Revue Canadienne de Théorie Politique et Sociale* 12, 1-2, 1988.
- Duncan, Carol Art Museums and the Ritual of Citizenship, en Karp/Lavine, 1991.
- Durning, Alan Thein How Much Is Enough: The Consumer Society and the Future of the Earth, en *Worldwatch Institute*. Online in <igc:worldwatch.new> (27-VI).
- Dutko, Kelly Who Gets the Funds?, en *Hispanic Business* (Nov.), 1994.
- Ehrenberg, Felipe East and West-The Twain Do Meet: A Tale of More than Two Worlds, en Becker, 1994.
- Faison, Seth Razors, Soap, Cornflakes: Pirating Spreads in China, en *The New York Times* 17-II; pp. D1 y D2, 1995a.
- Faison, Seth China Closes a Disk Factory As Sanctions Deadline Nears, en *The New York Times* 26-II; 1995b.
- Farley-Villalobos, Robbie Museum President Embarrassed, en *El Paso Herald-Post* (25-I), 1992.
- Fox, Claire F. The Portable Border: Site-Specificity, Art, and the U.S.-Mexico Frontier, en *Social Text*, 41: 61-82, 1994a.
- Fox, Claire F. Free Trade and the Cultural Exemption. Revised version of a paper presented at the NAFTA and Culture panel of the Modern Language Association Convention (29-XII), 1994b.
- Foxley, Alejandro Entrevista: Latin America Within the World Economy, en *Challenge* (ene.-feb.), 1993.
- Friedman, Sheldon NAFTA as Social Dumping, en *Challenge* (sept.-oct.), 1992.
- Friedman, Thomas L. US Sees Hypocrisy On Trade, en *The New York Times* 10-III; pp. D1-D5, 1994.
- Freudheim, Susan Centro's Show Loses USIA Help, en *Los Angeles Times* (Calendar Section) 29-IX; pp. F1, F5, 1992.
- Fuller, Colleen Fade to Black: Culture Under Free Trade, en *Canadian Forum* (agosto), 1991.
- García Canclini, Néstor *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo. México, 1989.
- García Canclini, Néstor Cultural Reconversion, en Yúdice/Franco/Flores, 1992a.
- García Canclini, Néstor Museos, aeropuertos y ventas de garage: la cultura ante el Tratado de Libre Comercio, en *La Jornada Semanal* 157 (14-VI), 1992b.
- García Canclini, Néstor ¿Macondismo en la época del TLC? Un debate sobre arte y multiculturalidad, en *Memoria de Papel* (marzo), 1994a.
- García Canclini, Néstor Rehacer los pasaportes: el pensamiento visual en el debate sobre multiculturalidad, en *Revista de Crítica Cultural* 8 (mayo), 1994b.
- García Canclini, Néstor *Los nuevos espectadores. Cine, televisión y video en México*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Cinematografía. México, 1994c.
- García Canclini, Néstor *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Grijalbo. México, 1995.
- Garnham, Nicholas Concepts of Culture: Public Policy and the Cultural Industries, en *Cultural Studies*, 1,1, 1987.
- Gevers, Ina Cultural Identity: Fiction or Necessity, en *Third Text* 18 (Spring), 1992.
- Gilmore, Samuel Minorities and Distributional Equity at the National Endowment for the Arts, en *JAMLS* 23,2 (Summer), 1993.
- Gilpin, Kenneth N. Trade Gap Widens in Month: Possible Record for '94 Seen, en *The New York Times* (20-I), 1995.

- Glade, William North American Higher Education Cooperation: Overview and Context. Wingspread Conference. Racine, Wis. 1993.
- Globerman, Steven/Vining, Aidan Canadian Culture under Free Trade: Should Canadian-US Trade Liberalization Extend to Culture?, en *Canadian Business Review* (Summer), 1986.
- Goldman, Shifra Latin Visions and Revisions, en *Art in America* (mayo), 1988.
- Goldman, Shifra Metropolitan Splendors: The Buying and Selling of Mexico, en *Third Text* 14 (Spring), 1991a.
- Goldman, Shifra Mirándole la boca a caballo regalado: arte latinoamericano en Estados Unidos, en *La Jornada Semanal* 6-X), 1991b.
- Goldman, Shifra Updating Chicano Art, en *New Art Examiner* (oct.), 1992.
- Goldman, Shifra *Dimensions of the Americas: Art and Social Change in Latin America and the United States*. University of Chicago Press. Chicago, 1994.
- Golding, Marc New Trends in Arts Funding, en *High Performance* (Summer), 1994.
- Gómez-Peña, Guillermo Documented/Undocumented, en Simonson, R./Walker, S. (eds.), *Multicultural Literacy: Opening the American Mind*. Grayworld Press. Saint Paul.
- Gómez Peña, Guillermo The New World (B)order, en *High Performance* (Fall), 1992.
- Gómez Peña, Guillermo The Free Art Agreement/El Tratado de Libre Cultura, en *High Performance* 63 (Fall), 1993 [también en Becker, 1994].
- Gordon, Avery Diversity Management: The Work of Corporate Culture, en *Social Text* 44, 1995.
- Goswamy, B.N. Another Past, Another Context: Exhibiting Indian Art Abroad, en In Karp/Lavine, 1991.
- Grinspun, Ricardo/Cameron, Maxwell A. (eds.) *The Political Economy of North American Free Trade*. Houndmills, Basingstoke. Macmillan. Hampshire & London, 1993.
- Gruben, William C. Trade Policy and Intellectual Property Protection: The North-South Dispute, en *Economic Review* (Fed. Reserve Bank of Dallas), 4th quarter, 1992.
- Grundberg, Andy Images of Third-World Dislocation (re: Alfredo Jaar), en *The New York Times* 4-V; p. C30, 1990.
- Guevara Niebla, Gilberto/García Canclini, Néstor (eds.) *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio*. Nueva Imagen. México, 1992.
- Gundrey, G. Where the 'Growth Jobs' Are, en *The People* 104, 7 (15-XII), Online in <igc.econ.poverty> (20-XII), 1994.
- Haynes, Arden R. Funding Canadian Culture: A Corporate View, en *Canadian Business Review* (Summer), 1986.
- Hispanic Business* varios números.
- Holmes, Steven A. Pacific Trade Bloc Is Divided Over Chile's Membership Bid, en *The New York Times* 15-XI; p. A8, 1993.
- Holmes, Steven A. White House Signals an Easing on Affirmative Action, en *The New York Times* 25-II; p. 9, 1995a.
- Holmes, Steven A. Programs Based on Sex and Race Are Challenged, en *The New York Times* 16-III; p. A1, 1995b.
- Hufbauer, Gary Clyde/Schott, Jeffrey J. *Nafta: An Assessment, Revised Edition*. Institute for International Economics. Washington, DC, 1993.
- Innerst, Carol USIA's Grants go to Schools in NAFTA Nations, en *The Washington Times* 12-IX; p. A5, 1993.
- inSITE94: A Binational Exhibition of Installation and Site-Specific Art - San Diego/Tijuana; Una Exposición Binacional de Arte-Instalación en Sitios Específicos, en *San Diego Daily Transcript*, Special Supplement (20-IX), 1994.

- Jamison, Laura Free Idea Zone: A Black Market in Ideas, en *High Performance* 61 (Spring), 1993.
- Jensen, Joli Democratic Culture and the Arts: Constructing a Usable Past, en *Journal of Arts Management, Law and Society* 23, 2 (Summer), 1993.
- Kaptur, Marcy et al. The Human Face of Trade, en *Executive Summary, US Congressional Delegation of Women Members to Mexico* (30-IV/3-V), 1993.
- Karp, Ivan/Lavine, Steven D. (eds.) *The Poetics and Politics of Museum Display*. Smithsonian Institution Press. Washington, 1991.
- Karp, Ivan/Mullen Kreamer, Christine/Lavine, Steven D. *Museums and Communities: The Politics of Public Culture*. Smithsonian Institution Press. Washington, 1992.
- Katz-Fishman, Walda/Scott, Jerome The High Tech Revolution and the Permanent Poverty Economy: Educating and Organizing for a New Society. Online in <igc.econ.poverty> (27-VII), 1994.
- Kester, Grant Aesthetic Evangelists: Conversion and Empowerment in Contemporary Community Art, en *Afterimage* (enero), 1995.
- Kilborn, Peter T. 'Glass Ceiling' Still Exists: White Men's Fears Form Barrier, Study Says, en *The New York Times* 16-III; p. A22, 1995.
- Kirkpatrick, Gwen 'Free as the Wind': The Cultural Politics of Free Trade, Paper presented at the Modern Language Association Convention (30-XII), 1993.
- Kreps, Christina The Paradox of Cultural Preservation in Museums, en *Journal of Arts Management, Law and Society* 23, 4 (Winter), 1994.
- Langley, Stephen The Functions of Arts and Media Management in Relation to the Conflicting Forces of Multiculturalism and Mediaculturalism, en *Journal of Arts Management, Law, and Society* 23, 3 (Fall), 1993.
- Lavine, Steven D. Art Museums, National Identity, and the Status of Minority Cultures: The Case of Hispanic Art in the United States, en Karp/Lavine, 1991.
- Lenderking, Bill The US Mexican Border and NAFTA: Problem or Paradigm?, en *North-South Focus* 2, 3. (North-South Center, Univ. of Miami. Coral Gables, Florida), 1993.
- Levine, Richard Young Immigrant Wave Lifts New York Economy, en *The New York Times* 30-VII; pp. A1-B4, 1990.
- Lippard, Lucy R. *Mixed Blessings: New Art in a Multicultural America*. Pantheon. New York, 1990.
- López, Sebastián Identity: Reality or Fiction, en *Third Text* 18 (Spring), 1992.
- López Uribe, María Helena El GATT, en *Latinoamérica Internacional* 15, 1994.
- Mackowski, Maura J. How Do You Translate 'Opportunity'? Hundreds of US companies soon will be using bilingual labels. Guess who can benefit?, en *Hispanic Business* (jun.), 1994.
- Marx, Karl/Engels, Friedrich *The Communist Manifesto* [1848]. Penguin. Harmondsworth, 1967.
- McCracken, Ellen/García, Mario T. *Rearticulations: The Practice of Chicano Cultural Studies*. Duke University Press. Durham, 1995.
- McKenna, Barbara Road Shows in the Information Highway: Intellectual Property Rights Take on New Definitions in a Time of Technological Transformation, en *On Campus* 14, 8 (mayo-junio), 1995.
- Medina, Cuauhtémoc Barcelona: paradojas del multiculturalismo, en *Curare: espacio crítico para las artes* (Art Supplement of *La Jornada*), 21-IX, 1993.
- Mendosa, Rick The Year Belongs to Univision, en *Hispanic Business* (dic.), 1994. Mercosul da cultura ensaia primeiros passos. Caderno 2, Special supplement of *O Estado de São Paulo* 14-VIII; pp. D1 - D4, 1994.
- Merewether, Charles Like a Coarse Thread Through the Body: Transformation and

- Renewal, en *Mito y magia* CXIV-CXXXIII, 1991.
- Miller, Toby** *The Well-Tempered Self: Citizenship, Culture, and the Postmodern Subject*. Johns Hopkins, Baltimore, 1993 [ver especialmente «Nation, Drama, Diplomacy»].
- Miller, Toby** The Crime of Monsieur Lang: GATT, the Screen, and the New International Division of Cultural Labour. Unpublished manuscript. 22 Dec. 1994.
- Mito y magia en América: los ochenta* (Curadores: Miguel Cervantes y Charles Merewether). Museo de Arte Contemporáneo. Monterrey, 1991.
- Monaghan, Peter** North American Academic Cooperation Becomes a Higher-Education Goal, en *Chronicle of Higher Education* 22-IX; p. A37, 1993.
- Moncada, Adriana** La obra de Ehrenberg es punto de flexión en el arte mexicano y latinoamericano de este siglo: Víctor Muñoz, en *Uno Más Uno* 16-V; p. 22, 1993.
- Monsiváis, Carlos** De la cultura mexicana en vísperas del Tratado de Libre Comercio, en Guevara Niebla/García Canclini, 1992.
- Mosco, Vincent** Toward a Transnational World Information Order: The US Canada Free Trade Agreement, en *Canadian Journal of Communication* 15, 2 (mayo), 1990.
- Moskowitz, Daniel B.** Free Trade Gridlock? What a Republican Congress Will Mean for Foreign Trade Policy, en *International Business* (dic.), 1994.
- Myerson, Allen R.** The Booming, Bulging Tex-Mex Border, en *The New York Times* 7-VII; pp. F1 y F6, 1994.
- Myerson, Allen R.** Strategies on Mexico Cast Aside, en *The New York Times* 14-II; pp. D1-D7, 1995.
- Nader, R. et al.** *The Case Against Free Trade*. Earth Island Press. San Francisco.
- Nader, Ralph** Testimony of Ralph Nader: On the Uruguay Round of the General Agreement on Tariffs and Trade. Senate Foreign Relations Committee (14-VI), 1994.
- NAFTA and Inter-American Trade Monitor* 1, 1 (30-V).
- NAFTA and Inter-American Trade Monitor* 1, 14 (29-VIII).
- NAFTA and Inter-American Trade Monitor* 1, 24 (7-XI).
- NAFTA and Inter-American Trade Monitor* 1, 31 (26-XII).
- NAFTA Notebook Canadian Forum* (enero) 9-17, 1993.
- Naftathouhis. A newsletter on NAFTA* Washington, DC 3, 4 (oct.), 1993.
- Nasar, Sylvia** GATT's Big Payoff for the US: The Third World promises to become a much larger Trading Partner, en *The New York Times* 19-XII; p. F7, 1993.
- National Association of Latino Arts and Culture** (Transcript of First Annual Conference) San Antonio (Texas).
- Noreiga, Chon** US Latinos and Film: el hilo latino: representation, identity and national culture, en *Jump Cut*, 38, 1992.
- North American Free Trade Agreement between the Government of the United States of America, the Government of Canada and the Government of the United Mexican States*. US Government Printing Office. Washington, 1993.
- O'Donnell, Guillermo** On the State, Democratization and Some Conceptual Problems: A Latin American View with Glances at Some Postcommunist Countries, en *World Development* 21, 8, 1993.
- Orme, Jr., William** What NAFTA Really Means, en *Mexico Business* (mayo junio), 1994.
- Ornelas, Carlos/Levy, Daniel C.** Mexico, en Altbach, Philip (ed.) *International Higher Education. An Encyclopedia*, vol 2. Garland. New York, 1991.
- Pankratz, David B.** *Multiculturalism and Public Arts Policy*. Bergin and Garvey. Westport, CT, 1993.
- Passell, Peter** Regional Trade Makes Global Deals go Round: Wondering why we need little old Nafta when we have a big fat GATT? Well, wonder no more, en *The New York Times* 19-XII; p. E4, 1993.

- Passell, Peter** Is France's Cultural Protection a Handy-dandy Trade Excuse?, en *The New York Times* 6-I; p. D1, 1994.
- Paz, Octavio** The Power of Ancient Mexican Art, en *New York Review of Books* (6 XII), 1990.
- Paz, Octavio** Why Incite Demagoguery?, en *The New York Times* 9-XI; p. A17, 1993.
- Pharr, Suzanne** The Right's Agenda, en *Women's Project*. Little Rock, AK, 1994. Online in <can-rw-pencil.cs.missouri.edu>.
- Pincus, Robert L.** Trio elevates migrant tax rebate concept to an art form, en *The San Diego Union Tribune* 2-VIII; p. E4, 1993.
- Pitts, Delia C.** Private Universities in Mexico City: New Directions, New Challenges, en Wingspread Conference. Racine, Wis., 1993.
- Polkinhorn, Harry et al.** (eds.) (1991) *Visual Arts on the U.S./Mexican Border-Artes Plásticas en la frontera México/Estados Unidos*. Binational Press/Editorial Binacional. Calexico, C.A. 1991.
- Poppi, Cesare** From the Suburbs of the Global Village: Afterthoughts on Magiciens de la terre, en *Third Text* 14 (Spring), 1991.
- Powell, Corey S.** The Rights Stuff: Buying and Selling Art in a Digital World, en *Scientific American* (enero), 1995.
- President's Committee on the Arts and the Humanities Report to the President, December 1992, en *JAMLS*, 23, 1 (Spring), 1993.
- Puerto Rican/Hispanic Task Force, New York State Assembly. Annual Report, Arts and Cultural Affairs Program, 1993.
- Rabinowitz, Jonathan** In L.A., Political Activism Beats Out Political Art, en *The New York Times* 20-III; p. H33, 1994.
- Ramírez, Anthony** Back to School for GATT and NAFTA, en *The New York Times*, Special Supplement on Education. 1993.
- Ramírez, Mari Carmen** Beyond 'the Fantastic': Framing Identity in US Exhibitions of Latin American Art, en *Art Journal* (Winter), 1992.
- Ramírez, Mari Carmen** Brokering Identities: Art Curators and the Politics of Cultural Representation. Revised version of a paper presented at the Working Seminar on Curatorial Studies. Bard College (15/17-IV), 1994.
- Ramírez, Mari Carmen** Between Two Waters: Image and Identity in Latino-American Art. (inédito).
- Ramírez, Mari Carmen** The Latino Case versus the Art Museum. Bard College.
- Redburn, Tom** Arts World: Many Tiny Economic Stars, en *The New York Times* 6-X; p. B6, 1993.
- Reinhold, Robert** Free Trade Era Begins, Uneventfully, at Border, en *The New York Times* 4-I; p. A6, 1994.
- Rich, Frank** Garth Neuts Newt, en *The New York Times* 19-III; p. E15, 1995.
- Richardson, Malcolm** Preface to the Report to the President, President's Committee on the Arts and the Humanities, en *JAMLS* 23, 1 (Spring), 1993.
- Ross, David A.** Know They Self (Know Your Place), en *Whitney 1993 Biennial*.
- Russell, Joel** NAFTA: The First Year, en *Hispanic Business* (mayo), 1995.
- Sánchez, Alberto** Ruy A New Imaginary Geography, en *Mito y magia*, 1991.
- Sandheusen, Richard L.** *Global Marketing*. Barron's Educational Series. Hauppauge. New York.
- Sanger, David E.** Trying to Help Aid Plan, US Asks Mexico for Border Crackdown, en *The New York Times* 26-I; p. A14, 1995a.
- Sanger, David E.** US Bailout of Mexico Verging on Success or Dramatic Failure, en *The New York Times* 2-IV; pp. 1 y 16, 1995b.

- Sanger, David E. US Threatens \$2.8 Billion Of Tariffs on China Exports, en *The New York Times* 1-I; p. 14, 1995c.
- Schaeffer, Claudia *Tenured Lives: Women, Art and Representation in Modern Mexico*. University of Arizona Press. Tucson, 1992.
- Scheonung, Michelle M. Trade Pact Bad Bargain for Women?, en *Atlanta Constitution*, 1993.
- Schjeldahl, Peter Southern Exposure, en *Village Voice* 22-VI; p. 87.
- Schlesinger, Jr., Arthur Back to the Womb? Isolationism's Renewed Threat, en *Foreign Affairs* (jul./agos.), 1995.
- Sciolino, Elaine President Imposes Trade Sanctions on Chinese Goods: A Trade Tie that Binds, en *The New York Times* 5-II; pp. 1 y 12, 1995.
- Scott, David Clark Canada, Mexico Build University Ties, en *Christian Science Monitor* 6-X; p. 14, 1993.
- Secretaría de Hacienda y Crédito Público *The Main Questions on Customs Regarding North American Free Trade Agreement*. México, 1994.
- Shanahan, James L. *United Arts Fundraising in the 1990s: Serving the Community Arts System in an Era of Change*. American Council for the Arts. New York, 1993.
- Shefrin, Ivan H. The North American Free Trade Agreement: Telecommunications in perspective, en *Telecommunications Policy* (enero-feb.), 1993.
- Soares, Lucila Integração do Mercosul começa em 95, en *Jornal do Brasil, Negócios & Finanças* (6-VIII), 1994.
- Sonntag, Deborah Reshaping New York City's Golden Door, en *The New York Times* 13-VI; pp. 1 y 18, 1993.
- Stark, Andrew Gore and Gingrich-Men in a Mirror, en *The New York Times* 5-II; p. E17, 1995.
- Sullivan, Edward J. Paths of Memory: Re-Assessment of the Past in Recent Art from Mexico and the Andean Countries, en *Mito y magia*, 1991.
- Sussman, Elisabeth Coming Together in Parts: Positive Power in the Art of the Nineties, en *Whitney 1993 Biennial*.
- Szanto, George Personal Communication (5-III), 1995.
- The Philanthropy of Financiers (1993) *Left Business Observer*, 6 (15-XII), 1993. Online in <igc.trade.library> (22-XII).
- The NAFTA and Educational Policy Symposium Educational Policy Recommendations Under de NAFTA, en Symposium at University of Arizona (2/3-IV), 1993.
- The Peru Business Report *The New York Times*. 23-XI; pp. A14-A15, 1993.
- Thomas, Mike Mid-term marks for Nafta, en *Mexico Insight* 27-VIII; p. 19, 1994.
- Toner, Robin Rifts Emerge Inside the GOP, en *The New York Times* 16-III; pp. A1-B3, 1995.
- Trade Talks Could Open Hispanic Floodgates *Advertising Age* 63, 5 (3-II), 1995.
- Trippi, Laura/Dent, Gina/Sassen, Saskia *Trade Routes* (Exhibition Brochure) The New Museum of Contemporary Art. New York (10 sept. - 7 nov.). 1993.
- Turner, Fredrick Jackson *The Frontier in American History*. Holt. New York, 1920.
- Twomey, Michael J. *Multinational Corporations and the North American Free Trade Agreement*. Praeger. Westport, CT, 1993.
- United States Code. *Congressional and Administrative News, 100th Congress-Second Session* vol. 4. Est Publishing, 1988. St. Paul, MN: On GATT legislation. *US Industrial Outlook 1993*. U.S. Department of Commerce. Washington, DC. Ver secciones Printing and Publishing y ntertainment.
- Vancouver International Symposium on higher Education and Strategic Partnerships: The

- Challenge of Global Competitiveness from a North American Perspective. Communiqué Vancouver, B.C. (10-13-IX).
- Vega Cánovas, Gustavo México-Estados Unidos-Canadá 1991-1992, en *Boletín de El Colegio de México* 51-52 (sep.-dic.), 1993.
- Verhovek, Sam Howe San Antonio's Wild About Free Trade, en *The New York Times* 15 XI; p. A14, 1993.
- Wallach, Arnei Taking It From the Street, en *New York Newsday* 7-VII, 2a parte; pp. B4-B5.
- Warnock, John W. Marketing Mexico, en *Canadian Forum* (Jun.), 1992.
- Weintraub, Sidney (ed.) Free Trade in the Western Hemisphere. Special issue of *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* 526 (mar.), 1993.
- Westell, Anthony The Weakening of Canadian Culture, en *The American Review of Canadian Studies* 21, 2/3 (Summer/Autumn), 1991.
- Whittaker, Beajaye The Arts of Social Change: Artistic, Philosophical, and Managerial Issues, en *JAMLS* 23, 1 (Spring), 1993.
- Will, George F. Immigration's Cultural Baggage, en *The News and Observer* 30-VII; p. A15, 1993.
- Winant, Howard H. Postmodern Racial Politics in the US: Difference and Inequality, en *Socialist Review* 20, 1 (enero-mar.), 1990.
- Wines, Michael Moderate Republicans Seek an Identity for Gingrich Era, en *The New York Times* 26-XII; pp. A1-A22, 1994.
- Wines, Michael Republican dissidents Want Narrower Family Tax Credit, en *The New York Times* 22-III; p. A1, 1995.
- Wright, Robert 'Gimme Shelter': Observations on Cultural Protectionism and the Recording Industry in Canada, en *Cultural Studies* 5, 3, 1991.
- Ybarra Frausto, Tomás The Chicano Movement/The Movement of Chicano Art, en Karp/Lavine, 1991.
- Ybarra-Frausto, Tomás Entrevista con Tomás Ybarra-Frausto: The Chicano Movement in a Multicultural/Multinational Society, en Yúdice/Franco/Flores, 1992.
- Yúdice, George Globalización e intermediación cultural, en Achúgar, H. (ed.), *Identidad, políticas culturales e integración regional*. FESUR. Montevideo, 1994.
- Yúdice, George Estudios culturales y sociedad civil, en *Revista de Crítica Cultural* 8, 1984a.
- Yúdice, George Consumption and Citizenship? Revised version of paper presented at the Globalization and Culture Conference at Duke University (9-12-XI), 1994b.
- Yúdice, George (inédito) *We Are (Not) the World: Identity and Representation in an Age of Global Restructuring*. Duke University Place. Durham.
- Yúdice, George/Franco, Jean/Flores, Juan (eds.) *On Edge: The Crisis of Contemporary Latin American Culture*. University of Minnesota Press. Minneapolis, 1992.
- Yúdice, George/Lazarus, Donna Encuesta sobre los criterios de selección de artistas latinoamericanos y otros de países en vías de desarrollo para exposición en museos y galerías estadounidenses y europeas. Agosto-septiembre, 1994.
- Zate, Maria Looking Beyond North America: South America is ready for free trade. Four ambassadors explain their national game plans, en *Hispanic Business* (jun.), 1994.
- Ziegler, Joseph Esley Arts in Crisis: The National Endowment for the Arts versus America. 1994.
- Zolberg, Vera L. Art Museums and Cultural Policies: Challenges of Privatization, New Publics, and New Arts, en *JAMLS* 23, 4 (Winter), 1994.
- Zukin, Sharon/Parker, Jenn High Culture and Wild Commerce: Redeveloping a Center

of the Arts in New York City. Paper presented to a Conference on New York City, Bremen, Alemania (7-8-VI), 1991.

Revistas, exposiciones y otros eventos

Ante América, Regarding America (Catálogo). Curadores: Gerardo Mosquera, Carolina Ponce de León y Rachel Weiss. Biblioteca Luis-Angel Arango. Bogotá, 1993.

Arte-Reembolso/Art Rebate. Proyecto realizado por Elizabeth Sisco, Louis Hock y David Avalos. Parte de *La Frontera/The Border*, exhibición copatrocinada por el Centro Cultural de la Raza y el Museum of Contemporary Art. San Diego, California.

Art Nexus. Revista de arte colombiana, en español e inglés, publicada en Bogotá y Miami.

Beyond the Borders: Art by Recent Immigrants The Bronx Museum of the Arts, 18 feb. al 12 jun., 1994.

Borders and Cultures Conference. McGill University. Montreal, 21-25 feb. 1995.

Cartographies: 14 Artists from Latin America, Bronx Museum, 10 jul. 1994.

Chicano Art: Resistance and Affirmation. Bronx Museum of the Arts, abril-mayo, 1993.

Cultural Identity: Fiction or Necessity? Número especial de *Third Text*, 18 (Spring) sobre *Het Klimaat (El clima)*. Exposición en Maastricht, 1992.

Free Idea Zone Residency. The Ben Lomand Center, Santa Cruz Mtns., CA. 27 de jun. al 1º de jul. 1994.

La Frontera/The Border (Catálogo) SUNY Purchase, Newberger Museum of Art.

inSITE94: A Binational Exhibition of Installation and Site-Specific Art-San Diego/Tijuana; (Una exposición binacional de arte-instalación en sitios específicos). *San Diego Daily Transcript*, Special Supplement, 20 sept., 1994.

Into the Spotlight: A Survey of Mexico Special issue of *The Economist* 3 feb., 1993.

Magiciens de la Terre (Catalogue). Número especial de *Third Text* 6 (Spring). Trad. de *Les Cahiers du Musée National d'Art Moderne*. Éditions du Centre Pompidou. París, 1989.

Mexican Notebook, The Newsletter of the Consulate of Mexico in New York.

Mexico: The Splendors of Thirty Centuries. Metropolitan Museum of Art, 1990.

Mito y magia en América: los ochenta. Curadores: Miguel Cervantes y Charles Merewether. Museo de Arte Contemporáneo. Monterrey, 1991.

Poliester. Revista de arte.

Revista do Mercosul. Revista bilingüe de integración latinoamericana.

Il Sud del Mondo: L'Altra Arte Contemporanea (catálogo). Marsala: Galleria Civica d'Arte Contemporanea, Palazzo Spano' Burgio, Chiesa del Collegio, feb. 14-apr. 14, 1991.

Trade Routes (Exhibition Brochure). The New Museum of Contemporary Art, New York, 10 sept. - 7 nov.

Whitney Museum of American Art: 1993 Biennial Exhibition (Catálogo). Curador: Elisabeth Sussman. Harry Abrams Publishers. New York.

Wingspread Conference. «Statement of the Conference on North American Higher Education Cooperation: Identifying the Agenda». Racine, Wis. sept. 12-15.

World Art... An Invitational Exhibition Celebrating Diversity in Art and Artists. Curador: Zigaloe. San Diego Art Institute, 23 mar. - 24 abril, 1994.

MERCOSUR, intercambio cultural y perfiles de un imaginario

Hugo Achúgar
Francisco Bustamante

La discusión sobre el MERCOSUR ha girado en torno a dos modelos: mientras uno supone la construcción de una unión aduanera, el otro habla de una integración regional. El primer modelo está más cerca de lo planteado en el TLC o NAFTA, mientras el segundo se parecería a la integración de la Comunidad Europea (CE). En un caso estaríamos en una situación donde lo negociado serían aranceles, circulación de bienes y eventualmente de personas pero no iría mucho más allá de acuerdos económicos. En el segundo caso, la integración sería mucho mayor y obligaría a una serie de paulatinos acuerdos y convergencias que no se limitaría a lo económico sino que podría incluir lo político y lo social.

En cualquiera de los dos casos, los plazos y los alcances de los acuerdos han sido motivo de negociaciones que hacen prever que la integración plena del MERCOSUR sólo es pensable a un largo o mediano plazo. Más allá del 1º de enero de 1995 —fecha en que comenzó a regir el negociado a partir del Acuerdo Marco— existe todavía la voluntad de continuar con la instauración del modelo mientras se aprecia la inquietud de sectores económicos y políticos de los cuatro países involucrados que plantean con insistencia modificaciones en relación con determinadas normativas establecidas en el mencionado acuerdo. El escenario futuro se habrá de complicar por la eventual incorporación de nuevos actores (Chile negocia su ingreso «parcial» al grupo del MERCOSUR al mismo tiempo que hace lo propio con el TLC, y Bolivia está comenzando a negociar su adhesión al MERCOSUR) y por el surgimiento de otras alternativas, tales como ALCSA, así como la persistencia de negociaciones por parte de los países integrantes del MERCOSUR con el TLC y más recientemente con la CE. Los vaivenes políticos y económicos del MERCOSUR dan marco a un debate cultural en el que los proyectos nacionales son confrontados con el fenómeno de globalización creciente de nuestras sociedades.

No obstante el carácter comercial del MERCOSUR como proyecto de integración regional, las reuniones de los ministros de Cultura de los cuatro países involucrados (Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay) así como los crecientes intentos de las industrias culturales y de los actores culturales involucrados en el mencionado proceso apuntan a una integración regional que desbordaría ampliamente tales aspectos comerciales.

El debate contemporáneo sobre «globalización» enmarca la presente reflexión sobre dos temas de particular interés para los países de la región comprendida por el Acuerdo: 1) la articulación y vigencia de dos modos de producción simbólica como son las bellas letras y la televisión en relación con lo nacional y lo supranacional; y 2) el peso de los medios de comunicación y de los procesos educativos en

la construcción de las identidades nacionales y regionales. Por un lado, se trata de una evaluación de dos espacios culturales (bellas letras y televisión) y de los registros de los movimientos de intercambio en la región y, por otro, de un «esbozo» de lectura del proceso de formación de imágenes de los distintos actores en los países involucrados. El presente trabajo atiende a esos dos aspectos diferenciados: uno centrado en la tensión entre el proyecto nacional y la globalización confrontada con el intercambio comercial de los bienes culturales, y el otro en el imaginario social y la construcción de mentalidades¹.

Nación versus globalización/bellas letras versus televisión (Identidad e intercambio cultural en el MERCOSUR)

A propósito de territorio(s). Bellas letras y televisión del MERCOSUR en tiempos de globalización

El aspecto fundamental del MERCOSUR es el acuerdo comercial, sin embargo, este acuerdo se sustenta sobre un territorio y de hecho lo redefine. Es precisamente en relación con ese territorio y con el imaginario de ese territorio que el tema cultural adquiere una relevancia particular. Relevancia referida tanto a lo «ideológico» (por llamarlo de alguna manera) como a lo comercial.

La región configurada por los países integrantes del Acuerdo, aun antes de que se produjera la proyectada integración, tenía y tiene un intercambio cultural percible tanto en el ámbito de la alta cultura, o cultura ilustrada, como en el de la cultura producida por los medios de comunicación masiva. Ese intercambio no supone una presencia ni una importancia similar para los cuatro países y tampoco para el territorio nacional de cada uno de esos países. Razones de vecindad territorial como razones económicas establecen también dentro de la macrorregión supranacional, subregiones. Así, tanto el nordeste de Brasil como la zona andina o la Patagonia argentina configuran zonas específicas, menos afectadas por el proceso de integración. En cambio, la subregión cubierta por la provincia de Buenos Aires, el litoral argentino, la zona sudeste de Paraguay, el conjunto de Uruguay y el extremo sur de Brasil (de São Paulo hacia el Sur) tiene una serie de factores —grado de industrialización, capacidad energética, concentración demográfica y nivel de servicios— que hacen mucho más factible su eventual cohesión.

El territorio como espacio de sustentación de una comunidad, real e imaginada, parece estar en el centro de la discusión cultural contemporánea y arrastra una historia particular. La función cumplida en el pasado (un pasado sin MERCOSUR en el horizonte) por dos ámbitos culturales disímiles —y en cierto sentido antagónicos— como son la literatura y la televisión, ha apuntado a proyectos ya convergen-

1. La primera parte de este trabajo, «Nación versus globalización/bellas letras versus televisión», fue redactada por Hugo Achúgar, mientras que la segunda, «Miradas uruguayas. Percepción y autopercepción identitaria en el MERCOSUR», es una versión sintética realizada por Hugo Achúgar a partir del trabajo original de Francisco Bustamante.

tes, ya divergentes. Temas como el de «territorio y nación frente a integración regional» así como el de «un eventual estadio intermedio en el proceso o en la crisis de los Estados-nación»; «territorio y acuerdos de integración regional desde los Estados-nación y construcción de identidades frente a la desterritorialización implicada por la globalización» o «identidad nacional frente a la globalización o construcción de nuevas identidades», atraviesan y de hecho redefinen las funciones de la literatura y de la televisión en esta etapa de una «cultura MERCOSUR».

El aparato ideológico del Estado-nación se consolidó en los países del Acuerdo desde mediados o fines del siglo XIX —aunque no de modo exclusivo— a partir de las reformas educativas y posteriormente con las diversas historias nacionales tanto de literatura como de otros aspectos culturales². Este proceso se hacía con la pretensión de los sectores hegemónicos del aparato estatal de definir aquello de «un territorio, un Estado, una nación, una cultura». Al respecto, Beatriz González Stephan ha señalado: «...el giro que toma el proyecto liberal en Hispanoamérica después de 1850 registra su especificidad ideológica en una serie de prácticas discursivas (entre ellas las historias literarias) que, como prácticas de la élite, institucionalizan sus valores y concepciones, además de coadyuvar a la consolidación política del Estado» (1987, p. 178).

Las cátedras, las historias, las bibliotecas, los sistemas de premios y becas apuntaron a desarrollar una literatura y una cultura «única-propia-nacional» que absorbiera no sólo los nuevos inmigrantes sino que además definiera el perfil de la nación. Incluso, durante la primera etapa de la aparición de los medios de comunicación masiva audiovisual (radio, discos, revistas masivas, cine) el proyecto nacional —aunque atendió o dio cuenta de los crecientes progresos de las industrias norteamericanas— continuó estructurando la producción cultural y más específicamente las «bellas letras».

La inflexión de las generaciones del 45 o del 50 —como antes en cierto modo las

2. Las reformas educativas de Argentina (1884, Ley 1420), Brasil (1874-1891 —el caso brasileño merece tratamiento más particular—), Uruguay (1877) así como las historias nacionales de literatura de Brasil (1888: Silvio Romero); Argentina (1917: Ricardo Rojas); Paraguay (1888: José Segundo Decoud), Uruguay (1912: Carlos Roxlo) son un índice de lo que anotamos. Es claro que, en relación con los estudios o historias literarias, existen intentos anteriores a los anotados pero la acumulación a que hacemos referencia muestra la extensión del proyecto nacionalista en el período. Las reformas educativas, por otra parte, atendían fundamentalmente a la laicidad de la enseñanza y, según los casos, a la universalidad y gratuidad de la misma; todo esto en sintonía con el espíritu positivista de la época. La homogeneización cultural y educativa desde el Estado era una parte fundamental del proyecto nacional de nuestros países.

En relación con el tema de la reforma educativa en Brasil, vale la pena anotar que si bien la idea de un Plan Nacional de Educación es de 1874, el Proyecto de Reforma de Rodolfo Dantas es de 1882 pero, a pesar de la entusiasta recepción de Rui Barbosa, sólo a partir de la Constitución de 1891 aparece un artículo referido a la laicidad de la enseñanza. La diferencia en los procesos de reforma educativa de los cuatro países no impide señalar el propósito común —una suerte de aire de época— en relación con planes nacionales de educación.

Con respecto a las historias literarias, vale la pena señalar que en nuestros países, con la excepción de Paraguay, existieron intentos anteriores a los de Rojas, Romero y Roxlo con propósitos nacionales; los mencionados, sin embargo, son los que cumplieron o se identificaron con el proyecto de cohesión nacional de los sectores hegemónicos de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

de la vanguardia hispanoamericana y las del modernismo brasileño— se debatió entre procesos de nacionalismo y cosmopolitismo. Sin embargo, en los países del MERCOSUR durante este período el «ciudadano», o mejor «el intelectual en tanto ciudadano», siguió involucrado con la discusión de proyectos nacionales. Los debates entre los distintos grupos y las acusaciones que entre sí se repartían estaban —en gran medida, al menos— centradas en el eje «nación-universo». El crecimiento exponencial de los medios de comunicación masiva, y muy en especial de la televisión y del resto de la industria cultural, en las últimas décadas va a enturbiar las aguas de esos proyectos y va a alterar tanto el universo de referencias de las «bellas letras» como el conjunto de cuestiones discutidas entre los intelectuales.

La confrontación entre «bellas letras» y «televisión» de nuestros días no es ya sólo un debate entre un medio supuestamente obsoleto y otro insurgente y moderno. Representa, además y antes que nada, el debate entre un proyecto nacional de la cultura y otro globalizado. No porque literatura sea una noción sinónima de nación (posiblemente lo fue en algún momento para nuestros países) y televisión a su vez sea sinónimo de transnacionalización, globalización, universalismo o cosmopolitismo; sino por el mismo cambio sufrido tanto en el soporte territorial como en el modo de producción y circulación de la literatura y de la televisión.

La polarización no es simple; así como existe un universo globalizado y transnacionalizado que la televisión vehiculiza, existe también un universo globalizado y transnacionalizado en la industria literaria. Hay libros y autores *commodities* que circulan a nivel global o supranacional y presuponen un lector que es «ciudadano del mundo». Territorio y ciudadanía implican a su vez la noción de pertenencia y de identidad. La identidad construida por la literatura brasileña fue más heterogénea o con un mayor peso regional. La abundante literatura regionalista brasileña marcó particularismos pero también dio cuenta de las dificultades de integración de un país-continente. Mientras que en las «bellas letras» rioplatenses —al menos en el espacio cultural constituido por el entorno de la provincia de Buenos Aires y el Estado uruguayo— la identidad construida desde el siglo XIX hasta el presente definió a la vez un perfil urbano y un perfil gauchesco o campesino, dejando fuera o silenciando aquellas identidades locales o regionales que resultaban excéntricas o descentradoras del perfil identitario vehiculado por los proyectos nacionalistas.

Si pasamos del nivel nacional al nivel supranacional constituido por el MERCOSUR, es evidente que existen subregiones o demarcaciones territoriales de otro tipo; subregiones que según los casos han favorecido y también dificultado el proceso de integración³. Así, existe una región económico-cultural «gaucha/gaúcha» o una región «chaqueña» o una región «jesuítico-guaraní» que constituyen territorios culturales supranacionales.

También es cierto que los mismos acuerdos del MERCOSUR establecen un ordenamiento económico-territorial a la vez incluyente y excluyente; en particu-

3. Los factores lingüísticos (diversidad de lenguas presentes en la zona: español, portugués y guaraní), aunque presentes en la reflexión, no son desarrollados en esta oportunidad.

lar por como funciona la configuración del territorio destinado a las llamadas «zonas francas», suerte de metáfora de los problemas de articulación del espacio nacional en tiempos de globalización. Precisamente, la «zona franca» implica además de un significado económico concreto —espacios libres de ciertas cargas impositivas— una metáfora singular de las tensiones entre el proceso de integración y la globalización económica. Presentes en muchas regiones del planeta, las «zonas francas» son el lugar desde donde los Estados invitan al capital transnacional o nacional pero con vocación transnacional a establecer sus empresas. En el caso del MERCOSUR, las zonas francas han sido limitadas a una por país. En Brasil está ubicada en la Amazonia, en los márgenes de la actividad económica-cultural del presente; y en Argentina en el extremo sur, en la Patagonia/Tierra del Fuego.

La reconfiguración territorial del MERCOSUR, por lo tanto, opera a varios niveles y de diversas maneras. Pero a nivel cultural e identitario la reconfiguración territorial implicada por el Acuerdo se articula con la transformación que del territorio realiza el proceso de globalización.

El espacio constituido por la literatura y por la televisión en tiempos de globalización también es afectado. Si bien se podría argumentar que los sistemas de circulación y de recepción de las respectivas literaturas nacionales así como los diálogos entre las diversos *corpus* nacionales no fueron —o no fueron siempre— construidos desde los «aparatos ideológicos» de los diversos Estados involucrados sino que parecen haber estado sometidos al flujo y reflujo de los individuos o de las empresas comerciales. Es decir, se podría argumentar que si bien los aparatos ideológicos de los Estados han impulsado proyectos nacionales, la producción, circulación y a veces —incluso— la recepción ha operado en función de intereses individuales o comerciales independientes de todo macroyecto nacionalista. Esto es posiblemente válido para el sistema de las llamadas «bellas letras» pero también, aunque de otra manera, para la televisión. Pero si esto puede ser válido en relación con la circulación y la recepción no lo es en cuanto a los proyectos mismos.

Un sector importante de las llamadas «bellas letras» participó y sigue participando de un proyecto nacional. La televisión desarrollada en los países del MERCOSUR a partir de la década del cincuenta fue pensada y utilizada en un principio como factor de cohesión nacional por algunas políticas estatales. Así, el canal oficial de Uruguay se articuló durante mucho tiempo como una suerte de «red» informativo-cultural integradora de la identidad cultural y territorial nacional. Hoy, sin embargo, la televisión comercial y la misma televisión por cable se suman paulatinamente al proceso de globalización de la cultura; una globalización que, sin embargo, no excluye los fenómenos de fragmentación tanto de la sociedad como de las audiencias. En ese sentido, los tradicionales intentos de nacionalización/homogeneización chocan con el proyecto globalizador de la industria cultural y la globalización mundial de la economía.

En el caso de las «bellas letras» cabría distinguir, en este sentido, «bellas letras» como proyecto intelectual autónomo y «bellas letras» como producto en el sistema de producción de *commodities*. La internacionalización creciente de la industria

editorial coincide con la separación o creciente distancia entre una producción literaria todavía vinculada a proyectos intelectuales nacionales y otra producción literaria recostada sobre un mercado supranacional⁴.

La reconfiguración del territorio a través de la literatura y de la televisión no es ajena al proceso de globalización. Más aún, si bien es posible señalar algunos elementos derivados del proceso de integración, tal parece que las mayores transformaciones se derivan del cambio de las funciones que se han operado tanto en las bellas letras como en la televisión. En ese sentido, es evidente que el funcionamiento tradicional del proyecto nacional de las bellas letras no parece responder con tanta eficacia como el de la televisión en estos tiempos donde el territorio parece ser sustituido por una clara desterritorialización⁵.

Mundo, aldea y nuevos espacios

La tensión entre conocimiento de lo local e ignorancia de lo planetario, persistencia de una mentalidad tradicional –o colonial– y aspiración a crear un nuevo repertorio de ideas; es decir, la tensión entre mundo y aldea tenía una dinámica particular cuando se plantearon en el siglo pasado las ideas de integración de América Latina. Nacían estas ideas del desarrollo contemporáneo de las comunicaciones, de la situación geopolítica mundial, de un orden económico neocolonial, y del hecho de que nuestros países estaban en pleno proceso de independencia o, en algunos casos, de consolidación de sus aparatos estatales.

Hoy, telematización y globalización mediante, tanto el acceso como la circulación del caudal de información han sido transformados. Pero también los Estados nacionales están sometidos a un nuevo y doble desafío: por un lado, el constituido por la exigencia que el neoliberalismo ha planteado en relación con el tamaño del aparato estatal y con el rol de los países periféricos; y por otro lado, el desafío que los distintos procesos de integración regional o de constitución de zonas de libre comercio constituyen a las respectivas naciones. Por otra parte, mientras en el siglo XIX muchas sociedades latinoamericanas vivían el proceso de consolidación de una nación homogénea o la construcción de un Estado único y todopoderoso, hoy estamos presenciando si no el estallido de la mencionada unidad nacional, por lo menos su agudo cuestionamiento, su profunda modificación.

Las transformaciones y los desafíos políticos, tecnológicos y sociales del presente siguen, de hecho, reproduciendo las jerarquías entre las clases sociales,

4. La instalación de editoriales extranjeras en los países del MERCOSUR no es un hecho nuevo, aunque sí su renovado empuje. También vale la pena señalar la venta de editoriales a empresas multinacionales, así como el establecimiento de empresas basadas en alguno de los países del Acuerdo en los otros.

5. Si a la argumentación desarrollada en este trabajo agregáramos todo el universo de la informática incluyendo el tema de las «autopistas de la información» así como el desarrollo de las comunicaciones satelitales, la dicotomía entre territorio y desterritorialización sería aun más evidente y quizás obligaría a repensar la oposición entre bellas letras y televisión. En este sentido, Alejandro Piscitelli ha desarrollado una serie de ideas que cuestionan fuertemente aquellas posiciones que no plantean centralmente el papel de las comunicaciones en los análisis culturales de este fin de siglo. No es ésta la oportunidad de debatir con los planteamientos de Piscitelli.

entre las regiones y entre los países de los distintos mundos que cohabitan el planeta. Al mismo tiempo no han logrado erradicar la existencia de estereotipos en la representación que el uno se hace del otro. Más todavía, estas transformaciones –como hemos señalado– continúan reproduciendo las representaciones culturales acerca del otro: ya se ubique el otro en la aldea, en el centro, en la periferia, ya sea su vecino⁶.

Se podría considerar, entonces, la posibilidad de que el cambio tecnológico de los medios de comunicación y los procesos de integración regional hayan realmente transformado el modo de producción de las identidades locales o supranacionales y también se podría indagar la eventualidad de que las conductas de los sujetos sociales sigan operando atrapadas entre la inercia y la tradición a pesar de los cambios o «mutaciones civilizatorias» (Portantiero, 1993) que se han venido procesando en los últimos tiempos. Planteado de otra manera: ¿la transformación tecnológica-política ocurrida en los últimos tiempos –aludida en parte en esa realidad o efecto universalizador que se llama «globalización»– está cambiando realmente las identidades locales y nacionales? ¿La tan mentada globalización ha estado o está construyendo una identidad única y global?

Todas estas transformaciones, sin embargo, no parecen haber variado la posición del sujeto caracterizado por José Martí en *Nuestra América* hacia fines del siglo XIX. El aldeano vanidoso sigue existiendo en este presente aun cuando posea o no antenas parabólicas, esté enchufado a varios canales de televisión –simple o por cable–, a la radio y consuma diversos medios de prensa escrita, versiones de Internet, marcas de *jean* o clasés de hamburguesas.

La apreciación de Martí suponía que el aldeano vanidoso ignoraba los gigantes que llevan siete leguas en las botas al igual que las peleas de los cometas en el cielo. Entre nosotros, los latinoamericanos, la imagen del aldeano vanidoso centrado en la contemplación narcisista de su propia situación puede ser recogida sin mayores dificultades y para ello alcanza con leer la prensa escrita de muchos de nuestros países. La imagen del aldeano vanidoso nos importa, sin embargo, en otro sentido –un sentido que podríamos llamar fuerte– donde aldeanismo se asimila con nacionalismo y regionalismo más que con narcisismo.

La imagen del aldeano martiano tiene que ver con un nacionalismo o regionalismo aislacionista que, dado el enhebrado tecnológico, comunicativo y hasta cierto punto ideológico del presente fin de siglo, no parece muy creíble o muy perdurable. Hay, sin embargo, otras fronteras no identificables con el desarrollo o el «progreso» tecnológico que permiten considerar la posibilidad de que ese aldeanismo subsista en medio de computadoras, fax, correos electrónicos, políticas internacionales o asociaciones supranacionales.

¿En qué medida los sujetos sociales –a nivel nacional o simplemente en las comunidades reducidas– han sido movilizadas por la globalización o simplemente por la transformación tecnológica? Mejor aún, ¿la conexión telemática a la cual un número creciente de individuos, en el mundo y en América Latina, ha sido

6. En relación con este tema y a modo de ilustración, nos remitimos a la segunda parte del presente trabajo.

«sometido» opera como un elemento integrador a un imaginario único y homogéneo o, por el contrario, las peculiaridades locales operan como un destructor de ese imaginario global y transnacional? Conocemos ciertas respuestas que proponen, de algún modo, la posibilidad de receptores activos que no se limitarían a un vaciamiento de su tradición sino a una suerte de «hibridación», «mestizaje» o «transculturación». La tensión puede ser o es más rica, sobre todo si se piensa que la eventual diversidad o fragmentación de las sociedades o comunidades nacionales produciría una descodificación múltiple del mensaje único.

Otro modo de considerar esto podría ser preguntar si el capital cultural que tiende a construir el mensaje global no supone una suerte de versión neoliberal de la multiplicidad heterogénea que atiende a la necesidad de los nichos de mercado. En esta posibilidad, más que diversidad de recepción lo que habría sería una necesaria fragmentación del mercado y la globalización vendría a configurar, de hecho, una especie de macrosupermercado centralmente organizado pero de casi ilimitada oferta. Algo así como un móvil creado por Calder donde desde una estructura central se permitiera –realidad o simulacro– la diversidad y la multiplicidad de opciones previamente determinadas.

¿En qué medida la transformación en la construcción de las identidades locales está regida por la tradición, por el rito o por la inercia y no por la globalización? No creo que la respuesta esté única o necesariamente en recurrir a la «perversión estadística» de los porcentajes –para utilizar una expresión de Bourdieu– que la investigación sociológica o demográfica aporta.

La transformación que ofrece la globalización de un mundo telematizado opera sobre algo que la ilusión democratizadora de la televisión no ha logrado borrar: la existencia de sectores sociales fuertemente diferenciados por su nivel de ingreso económico y por su diferente acceso al consumo de bienes y servicios culturales y comunicacionales. Más aún, opera sobre la existencia de países y de culturas también fuertemente diferenciados. Al respecto, la muy extendida creencia de que la globalización tiene un alcance planetario indiscriminado se estrella con la existencia y la peripeia de países como Cuba, para nombrar un ejemplo latinoamericano, o de países como Irán cuya cultura o cuyos gobiernos resisten la globalización cultural e informativa.

La existencia de tradiciones o herencias culturales que pueden combinar la hamburguesa de MacDonald con el mate uruguayo, la camiseta Benetton con la zapatilla criolla de los gauchos, el personaje del *comic* con las movilizaciones sociales en el norte argentino parece indicar un sustrato o una herencia cultural mucho más fuerte de lo que la versión demonizada del efecto globalizador parece creer.

Por otra parte, el discurso global de la sociedad telemática no es homogéneo ni siquiera en aquellos casos en que el discurso hegemónico tiene una presencia abrumadora. Babel, y no el muecín en el minarete o el sacerdote en el púlpito, parece ser la imagen que rige el presente espectáculo de nuestras sociedades. ¿Babel como imagen de la confusión y de la entropía o Babel como divisa liberadora del multiculturalismo? ¿Babel como estrategia de una economía global neoliberal o Babel como resultado de la resistencia cultural de los individuos?

La decisión depende de quién habla y sobre todo desde dónde habla. Y también de quién escucha o desde dónde se escucha. Babel, *zapping*, rito, invención, aldea, centro, periferia son todos ellos más que términos, lugares/problemas desde donde pensar este presente. Creer que la globalización es un fenómeno fatal similar a lo ocurrido en el universo con el Big Bang es ignorar la existencia de aldeanos que continúan desconociendo la existencia de los gigantes Kentucky's Fried Chicken o de las siete leguas de los Toyota Tercel. Incluso aunque el aldeano esté enchufado al *show* de Don Francisco en Miami⁷ o al noticiero de CNN, o asista en directo y en vivo a los avatares de la Guerra del Golfo, la instrumentación que de ello realiza en su vida cotidiana genera un producto simbólico distinto. Igual de distinto a como ocurría en el siglo XIX cuando ciertos intelectuales y políticos brasileños eran al mismo tiempo liberales y esclavistas o cuando los jóvenes latinoamericanos de hoy –algunos de ellos izquierdistas– cantan y se entusiasman con grupos rockeros claramente conservadores como Guns and Roses.

Pensar la globalización desde la periferia y en particular desde el MERCOSUR no significa necesariamente concluir que se está produciendo la homogeneización simbólica o política del planeta. Y esto por las obvias razones de que no es lo mismo São Paulo que el Chaco argentino, el nordeste brasileño o el pescador de Cabo Polonio en la costa uruguaya. El aldeano tiene un modo de producción, más que híbrido, tremendamente nacionalista y esa herencia cultural, ese capital cultural no es un desierto. Pensar en la ausencia de alternativa al modelo neoliberal globalizador y privatizador como una ausencia de respuesta es falso. La respuesta hoy –esa que estamos viendo y viviendo– consiste para algunos precisamente en este acudir al pasado, a la aldea, a la tradición, al multiculturalismo y desde allí resistir. La resistencia, sin embargo, no supone un proyecto alternativo duradero en el largo plazo. El riesgo para una perspectiva democrática –claro está, «en el mientras tanto»– reside para los latinoamericanos en el simulacro nacionalista o en el nacionalismo de los sectores hegemónicos que supone una instrumentalización gatopardiana de la globalización. O mejor aún, el riesgo para los latinoamericanos reside en el relato nacionalista que olvida por imposición y no por elección, que construye su pasado desde un presente que silencia con autoritaria y represiva selectividad.

Pero frente a esa resistencia, consciente o inconscientemente, nacionalista, está el centro. El centro –ese centro supuestamente responsable o generador de la globalización actual– no es homogéneo pero sobre todo el centro también tiene sus periferias. Es posible encontrar grupos hegemónicos y subalternos en el centro; es posible encontrar en el centro relaciones de centro-periferia. Esto implica, entre otras cosas, la idea de que el centro a nivel simbólico y discursivo está atravesado hoy en día por las categorías de género, de raza, de orientación sexual, además de las económicas y sociales. Significa además que ese centro o centros globalizadores piensa su realidad y la realidad planetaria en función de problemáticas vigentes en su propio espacio y al hacerlo globaliza sus problemáticas.

7. A la vez que desconectado pues lo ve en diferido, al menos en la mayoría de los países hispanoparlantes.

Todo lo anterior establece una serie de cuestiones particularmente relevantes para nuestros países; en especial si se reflexiona sobre las tensiones que los procesos de integración regional y de consolidación del desarrollo nacional plantean precisamente al fenómeno de la globalización. El espacio discursivo en la esfera pública se ha vuelto un espacio compartido donde se intenta construir o busear una identidad nueva. No la identidad homogeneizadora impuesta por el monólogo del discurso imperial sino una identidad heterogénea, por diferenciada y plural, quizás más democrática y que respete las otras identidades. Esto supone, además, la preservación de la identidad discursiva frente a la supuesta validez universal no sólo de una única racionalidad discursiva sino de una única racionalidad escritural o argumental. Sin embargo, ese movimiento discursivo evidente en la esfera pública transnacional—al menos en la occidental—encierra otro intento de construcción de identidad o identidades. Me refiero al intento implícito en eso que se ha dado en llamar la globalización o el discurso de la globalización. Los procesos de integración regional y el proceso de globalización son a la vez homólogos y opuestos.

Es claro que ya no podemos seguir hablando con respecto a la periferia, al centro y sus habitantes—reales o simbólicos—desde un nosotros que implique una universalización y una homogeneización total como sin embargo estaría planteando la lógica argumentativa del fenómeno de la globalización. La mentada globalización financiera, política y cultural presupone en su narrativa un perfil universal tanto de las sociedades periféricas como de los sujetos subalternos pero ese simulacro de homogeneidad, necesario a la estrategia o a la política de representación de la globalización, no logra borrar la compleja heterogeneidad del mundo real.

También hay periferias de la periferia como ya hemos visto. Aun dentro de los procesos de integración—llámense CE, TLC o MERCOSUR—existen centros y periferias y periferias de las periferias. Si el nosotros del MERCOSUR es el otro del TLC o de la CE, ese nosotros es plural, heterogéneo y, en cierto sentido, está atravesado por conflictos similares aunque no idénticos a los del centro o de los procesos de integración que ocurren en el centro globalizador. También es cierto que se ha propuesto que «nuestras identidades (latinoamericanas) en sus múltiples espacios y tiempos sean varias identidades, hasta tal punto que nos sea posible encontrar en nosotros varios 'yo' profundos» (Calderón, 1987). La postulación de una identidad universal del individuo aboliendo diferencias culturales, nacionales, de género, etnia, etc., puede ser tanto una forma de la homogeneización típica del discurso central como la cancelación del pensamiento pues reconoce el dato obvio: todos somos humanos. Lo mismo es válido si se pretendiera pensar en una identidad mercosuriana; una identidad universal común a los cuatro países del Acuerdo sólo parece ser posible de construir a partir del reconocimiento de la heterogeneidad propia.

La reflexión desde la periferia del MERCOSUR, entonces, está atravesada por múltiples supuestos y estereotipos y genera actitudes variadas. Mirar desde afuera sirve, mirar desde adentro también. Lo que no sirve es mirar sólo desde afuera o sólo desde la región. Pero si corre gran riesgo el aldeano al postular su microespa-

cio como el ónfalo del universo, igual o mayor riesgo corre el metropolitano al ignorar el margen o al dar cuenta del otro como un entomólogo en su laboratorio destripando un insecto. La visión del metropolitano globalizador puede llevar, y de hecho demasiadas veces ha llevado, a postular al otro o la realidad simbólica del otro como un fenómeno digno del zoológico. El otro muchas veces, aunque no siempre, ingresa en la reflexión del metropolitano como un ejercicio o como una ocasión para comprobar que aquello que ya ha decidido en su laboratorio es la única verdad para la periferia.

El hombre o la mujer de la periferia reflexiona siempre desde la periferia y esa marca de su enunciación atraviesa problematizando su discurso como no ocurre con el discurso del intelectual metropolitano. Es decir, si bien el discurso metropolitano está marcado, en su caso el lugar de la enunciación no es problemático. Después de todo para el metropolitano globalizador no existe otro lugar más que su lugar, no existe otro mundo más que su mundo y ese es el mundo que postula como válido para todos.

El sujeto central en un acto de soberbia imperial narra su historia como la Historia. En la periferia, el sujeto que narra conoce su situación marginal y si en algunos casos «olvida» (entre muy notorias comillas) esta situación y asume una voz central, el efecto es el de la parodia o el del simulacro. La voz marginal que se «traviste» en central es también una realización de su situación.

La obvia relación entre periferia y centro descrita hasta ahora no significa, simplemente, una oposición Primer Mundo/Tercer Mundo o, a los efectos, *versus* el MERCOSUR. También está presente al interior de nuestra América y, muy especialmente, al interior de la región comprendida por el Acuerdo; por lo mismo, importa tener presente lo señalado hasta ahora cuando pensamos o reflexionamos en la constitución de identidades al interior del proceso de integración en nuestros países. No es lo mismo pensar desde São Paulo o desde Buenos Aires que desde Chivilcoy, Asunción, Santa Catarina o Punta del Este.

Registrar lo cultural: el intercambio comercial y el migratorio

¿Cómo registrar los fenómenos, los procesos y las imágenes mencionadas en las páginas precedentes? Lo anterior es o sería registrable si pudiéramos medir o contabilizar no sólo el flujo de personas sino más importante aún el flujo de imágenes y símbolos. O dicho de otra manera, si fuera posible estudiar—encuesta o estudio de recepción mediante—el intercambio simbólico entre los países del MERCOSUR entre sí y con el resto del mundo.

El problema reside en que los instrumentos de medición a los que se puede tener acceso son registros públicos oficiales del tipo «anuarios estadísticos» de comercio en la región o «balances del flujo de mercaderías»; o incluso, registros demográficos del cruce de fronteras. Y, como es sabido, la cultura y la estadística son personajes de conflictiva relación.

Migrantes y fronteras. El cruzamiento simbólico y discursivo de fronteras y espacios ocurre también a nivel concreto: las migraciones masivas Sur-Norte o Este-Oeste que vive nuestro planeta no han sido ajenas a los países del

MERCOSUR y suponen la instalación en el paisaje de nuestro tiempo de un personaje central. La dinámica relación entre centros y periferias está acompañada—tanto a nivel planetario como al interior de muchos Estados—de un fundamental y viejo personaje protagonista en este fin de siglo: el migrante o, mejor, los múltiples y diversos migrantes, sean estos desplazados, refugiados, exiliados, simples y tradicionales migrantes económicos o meros turistas más o menos accidentales. El traslado o el viaje o, por lo menos, el desplazamiento del ser humano ocupa, en este mundo supuestamente globalizado, un primerísimo primer plano.

La imagen del migrante no equivale, sin embargo, a la del colonizador o a la del viajero que dominó el imaginario en Occidente durante el siglo XIX y, como es obvio, poco tiene que ver con la imagen del descubridor o del conquistador de los siglos XV y XVI. La migración, sin embargo, aunque no es un fenómeno que nazca en estos tiempos de globalización crece de modo incesante. Los registros, las historias y las tensiones entre pueblos migrantes y pueblos receptores son casi tan antiguos como la memoria que el ser humano conserva de sí mismo. Las migraciones internas en nuestros países y las migraciones entre países de América del Sur también tienen una historia larga; lo peculiar del momento presente radicaría en la supuesta transformación cultural que acompañaría el mencionado migrar. En ese sentido, si las migraciones al interior de nuestros países o al interior de nuestra América del Sur estuvieron, según José Luis Romero, en la base de masificación urbana durante la primera mitad del siglo XX y permitieron o explicaron el desarrollo de una cultura particular, hoy en día las migraciones estarían marcando la gestación de una cultura transnacional o regional que, valga el juego de palabras, no sería necesariamente transcultural.

El registro de este personaje multitudinario y su papel presente y futuro en el seno del MERCOSUR no ha sido planteado más que como un fenómeno para el que habrá de contarse con políticas concretas, no plenamente desarrolladas todavía. Pero si ese personaje protagonista que es el migrante acecha o es parte central del proceso de integración, no parece serlo menos ese otro personaje inexistente—fantasma concreto a la manera del personaje de Italo Calvino—que es el constituido por las empresas audiovisuales. De ese personaje, alimentado y criado tanto por las industrias culturales nacionales como por las transnacionales, no tenemos datos, no tenemos registros. Al parecer ese público transnacional y/o global sigue sin poder ser registrado, al menos en nuestros países, y la integración del MERCOSUR no podrá ser procesada como algo singular a nivel cultural o humanístico sin que se atiende y se registre tanto los flujos de los bienes culturales como la «lectura» de material «humanístico» o no que realizan nuestros conciudadanos.

Bienes y servicios: la ilusión de los documentos oficiales. Es evidente que registrar el flujo y el intercambio simbólico es difícil pero dado que la discusión en torno al MERCOSUR ha girado y sigue girando en torno a lo económico, sería esperable poder tener acceso a información, aunque más no fuera económica, de la producción y el intercambio de bienes culturales (y «servicios») entre nuestros países.

En los registros o en el material estadístico que manejan los países integrantes

del MERCOSUR no hay una consideración específica del comercio de bienes o servicios culturales así como no hay modo de medir—lo que es obvio—el tránsito informal o clandestino de «bienes y servicios» culturales⁸. Tampoco se registra en ese tipo de información aquello que la normativa clasifica como intercambio (exportación e importación) de «servicios» y que incluye programas grabados de televisión y al parecer también filmes y *software*⁹.

Las dificultades del MERCOSUR se conjugan con la historia de la integración latinoamericana: una historia más llena de fracasos que de éxitos; de ahí el desafío y la importancia del Acuerdo. Sin embargo, los registros y las imágenes que acompañan o que deberían acompañar el proceso de integración regional dicen más de un desfase entre, por un lado, quienes conducen las negociaciones u organizan los indicadores y quienes, por otro, viven el mismo proceso de integración. El aspecto económico del proceso se realiza sobre una integración existente—aun en su pobreza o en su escasa dimensión—desde mucho antes pero que el proceso de globalización ha comenzado a acelerar de modo dramático.

La «lectura» de los anuarios estadísticos de comercio en la región y demás indicadores o estadísticas no logra dar cuenta de una integración cultural y humana de particular importancia. Más aún, los datos que surgen de las estadísticas oficiales muestran—quizás de modo escasamente novedoso—que entre la realidad cotidiana de la vida (producción, intercambio y consumo) cultural y lo registrado hay un abismo. O mejor, hay una zona no contabilizada aun cuando podría o debería serlo.

Los datos referidos a exportaciones e importaciones de bienes culturales que consideramos refieren a 1991, 1992 y 1993 (ver cuadros 1 y 2). Lo primero que salta a la vista de estos datos es que no cierran. Así, mientras Uruguay no aparece importando «diarios y similares» en ninguno de los tres años considerados, al contrastarse la información con las exportaciones realizadas por los otros países hacia Uruguay (en especial Argentina) resulta que Uruguay importa cifras millonarias que multiplicarían por seis o más el total de la cifra de sus importaciones de bienes culturales del MERCOSUR.

Por otro lado, la distinción entre bienes y servicios culturales se fundamenta en que mientras un ejemplar de poemas de Jorge Luis Borges o de relatos de Juan Carlos Onetti o un disco/cassette/disco compacto es considerado una mercadería y por lo mismo incluido en el arancel 4.901 u 8.524 (referidos a «Libros y similares» y a «Discos y similares», respectivamente), un programa televisivo

8. Dado que este aspecto del comercio exterior no ha merecido mayor consideración por parte de los economistas, el análisis de los datos que incluimos en el presente trabajo debe ser considerado una «lectura desde los estudios culturales» y no un examen económico. La fuente de los datos manejados es ALADI a través de su oficina de Estadísticas.

9. El registro de los «servicios» que circulan no especifica por rubros, y al no ser «bienes» no integran los informes de «comercio exterior», ya que éstos no son considerados mercadería. Tal al menos es la explicación que la oficina de ALADI da con respecto a la ausencia de datos sobre «servicios» relacionados con lo cultural. En el caso de Uruguay, la información sobre «servicios» está en manos de su Banco Central, pero en las publicaciones a las que hemos tenido acceso no hay discriminación en el rubro servicios de lo cultural quedando englobado en «otros».

Exportaciones en dólares de bienes culturales

Bienes culturales	Argentina			Brasil			Paraguay			Uruguay		
	1991	1992	1993	1991	1992	1993	1991	1992	1993	1991	1992	1993
Libros y similares ¹	5.425.361	5.294.909	7.980.358	1.264.754	6.190.998	14.385.425	594.265	766.558	910.808	93.172	273.658	106.290
Diarios y similares ²	2.363.154	4.566.931	8.413.535	375.420	2.345.998	7.244.967	3.683	—	—	328.531	934.129	468.940
Música manuscrita ³	50.649	27.568	32.069	—	—	—	—	—	—	23.329	—	—
Disc., CD y sim. incluye juegos para TV ⁴	611.309	519.217	4.680.985	115.321	782.079	4.783.248	—	—	—	19.065	140.348	224.000
Obras de arte/art.nac. ⁵	—	25.980	600	—	15.768	1.138	—	—	—	—	52.000	—
Col.c/valor hist. arq. etc. ⁶	—	—	—	—	—	4.221	—	500	—	—	—	—
Antigüedades >100 años ⁷	—	—	—	—	—	—	—	—	—	1.000	—	—
Total	8.450.473	10.435.005	21.107.547	1.755.495	9.334.843	26.418.999	597.948	767.058	910.808	465.097	1.344.135	799.230
Mercosur Total	21.450.703	42.933.621	49.623.096	2.330.131	10.638.801	33.180.780	650.457	1.085.009	1.231.951	497.044	1.446.539	811.510
ALADI Total	28.915.374	58.328.529	84.685.743	17.995.246	29.560.499	54.471.023	741.910	1.224.759	1.231.851	852.907	1.799.677	1.786.700

¹ productos comprendidos en los aranceles 4.901 y 4.003; ² productos comprendidos en el arancel 4.902; ³ productos comprendidos en el arancel 4.904; ⁴ productos comprendidos en el arancel 8.524 y, en algunos casos (en particular en 1991 para Argentina y 1991 y 1992 para Uruguay), en el arancel 9.212; ⁵ productos comprendidos en los aranceles 9.701, 9.702 y 9.703, pero para Argentina en 1991 comprende los aranceles 9.901, 9.902 y 9.903, y los mismos para Uruguay en 1991 y 1992; ⁶ productos comprendidos en el arancel 9.705; ⁷ productos comprendidos en el arancel 9.906.

Fuente: elaboración propia según datos de la Oficina Estadística de ALADI en Montevideo. Los datos referidos a Uruguay han sido obtenidos por ALADI del Banco República del Uruguay.

Importaciones en dólares de bienes culturales

Bienes Culturales	Argentina			Brasil			Paraguay			Uruguay		
	1991	1992	1993	1991	1992	1993	1991	1992	1993	1991	1992	1993
Libros y similares ¹	2.638.180	2.566.010	7.112.473	2.724.164	2.982.540	1.528.326	59.956	276.573	330.448	102.252	117.199	23.030
Diarios y similares ²	27.068	1.171.756	6.244.945	244.352	32.694	215.995	35.911	57.589	41.149	—	—	—
Música manuscrita ³	48	—	901	41.194	10.888	12.111	—	—	—	—	—	—
Disc., CD y sim. incluye juegos para TV ⁴	167.285	216.406	2.122.139	58.912	120.210	24.268	50.683	120.326	192.045	200.951	612.703	824.965
Obras de arte/art.nac. ⁵	—	30.700	487	9.845	—	35.486	273	1.185	—	—	6.587	1.010
Col.c/valor hist. arq. etc. ⁶	—	—	—	—	—	—	—	—	101	—	—	—
Antigüedades >100 años ⁷	—	—	—	1.473	18.217	51.725	—	—	—	—	—	—
Total	2.999.866	3.984.872	15.480.458	3.079.940	3.164.549	1.867.911	146.823	455.673	563.746	303.203	736.489	849.005
Mercosur Total	10.604.889	30.839.162	43.854.403	23.065.511	9.816.943	10.908.142	1.193.675	1.698.177	2.166.189	428.910	768.419	971.709
ALADI Total	34.861.542	92.285.405	114.110.150	103.260.262	74.500.729	92.834.318	2.835.548	4.135.660	4.979.040	2.026.245	2.894.064	3.064.088

¹ productos comprendidos en los aranceles 4.901 y 4.003; ² productos comprendidos en el arancel 4.902; ³ productos comprendidos en el arancel 4.904; ⁴ productos comprendidos en el arancel 8.524 y, en algunos casos (en particular en 1991 para Argentina y 1991 y 1992 para Uruguay), en el arancel 9.212; ⁵ productos comprendidos en los aranceles 9.701, 9.702 y 9.703, pero para Argentina en 1991 comprende los aranceles 9.901, 9.902 y 9.903, y los mismos para Uruguay en 1991 y 1992; ⁶ productos comprendidos en el arancel 9.705; ⁷ productos comprendidos en el arancel 9.906.

Fuente: elaboración propia según datos de la Oficina Estadística de ALADI en Montevideo. Los datos referidos a Uruguay, han sido obtenidos por ALADI del Banco República del Uruguay.

-telenovela, documental educativo, *show* o *game-show*— dado que su «contenido» supera ampliamente el valor del soporte material es considerado como «servicio» y no contabilizado en el intercambio comercial de nuestros países. La paradoja es aún mayor si se agrega que entre los bienes o mercaderías culturales se incluyen los juegos para tv pero no los videos de películas o los *game-shows*.

La enumeración puntual de las peculiaridades con que se registran los bienes y servicios culturales; es decir, la consideración tanto de los criterios de clasificación como de los del registro económico de los intercambios comerciales sería una tarea tediosa y excede en mucho los propósitos del presente trabajo. No podemos, sin embargo, dejar de anotar un par de casos más. Al cruzar los datos en el rubro «Antigüedades mayor a cien años» para 1991 nos encontramos con que mientras Uruguay aparece exportando a Brasil por «1.000 dólares», ese mismo año Brasil aparece importando de Uruguay en el mismo rubro por «1.473 dólares». Lo que importa no es, en este caso, la insignificancia de las cifras sino su inconsistencia. Entre otras razones por la misma señalada en relación con la importación de diarios argentinos hacia Uruguay: la realidad cotidiana demuestra otra cosa. Alcanza con pasearse por cualquier ciudad uruguaya para saber que el mercado está inundado de periódicos argentinos y alcanza con asistir de vez en cuando a un remate en la ciudad de Montevideo para saber que los brasileños son grandes compradores de antigüedades en Uruguay.

Las mismas observaciones podrían realizarse en relación con las obras de arte o con los discos. Y ello habilita a pensar que los registros de intercambio comercial de bienes culturales entre los países del MERCOSUR no son confiables. Más aún si se considera que lo registrado refiere exclusivamente a aquellas transacciones que implican trámites oficiales.

Las compras de obras de arte—muy voluminosas o simplemente voluminosas—que argentinos y brasileños realizan en Punta del Este durante el verano no están registradas como intercambio de bienes culturales. Por otra parte, el flujo de bienes culturales registrado no incluye el rubro «artesanas» así como tampoco hay registro de los derechos de autores para el caso de la literatura o de los textos educativos. La conclusión obvia, y para lo que quizás no hubiera sido necesario analizar las cifras oficiales, es que el intercambio de bienes y servicios culturales registrado es mucho menor que el real.

De ser así, resultaría que nuestros países están leyendo muchísimo ya que el grueso del intercambio de bienes culturales—llamémosles tradicionales pues la televisión es considerada servicio—recae en los materiales de lectura (sean diarios, revistas, libros, folletos o álbumes). Más aún, se observa un crecimiento significativo del intercambio de bienes, directa o indirectamente, vinculados con la industria musical y/o informática¹⁰. Por otro lado, mientras el supuesto crecimiento del intercambio comercial dentro de la región de material vinculado con el universo de la lectura parece ser evidente, no significa lo mismo para los cuatro países. Los

cuatro países aparecen exportando más de lo que importan pero la relación es diferente en cada caso. Esto parecería indicar una intensificación en el conocimiento mutuo entre los cuatro países aunque paradójicamente parece haber un agujero negro en algún lado pues las cifras, al ser cruzadas, no cierran.

Hay, sin embargo, un aspecto del comportamiento cultural de los países del MERCOSUR que surge de estos datos y que quizás sea más significativo. Si se compara el intercambio comercial de bienes culturales entre los países del Acuerdo con el intercambio que esos países tienen con el resto de los países integrantes de ALADI y con el que tienen con el resto del mundo, surgen tendencias de interés. Aún en su escasa confiabilidad se puede presumir que las cifras oficiales funcionan como una suerte de iceberg de la realidad.

Estas relaciones muestran: 1) que las exportaciones de bienes culturales a la región apenas significan en el caso de Argentina, entre poco menos de un 20% y un 30% del total de sus exportaciones a nivel mundial; en el caso de Brasil, entre casi un 10% y casi un 50%; en el de Paraguay, más del 60%; y en el de Uruguay, más de un 50%.

Con respecto a las importaciones, la relación daría que mientras Argentina importa un máximo de poco más de un 10% de la región y cerca de un 60% de fuera de los países comprendidos en ALADI, Uruguay importa (aún con cifras distorsionadas) un máximo cercano al 30% de los países del MERCOSUR, casi nada de los países de ALADI que no integran el MERCOSUR y más de 60% de fuera. La integración cultural de Brasil—pensada en función de su consumo y según estos datos—tanto al MERCOSUR como a los países de ALADI es la más escasa de los cuatro países y su dependencia (importación) de bienes culturales de fuera de América es cercana al 85%.

Estos datos hablan de lo obvio: la diferente presencia o impacto que los bienes culturales de los cuatro países muestran entre sí. Hablan (o los estamos haciendo hablar) además de otro fenómeno: tal parecería que el intercambio y el consumo de bienes culturales en los países de la región tiene una tendencia creciente. Lo que no terminan de decir estos datos es cómo se conjugan estos comportamientos con los proyectos nacionales de los respectivos países y en qué medida es posible pensar que el proceso de globalización está afectando el desarrollo del intercambio de bienes culturales. Una conclusión, sin embargo, parece desprenderse sin mayor violencia interpretativa: la abrumadora presencia de los bienes culturales de fuera tanto del MERCOSUR como de ALADI en las importaciones de los cuatro países revela que el consumo cultural estaría tendiendo a lo global; incluso sin contar el impacto o la presencia de la televisión, pues estos datos no refieren a ese tipo de «servicio» cultural y en ellos el material de lectura tiene un peso significativo.

Final a propósito de la ilusión

Toda ilusión puede ser equívoca. Puede funcionar como un *trompe l'oeil* pero puede también iluminar procesos. La dificultad y la equivocidad de los datos en relación con los intercambios culturales dentro de los países del MERCOSUR no les hace perder su función de «engañajos» y de «iluminadores». El personaje

10. En el rubro 8524 cabe suponer que se estén considerando también algunos ítems referidos al universo informático, lo cual amplía y en parte explica el crecimiento exponencial de ciertas cifras y para algunos países.

contemporáneo del migrante parece estar apostando o simplemente viviendo un universo de creciente globalización. El consumo cultural de nómades y sedentarios no tiene o no parece tener mayor diferencia aunque tradiciones e inercias matizan el proceso. «Nación *versus* globalización» parece expresar una tensión de resolución previsible. El MERCOSUR no parece, salvo para los socios pequeños –Paraguay y en mayor medida para Uruguay–, tender a configurar un ámbito cultural donde los procesos identitarios sean mayormente afectados. El proceso de integración regional de dicho acuerdo parece llegar cuando la globalización tiene ya una presencia incuestionable en el conjunto de estos cuatro países.

Y todo eso permite una pregunta final: ¿este proyecto de integración regional del MERCOSUR a nivel cultural y en tiempos de globalización no será una ilusión? Una ilusión, un *trompe l'oeil* que obligue a repensar la validez de la apuesta a las «bellas letras» en función de un proyecto nacional; que obligue a pensar si la categoría de nación incluso para las bellas letras no es hoy otra cosa más que una tecnología obsoleta, que obligue a considerar la construcción de identidades regionales o nacionales como el campo de batalla central en estos tiempos de globalización.

Miradas uruguayas. Percepción y autopercepción identitaria en el MERCOSUR¹¹

Aquí nos proponemos examinar ciertos elementos constituyentes de la imagen que algunos sectores de la sociedad uruguaya hacen de los países vecinos y de sus habitantes, tal como surgen en los medios de comunicación y el sistema educativo. No se pretende privilegiar necesariamente los avatares del proceso de complementación comercial, sino que teniendo a éste como telón de fondo, intentar una

11. Esta segunda parte del trabajo se basa en el análisis de la información contenida en los ejemplares de cuatro periódicos montevidenses durante los meses de noviembre y diciembre de 1993 (los diarios *La República* y *El País*, y los semanarios *Búsqueda* y *Brecha*), y el informativo «Subrayado», difundido de lunes a viernes de 19:30 a 20:30 horas por el canal 10 de Montevideo. Además, se contempla el análisis de seis manuales para la enseñanza escolar usados en Uruguay. Los periódicos fueron seleccionados por ser de circulación nacional y cubrir un espectro de posiciones diversas. *El País* es el tradicional diario capitalino latinoamericano, fundado en 1918, de formato sábana, impreso en colores, políticamente ligado al gobernante Partido Nacional. Está vinculado económicamente a otros medios de comunicación y es el de mayor circulación en el país. *La República* es un tabloide monocolor fundado en 1988, de opinión independiente y crítica al gobierno, con tendencia al sensacionalismo y a difundir posiciones de sectores no hegemónicos. *Búsqueda* es un semanario tabloide monocolor de minuciosa información de negocios editado desde 1977 por un núcleo de economistas neoliberales; su información general, especialmente la política, es muy amplia, seria y plural. *Brecha* es un semanario tabloide monocolor, fundado en 1985 por un núcleo de ex colaboradores del semanario *Marcha*; tiene una declarada orientación de izquierda crítica de los partidos tradicionales y vehiculiza posiciones de sectores independientes del Frente Amplio; se caracteriza por sus investigaciones periodísticas de temas sociales y por la amplitud de su sección cultural. Los tres informativos centrales de los canales privados montevidenses coinciden en horario, niveles de audiencia, cobertura periodística y estilo en general. «Subrayado» se distingue levemente por un tono intermedio entre el estilo popular y distendido de «Telenoche 4» y la postura formal y en general conservadora de «Telemundo 12».

interpretación sobre la percepción que los uruguayos tienen de sus vecinos y de sí mismos en relación con ellos.

El cotejo de las diversas fuentes de información revela diferencias obvias. Los manuales escolares refieren tendencias de larga duración, expresan fenómenos claramente decantados. En cambio, la prensa se presta a la oscilación coyuntural, registrando los acontecimientos diarios. Sin embargo, existen convergencias importantes, más en la captación de una identidad uruguaya (o los problemas que ella crea) que en la caracterización de los vecinos. Una nota periodística puede registrar una visión de Uruguay coincidente con el discurso escolar. Este pone al descubierto la larga vida de un rasgo de la autopercepción uruguaya: la importancia dada a la educación, el peso que ha tenido el sistema educativo en moldear a la sociedad uruguaya. Rasgo que ideológicamente se muestra en el orgullo y en el sentimiento de superioridad y de diferenciación respecto de los vecinos.

La búsqueda que los uruguayos hacen de un perfil que los distinga de sus vecinos ha tenido dos etapas. Durante la primera, coincidente con los años de prosperidad y estabilidad, el sentimiento prevaleciente era el del orgullo diferenciador; en los últimos años se ha producido una inflexión que busca la diferenciación por la exacerbación de los elementos negativos. Esa postura dice que el país comparte los mismos puntos débiles a los que se añade su pequeñez.

La manifiesta búsqueda de la diferencia respecto de los vecinos contrasta con la atracción y el mimetismo que despiertan los elementos de su cultura. Se produce entonces una constante mixtura de lo propio y de lo ajeno, de lo que se incorpora y al mismo tiempo se rechaza. En todo caso, la virtud del «ser uruguayo» se hace más por ausencia que por presencia, por carecer de algo malo más que por lograr esforzadamente algo bueno. Queda claro que no existe una sola visión ni de Uruguay ni de los vecinos; la que se plasma aquí es apenas una, que aun en su esfuerzo de señalar variaciones, es otra variante en sí misma.

Intercambios materiales y simbólicos entre Uruguay y sus vecinos

La crisis de fines de los cincuenta vuelve a poner cara a cara los cuatro países de la cuenca del Plata. Fundamentalmente, la búsqueda de complementación comercial, que el cierre de los mercados de los países del Primer Mundo impide, ha promovido un proceso de integración del cual la suscripción del tratado de Asunción si bien es el punto de arranque del MERCOSUR no es el primer hito. Precisamente, el MERCOSUR redefine las fronteras uruguayas transformando una frontera nacional en regional e incentivando el surcamiento del espacio central entre ambos polos del Plata.

Si bien la comunidad cultural entre Uruguay y sus vecinos es evidente, no son las acciones de ese tenor –al menos en el sentido tradicional: enseñanza de la lengua, becas, intercambio de manifestaciones artísticas, presencia de institutos especializados que aseguren esas medidas, etc.– las que eslabonan a esas naciones. Salvo en el caso brasileño en el que la singularidad lingüística obliga a una actitud más diligente, los restantes Estados no se han distinguido por ser demasiado enérgicos para inducir a los demás la adhesión hacia sus valores culturales.

Asociados desde la colonia por un imaginario histórico, vale decir, una mirada de vecino nutrida de las experiencias del pasado. Son ellas, las ambiciones hegemónicas de los dos países limítrofes, así como las aproximaciones buscadas o las resistencias opuestas por unos y otros (sin olvidar el antecedente de las ambiguas relaciones con Paraguay). Esas experiencias han dejado un trazo en la percepción actual de los países que se actualiza, tanto en cada gesto de ellos hacia Uruguay como en cada contacto personal con sus habitantes.

Contemporáneamente, los cuatro países vienen intensificando sus intercambios comerciales, alterando obligadamente los antiguos flujos que los vinculaban a las economías extracontinentales. Dentro de este rubro se debe discriminar el contrabando, un fenómeno que abarca desde la adquisición sistemática de los productos de primera necesidad por todos los sectores de la población nacional y que da empleo en el sector informal a numerosas personas hasta el trasiego de bienes de mayor valor y en mayor volumen. Como consecuencia de esas realidades se ha verificado una intensificación de los transportes, que con el aprovechamiento común de energía hidráulica, ha promovido la construcción de importantes obras de infraestructura. Por otra parte, los respectivos planes económicos adoptados por Brasil y Argentina derivan indefectiblemente sus efectos sobre Uruguay, desbaratando generalmente sus propias iniciativas. Uruguay es también una plaza financiera hacia donde fluyen capitales argentinos y brasileños de origen a veces poco claros.

Aunque los intereses económicos propician una de las principales formas de contacto que Uruguay mantiene con sus vecinos, la población uruguaya, más que la presencia de productos regionales, percibe con mayor cotidianidad otras modalidades de relación.

Uruguay ha sido históricamente un proveedor de mano de obra calificada para sus dos vecinos. La emigración hacia los centros urbanos de Argentina y Brasil (Buenos Aires, Porto Alegre, São Paulo) promueve una serie constante de contactos a través de los transportes y las comunicaciones. La presencia de colonias uruguayas, con la dinamicidad comparativa del mercado de trabajo de los países receptores y el nivel alto de formación de los recursos humanos uruguayos, permite pronosticar un flujo migratorio que se mantendrá en el futuro (Aguilar/Licandro, 1989; CEPAL/OIM, 1991).

Además del movimiento poblacional de radicación, debe considerarse al turismo. Proveniente de los tres países, pero especialmente de Argentina, causa un gran impacto económico, social y cultural. El territorio uruguayo sirve como ruta de pasaje o como morada, generalmente veraniega; aunque también masas de población argentina se trasladan por corto plazo teniendo al territorio uruguayo como residencia de fin de semana. Se generan entonces múltiples formas de contacto personal que se extienden a toda la población pero que son más intensas en las zonas fronterizas y en la franja costera del Este. Particularmente en los balnearios de Punta del Este y Piriápolis y en la ciudad de Colonia, donde en la temporada alta la concentración de población argentina en relación con la nacional es abrumadoramente mayoritaria, se ha instalado una infraestructura de servicios que reproduce los hábitos de consumo y en definitiva, los comportamientos culturales de la

población de clase alta argentina y, prácticamente, ha desaparecido todo rasgo cultural que recuerde su pertenencia al territorio uruguayo.

Por otro lado, el turismo también se dispara desde territorio uruguayo. Buenos Aires es la megalópolis de la cuenca del Plata, punto de obligada peregrinación estimulada cuando la situación cambiaria favorece a los uruguayos. La visita a las atracciones paraguayas y brasileñas no da siempre una oportunidad alternativa de conocer sus habitantes en su propio medio, pues se trata de viajes de excursión turística y/o consumo. Paraguay es el punto de interés para un turismo ávido por la compra de electrodomésticos; Brasil por las playas.

La penetración de la industria cultural argentina y brasileña es resultado de la presencia de los habitantes de esos países. Es un proceso de variadas formas como la discográfica, el espectáculo en vivo, las publicaciones, etc.; vale decir, bienes y servicios importados por Uruguay. En Montevideo, se venden en los sitios céntricos casi todos los diarios, periódicos y revistas de origen argentino; en algunos pocos lugares se venden algunos diarios y revistas brasileños y el diario paraguayo ABC. En temporada veraniega, se produce el desplazamiento de la venta a los principales lugares turísticos. Respecto de la radiotelefonía, en muchas zonas fronterizas se escuchan emisoras argentinas y brasileñas y en algunos sitios de Argentina, se escuchan las uruguayas. Pero la modalidad más gravitante es la presencia de los productos de los medios de comunicación, en especial de la televisión.

La televisión uruguaya, desde su establecimiento en 1956, ha estado dominada por un modelo privatista y comercial. Los tres canales comerciales montevideanos con sus repetidoras sobrepasan largamente en niveles de audiencia a la red estatal; difunden mayoritariamente programación de origen extranjero, siendo el país de América Latina con uno de los menores porcentajes de producción televisiva propia. Con el correr del tiempo, la programación extranjera tiende a crecer; el predominio norteamericano cede parcialmente en favor de la programación argentina (Barros-Lémez). Las producciones brasileñas tienen una limitada representación a través del género de la telenovela y, eventualmente, alguna comedia de situación. No se importan programas paraguayos, así como Uruguay no exporta programas.

Un aspecto no evaluado es el impacto cultural que significa la acción de los medios de comunicación de ambos países irradiando sus mensajes hacia la población uruguaya. Es importante la recepción de señales en las zonas donde no llegan directamente las emisiones montevideanas, amparada en la superioridad técnica de los vecinos pero quizás más fundamentalmente en la preferencia de los consumidores uruguayos¹².

El consumo de los productos de los medios de comunicación de los países vecinos provoca un intenso proceso de asimilación y transformación cultural. El aspecto para el que existe mayor sensibilidad nacional es el lingüístico, por la queja ante la contaminación de léxico argentino y el desarrollo del «portuñol». No

12. Un dato sugestivo es que los diarios de los territorios fronterizos publican en su cartelera de información televisiva la programación de los países vecinos.

existe la misma prevención respecto de la calidad de los productos consumidos ni del efecto de desarraigo por la realidad cotidiana en que se vive. De ese modo, los principales acontecimientos de los países vecinos y sus protagonistas reciben en Uruguay una atención tanto o más grande que la prestada a los que se originan en el país. En todo caso, esos sucesos y personas son sentidos como «propios»¹³. La acción de los medios de comunicación de los países vecinos, en especial de la televisión, en cuanto construcción cultural tiene contemporáneamente un efecto decisivo en la gestación del imaginario social de los uruguayos.

Uruguay y sus vecinos a través de la prensa uruguaya

Las noticias producidas desde los países vecinos tienen una captación prioritaria en Uruguay en la medida en que existe un interés manifiesto por ellas¹⁴, pero vienen mediadas por agencias internacionales, ya que los medios de comunicación uruguayos carecen casi siempre de fuentes de información propia¹⁵.

No se puede saber cómo son leídas por el público uruguayo esas noticias, cuáles son sus reacciones¹⁶. Sí, en cambio, es posible intentar aislar el agregado que le hace la prensa uruguaya a las noticias que le vienen fabricadas desde el extranjero. Pero, además, existe otro inmenso campo en donde la prensa directamente expresa su opinión editorializando sobre los países vecinos, sus gobiernos, sus habitantes; o bien, releva información desde territorio uruguayo sobre los efectos de su relación con ellos. De todos modos, no es ocioso aclarar que no se deben confundir las opiniones registradas aquí con posturas globales del conjunto de la sociedad

13. Es obvio que un estudio de mayor aliento requiere un examen directo de ese fenómeno comunicacional y cultural; no obstante, de momento, este trabajo pretende registrar parcialmente su reflejo a través de la huella que deja en otras fuentes de información.

14. Germán Rama dice que los países grandes «tienen un diseño cultural muy interno y exclusivo, e incluso una visión poco atenta a lo que ocurre en el resto del mundo. Si uno compara un diario europeo y uno norteamericano, encuentra que en el europeo tiene una importancia enorme la noticia internacional de los otros países europeos, porque son muchos y son el espacio conjunto en primer término, y también le dan importancia a lo que ocurre en Estados Unidos o Japón que son países de mayor apertura frente a los que cada uno de ellos individualmente es más débil. En los diarios de Estados Unidos hay noticias importantes sobre cada uno de los estados, hay muchas noticias sobre la vida cotidiana y hay pocas noticias internacionales, porque tienen poco peso en la vida de sus habitantes». Una impresión similar se puede obtener comparando la prensa brasileña, argentina y uruguaya; en los dos grandes países, especialmente en el primero, se le asigna una importancia mayor a lo interno que a lo externo, mientras que en el último el proceso es a la inversa.

15. En el período reseñado, en los medios de comunicación relevados, la información fichada se ha podido identificar como proveniente de las siguientes fuentes. El informativo televisivo «Subrayado» se alimenta respecto de Argentina de los servicios de prensa de Canal 9; respecto de Brasil, de la Televisión Española. El diario *El País*, de su corresponsal en Buenos Aires: Julia Rodríguez Larreta y Fernando Nolé (ambos uruguayos), y de las agencias EFE, AFP, ANSA, REUTER, AP y DyN (Argentina). *La República*, de Isidoro Gilbert y David Viñas (ambos argentinos), corresponsales en Argentina, y de las agencias UPI, ANSA, AFP e IPS. *Búsqueda*, de la agencia EFE. *Brecha*, de Andrés Gaudin (uruguayo), corresponsal en Argentina; de José Antonio Vieira, corresponsal en Asunción; de Gaby Weber, alemana residente en Montevideo -que escribe sobre Paraguay-; y de la agencia IPS.

16. La aplicación de los principios de la Teoría de la Recepción implicaría, en este caso, la realización de encuestas de opinión que no están planteadas aquí.

uruguaya, se debe recordar que éstas son apenas las valoraciones que transmiten los medios de comunicación. Con el material y en el período consultado pretendemos armar un cuadro de cómo son vistos Argentina y los argentinos.

Otro aspecto que debe ser explicitado es las características del período elegido para recoger la muestra. Fueron los dos últimos meses de 1993, en los que se fueron procesando las discusiones respecto a la implementación del Arancel Externo Común que es el instrumento decisivo para la instauración del mercado regional. Las negociaciones finalizaron en agosto del año siguiente (siempre que no se produzcan nuevos replanteamientos). Pero el tema trajo la atención diaria de toda la prensa uruguaya y se puede decir que no hubo día alguno en que la palabra MERCOSUR no apareciera mencionada en los medios de comunicación seleccionados para esta muestra. Curiosamente, esa atención se concentró en despachos cablegráficos o redacción de notas y no tanto en editoriales en los que se delineara una opinión de carácter político del tema. Ese es el contexto agitado respecto a las relaciones regionales en donde deben ser ubicadas las manifestaciones periodísticas seleccionadas.

Para la redacción de este trabajo no se han tomado mayormente aquellas informaciones relativas directamente al MERCOSUR, prefiriéndose aquellas otras en donde se enfoquen algunos otros aspectos menos coyunturales respecto a los vecinos. Sin embargo, debe tenerse presente el telón de fondo en el que esas impresiones deben ser colocadas.

Argentina y los argentinos. Destacaremos tres elementos que cobran relevancia para los fines de nuestro análisis.

1. Las caras más conocidas. Una primera impresión que surge de confrontar los medios de prensa uruguayos en relación con la realidad argentina es que ésta está tan cerca que a veces parecería como si Uruguay fuera un territorio componente de la nación argentina. Así es como las noticias diarias sobre las carreras de los hipódromos argentinos -con sus correspondientes pronósticos para guiar a los apostadores uruguayos-, los cuadros del puente aéreo que liga a Montevideo con Buenos Aires, las cotizaciones de la Bolsa de aquella ciudad o la crónica de los espectáculos estrenados allí, dan la impresión al lector de estar hojeando un periódico de aquel país. Además, el apasionamiento de los comentarios que despiertan algunos hechos argentinos y sus protagonistas y la reiterada mención de dos personajes argentinos durante el período reseñado parece indicar su gravitación en el imaginario social de los uruguayos. Ellos son el animador de televisión Marcelo Tinelli, y el presidente Carlos Saúl Menem.

Un prestigioso columnista abordó la significación de la figura de Tinelli al comentar diversas declaraciones que consideramos amenazadoras de la libertad informativa de los medios de comunicación. Afirma: «...se predica contra la trivialidad de un Tinelli, sin siquiera tomar en cuenta cómo se encogen de hombros ante tales opiniones la multitud de jóvenes (y no tan jóvenes) que lo sigue simplemente por lo que es: un programa entretenido y recurrente que permite, al cierre de la jornada, un rato de tonta y saludable distensión» (Tomás Linn, en *Búsqueda*, 11 de noviembre de 1993; p.6). Su comentario se enmarca en una discusión sobre la calidad cultural de la programación televisiva, pero se enzarzó en una defensa del

personaje, admitiendo que pese a su trivialidad sus programas son vistos aunque despierten resistencia¹⁷.

El público de Marcelo Tinelli se escinde entre entusiastas seguidores y entre quienes lo rechazan. Ese rechazo remite al viejo tópico de la «guaranguería porteña» vehiculizada privilegiadamente por la televisión. Se considera que sus programas son nocivos para los jóvenes porque imponen el empleo de expresiones malsonantes, deforman el idioma, son obscenos y groseros. En esta visión, también se puede advertir la alarma de una comunidad pequeña frente a la corrupción de las costumbres por la agresión de modelos importados de las ciudades populosas. En ella se combina la defensa de un modelo de relaciones interpersonales y de la pureza del idioma o al menos de su uso local. El empleo de cierto léxico —en especial el perteneciente a los modos de tratamiento— actúa a la vez como un instrumento de respeto y de pretensión de pertenecer a la alta cultura.

Los defensores de Tinelli se cuentan entre un público claramente masculino, de jóvenes («y no tan jóvenes») que identificándose con los valores de la «barra de hombres» que participan del programa burlándose ruidosamente unos de otros, disfrutan con la procacidad y «la tonta distensión». No abundan las manifestaciones explícitas en su defensa, por lo que son relevantes las afirmaciones de Tomás Linn, quien admite la existencia de la acusación de trivialidad. Se puede conjeturar que dado sus importantes niveles de audiencia, con Tinelli al igual que con otros exponentes de la «guaranguería porteña», muchos uruguayos se entretienen en silencio o por detrás de sus censuras¹⁸.

Es llamativo que un periódico serio uruguayo dedique una extensa nota informando del reconocimiento del honor de un personaje denostado por una parte de la población especialmente porque hace de la irreverencia y la ridiculización del otro su principal modalidad comunicativa¹⁹. Pareciera una provocación el resaltar el

17. Naturalmente, existen otros. Señalamos, a vía de ejemplo, Susana Giménez, ex modelo, ex actriz, hoy animadora del programa televisivo «Hola Susana», que por períodos fue transmitido simultáneamente por el canal 4 de Montevideo y cuyo vehículo —que permitía la participación en sorteos de la gente en las calles— circulara en ocasiones por Montevideo así como por ciudades argentinas. El otro, es el mundialmente famoso futbolista Diego Maradona, cuyos avatares vitales despiertan un marcado interés en Uruguay; su castigo por *doping* en el Mundial de Fútbol 1994 suscitó una campaña de opiniones en su defensa en la prensa uruguaya de la que participaron intelectuales conocidos internacionalmente como Mario Benedetti y Eduardo Galeano. En el período estudiado se encuentran referencias a dos figuras del rock argentino que son populares especialmente entre jóvenes y gente de mediana edad de Montevideo: Fito Páez y Charly García.

18. Para competir por la audiencia de ese horario, otro canal coloca una reedición del programa del fallecido actor argentino Alberto Olmedo. Este fue un humorista de trazo grueso, que explotó la obscenidad en todo lo que la televisión le permitió. También en su momento captó altos niveles de audiencia y generó sentimientos encontrados entre el público uruguayo.

19. Para este animador, toda persona de rasgos asiáticos es un «ponja», vale decir en la jerga porteña del «vesre» (inversión de sílabas), un japonés. Así mismo, no son infrecuentes el empleo de las correspondientes expresiones del lunfardo para referirse a las nacionalidades vecinas: «yorugua» (en «vesre»: uruguayo), «brasuca»: brasileño, «paragua»: paraguayo, «bolita»: boliviano. Las expresiones no son peyorativas en sí, en el programa de televisión en cuestión tienen cabida en el ambiente de informalidad general que reina.

derecho a la buena fama y la defensa del fuero íntimo de quien practica el sistemático desbaratamiento de esos principios.

La prensa uruguaya, haciéndose eco de sus servicios internacionales, dedica numerosas menciones al presidente argentino, quien a pesar de ser extranjero recibe una cobertura en los medios casi tan grande como la de los miembros de la clase política local²⁰. La recepción de su figura siempre encarna la extrañeza ante una personalidad política del más alto nivel que actúa con pautas totalmente diferentes a las de la cultura política del país. Ciertamente, Carlos Menem es una figura de gran carisma, que sabe explotar las virtualidades de los medios de comunicación. Ellos registran sus intervenciones, no sólo en asuntos directamente ligados a su quehacer institucional sino también cuando irrumpe exponiendo facetas de su esfera privada o simplemente cuando se expresa como una persona común. De estas dos últimas modalidades sabe obtener tal vez más rédito como gobernante que cuando se manifiesta como jefe de Estado, no obstante la prensa uruguaya interpreta esas *performances* como gestos que no son dignos de un primer mandatario. Seguramente, consideraciones similares se podrían hacer en la propia realidad argentina, pero el efecto es mayor y sin atenuantes si se piensa en un público que sólo ve los gestos y al que la prensa le hurta el contexto que los provoca.

Un ejemplo ilustrativo es un cable de DyN publicado en ocasión de la visita de Menem a Japón que relata un paseo de éste por Tokio. Se cuenta su asombro ante los exorbitantes precios y su reacción: «Menem recordó entonces las bondades de Argentina y el privilegio que significa poder comer frutas todos los días, a pesar de que las amas de casa se quejan por el constante aumento que sufren en mercados y verdulerías de barrio» (en «Qué caro está el melón», *El País*, 2 de diciembre de 1993; p. 4).

La crónica, dirigida a la sociedad argentina, tiene el fin transparente de aplacar las protestas internas, pero el periódico uruguayo, resaltando el toque festivo de Menem («'Dios mío, ¿qué es esto?' (...) no podía creer lo que estaba viendo (...) vendían frutas como un tesoro de los dioses») eligió inscribir la nota en el rubro de las excentricidades de los famosos, al publicarla en una sección dedicada a noticias de artistas y miembros del *jet set* internacional. Hechos como la condecoración nobiliaria recibida por Menem en Italia al mismo tiempo que en su país se producía una asonada provincial, son comentados como una salida del estilo de un gobernante²¹.

20. Y en algunos sitios, mayor. Por ejemplo, se relata (Achúgar, 1991) que en unos festejos oficiales en la localidad de Ombúes de Lavalle, en el departamento de Colonia —límite con Argentina—, un niño preguntó cuál era el Presidente y al señalárselo, respondió: «Y dónde están las patillas». En realidad, a quien aguardaba verera al presidente de Argentina.

21. La columna «Buenos Días», firmada por Rebar, generalmente de carácter jocoso, contiene unos versos («El Conde ... corado») con el tema de la condecoración papal concedida a Menem (*El País*, 30 de diciembre de 1993; p. 4). En «Subrayado» la nota fue emitida seguidamente de imágenes del levantamiento en Santiago del Estero y el único comentario que hizo el animador fue que el título lo «...podrán heredar su hijo Carlos I y su hija Zulema I». La atribución de números ordinales a los nombres de los hijos del Presidente es una elocuente forma de censurar sus maneras dinásticas.

Su conducta alimenta una visión de megalomanía, de desborde presuntuoso molesto en cualquier persona e impropia en un gobernante democrático. Como al descuido, a un comentarista de fútbol un hecho deportivo le hace recordar «un cuento sobre el afán reeleccionista de Menem y su afán de inmortalidad, cargado de humor ácido» en el que el Presidente continúa en su cargo a los 150 años y se apresta a resucitar (Adolfo Pippo, en *Búsqueda*, 18 de noviembre de 1993; p. 54). La eventualidad de ser nuevamente Presidente es vista como una arrogante sed de poder, inconcebible para la tradición política uruguaya. Un editorialista político comenta el pacto Menem-Alfonsín, destacando los logros obtenidos por el segundo, y no se hace ningún comentario sobre el actual Presidente salvo mencionar su «impulso reeleccionista» (Rodolfo Sierra Roosen, en «Haciendo negocio», *El País*, 25 de noviembre de 1993; p. 6). Todo esto no quita que una nota pueda destacar a Menem como «un hombre de coraje», pero el juicio está fundamentalmente ligado a una identificación del diario con los logros políticos y económicos de su gestión y no con su estilo personal de hacer política. Aunque pocos días después el mismo diario publicó la crónica «Presidente Menem: un conde en apuros» (Fernando Nolé, en *El País*, 10 de diciembre de 1993; p. 4). Los corresponsales en Buenos Aires de periódicos críticos del presidente argentino lo tipifican como un decadente moral. Por ejemplo, *El imperio de los sentidos*, película erótica japonesa, es el título de la nota de I. Gilbert sobre Menem en Japón. Más contundente es la visión de Andrés Gaudin: «el presidente se sacó la grotesca peluca con la que llenaba la parte de afuera de su cabeza (...) Ya no es el mismo sietemachos que hace un mes jugaba el fútbol, trepaba a una bicicleta, había descubierto que el golf le quedaba bárbaro, se las ingeniaba para castigar a una pelota de tenis y se ufana de su virilidad, rodeado de las cortesanas que el liberalismo le puso de laderas» (*La República*, 1^a de diciembre de 1993; p. 19; y *Brecha*, 12 de noviembre de 1993; p. 27).

El rechazo observable se podría deber a la acción de un doble componente. Por un lado, Menem, a despecho de sus claras marcas de origen provinciano, encarna en esta ocasión para los uruguayos al «porteño» altanero, agrandado, presumiendo de sí mismo y de su país, vale decir, concentra los atributos de los turistas que los uruguayos frecuentan, pero especialmente actualiza las ancestrales fobias contra la hegemonía bonaerense sobre el territorio uruguayo. Por el otro, sus gestos chocan contra dos rasgos difundidos entre los uruguayos: una cultura política democrática, en la que el gobernante se ubica como un servidor público, un representante de la ciudadanía; y además una tendencia a no ventilar la vida privada, no hacer ostentación de poder ni de riqueza, evitando cuidadosamente los gestos desmesurados.

2. La Isla de la Concordia. Durante el período consultado se produjo el vigésimo aniversario de la firma del Tratado del Río de la Plata que definiera los límites entre Uruguay y Argentina. El hecho provocó reacciones diversas, cuando el presidente Lacalle decidió celebrarlo visitando junto con el presidente Menem la isla de Martín García. Uruguay tuvo pretensiones territoriales sobre esa isla, que está más cerca de sus costas que de las argentinas, desde que aquella nación lo desalojó militarmente hasta la firma del tratado durante la dictadura militar,

cuando no existían garantías democráticas que supervisarán las decisiones soberanas del país²².

El hecho movilizó muy concretamente un imaginario histórico que recuerda las pérdidas territoriales del pequeño país y los persistentes impulsos avasalladores de Buenos Aires. El Estado argentino se muestra como el representante de antiguos y permanentes intereses de dominio del río. Mientras que Martín García aparece como una suerte de «tierra irredenta» uruguaya, retratada por el cronista de *El País* como «este pequeño territorio insular habitado por unas 200 personas, marcado por una historia de combates con bucaneros, presos políticos y la herida abierta de haber sido algún día territorio oriental». La imagen de la «herida abierta» tan recurrida por el chovinismo francés decimonónico al referirse a Alsacia y Lorena, se contradice de modo chirriante con la conciliadora postura oficial uruguaya que festeja un instrumento de derecho internacional forjado por una dictadura y que algunos miembros del mismo gobierno reprueban.

3. Argentina no es Buenos Aires. Otro hecho sirve para procurar armar un cuadro de cómo Argentina y los argentinos son vistos en el material y el período consultado. Son los conciertos de la Orquesta Sinfónica de la Provincia de Córdoba que merecieron un amplio comentario de un respetado crítico musical (Washington Roldán, en «Orquesta competente y joven», *El País*, 2 de diciembre de 1993; p. 26). La presencia de una orquesta sinfónica del interior argentino es para el cronista «un hecho simpático y fraternal del que no recordamos antecedentes, ya que los grupos visitantes de este tipo han sido siempre bonaerenses». La sensación dominante es un asombro nacido del hecho de que la *performance* del conjunto fuera de la misma calidad que la de una orquesta capitalina.

El repertorio de *chefs de oeuvres* de música clásica previsible en estas ocasiones se vio inesperadamente interrumpido por «Dos escenas pampeanas» de Teodoro Castro, ejecutada en una de las dos actuaciones, a lo que el cronista comenta: «Comenzaron con una obra nacionalista de Teodoro Castro, compositor que no pudimos ubicar en ninguno de nuestros registros...».

Tanto la calidad de la orquesta como sus opciones contribuyeron a desacomodar la hegemónica visión uruguaya por la que Argentina es igual a Buenos Aires. Vale decir, permiten descubrir la existencia de esos «otros» de Buenos Aires que no son un «nosotros» al que Uruguay se puede adjuntar con precisión, pero con quienes comparte analogías y diferencias que habitualmente ignora y desestima. Nuevamente se produce la actualización de un pasado histórico en el cual el territorio oriental compartió intereses con las demás argentinas, todos ellos enfrentados a Buenos Aires. Se replantea la tensión entre la ciudad atlántica y el interior del país por su pretensión de representar externamente al conjunto de la nación. Quizá la simpática sorpresa del cronista, habitante de la capital de un cultivado país independiente, desnude sutilmente un prejuicio hacia la capacidad que tienen los «provincianos» para desempeñarse con la cultura ilustrada. Lo que

22. La isla, perdida hace más de un siglo, fue utilizada como cárcel de presos políticos; hoy es para los uruguayos apenas un sitio turístico. «Descubra el encanto y el misterio de la Isla Martín García», reza el aviso de una agencia de viajes (*La República*, 11 de noviembre de 1993; p. 26).

comprobaría una inesperada coincidencia con la visión bonaerense de los «otros».

En el repertorio sinfónico aparece una obra que el cronista cataloga como «nacionalista»; más allá de su filiación dentro de una corriente musical, se está ante un fenómeno de mayor alcance. La mentalidad hegemónica espera que la intención de presentar fuera de fronteras una manifestación cultural aspire a expresar una esencia de la nación. Pero toda representación que hace un grupo cultural concreto siempre es un fragmento seleccionado de un todo, por lo que nunca se puede ambicionar que un discurso cultural *for export* sea la síntesis abarcadora de todas —o de las pretendidamente imprescindibles— manifestaciones culturales capaces de dar cabalmente cuenta de lo que es la pluralidad de una cultura nacional.

Un conjunto de provincia discrimina en favor de piezas «nacionalistas», lo que sugiere una mayor adhesión del «interior» a un programa cultural que reivindique lo autóctono. Habida cuenta del acostumbramiento de recibir muestras capitalinas —y por ende, cargadamente cosmopolitas— se explica el desconcierto del crítico musical ante la obra y el desconocimiento de las producciones nacionales de los países vecinos.

Brasil y los brasileños. Los acontecimientos brasileños reciben una vasta atención en los medios de prensa uruguayos. Si bien, el análisis de la información y de las opiniones existentes sobre este país en el material y el período estudiados demuestra que es en importancia la segunda nación registrada, luego de Argentina. Aunque se publican aproximadamente tantos despachos de las agencias internacionales provenientes de uno como de otro país, la muestra se desniva en favor de lo argentino desde el momento en que los periódicos no tienen corresponsales propios destacados en Brasil ni publican informaciones cotidianas sobre espectáculos, viajes, deportes, negocios, etc., como ocurre para el caso argentino. En el programa televisivo escogido, las informaciones vinculadas a ambos países son iguales; aunque como es sabido, en el resto de la programación es muy superior el número de producciones argentinas.

1. Calor y alegría permanentes: lo exótico cercano. Existe una visión de Brasil, extendida en América como en Europa, que lo reduce a una tierra de exuberante vegetación y clima tropical. A esta geografía de agreste belleza le es correlativa la consideración de sus habitantes como un pueblo alegre y simpático, especialmente proclive a la música y al baile. La mentalidad uruguaya predominante no escapa a esa extendida estereotipación, reforzada por la proximidad pero mucho más, por la conciencia de la diferencia. Esta operación reductora consiste más precisamente en aislar del Brasil unos rasgos tomados de una tarjeta postal, concretamente, identificando al conjunto del país con la ciudad de Río de Janeiro, la turística ciudad de playas tropicales, capital del fútbol, la samba y el carnaval. De ese modo, se ignoran la vastedad de realidades y atributos que conforman ese país de dimensiones continentales.

En la muestra recogida, los medios de comunicación uruguayos reflejan generosamente la imagen de Brasil como el país de la alegría, donde todos se ríen de todo y nada es tomado en serio. Esa visión que puede estar ampliamente extendida es localmente remarcada como un rasgo del pueblo brasileño que lo distingue del

comportamiento del uruguayo. El 1º de noviembre de 1993, cuando comenzaba a despuntar el escándalo de la corrupción parlamentaria, Jorge Traverso, el presentador de «Subrayado», luego de un informe de la televisión española sobre un acusado que fundamentó el origen de su cuantiosa fortuna en los aciertos a la lotería, comentó: «Si la situación en Brasil no fuera tan dramática, daría para sonreír. Y los brasileños es lo que están haciendo...». Con lo que afirmaba que el pueblo brasileño sonreía, pese a que para un uruguayo era inapropiado hacerlo en una situación dramática. Cuando ya conocían sobrados detalles de las maniobras y el principal implicado había sido cinematográficamente arrestado, la publicación de una telefoto de Reuter muestra a dos jóvenes burlonamente desfilando con caretas de Collor de Mello y de P.C. Farias (este último dentro de una jaula luciendo un letrero con su número de preso). La irónica leyenda al pie revela una clara factura uruguaya: «En Río todo el año es carnaval» (*El País*, 4 de diciembre de 1993; p. 5).

Por la misma época, desde una columna de noticias livianas (*El País*, 27 de noviembre de 1993; p. 5) se informaba del aplazamiento del estreno de una telenovela en la que un actor tiene un notable parecido físico con el ex presidente Collor («Guerra sin fin»). Como es sabido, a partir de M. Bajtin se ha adoptado la noción de «carnavalización» para referirse al proceso de socavamiento de un poder a través de la risa. No parece ser esa la óptica con que se aprecian las reacciones brasileñas, pese a que el propio carnaval montevideano sea vehículo de críticas políticas. El explícito reconocimiento que se hace del tono burlesco con que los brasileños enfrentan sus tragedias, parece significar una censura a una atribuida inconsciencia de la gravedad de los acontecimientos. La ridiculización de los gobernantes corruptos puede ser entendida como un escenario para los delincuentes, pero también como una irresponsable resignación ante los abusos de los que mandan. La indicación de que para los brasileños el carnaval nunca finaliza, sugiere la visión de un pueblo donde se transgrede una separación de los tiempos y las circunstancias, unos para reír y otros no.

El clisé de Brasil como tierra del carnaval permanente aparece con asiduidad. Sea la cobertura de la visita de Madonna a ese país, y las reacciones de sus admiradores o la invitación del alcalde de Río a que fuera huésped oficial de la ciudad en el próximo carnaval, con el título de «ciudadana permanente de Río de Janeiro» («Ciudadana de Río», en *El País*, 11 de noviembre de 1993; p. 5); sea en el comentario jocoso de que los fanáticos de un club de fútbol de São Paulo reciben a su tradicional rival de Río con carteles de Madonna luciendo la camiseta de un club uruguayo con quien los cariocas se enfrentaban esa noche (en «Subrayado», 3 de noviembre de 1993).

Los más serios problemas sociales son presentados con una agradable envoltura visual. Por ejemplo, un informe sobre la paralización de tareas en Río como resultado de la movilización de sus fuerzas vivas contra la violencia, consistió en la exhibición de imágenes con una apenas audible voz en *off* en portugués, dignas de una promoción turística: escenas de playas con puestas de sol, mujeres en *topless* o con minúsculos bikinis, hombres jugando *volley-ball*, el Pan de Azúcar y su teleférico («Subrayado», 17 de diciembre de 1993).

Aunque muchas de estas percepciones ya vienen acuñadas desde el exterior, no se puede descuidar el efecto de reforzamiento del estereotipo.

La visión uruguaya de la idiosincrasia del pueblo brasileño probablemente surja de la identificación de la importante aportación cuantitativa y cualitativa de la población de origen africano. En ese sentido, Brasil además de la tierra del calor y la alegría es la región del exotismo. Dentro de ello juegan un papel importante las creencias religiosas de esa procedencia. Los medios de comunicación registran el fenómeno cuando difunden avisos de locales de ventas de artículos para las ceremonias o en audiencias radiales (algunas de ellas son predicaciones religiosas realizadas íntegramente en portugués). En reconocimiento de la creciente importancia de las creencias afrobrasileñas, durante el período estudiado fue inaugurado un monumento a la diosa Yemayá erigido por la Intendencia de Montevideo; el mismo tiene en sus costados dos textos en español y dos en portugués: una oración y un texto del escritor brasileño Jorge Amado. No es de extrañar, entonces, que la muestra recogida incluya referencias a las creencias de origen africano en Brasil, especialmente cuando implican a figuras de notoriedad.

Sedimentada durante siglos de choque y conmixión, los uruguayos han alimentado la noción de que Brasil y los brasileños constituyen lo exótico cercano, lo reconocible pero inconfundiblemente distinto, afianzada por la existencia de una lengua distinta, pero mucho más tal vez, por la estimación de algo aparentemente tan impreciso como es el comportamiento global de ambos pueblos. Los brasileños son caricaturizados por su simpatía y amabilidad, sus costumbres desinhibidas. Los uruguayos no acostumbran definirse como serios, tristes y moderados, pero cabe pensar si la cercanía de la cultura brasileña no brinda una nítida posibilidad para la evaluación comparativa. Brasil es la oportunidad de abrirse a lo extraño, disfrutar de lo que su propia cultura se niega, pero que atrae y de lo que se puede participar de modo parcial y controlado. Aquellos elementos de «lo brasileño» que están al alcance de los uruguayos constituyen como una especie de disfraz con el que pueden actuar un papel diferente del que originalmente les era asignado.

Todas estas consideraciones seguramente son más sentidas en Montevideo que en las zonas fronterizas de Uruguay. Allí la permeabilización cultural es grande a través de la influencia de los medios de comunicación y de la atracción de las ciudades brasileñas más dotadas de servicios y muy especialmente de trabajo.

2. Aquellos brasileños que pueblan el imaginario uruguayo. En razón de la menor presencia de producciones brasileñas en la televisión uruguaya, son muchas menos las personalidades de ese país que habitan el imaginario de los uruguayos. Uno de los más antiguos personajes brasileños, de quien los medios de comunicación reflejan su imagen con harta frecuencia, tal vez sea Pelé. Aun siendo una figura conocida internacionalmente, en Uruguay adopta algunas tonalidades peculiares, por haber participado en repetidos enfrentamientos futbolísticos con equipos de este país. Eso explica que su persona sea evocada aún en relación con hechos nimios o que se destaque su nombramiento como «futbolista del siglo» (*El País*, 4 y 30 de diciembre de 1993, p. 32 y 33, respectivamente; «Subrayado», 10 y 17 de diciembre de 1993).

Otro personaje brasileño mencionado con frecuencia en los medios de comuni-

cación uruguayos es el dirigente deportivo João Havelange. Durante el período estudiado, Havelange realizó una visita a Uruguay, que fue doblemente cubierta en su doble condición. Por ejemplo, en «Subrayado», en el espacio de los Deportes se informa que el presidente de la FIFA vino a Uruguay para asistir a la reunión de la Confederación Sudamericana de Fútbol. Mientras que en el espacio Empresariales se registra la recepción que le ofreció la compañía Coca Cola, de la que es un alto empresario (25 de noviembre de 1993).

El tercer personaje brasileño, presente asiduamente en los medios de comunicación uruguayos, es Xuxa, la animadora de programas infantiles. En el material estudiado se encuentran referencias a su salud y vida afectiva («Xuxa enamorada de su médico», en *El País*, 4 de diciembre de 1993; p. 5) y también, como indicador de su popularidad, un aviso aparecido en la prensa da una línea telefónica por la cual se puede recibir información sobre su vida (de las otras cuatro vidas de «famosas», dos son argentinas). También un breve despacho da cuenta de que la brasileña restó importancia al libro *Xuxa. The Mega-Marketing of Gender, Race, and Modernity* de Amelia Simpson, profesora de la Universidad de Florida (Estados Unidos) en el que la acusa de propagar «sexismo, racismo y consumismo desenfundados» (*El País*, 18 de noviembre de 1993; p. 7). Por ese entonces, Xuxa aparecía en la pantalla uruguaya a través de dos programas (uno diario realizado en Argentina y otro semanal de origen español) y a través de un comercial de productos alimenticios brasileños. En la visión uruguaya la población brasileña tiende a tener rasgos físicos negros o mulatos; Xuxa y su séquito con su preciso aspecto externo europeo y su imposición como modelo, transformaron esa imagen asentada durante muchos años.

Curiosamente, los tres personajes brasileños tienen en común el tratarse de figuras de proyección mundial y, como en las telenovelas de la Rede Globo, el estar relacionados entre sí: mientras Pelé y Xuxa fueron enamorados, Havelange y Pelé están vinculados al fútbol internacional y se encuentran pleiteando judicialmente entre sí.

3. Una cultura de predominio musical. De la muestra tomada, se concluye que la cultura brasileña recibe una atención más bien escasa por parte de los medios de comunicación. No existe la misma cobertura minuciosa que sigue los estrenos y novedades producidos en Buenos Aires. No obstante, algunos hechos fundamentales como la Bienal de Arte de São Paulo, no pueden ser soslayados. A vía de ejemplo, por la época estudiada, se encuentra una reseña crítica de un corresponsal sobre la XVII Muestra Internacional de Cine de São Paulo. Así como otras expresiones cultas brasileñas.

Sin embargo, la música es la manifestación cultural brasileña a la que se le consagran mayores comentarios. En la muestra recogida, la reflexión de un crítico literario y académico uruguayo, analizando la problemática relación de la cultura brasileña con la del resto de América Latina, Angel Rama, resalta que la cultura rioplatense ha mantenido con la brasileña «una circulación de ideas, autores, obras como no se ha registrado entre Brasil y las restantes áreas de América Latina». Señala los factores históricos y geográficos, la acción de personas comprometidas con esa causa y circunstancias políticas. Refiere que cuando en 1974 al diseñar la

Biblioteca Ayacucho, todavía encontró sorpresa ante su propuesta de «consagrar cerca de la tercera parte de los títulos de la proyectada Biblioteca de 500 volúmenes, a Brasil, pues todavía en Venezuela no se había producido ese reencuentro con la cultura brasileña (...) y aún se veía al país (son palabras de Carlos Rangel en su libro *Del buen salvaje al buen revolucionario*) como ajeno y enemigo» («Esa larga frontera con Brasil», texto inédito de Rama en *El País Cultural* [suplemento de *El País*], 31 de diciembre de 1993, p. 14).

La óptica de Angel Rama tiene un especial interés, porque a su condición de intelectual de fuste, le agrega la de ser natural de una región de fuerte miscigenación con el Brasil como convincentemente demuestra. Su testimonio tiene una peculiar gravitación al denunciar la mutilación de la variedad cultural latinoamericana que conlleva la eliminación del aporte brasileño, no sólo por representatividad cuantitativa como lo señala Antonio Cándido, sino por su propia riqueza. La inclusión de este texto en un suplemento cultural totalmente dedicado a homenajear a una figura intelectual de peso no sólo en Uruguay sino valorada por su fecunda labor latinoamericanista, demuestra la importancia otorgada a la incorporación de la cultura brasileña, a la vez que al sopesarse el magisterio de Rama se puede confirmar su afirmación acerca del papel cumplido por los intelectuales uruguayos en ella.

4. Tierra de delito. Pero también Brasil surge habitualmente en la prensa como el sitio hacia o desde donde se realizan actividades delictivas y es posible ponerse a resguardo. Desde los tiempos coloniales, cuando la frontera con Brasil era un sitio desprotegido y por ende, buscado para el trasiego de personas y objetivos que las lejanas autoridades de uno y otro lado prohibían, hasta hoy en día, cuando ya sea por la regular actividad del contrabando o por maniobras de mayor envergadura, la incursión en el territorio vecino es un medio para la acción ilegal. En ese sentido, ambos países operan como punto de llegada, como distancia y como otra jurisdicción con la cual neutralizar una persecución desde el país de origen («Piden informes sobre dos uruguayos detenidos en Brasil en un coche robado. Perseguidos en Porto Alegre por Policía Militar», en *La República*, 3 de diciembre de 1993; p. 14. «Sin pistas sobre abogada brasileña desaparecida dieciséis días atrás. Policía de Porto Alegre sostiene que fue secuestrada por narcos locales y trasladada a Montevideo», en *La República*, 6 de noviembre de 1993; p. 13).

En circunstancias en que en uno de los dos países un gobierno que no aseguraba las garantías de sus habitantes, era común que los perseguidos políticos buscaran asilo en el otro territorio. No es ésta la situación actual donde ambos países tienen gobiernos constitucionales.

Naturalmente, los medios de comunicación no registran lo referente al llamado «contrabando hormiga»²³, que diariamente traspasa, con relativa tolerancia, los controles aduaneros de retorno a Uruguay cargado de artículos de consumo doméstico que luego se reparten por el país y abastecen a todos los sectores sociales.

23. Esta expresión sirve para diferenciarlo del contrabando de alto vuelo consistente en máquinas, equipos, ganado, etc. En Uruguay el modo popular de decir contrabando es «bagayo», una castellanización de la palabra portuguesa *bagagem* («equipaje»).

La prensa, más bien, sigue la pista de operaciones en las que está envuelto el tráfico de drogas o de automóviles o joyas. La ruta de la droga viene de Brasil, mientras que los automóviles de alta calidad hacen el camino inverso, robados en Uruguay, se venden en Brasil o más frecuentemente terminan su derrotero en Paraguay o a veces Bolivia («Descubren maniobra con automóviles adquiridos en Brasil y vendidos ilegalmente», en *La República*, 11 de noviembre; p. 14. «Policía uruguaya recuperó en Brasil seis últimos modelos», en *El País*, 4 de diciembre de 1993; p. 15. «En Rocha fue sorprendido en un auto proveniente de Brasil un contrabando de joyas avaluado en 40.000 dólares», en «Subrayado», 14 de diciembre de 1993).

También Uruguay es la plaza financiera que acoge protectoramente los capitales provenientes del país vecino sin preguntar los procedimientos por los que han sido habidos. En su momento, se procesó una investigación de parte de parlamentarios brasileños que rastrearon los depósitos bancarios realizados en Uruguay por emisarios del ex presidente Collor de Mello. Al comenzar a investigarse la corrupción parlamentaria a fines de 1993, se informó del descubrimiento de que un diputado riograndense había enviado 114 mil dólares a una sucursal bancaria de la ciudad de Rivera («Descubrieron en Brasil una nueva 'Operación Uruguay'», en *La República*, 4 de diciembre; p. 2).

5. Gigante pero con pies de barro. Los uruguayos tienen la permanente conciencia de su vecindad con el mayor país de América Latina, no sólo en dimensiones sino también en pujanza material. Sin embargo, no escapa a la percepción uruguaya los desniveles sociales que alberga el conjunto del gigantesco vecino, así como su actual situación de detenimiento del crecimiento. Esta múltiple perspectiva se ha agudizado en los últimos tiempos en relación con las políticas integracionistas vinculadas con el MERCOSUR.

En una entrevista al vicepresidente para América Latina del grupo Farr Man International Inc., especializado en la distribución de azúcar, éste afirma que la producción de azúcar uruguaya dejó de ser rentable porque «Uruguay tiene al productor más grande de caña del mundo como socio en el MERCOSUR. Brasil es un gigante y muy eficiente (...) El gobierno muy inteligentemente ha seguido una política de reconocer que no se puede competir con Brasil» (*Búsqueda*, 18 de noviembre de 1993; p. 45).

Brasil es mostrado como una indudable potencia industrial, apta para desarrollar actividades de alto nivel tecnológico. Como cuando se anuncia la botadura del primer submarino brasileño de fabricación nacional (*El País*, 18 de noviembre de 1993). O cuando se informa que un contrato entre la empresa brasileña de teléfonos y su similar uruguaya le permitirá a ésta última instalar teléfonos con pantalla de televisión, acceder al satélite brasileño Brasilsat y de inmediato hará posible reducir las tarifas de transmisión vía fax («Histórico acuerdo entre ANTEL y EMBRATEL», en *El País*, 18 de noviembre de 1993; p. 15). Por lo que se ve, las empresas brasileñas no sólo son capaces de destacarse en sofisticados dominios tecnológicos sino que establecen negocios con Uruguay («General Motors anunció su restablecimiento en Uruguay; importará modelos desde Brasil», en *Búsqueda*, 18 de noviembre de 1993; p. 46. «Productores brasileños observan desarrollo de la lechería uruguaya» en *La República*, 5 de diciembre de 1993; p. 40).

No obstante, el socio no siempre es bienvenido. Una importante adquisición fracasó al evidenciarse sus riesgos por los dudosos antecedentes de los inversores brasileños difundidos a través de la prensa. La empresa aérea VASP intentó asociarse a la única empresa aérea estatal uruguaya, pero desde el comienzo chocó con la oposición del respectivo sindicato uruguayo contrario a la privatización y extranjerización que conllevaba la operación. No obstante, los motivos decisivos fueron las dificultades económicas de la empresa y las acusaciones de corrupción a sus directivos transmitidas por sindicalistas aeroviarios brasileños. Finalmente, la comisión de privatizaciones del gobierno se expidió negativamente sobre las condiciones jurídicas y financieras de VASP. Entre tanto, el Supremo Tribunal Federal de Brasil ordenaba a la Policía reabrir la investigación sobre presuntas irregularidades en la privatización de VASP—antes compañía del Estado de São Paulo—, por la que se había pedido el procesamiento del gobernador estatal, de dos ministros y del entonces presidente del Banco de Brasil («El Sindicato de PLUNA se opone a que se adjudique a VASP el control del ente pero acepta que se asocie con otras empresas», en *Búsqueda*, 11 de noviembre de 1993; p. 18. «No se aceptó a VASP como socio de PLUNA, en *Búsqueda*, 18 de noviembre de 1993; p. 1).

Los medios de comunicación contribuyen a forjar, por un lado, la imagen de que Brasil es un país de economía pujante, un país con peso mundial; pero por el otro, es un gigante con pies de barro, un aliado económico inseguro. Lo interesante es que esta visión encuentra representantes tanto entre los sindicalistas, tradicionalmente reacios a aceptar el capital extranjero, como en los sectores empresariales.

Los uruguayos parecen sentir admiración hacia la colosal dimensión de todos los fenómenos de la vida brasileña. Quizá haya una fascinación acompañada de cierto temor ante la escala macro que adquieren esos fenómenos, pero no se generan perceptiblemente actitudes adversas. Frente al gigantismo brasileño los uruguayos tienen la reacción de reírse de las pretensiones de enormidad insuperable que exhiben los naturales de aquel país y de allí es que hacen bromas que ridiculizan el uso recurrente de expresiones como *o mais grande do mundo*. Curiosamente, el gigantismo no es vivido como una amenaza y sólo despierta una sonrisa. No se experimenta una sensación de peligro ante el riesgo de un impulso expansivo del país vecino del que la historia señala una tendencia persistente, no sólo respecto a Uruguay sino a todos los otros vecinos. Pero la consideración uruguaya de Brasil y su gente parece no pasar por la historia. Es como si la estimación de las cualidades vitales de la población vecina neutralizara un sentimiento de hostilidad y defensa. Seguramente, sería muy arriesgado afirmar que en un pliegue interior de los uruguayos exista una inconfesada aspiración de ser como los brasileños o de disfrutar de los beneficios que aportaría una incorporación a aquel país. Ese deseo soterrado conviviría con el temor a los desequilibrios que acarrea el gigantismo.

Paraguay y los paraguayos. Paraguay es un país sobre el que recae un silencio informativo en los medios de comunicación uruguayos. Las menciones que se realizan son infrecuentes y mínimas, no evidencian pertenecer a un país con el que existe proximidad geográfica y comunidad de intereses. La común participación

en el MERCOSUR apenas ha habilitado la circulación de información de carácter comercial y/o directamente vinculada a las negociaciones del proceso de integración entre los cuatro países. No se denota el despertar de un interés por la realidad de un país que forma parte de un mismo esquema de ajuste de políticas regionales. No nace una indagación por el detalle de los aspectos políticos, sociales, culturales de ese país. Una sumaria comparación con la prensa argentina y brasileña, donde sí se encuentra una cobertura particularizada de la situación paraguaya, así como una similar exploración en la prensa paraguaya, que revela un simétrico desinterés por Uruguay, recuerda la débil existencia de intercambio comercial que aunada a la carencia de fronteras comunes, explica la mutua ignorancia de ambos países.

Sin embargo, Uruguay y Paraguay comparten tendencias geopolíticas desde el momento en que ambos son pequeños países espacialmente interpuestos entre los mayores Estados sudamericanos y en consecuencia sujetos a su constante influencia. Esa situación que nació en la época colonial, se tradujo en la simultánea o alternada atracción de Buenos Aires y/o Río de Janeiro; a veces, sufrida bajo la forma de cruentas invasiones, otras veces, buscada para que con la intromisión de uno y otro, se neutralizaran ambas. Esta situación análoga también contempla diferencias. Mientras Uruguay, abierto al mar, recibe de él influencias de todo tipo y ventajas muy precisas y las naciones europeas garantizaron su existencia ante los avances de los vecinos; Paraguay, mediterráneo, desarrolla una sociedad mestiza refractaria a la influencia europea, las naciones europeas ven en ella un peligroso ejemplo continental y promueven la intervención de sus vecinos. Ante los ojos uruguayos, Paraguay es una sociedad extraña, desconocida y no atrayente.

1. El continuismo o el tiempo detenido. El tratamiento periodístico de los acontecimientos políticos paraguayos es relegado a secciones marginales de las publicaciones (columnas donde se resumen despachos); las noticias casi generalmente no están acompañadas de fotografías. En la televisión la ausencia es mayor cuando en ocasión de la comparecencia de los presidentes del MERCOSUR a la asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa en Bariloche, el presidente Wasmosy apenas fue mencionado y se lo mostró hablando pero no se reprodujo su voz, ni se comentaron sus conceptos.

El aspecto de la política paraguaya que surge más claramente de la muestra son las supervivencias que ha dejado la prolongada dictadura stronista y las peculiaridades de su desmantelamiento.

Ante la prueba de sus cien primeros días de gobierno, la presidencia del ingeniero Wasmosy es catalogada como un «continuismo». El juicio es categórico en el caso del análisis de un corresponsal en Asunción de una publicación de izquierda, como es la nota de media página de José Antonio Viera. Este afirma que a cien días de asumir el gobierno, evalúa sus «rasgos nuevos y las raíces continuistas». El título alude a la falta de liderazgo causada por la imposición del Presidente por parte del ejército y de un pequeño núcleo empresarial. Pero una visión coincidente la aporta el despacho de una agencia internacional («Transición paraguaya. Sin rumbo ni timón», en *Brecha*, 26 de noviembre de 1993; p. 30. «Altibajos en los primeros cien días de Juan Carlos Wasmosy» (AFP), en *La República*, 24 de noviembre de 1993; p. 18).

Más datos aparecidos en la prensa confirman que en Paraguay los rasgos estructurales de lo que fue el régimen stronista subsisten inmodificados. Un breve cable de AFP informa sobre el veto presidencial a la ley que desafilaba automáticamente a los militares y policías del Partido Colorado progubernamental («Veto de Wasmosy», en *En pocas palabras, La República*, 17 de noviembre de 1993; p. 19). Otro cable da cuenta de un serio enfrentamiento diplomático con Estados Unidos («En altas esferas se protege a los hampones» dice el embajador Glassman) que pone al descubierto tanto la abierta injerencia de aquel país como la permanencia de un sólido poderío de parte de las fuerzas armadas («Remoción de militares provoca enfrentamiento diplomático entre gobierno paraguay y EEUU», cable de UPI en *La República*, 25 de noviembre de 1993; p. 18). Otro cable recuerda la gravitación que también posee la Iglesia católica —situación similar a casi toda América Latina pero no en Uruguay, país laicizado desde años atrás por lo que el dato sorprende al lector— aunque ello no se traduzca en un cambio profundo de la sociedad («Obispos paraguayos denuncian corrupción generalizada», cable de ANSA desde Asunción, en *La República*, 11 de noviembre de 1993, p. 19).

La cobertura de la realidad esbozada aparece plena de trazos provenientes del pasado. La arena política paraguaya muestra unos actores tradicionales que remiten claramente a etapas pretéritas en el resto del subcontinente. Unas fuerzas Armadas siempre activas que evidencian haber retenido mayor poderío que ninguna otra de sus similares en la región. El Partido Colorado permanece en el poder. La embajada de Estados Unidos también siempre diligente.

La información referente a las supervivencias del pasado, si bien brinda datos tan escuetos que no permiten albergar la expectativa de la novedad, confirman al lector uruguayo la sensación de arcaísmo de la sociedad paraguaya y su ausencia de sólidas prácticas democráticas. El juicio de «continuismo» emergente del retrato periodístico del gobierno de este país, se conecta con la noción de un tiempo detenido y de un sistema político que parece ser el que menos empatía con los caracteres de sus vecinos.

2. Economía e integración. La situación económica paraguaya es retratada con la misma escasez que la realidad política. Por consiguiente, un solitario cable de EFE enviado desde Asunción brinda un ejemplo de las dificultades económicas que atraviesa el gobierno. En él se difunden las declaraciones del ministro de Hacienda advirtiendo sobre el riesgo de que los organismos financieros internacionales bloqueen fondos a este país si aumenta el presupuesto de gastos de 1994. Otros pocos despachos cablegráficos ilustran la relación económica de Paraguay con Brasil (Un grupo automotriz [sic] brasileño fabricará en Paraguay en breve», en *El País*, 2 de diciembre de 1993, en *Indicadores de Mercado*).

Algo característico de la información económica es que raramente se refiere exclusivamente a ese país, sino que más bien se trata de datos en los que se vinculan las particularidades de Paraguay con las de sus vecinos, especialmente en relación con la política integracionista del MERCOSUR. Como esta temática será abordada en un capítulo aparte de este trabajo, ahora apenas se anotan unos pocos aspectos.

La información relevada da cuenta de las presiones que sufre Paraguay de parte de sus dos poderosos vecinos. En declaraciones a *La República*, el ministro de Integración paraguayo denunció que medidas argentinas como la tasa estadística eran «actitudes amorales» en relación con el discurso de integración («Según ministro de Integración paraguayo, Rubén Fadlala, la falta de coordinación macroeconómica es el mayor problema para integrarse», en *La República*, 17 de noviembre de 1993; p. 29). Esta situación conlleva un inevitable acercamiento y ajuste de su diplomacia con Uruguay, que es su aliado para contrarrestar el influjo de Brasil y Argentina.

Hacia fin de año, una asamblea de la Cámara de Industrias del Uruguay anunció que esta entidad y la Unión de Exportadores del Paraguay solicitarían a sus similares de Brasil y Argentina que pidieran a sus gobiernos una postergación de los plazos para la entrada en vigencia del MERCOSUR (en «Subrayado», 21 de diciembre de 1993). También se anunció una ronda de negocios ente empresas de ambos países («Uruguayos y paraguayos negociarán en ALADI», en *El País*, 25 de noviembre de 1993, en *Indicadores de Mercado*).

3. En el deporte Paraguay cuenta. Curiosamente, cuando se llega a los espacios deportivos de los medios de comunicación se descubre que cesa la veda informativa respecto a Paraguay.

Una interpretación podría consistir en que en ese terreno este país se destaca en especial; la tesis podría apoyarse en el hecho de que en fútbol, la principal actividad cubierta por las secciones deportivas, los equipos paraguayos han tendido a sobresalir tradicionalmente, y que, con mucha frecuencia, se enfrentan a los uruguayos para quienes son rivales de consideración. Sin embargo, la relevancia de otros deportes, como una nota entera sobre competencias de golf u otra sobre pádel, sugieren que esto no es tan así («De Asunción a Montevideo», en *Búsqueda*, 18 de noviembre de 1993; p. 55. «Pádel: Argentina y Paraguay hoy en Panamericano Seven Up», en *El País*, 2 de diciembre de 1993; p. 32).

Por otra parte, el análisis comparativo con la información deportiva proveniente de los otros tres países revela que en este campo se actúa con una lógica diferente de los otros. El deporte, especialmente el fútbol, interesa de por sí y cualquier información originada en cualquier sitio que cuente medianamente en las contiendas internacionales será transmitida como valiosa para el público seguidor del tema.

Imagen de los países vecinos y la identidad uruguaya en los manuales escolares

Los manuales escolares en la formación de un imaginario. Todo texto demanda y construye un lector ideal, una finalidad de lectura y unas condiciones concretas de ser leído (Chartier, 1993; Sarlo, 1985) y lo que Lejeune (1975 y 1980) llama un contrato de lectura, o sea, una forma especial de leer dicho texto en la que el mensaje es interpretado de acuerdo a las reglas de un género determinado.

Los manuales escolares postulan una determinada práctica de lectura, un uso que está altamente codificado. Su lector ideal son los niños en edad escolar que

asisten al curso correspondiente. La realización de la lectura es preponderantemente domiciliaria sirviendo para el acopio informativo y en menor medida –y eso depende de la estructura del manual y de las directivas del maestro– para la realización de ejercicios. Aunque se pueden dar otras finalidades, otras condiciones materiales de ser leídos por cualquier tipo de lector, el uso y el usuario antes señalados están precisamente marcados.

También el maestro está implicado como lector a quien se dirige el manual, siendo quien los prescribe como compilación de textos de lectura necesaria y a veces, obligatoria. Por eso los prólogos de los manuales casi siempre se destinan a los maestros, donde además de explicarles características del libro, se les propone una forma determinada de usarlo. Para la enseñanza de determinadas asignaturas o áreas del *currículum* escolar, como lo son Historia, Geografía y en menor medida Ciencias Sociales y Lenguaje, a partir de los tres últimos años escolares, existe la tendencia entre los maestros de desarrollar una modalidad educativa que tiene en el manual la principal fuente de conocimiento para los niños. De ese modo, se efectúa una enseñanza eminentemente libresco que desplaza otras modalidades de conocimiento como son la observación y la experimentación, que en los primeros años escolares eran hegemónicas.

A menudo los maestros toman el manual como el depósito documental que contiene la norma de los conocimientos a transmitir en un área específica, el conjunto de datos que deben ser conocidos, los temas que deben ser considerados y el orden en que deben ser impartidos. En algunos casos, esa forma de proceder da lugar a un acatamiento estricto a lo que el manual plantea; el texto es sacralizado, se repite y comenta de modo casi ritual, no se critica ni se incluyen otras fuentes de información y conocimiento.

En muchos casos, el manual actúa como guía del curso en las áreas mencionadas y como texto básico y homogeneizador de las informaciones. El manual único impide o al menos limita la existencia de textos diversos. El uso textual que origina entonces, es la lectura memorística de la información escrita –con escasa o nula atención a la parte gráfica– que se produce a domicilio y que en el aula se repite oralmente y/o se reescribe bajo la modalidad de esquemas o resúmenes. Esa práctica de lectura hace que las propuestas del manual tiendan a sustituir las directivas más o menos difusas que dan los planes escolares, o en otro sentido, se puede decir que las vienen a materializar. Es posible entonces, que se aprecie una diferencia entre el plan y el manual, vale decir en lo planificado y prescrito por las autoridades de la enseñanza y lo que efectivamente se propone a los niños. Pero a su vez, también es cierto que es posible notar una variación entre la propuesta de los manuales y el uso efectivo que se hace de ellos.

Los libros aquí analizados constituyen de lejos los verdaderos *best sellers* del mercado editorial uruguayo. Sus ediciones anuales de numerosa tirada hacen que sean mucho más leídos que la más prestigiosa obra literaria que circule en el país. Esto significa que la importancia de la información aportada por un manual escolar no es despreciable como vía de formación –o más bien de nutrición– de un imaginario.

Pero tampoco se puede aceptar que la información de los manuales sea acepta-

da pasivamente por el niño desde el momento que tiene la posibilidad de comentarla, enriquecerla, controvertirla. Como se ha visto, de hecho hay un enorme espacio de flexibilidad que depende del uso que el maestro decida darle. Aun en el caso de que el lector actúe como un mero repetidor, dudoso será el trazo que deje el texto puesto que precisamente ese procedimiento por mecánico y artificial, se supone que cala menos hondo en sus ejecutantes.

Además, tanto para el trabajo en clase como en el hogar, existen otras fuentes de información y conocimiento y, generalmente, son los propios niños quienes las seleccionan.

Dentro de esos parámetros –de un lado, el respeto escrupuloso a la letra impresa; del otro, la flexibilización, la alteración de sus propuestas o bien, el pronto olvido de ellas–, actúa el mensaje textual de los manuales escolares para contribuir a conformar un imaginario²⁴.

1. La Geografía en los planes de enseñanza. A diferencia de una tradicional forma de enseñar la Geografía, el Programa de Educación Primaria para Escuelas Urbanas ha optado por evitar cuidadosamente el estudio por países aislados, excepto Uruguay en algunos casos. Los tres países vecinos resultan considerados al estudiarse la cuenca del Plata y en nueve regiones más: Amazonia, nordeste, Mato Grosso-Pantanal y Este atlántico, correspondientes a Brasil; Chaco, correspondiente a Paraguay y Argentina además de Bolivia; y la Pampa, Mesopotamia, Patagonia y Tierra de Fuego, que corresponden a Argentina.

Esta perspectiva, cuyos fundamentos no son expuestos, es evidente que no favorece la conciencia de la existencia de los países y de sus características específicas. Una perspectiva que aprecie los rasgos de un territorio acotado por determinados límites políticos facultará a comprender en su peculiaridad nacional ciertos procesos que en él se produzcan o se hayan producido. Como contrapartida, puesto que regiones y países nunca coinciden y que las características naturales y muchas veces sociales de una tierra no se modifican por haberse traspasado un mojón fronterizo, la visión adoptada tiene su lado ventajoso. Propicia la consideración de rasgos comunes, especialmente físicos y económicos entre territorios contiguos de Estados diferentes. Ejemplo de ello es el estudio de la Amazonia o de la cuenca platense.

2. El Uruguay aislado. El programa escolar de 4º año establece como objetivo de la enseñanza de la Geografía: «adquirir conocimiento integral de la realidad física, humana y económica del País, atendiendo al equilibrio ecológico». Respondiendo a esa directiva, el manual *Geografía Escolar 4* se concentra en Uruguay. Pero la exposición resulta en un esfuerzo por soslayar las fuerzas externas que influyen en el país o los lazos que éste tiene con el exterior. Así es como sólo a partir del capítulo 15 aparece la primera mención a países extranjeros: en concreto, los dos vecinos al exponerse los límites de Uruguay.

24. Los siguientes manuales fueron elegidos en función de ser los más ampliamente usados en la escuela: Di Lorenzo: *Geografía Escolar 4*, (s/f); *Geografía Escolar 5*, (1990); y *Geografía Escolar 6*, (1993). Amejeiras/Siniscalco: *Aprendiendo Historia. 4º año escolar* (s/f); y *Aprendiendo Historia. 6º año escolar* (s/f). Schurmann Pacheco/Coolighan Sanguinetti: *Mi libro de Historia Escolar (Desde la época indígena hasta 1828)* (4º y 5º años) (1989). VVAA: *Ciencias Sociales 6* (1993).

El capítulo siguiente detalla los tratados de límites con Argentina y con Brasil. Más adelante, en el capítulo destinado al río Uruguay, hay variada información sobre la represa de Salto Grande, pero no se señala el carácter argentino-uruguayo del complejo hidroeléctrico. Aunque sí se apunta ese carácter en los puentes de Paysandú-Colón y Fray Bentos-Puerto Unzué. El estudio del Río de la Plata no es objeto de ningún comentario sobre Argentina. Mientras que en el capítulo sobre la laguna Merín se anota que es compartida por Brasil y Uruguay.

El capítulo destinado al turismo señala que la mayoría de los turistas provienen de Argentina, que tienen el acceso facilitado por los puentes sobre el río Uruguay. Se agrega que también concurren numerosos brasileños y paraguayos y de otras naciones. Un cuadro estadístico informa sobre el ingreso anual de turistas, aunque no precisa el año.

Finalmente, en el capítulo titulado «El Uruguay y el mundo», para dar la ubicación del país se dice que «está situado junto a dos vastos países sudamericanos: la República Federativa del Brasil y la República Argentina».

3. Los países vecinos y su espacio geográfico. La *Geografía Escolar 5* incurre en simplificaciones como la de identificar a una región como representativa de todo el espacio de un país; tal es el caso de Paraguay que es reducido al Chaco. O la de concentrar una región en un solo país, como en el caso de los Andes del Sur que no se consideran que comprendan también a la Argentina.

El propósito de buscar los nexos entre los países fracasa al considerar a Uruguay al que preferentemente se estudia por separado. Parecería como si hubiera una barrera mental que impidiera cumplir integralmente el propósito por más que éste se trace conscientemente. Así es como a pesar de que en *Geografía Escolar 5* se destinan varios capítulos a estudiar la cuenca del Plata, más adelante, al proceder a tratar la regiones geográficas del continente, Uruguay está omitido y en ningún sitio se vincula su espacio con las llanuras de sus dos países vecinos. El libro de 6° salva el error al vincular las tierras templadas de Uruguay con la Pampa argentina y con las praderas de América del Norte.

Pese a ser una zona bioclimática compartida por varios países americanos, la Amazonia es pintada como una zona eminentemente brasileña: «esta extensa región (...) se ubica en el Brasil, también se extiende por otros países americanos. ¿Cuáles son?». Respecto de la conflictiva situación social que allí existe, el manual vuelca información que da relativa cuenta de ella. Al referirse a sus habitantes, recalca que los indígenas han sido diezmados por el contacto con el hombre blanco, y agrega que recientemente han protestado contra el tratamiento que reciben ellos y la selva. No obstante, con absoluto tono neutro describe la apropiación del suelo: «se ha preferido entregar vastas extensiones a grandes empresas nacionales y extranjeras para que las exploten en gran escala, en proyectos agropecuarios y en la explotación maderera y minera». La depredación ecológica de la zona es descrita detalladamente, aunque no se señalan los intereses humanos que hay detrás de las actividades que la provocan.

De la zona del nordeste brasileño se describen sus dos paisajes: el litoral y el sertón. Del primero se destaca la población negra responsable de la supervivencia de la cultura africana que convierte a la región en una zona «de gran atracción

turística», y se pintan las ciudades de Salvador y Recife. De la otra región se describen sus atributos físicos y la vida del «sertanejo». En las lecturas de fin del capítulo, un texto de Euclides Da Cunha ilustra este último aspecto. Un espacio especial es dedicado al «problema del agua».

La zona del Mato Grosso tiene uno de sus centros en la vida de los grupos de indígenas. De la reserva de Xingún se dice: «esta experiencia ha chocado con muchas dificultades». La ciudad de Brasilia no recibe mayor atención que la de una escueta mención de su ubicación y una foto de la Plaza de los Tres Poderes. También una foto muestra la «labor paciente y penosa» de los *garimpeiros*, pero no se hace mención del daño ambiental que ocasionan ni de los conflictos sociales de los que ellos son agentes. Por otro lado, se da una atención detallada al Pantanal.

El Este atlántico de Brasil es presentado como «la región más poblada y rica de este país». En consecuencia, se describe la pujanza de sus ciudades, en especial de São Paulo y las numerosas actividades industriales, agrícolas, ganaderas y mineras.

Argentina, al margen de ser escuetamente mencionada su presencia en la región chaqueña, se comienza a estudiar a partir de la Pampa. Esta región es presentada en dos subzonas: la Pampa húmeda y la Pampa seca. De la primera se destaca la actividad agrícola-ganadera y la importancia de la ciudad de Buenos Aires, de la que se ha elegido una imagen portuaria para ilustrar ese texto. De la Pampa seca se subraya la escasez de agua. Como un territorio anexo a la Pampa, se estudia la Mesopotamia, de la que se dice que tiene «un paisaje parecido al de nuestro campo».

A continuación, se estudia la región patagónica. No se dan detalles de los Andes patagónicos porque se dice que han sido tratados al hablar de los Andes del Sur respecto de Chile; entonces no se explica por qué en ese lugar no se hace mención a que es una región compartida por ambos países. De la meseta patagónica se hace hincapié en la explotación de la ganadería ovina.

4. El pasado histórico: aparición y mutis por el foro de los vecinos. El Programa de Educación Primaria para Escuelas Urbanas para 6° año en el área de Historia no exige el estudio de otro país que no sea Uruguay. Esto significa que los países vecinos sólo son mencionados cuando se entiende que tienen una relación directa con los acontecimientos en Uruguay, p.e. en el proceso de lucha por la independencia y en los años inmediatamente posteriores. No obstante, esto no significa que Uruguay haya dejado de tener vínculos y hasta una comunidad de circunstancias e intereses con sus vecinos, que justifiquen la ignorancia absoluta de la evolución posterior de esos países. Aun la existencia de diferencias reclama un estudio comparativo, si es que se pretende entenderlas. Tal como se plantea el programa escolar, Brasil, Paraguay y Argentina son actores que sumidos en las sombras aparecen en las primeras escenas y luego abandonan a Uruguay indiferentes a su suerte y ajenos a su peripecia.

5. Los tiempos coloniales: un «Uruguay» antes de serlo. El estudio de la época colonial en *Aprendiendo Historia 4* revela una escasa atención a la influencia de los territorios vecinos en la Banda Oriental. La llegada portuguesa y la evolución de la colonización de esa región está completamente omitida. De esa forma, se

impide comprender el proceso de crecimiento territorial hecho en perjuicio de las tierras ayer españolas que hoy son repúblicas hispanoamericanas. Los portugueses sólo son mencionados cuando su acción se refiere a la Banda Oriental, como lo son las incursiones de los *bandeirantes* y la fundación de Colonia do Sacramento. Igual perspectiva rige la consideración de los territorios españoles, vale decir, Paraguay y Buenos Aires, escasamente mencionados al plantear la colonización del Río de la Plata a los efectos de centrar la atención en la Banda Oriental y Montevideo.

Parecería como si nuestro territorio hubiera tenido una vinculación exclusiva con España y no hubiera estado sujeto a las mismas circunstancias que la región aledaña, ni hubiera recibido de ella un influjo tal vez mayor que el directo de su metrópoli. No se tiene en cuenta así, que el territorio en donde después se construyó un Estado independiente formaba parte en los tiempos coloniales de una unidad administrativa mayor dependiente de Asunción al principio y de Buenos Aires, inmediatamente después.

6. «La época libertadora»: un artiguismo descafeinado²⁵. Sorprende hallar que en una etapa crucial de esta comunidad como lo es el inicio de las luchas por la independencia, surja una pintura tan desleída de los vecinos. Respecto a este período, es extrema la cautela empleada por los manuales de enseñanza escolar para no suscitar polémicas fácilmente vinculadas a la situación.

Como es sabido, a partir del movimiento revolucionario de 1811, acaudillado por Artigas, la Banda Oriental se vio sometida a una intensa presión de los poderes contiguos que invadieron su territorio y se trenzaron en guerra a veces entre sí, pero siempre contra los orientales. El movimiento social artiguista finalizará derrotado en 1820 por la acción conjunta de Brasil y de Buenos Aires para los que constituía un verdadero peligro por sus postulados independentistas, republicanos y federales en el plano político y la justicia en el terreno socioeconómico.

El manual de Schurmann y Coolighan presenta los acontecimientos de un modo escueto en que no sólo no aparecen adjetivaciones, sino que tampoco se remarca la acción de los poderes vecinos. Así la invasión portuguesa (brasileña) de 1811 —aunque se habla de la «amenaza portuguesa»— se la menciona luego eufemísticamente como una «intervención». Cuando se alude al episodio en donde el porteño Sarrautea en 1812 concurre al campamento oriental del Ayuí y obtiene la deserción de varios jefes, se habla de «intrigas» sin señalar que entre ellas se tramó el asesinato de Artigas. Cuando se analiza el Congreso de Tres Cruces en el cual Artigas propone la aceptación condicionada de las autoridades de Buenos Aires, no se explican los motivos, y tampoco en el análisis de las Instrucciones del Año XIII se explica cuánto chocaban con los intereses de la facción gobernante porteña y cómo ello generó la ruptura final con Buenos Aires. Se consigna que Artigas es declarado enemigo de la patria y se pone precio a su cabeza a causa de haber abandonado el sitio de Montevideo pero no se exponen las causas profundas que lo separaban del gobierno porteño. Tampoco se anotan los intereses comunes entre los orientales y las otras provincias argentinas con las que se plasma la Liga

25. El análisis del período 1811-1820 está basado en Schurmann Pacheco/Coolighan Sanguinetti, 1989.

Federal. Apenas se ilustra con un mapa en donde la Provincia Oriental aparece unida políticamente a actuales territorios argentinos y brasileños, quizá alimentando las fantasías uruguayas de poseer un territorio mayor y remontar imaginariamente su desigual relación territorial con sus vecinos. Sí, en cambio se explican los motivos de la invasión portuguesa (brasileña) de 1816. Pero no se aclaran los motivos de la defección de los caudillos de las provincias de la Liga Federal.

En definitiva, no se expone verdaderamente contra quién se alzó el movimiento revolucionario acaudillado por Artigas. No se precisan quiénes fueron sus enemigos (los por él llamados «malos europeos y peores americanos»); queda la sensación que se trató sólo de un movimiento independentista contra España, pero no se explica la resistencia que levantó en la región cuando fue claro que sus metas eran más lejanas. Al no saberse quiénes son los enemigos, no se entienden los motivos de las tradiciones ni las causas de la derrota. El artiguismo aparece limado en sus aristas más filosas, en una visión que lo reduce a un problema ya liquidado en el pasado. Ver las cosas así, habilita a pensar que dado que finalmente la independencia se obtuvo, el ideario artiguista se realizó en plenitud. No obstante, los problemas de justicia social planteados por Artigas en su revolución agraria y de respeto a la «autonomía de los pueblos» tienen vigencia por irresueltos en el interior de Uruguay y en su relacionamiento con los territorios linderos.

7. Brasil y Argentina contemporáneos. Pese a que el programa de Historia de 6º no lo demanda, el libro *Ciencias Sociales 6* aborda aspectos de los países latinoamericanos en el siglo XX. Al igual que con respecto al más lejano pasado histórico, la forma como este libro presenta los fenómenos contemporáneos de América Latina se caracteriza por adoptar un tono crítico a la realidad del subcontinente, haciendo particular hincapié en las condiciones de atraso económico, pobreza y daño ecológico. En la ejemplificación de esos problemas surgen con abundancia situaciones producidas en los países vecinos, especialmente en Brasil.

En un capítulo especial referido a dos ciudades latinoamericanas, se presenta a Caracas y São Paulo. El texto referente a la ciudad brasileña está acompañado por varias fotos, una enorme (18x21) panorámica a color del centro, un niño negro jugando, la compra-venta callejera de oro, una perspectiva de la Avenida Paulista en 1910 y un recuadro con el texto en portugués de la canción «Sampa» compuesta por Caetano Veloso en homenaje a la ciudad. En el texto de presentación se dice: «Todo novísimo, modernísimo, altísimo, pobladísimo, riquísimo, miserabilísimo. El sueño de 'o-mais grande do mundo' no es un invento carioca. Es una aspiración de los paulistas (...) Esa ciudad en la que los ejecutivos viajan en helicópteros y en la que los pobres pierden su vivienda (o su vida) cada vez que llueve y el barro de los morros forma aludes y arrasa las favelas (...) Cuando alguien se imagina los atributos de una ciudad latinoamericana moderna está imaginando São Paulo, São Paulo es la Nueva York de América Latina».

El capítulo 24, «Agenda de América Latina», presenta una serie de los principales problemas que desafían al subcontinente. Cada uno de ellos está planteado a partir de una ilustración que representa un fenómeno que se analiza como general a América Latina. De ese modo, hay elegidos materiales informativos sobre Brasil y Argentina que funcionan como una ilustración emblemática de los problemas

del subcontinente. Así, en una gran foto en blanco y negro de una favela en Río de Janeiro se desarrolla brevemente el problema de los asentamientos marginales de vivienda en las ciudades. Una visita aérea del río Amazonas sirve para formular el tema de la deforestación de las selvas. El tema del cólera en el subcontinente es presentado a través de extractos de los diarios argentinos *Clarín* y *Página 12*; el hecho denota la importancia concedida a estos medios que son privilegiados como fuente de información. Finalmente, un cable de EFE cuyo titular destacado en color es «Cólera en Argentina: la tasa de mortalidad más alta del Mundo», debe ser leído en el contexto de que Uruguay, a través de la propaganda oficial, se precia de ser el único país de América Latina que no ha sufrido la enfermedad, y de las connotaciones de atraso económico que esta enfermedad suscita en el imaginario latinoamericano y mundial.

Un elemento subrayado en la presentación del capítulo 21 sobre la historia de Brasil es el carácter variado y mestizo de su población. Sin embargo, este tema no se desarrolla luego, excepto en la afirmación de que Getulio Vargas impulsó la concepción de que el brasileño era resultante de la fusión de las razas negra, indígena y blanca.

En el capítulo 24 ya mencionado, la foto de un desfile de un grupo «afro» en Salvador se convierte en representativa del problema de la búsqueda de una autenticidad en la expresión de la identidad cultural latinoamericana, que rechazando las influencias europeas reivindica sus raíces indígenas y africanas.

Por su parte, el carnaval es destacado como un fundamental elemento vertebral de la sociedad brasileña: juega un importante papel en la integración social y en la identidad cultural de este país. Lo que se ejemplifica afirmándose que sus conjuntos «aglutinan permanentemente a miles de personas que durante todo el año preparan (...) la fiesta».

8. Paraguay metódicamente ausente. En *Aprendiendo Historia 4*, al tratar el tema de las misiones jesuíticas como organizaciones sociales protectora, del indio, se habla de ellas en general sin precisar la gravitación que tuvieron sobre el Río de la Plata las Misiones Guaraníticas.

En el capítulo 27, *Ciencias Sociales 6* (Uruguay entre 1860 y 1890), se menciona tangencialmente —refiriéndose al ascenso político del ejército— la «guerra contra el Paraguay» en la que los militares uruguayos habían participado aliados a Brasil y Argentina. En cambio, en *Aprendiendo Historia 6* hay un tratamiento en detalle de la Guerra del Paraguay, que se remonta a los tiempos de Rodríguez de Francia y al peculiar adelanto de ese país alcanzado merced a su obstinado aislamiento; se mencionan los intereses de los comerciantes de Buenos Aires y Río de Janeiro y los capitalistas europeos; finalmente, en forma sucinta, se hace el desarrollo de la guerra y sus efectos. El tema es vuelto a plantear en un ejercicio práctico de evaluación de conocimientos en el que se exige recordar quiénes participaron en la guerra y cuáles fueron sus causas.

9. El MERCOSUR y el comercio regional. Los manuales consultados son muy parcos respecto a dicho acuerdo, pero informan más minuciosamente sobre la ALADI, los convenios y transacciones y obras concretas. Seguramente esto es debido a que la fecha de edición es casi contemporánea de la asignatura del

Tratado de Asunción. De no ser esa la razón principal, estaría indicando la extrañeza y lejanía con que es observado el proceso de implementación de esta zona de libre comercio.

Es muy escueta la información que brinda *Geografía Escolar 6* sobre este tema; lo hace en el capítulo sobre organismos comerciales internacionales y a renglón seguido de tratar la ALADI, el CAUCE y el PEC. Además de dar la fecha del 31 de diciembre de 1994 para su conformación, dice en concreto del MERCOSUR que «...provocará grandes cambios en la región. Alcanzará a 180 millones de consumidores en una superficie aproximada de 12 millones de km². Actualmente se está en una etapa de transición y se están dando los primeros pasos para su aplicación».

En *Ciencias Sociales 6*, en un subtítulo dedicado a las perspectivas económicas de Uruguay, se encara el tema partiendo de la base de que ha sido estudiado en cursos anteriores. Se sostiene que «ese tratado implica una gran oportunidad para obtener el acceso a un mercado que el Uruguay, por su tamaño, no puede alcanzar». Luego es añadida la nota crítica: «Sin embargo, únicamente con un importante incremento de la inversión, que permita la incorporación de tecnología avanzada, será posible aprovechar las ventajas del tratado regional». El texto está ilustrado con un mapa de América del Sur con la superficie coloreada de los países signatarios del Tratado de Asunción, lo que refuerza la impresión de enormidad de superficie y población.

Por su parte, varias actividades son vistas como importantes empresas integracionistas entre los cuatro países. En particular, lo atinente a las vías de comunicación es pintado con tonos de entusiasmo futurista. En ese sentido, el puente Buenos Aires-Colonia es presentado como una resolución firmemente adoptada y no como una obra sujeta a estudio: «Su realización dará un gran impulso a las comunicaciones entre ambas orillas (...) Piensa en lo que esta obra significará durante la etapa de su construcción como fuente de trabajo para miles de personas y como movilización de recursos materiales y técnicos. Reflexiona también en todas las posibilidades y beneficios que brindará luego de finalizada». También la hidrovía Paraná-Paraguay en funcionamiento, es frecuentemente resaltada como vía de salida hacia el Atlántico para la producción paraguaya y boliviana.

También se ejemplifica minuciosamente sobre intercambios comerciales entre los cuatro países, especialmente a través de las lecturas de finales de capítulo. Allí se describe la exportación de café, arroz y ganado en pie uruguayo hacia Brasil; en otro lugar se menciona una exportación de quebracho paraguayo, y en los ejercicios se llama la atención sobre qué mercadería paraguaya se embarca por el puerto de Montevideo y se pregunta cuál es el motivo y la forma de llegar que tuvieron. Otra lectura describe el camino seguido por la soja paraguaya hasta embarcar en el puerto de Fray Bentos.

10. Uruguay y sus vecinos de cerca y de lejos. Tal como se ha planteado insistentemente en otras partes de este trabajo, la caracterización de las identidades nacionales se construye multilateralmente, basta definir a uno de los términos de un conjunto de naciones interrelacionadas para tener parcialmente trazadas las identidades de los otros. Esa definición parcial se hace por aproximación, porque la existencia de vínculos presupone analogías entre quienes están ligados y, una

definición que se hace por oposición, porque la identidad de una nación también se construye afirmando la diferencia, con la voluntad de ser aquello que no son los otros.

En consecuencia, todos los rasgos que se han predicado de los tres restantes países vecinos e integrantes del MERCOSUR habilitan a establecer proximidades y lejanías con Uruguay. Teniendo en cuenta que Brasil y Argentina son vastos conglomerados multiculturales, las analogías serán más firmes y nítidas al cotejar aquellas culturas locales más próximas a Uruguay —una franja de tierra que abarca a nuestro país al centro, a la Mesopotamia al Oeste y al Este, la parte de Río Grande del Sur más próxima del río Uruguay que del océano—. Y/o también las analogías podrán ser posibles en aquellas zonas en donde menos se haya sentido el peso de los centros metropolitanos.

Los manuales analizados se caracterizan, por lo general, por adoptar una actitud mesurada que evita presentarle al niño aspectos controvertidos. La escuela ha cumplido tradicionalmente la función de mostrar una sola versión de los hechos. La consideración de que la escasa edad del lector le impide comprender la complejidad de situaciones tensionantes, el respeto por las opiniones propias que provengan del hogar del alumno y, tal vez, un fondo de cautela y autocensura heredado de los años de dictadura, que hace eludir temas polémicos. Unido al hecho de que la edición de un libro es un negocio, máxime si es un manual escolar y, por ende, las editoriales no están dispuestas a arriesgar sus ganancias. Todo este conjunto de factores, y otros más, hacen de estos manuales unos textos bastante asépticos que impiden acceder a una conciencia de la dramática situación contemporánea del continente, así como del conflictivo relacionamiento entre los cuatro países de la región.

Presentar a Brasil y Argentina sólo como dos países poderosos, soslayando las disparidades sociales que albergan, no le rinde tributo a la verdad, y da la equívoca noción de asociar la potencia con el desarrollo. Tender un manto de olvido a las agresiones, intervenciones y anexiones que se produjeron en el pasado, en aras de una armónica vinculación presente, puede llevar a ignorar las expansivas tendencias de larga duración de los dos vecinos más poderosos. El desconocimiento de Paraguay puede estar basado en la ausencia de una contigüidad territorial y en la desemejanza cultural entre ambas naciones; no obstante, puede encubrir el desprecio uruguayo hacia una sociedad india y mestiza. El mutuo conocimiento de ambos países puede ayudar a descubrir la análoga situación de ser pequeños territorios rodeados de gigantes, y la clave para neutralizar sus intervenciones.

Teniendo presente lo ya señalado respecto a la gravitación de los manuales escolares en la conformación de un imaginario, hasta que no se vayan ajustando a una progresiva conciencia de la necesidad de la integración regional el vacío deberá ser llenado por las propuestas complementarias del maestro.

Tres espejos enfrentados

Un imprescindible juego de espejos enfrentados es fundamental para captar por completo la imagen propia y la de los ajenos y poseer la percepción que los vecinos

de Uruguay hacen del país y de su gente. No obstante, el primer espejo es una vez más los uruguayos viéndose a sí mismos. En un recuadro titulado «Uruguay por uruguayos», del libro *Ciencias Sociales 6*, se pone una lista de afirmaciones surgidas del sentido común que definen al país: «la garra charrúa», «una nación abierta a todos los pueblos del mundo a los que ha integrado totalmente», «Como el Uruguay no hay», «Algunos tienen suerte, otros nacen en Uruguay», y a su gente: «los uruguayos somos grises y sin color», «como el tango: tristes y melancólicos». La presencia de definiciones de esta suerte en un manual escolar sugiere tal generalización en el uso de las mis-mas que resultan reconocibles por los niños.

No es difícil encontrar indirectamente en esta lista aproximaciones a la forma de ser de los vecinos, esos «otros» cercanos. Y hasta se pudiera levantar un discurso uruguayo que intentara construir un *identikit* nacional demarcando la frontera entre «ellos» y «nosotros» tomando como eje esas definiciones aportadas por el manual. Sin importar el ajuste con la verdad o con la realidad que tengan las afirmaciones correspondientes a unos y otros. Y de ese modo se podría escuchar una voz que dijera: «Ellos, claro está, no tienen garra charrúa porque antiguamente, en épocas en que la prosperidad era pareja en el Cono Sur, la superioridad uruguaya se ponía de manifiesto derrotándolos futbolísticamente. Pero aún hoy, tampoco tienen esa mezcla de viveza (criolla) y de capacidad de emprendimiento que son inherentes a nuestra famosa «garra». Ellos también podrán ser abiertos a todos los pueblos del mundo, pero nosotros no tenemos los «problemas raciales» que ellos tienen. Podrá haber otros países como ellos y todavía mejores, pero el nuestro es irreplicable. Irreplicable e insuperable hasta en la desgracia [agregará la variante juvenil del discurso que estamos ensayando]. En fin, ellos tienen la suerte de no nacer en Uruguay. Ellos son gritones, agrandados, soberbios, coloridos, alegres. Nosotros no, hemos descubiertos que somos distintos. Compartiremos el tango, pero nosotros somos los más tristes entre los tristes».

Es un discurso que se puede descubrir enunciado por diversos sectores sociales. Se trata de un discurso que procura compensar los puntos débiles y el desánimo nacional, asumiéndose sin ruborizarse tal cual como se cree ser. Sin embargo, la torturada visión que los uruguayos tienen de sí mismos se verá contrastada con otras dos visiones.

El segundo espejo son los argentinos viendo a los uruguayos.

Los versos de Jorge Luis Borges cristalizan una visión de los uruguayos muy extendida en Buenos Aires; es una mirada paternalista que festeja las virtudes de un pueblo apreciado. Una perspectiva coincidente es la que trasluce un texto de Florencio Escardó²⁶, médico y escritor argentino que escribió un artículo titulado «El amigo oriental», aparecido en *La Nación* de Buenos Aires bajo el seudónimo «Piolín de Macramé»: «Todo porteño que se precie tiene un amigo oriental. (Claro es que todo porteño se precia. En mayor o menor grado). Digo oriental y no uruguayo. Que es igual pero no es lo mismo. Oriental es más suave. Más cariñoso. Los orientales son los únicos provincianos que no nos parecen provincianos. Tal vez porque no tienen dejo ni tonada. Y porque no son provincianos. Y hablan un

26. El artículo fue reproducido por *El Observador Económico* de Montevideo.

castellano menos corrompido que el nuestro. Los orientales son gente única. Que toman mate caminando por la calle. De modo que no sabemos si pasean. O si toman mate. Creo que ellos mismos no lo saben. Pero nos cae de un exotismo natural. Montevideo es la vereda de enfrente de Buenos Aires. Y tiene una bahía que ya la quisiéramos (...) Las montevidéanas tienen lindas piernas. En general de subir las calles en cuesta (...) Punta del Este es un enclave argentino. Que nunca se nos ha ocurrido reivindicar. Porque no tenemos marines. Y le decimos Punta para sentirla más cerca. Al fin y al cabo la Banda Oriental es la patria de nacimiento de Florencio Sánchez, de Yamandú Rodríguez, de Francisco Canaro y de no sé cuántos porteños auténticos. Carlos Mareco. Y China Zorrilla. Y a lo mejor Gardel. Según dicen. Y es que estamos tan misturados. Y nos gusta».

El texto desborda una visión positiva de los uruguayos, acumulando virtudes de lo más heterogéneas: la calidad de su castellano, su «exotismo natural», las bellezas naturales (la mención a la bahía no es superflua habida cuenta de la «llamada lucha de puertos» desde los tiempos de la dominación hispánica) y las femeninas. Virtudes de un pueblo certificadas finalmente por una lista de hijos destacados que llegaron a ser «porteños auténticos».

Enaltecer a los uruguayos sirve, de paso, para resaltar las virtudes del porteño. Aun su egolatría, al admitírsela con tanta franqueza, se convierte en un mérito. El porteño quiere a los uruguayos, los trata con suavidad y cariño. Pero esta visión argentina denota rasgos subvalorizadores del «amigo oriental», de quien se da la impresión de ser tratado como un menor de edad. La admiración por las piernas de las montevidéanas ilustra como del paternalismo se desliza hacia un machismo sin rubores.

El apelativo «oriental» también encubre una denominación que corresponde con una situación política en que Buenos Aires aún era la metrópoli de este territorio que se designaba como la «Banda Oriental». Se afirma que Uruguay es y no es una provincia argentina; no lo es, en cuanto a su estatuto jurídico internacional como nación independiente; pero lo es, si se considera la múltiple dependencia que la ata a su vecino. Y sus habitantes emigrados a Buenos Aires son unos provincianos de lujo, que no tienen acento ni tonada demasiado diferentes del porteño. Como sí lo tienen los que provienen de las otras provincias y países vecinos que, además, y esto preocupa más a los porteños, poseen rasgos físicos y culturales indígenas y un bajo nivel educativo. El inmigrante uruguayo en Buenos Aires es un «otro» muy parecido al porteño, que destaca de los otros más lejanos («cabecitas negras», «bolitas», «paraguas») por sus «ventajas» comparativas y sirve para marcar las distancias entre el porteño y ellos. Por eso es que están «tan misturados».

Un enfoque confluyente se descubre en las impresiones de un poeta brasileño venido al país a un encuentro de poesía y que consiste en el tercer espejo. «Gol de Uruguay» se llama el artículo publicado por Affonso de Romano de Sant'Anna en su habitual columna de *O Globo*. En la declaración de independencia uruguaya de 1825 «aparece acusación al gobierno de Portugal-Brasil, considerado en aquella época de autoritario y masacrador (...) Hoy uruguayos y brasileños viven a los besos y a los abrazos. Yo, por ejemplo los admiro inmensamente. Es un país con

tres millones y medio de escritores y poetas. Los analfabetos y aquellos que no les gusta leer huyeron para el Brasil». Curiosa relación entre dos pueblos que pasan de la masacre a los besos. Adviértase el hiperbólico reconocimiento de los desniveles socioculturales entre ambos países que parece denotar propósitos de captar la simpatía de los uruguayos. «Gol de Uruguay, digo yo al saber que la inflación allí, desde mucho tiempo atrás, está en pocos guarismos al mes. Paso por una casa de cambios (...) por primera vez vi el cruzeiro cotizado en una casa de cambio fuera de Brasil. ¡Y mire que he buscado! Pero la cotización era brava: 0,03. No sé qué es eso, pero fue reconfortante encontrar un país que acepta nuestra moneda» (*La República*, 14 de noviembre de 1993; p. 45).

Los dos enfoques son confluyentes en la imagen que proyectan; en ambos casos Uruguay y sus habitantes son sorpresivamente halagados por una visión valorizadora hecha por sus vecinos. A su vez, la acompañan de la admisión de algunas de las más reprobadas lacras de su país: el engreimiento de los argentinos y el atraso social de los brasileños.

Se podría dudar de la sinceridad de estas declaraciones, especialmente en lo que atañe a las muestras de humildad, al menos una típica reacción uruguaya así lo haría.

La prolongada desconfianza hacia los vecinos no se abate sencillamente. No obstante, considerando que ambos textos fueron dirigidos a lectores de su propio país y sólo posteriormente se difundieron en Uruguay, es preciso buscar otra explicación.

Se podría conjeturar que se trata de una admiración surgida de la comparación de la dimensión de las problemáticas sociales en una y otra realidad y en una fantástica añoranza de un menor tamaño y de menores niveles de deterioro. Pero también se puede pensar que esta explicación busca consolarse con los problemas de Uruguay y busca refundar la ya periclitada utopía del «pequeño país modelo»²⁷.

27. Antes de su segunda presidencia, José Batlle Ordóñez le confía a un asesor sus arrolladores planes reformistas diciendo que harán de Uruguay un «pequeño país modelo». La utopía batllista está asociada a la necesidad de afianzar la viabilidad del país amenazada por el gigantismo de los vecinos mediante la nivelación de las diferencias sociales.

Bibliografía

- Achúgar, Hugo (coord.) *Cultura MERCOSUR: políticas e industrias culturales*. Logos/Trilce/Fesur, 1991.
- Aguiar, C./Licandro, O. *Proyecciones de población uruguaya*. Fesur/Proyecto Uruguay 2000. Montevideo, 1989.
- Amejeiras, Mariela/Siniscalco, María C. *Aprendiendo Historia 4º año escolar*. Palacio del Libro. Montevideo, s/f.
- Amejeiras, Mariela/Siniscalco, María C. *Aprendiendo Historia 6º año escolar*. Palacio del Libro. Montevideo, s/f.
- Barros-Lémez, A. *Tv Montevideo: análisis global de programación*, julio de 1992, en *Temas de Comunicación* n° 1.
- Brecha* ediciones de noviembre y diciembre de 1993.
- Búsqueda* ediciones de noviembre y diciembre de 1993.
- Calderón, Fernando *América Latina: identidad y tiempos mixtos. O cómo tratar de pensar la modernidad sin dejar de ser indios*, en *David y Goliath* n° 52, septiembre de 1987.
- CEPAL/OIM *Uruguayos en Argentina y Brasil. Movimientos de población entre los países del Plata*. Montevideo, abril de 1991.
- Chartier, Roger *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Alianza Universidad. Madrid, 1993.
- Di Lorenzo, Santa *Geografía Escolar 6*. Palacio del Libro. Montevideo, s/f. [Texto ajustado al Programa para Escuelas Urbanas del Consejo de Educación Primaria, 1986].
- Di Lorenzo, Santa *Geografía Escolar 5*. Palacio del Libro. Montevideo, 1990.
- Di Lorenzo, Santa *Geografía Escolar 6*. Palacio del Libro. Montevideo, 1993.
- El Observador Económico* *El amigo oriental*. Montevideo.
- El País* ediciones de noviembre y diciembre de 1993.
- González Stephan, Beatriz *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Casa de las Américas. La Habana, 1987.
- La República* ediciones de noviembre y diciembre de 1993.
- Lejeune, Philippe *Le Pacte Autobiographique*. Ed. Du Seuil. Paris, 1975.
- Lejeune, Philippe *Je est un autre. L'autobiographie de la Littérature aux médias*. Ed. du Seuil. Paris, 1980.
- Marcha* ediciones de noviembre y diciembre de 1993.
- Martí, José *Nuestra América*.
- Portantiero, Juan Carlos *Las propuestas socialistas. Hoy y mañana*. Conferencia. Montevideo, 7 de octubre de 1993.
- Sarlo, Beatriz *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódicas en la Argentina (1917-1927)*. Catálogos. Buenos Aires, 1985.
- Schurmann Pacheco, Mauricio/Coolighan, María L. *Mi libro de Historia Escolar (Desde la época indígena hasta 1828) (4º y 5º años)*. Palacio del Libro. Montevideo, 1989.
- VVAA *Ciencias Sociales 6*. Santillana. Montevideo, 1993.

Construcciones de la información en la prensa argentina sobre el Tratado del MERCOSUR

Aníbal Ford
Stella M. Martini
Nora Mazziotti

El objetivo de este trabajo es explorar cómo contribuyen los periódicos a un proceso de integración, en este caso el que corresponde al MERCOSUR. Esto tanto en relación con la constitución de la opinión pública como con la del imaginario social, dos formaciones complejamente relacionadas¹.

Para esto analizamos no sólo la información que en los periódicos aparece rubricada como MERCOSUR sino todas las formas o unidades con las que los periódicos construyen información individual o particular sobre los países que componen el MERCOSUR, se ubiquen bajo esta rúbrica o no. Hay que distinguir el tema MERCOSUR, su reciente ingreso en la agenda de los diarios, de la información que éstos dan, o está instituida periodísticamente, sobre los países que lo componen. Brasil, por ejemplo, siempre ha tenido, al margen del MERCOSUR, un lugar importante en la agenda de los periódicos argentinos.

A pesar de que estas dos series tengan características temáticas y discursivas diferentes, como lo veremos más adelante, y de que se intersecten de manera precaria, debemos, dado el extremo economicismo de la información MERCOSUR, abarcarlas a ambas pues un proceso de integración exige tener en cuenta las genealogías y los cambios que se producen en prácticas sociales, políticas, culturales, etc., no sólo entre los países que componen el Tratado sino en el interior de cada uno de ellos. Y esta información, que aparece en los diarios y sirve de soporte a la noticia, no lo hace bajo el rubro MERCOSUR².

Hemos realizado un análisis en producción. Es decir, un análisis de textos específicos, en este caso, los diversos géneros, formatos y unidades de información que constituyen los periódicos. Sus conclusiones debieran ser complementadas con un análisis del imaginario y/o la opinión pública que la población tiene o elabora en torno a un proceso de integración tanto a partir de la información de los medios como de la comunicación directa, no «mass-mediada»; institucional-

1. Imaginario social y opinión pública son dos territorios que se intersectan de manera creciente en la cultura contemporánea. Esto lo hemos desarrollado en trabajos posteriores (Ford/Longo, en prensa; Martini, s/f.). Habría que tomar en cuenta, por otro lado, lo que registran las investigaciones sobre la no distinción entre *fiction* y *non-fiction* cuando analizan la formación de la opinión pública (p.e. Delli Carpini/Williams, 1994).

2. Si bien los procesos llamados o mal llamados de integración son «gatillados» por dinámicas económicas, a la larga se plantean problemas de otro tipo como es el caso de la CE. Aquí el MERCOSUR parece repetir más que aprovechar la experiencia de la CE. Por otra parte, el ingreso en instancias no económicas proviene de actividades estrechamente relacionadas con la economía. Los problemas lingüísticos, culturales y perceptivos que se plantean los publicitarios del MERCOSUR son un buen ejemplo de esto (cfr. Lebonson, 1994).

zada, como, por ejemplo, es el caso de la escuela. Nos referimos al imaginario actual e histórico sobre los otros países que componen el MERCOSUR; qué es identificado como MERCOSUR y qué es lo que no ingresa en este concepto, o bien cuáles son sus límites y alcances; qué rol cumplen los procesos de intercambio material y simbólico que de hecho se dan por fuera de la temática explícita del MERCOSUR, como sucede con el intercambio massmediático, el turismo, las economías informales, las migraciones, etc.

Para llevar a cabo esta investigación, nos planteamos una primera división del material: el que corresponde a las zonas «duras» de los periódicos: política nacional, política internacional, economía; y el que corresponde a las zonas «blandas»: espectáculos, policiales, información general, etc. Esta división se refiere a las estrategias comunicacionales de cada uno de estos grupos³. El primero, apoyado en un tipo de discurso informativo y argumentativo, más abstracto y estructural, correspondiente por otra parte a clasificaciones de la modernidad; el segundo forma parte de un tipo de discurso más narrativo y casuístico, concreto y personalizado, abierto a procesos emergentes (*new issues*)⁴. De hecho, temas estructurales emergentes como las migraciones, el turismo popular o la violencia urbana los vamos a ver en las secciones «blandas». Y esto implica potencialidades críticas o positivas que no son tenidas en cuenta ni por los proyectos económicos ni por los acuerdos culturales y comunicacionales.

Aquí hemos considerado dos fenómenos relacionados: uno es el de la caída del interés de los lectores en las zonas «duras», fenómeno que caracteriza nuestra época (Charon, 1991; Reyes Matta, 1992; Ford, 1994a). Otro es que el impacto más fuerte sobre el imaginario social proviene, con seguridad, de las zonas «blandas». Es mucho más leído el material sobre el asesinato de una turista en Río de Janeiro que la información sobre una discusión de aranceles en el marco del MERCOSUR. Es posible también que sea más fuerte socialmente que *Crónica* (300.000 ejemplares) hable de «deuda 'macaca'» (la deuda externa brasileña), poniendo en escena un dispositivo peyorativo y discriminatorio, que un análisis de los desequilibrios comerciales entre los cuatro países en *La Nación* o en *Clarín*, análisis que está dirigido sólo a expertos en economía.

Es claro que debajo de esto se encuentra la discusión sobre la noticia y los criterios de noticiabilidad. Es noticia tanto aquello que impacta, desestructura o es

novedoso, como aquello que describe un proceso estructural actual o que va a tener consecuencias importantes en el futuro⁵. Pero ambos actúan sobre el imaginario y la opinión pública. En las investigaciones, especialmente sobre esta última, se dejan de lado las zonas «blandas» lo cual termina fragmentando o distorsionando el análisis de la relación periódicos/sociedad. Por esta razón también agregamos otro tipo de medio, frecuentemente desplazado de las investigaciones: el de los diarios populares como es el caso de *Crónica*⁶.

Nuestro objetivo es explorar, hipotéticamente, de qué manera la prensa constituye el imaginario sobre la integración —o la posible integración— y no sólo lo que, desde la producción, se erige como propuesta. En este sentido son importantes las zonas «blandas» y los periódicos populares porque al establecer contratos de lectura que exigen mayor nivel de comunicación, es decir mayor atención al lector, dan más información, oblicuamente, sobre la sociedad.

Hemos diferenciado la información que aparece rubricada como MERCOSUR de aquella que se refiere a los países que lo componen, sin ubicarla en este rubro, como MERCOSUR explícito y MERCOSUR implícito⁷. Esta división opera de manera diferente en las secciones «duras» y en las «blandas». En el primer caso, si bajo la clasificación de MERCOSUR sólo aparecen noticias económicas, en secciones económicas, las informaciones sobre los países que componen el MERCOSUR no suelen estar relacionadas con éste. Nos referimos al hecho de que las noticias que muchas veces aparecen en las secciones internacionales, de política y aun de economía, sobre los otros países, fundamentalmente Brasil, no entran bajo el paraguas MERCOSUR aunque estén en estrecha relación con el Tratado. El plan económico de Fernando Henrique Cardoso aparecerá como una noticia internacional sobre Brasil, no conectada con la discusión sobre la influencia de los procesos de inflación y estabilidad que subyacen en todas las discusiones sobre MERCOSUR. En el caso de las secciones «blandas» toda la información corresponde, prácticamente, al MERCOSUR implícito, aunque ponga en escena temas críticos desde el punto de vista económico, como el turismo, o desde el social, como las migraciones.

El corpus de esta investigación está constituido por toda la información que, sobre el MERCOSUR y los países socios de Argentina en el Tratado —Brasil,

3. En este sentido no se corresponde con la diferenciación anglosajona entre *hard news* y *soft news* o *features*. Las *hard news* pueden aparecer en las secciones policiales o de información general.

4. El concepto de *issue* como tema emergente en la agenda es fundamental en la discusión actual sobre los medios, pues implica una crisis de las agendas o de las clasificaciones tradicionales. M. Wolf (1987) se refiere a los *single issue movements* y explica que «son movimientos de opinión que se coagulan en la sociedad civil en torno a problemas particulares, desvirtuando las tradicionales divisiones y estratificaciones ideológico-partidistas (...) Dichos movimientos empiezan a constituir noticia, a superar el umbral de la noticiabilidad, cuando se considera que han pasado a ser lo bastante significativos e importantes como para despertar el interés del público o cuando dan lugar a acontecimientos estudiados expresamente para satisfacer las exigencias de los media. Se determina por tanto una integración entre las estrategias de noticiabilidad adoptadas por los *single issue movements* y los valores/noticia aplicados por los aparatos de información: a nivel comunicativo, estos movimientos producen todo aquello de lo que los media se alimentan».

5. Ambos son criterios de noticiabilidad. Mauro Wolf (1987) se refiere al carácter de «noticiabilidad» de un hecho como el «conjunto de elementos a través de los cuales el aparato informativo controla y gestiona la cantidad y el tipo de acontecimientos de los cuales seleccionar las noticias» en función de determinados valores que varían histórica y culturalmente (p. 222).

6. La atención sobre este tipo de periodismo en las investigaciones sociales es pobre a pesar de la importante información que dan, leídos en espejo, con los criterios de la historia de las mentalidades o explorados a través del concepto de contrato de lectura, sobre los intereses de los lectores. Pocos trabajos han realizado el análisis de este tipo de comunicación, como por ejemplo el libro de Guillermo Sunkel *Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre la cultura popular, cultura de masas y cultura política* (1992), a pesar de su importancia en América Latina. Un ejemplo interesante de análisis es el de Epstein, 1993.

7. «MERCOSUR implícito» es un término operativo. Los sistemas de cobertura de un proceso de integración son inestables y nunca totales.

Paraguay y Uruguay— se publicó, entre el 15 de octubre y el 15 de diciembre de 1993, en un sector central de la prensa gráfica argentina.

Los medios estudiados son:

- *Clarín*. Aproximadamente un millón de ejemplares promedio. Lectorado amplio. Capas medias.
- *La Nación*. Aproximadamente 250.000 ejemplares. Lectorado de nivel socioeconómico alto.
- *Crónica*. Aproximadamente 300.000 ejemplares. Lectorado de clases populares.
- *Página/12*. Aproximadamente 40.000 ejemplares. Lectorado progresista. Capas medias.
- *Noticias*. Aproximadamente 100.000. Revista dominical de información general. Capas medias.

Las secciones "duras": política nacional, política internacional y economía

Sobre un total aproximado de 14.200 notas publicadas en las zonas «duras»⁸ en los 62 días de recolección del corpus, la información global sobre el MERCOSUR y sobre los países socios de Argentina aparece en 454 unidades de información, es decir, cubre el 3,2% del total de las noticias sobre política nacional, política internacional y economía de los medios analizados.

Estas 454 notas han sido organizadas para el análisis en dos grandes grupos temáticos: las notas que se refieren al MERCOSUR, las llamamos notas MERCOSUR explícito (ME); y las notas que se refieren a los países que lo componen, ya sea de manera individual o en sus relaciones bilaterales, que no son tematizadas como MERCOSUR, las denominamos notas MERCOSUR implícito (MI).

En el cuadro 1 aparece la distribución del corpus analizado por medio y por temática en unidades de información.

Los datos del cuadro se desglosan de la manera siguiente:

— Hay 190 notas que dan cuenta directamente del MERCOSUR, los plazos, las perspectivas y las dificultades, las reuniones entre los representantes de los gobiernos de los cuatro países y las posibilidades y perspectivas del MERCOSUR y de Argentina en relación con otros mercados regionales como el NAFTA o TLC, o la Comunidad Económica Europea, y a las que denominamos notas MERCOSUR explícito (ME). Constituyen 41,85% del total de las notas «duras» analizadas.

— Hay 264 notas en las cuales el tema MERCOSUR está implícito (MI). Constituyen el 58,15% del total. Podemos diferenciarlas en notas bilaterales (BI), que informan de las relaciones de Argentina con alguno de sus socios y que no

8. El total de 14.200 notas publicadas en las secciones «duras» por los medios analizados en esa etapa se desglosan así: *La Nación*, 4.960; *Clarín*, 3.600; *Crónica*, 2.860; *Página/12*, 2.620; *Noticias*, 160. *La Nación* es un diario de formato mayor, en tanto los tres restantes tienen formato tabloide. *Noticias* es una revista de aparición semanal.

Cuadro 1

Distribución por medio y por temática (En unidades de información)

Medio	MERCOSUR explícito	MERCOSUR implícito	Totales
<i>Clarín</i>	93	84	177
<i>La Nación</i>	50	72	122
<i>Página/12</i>	30	49	79
<i>Crónica</i>	13	55	68
<i>Noticias</i>	4	4	8
<i>Total</i>	190	264	454

hacen referencia al MERCOSUR de manera explícita (son 46); y notas individuales por país (I), que informan sobre los otros países que componen el MERCOSUR. Son 218, y en ellas la presencia de noticias sobre Brasil resulta absolutamente dominante (centraliza 87% de esta información).

La distribución según los medios del conjunto de notas que denominamos como MERCOSUR implícito se puede observar en el cuadro 2.

En las secciones duras, los diarios hablan más del MERCOSUR de manera implícita: la mayor cantidad de información es sobre la situación individual de los países socios de Argentina en el Tratado, y no aparece conectada con el MERCOSUR. Estos temas económicos y políticos que aparecen en las noticias sobre Brasil, Paraguay y Uruguay ya forman parte de la agenda tradicional de los diarios. Y tienen, como veremos más adelante, características temáticas y discursivas muy diferentes a las notas del MERCOSUR explícito. Es importante señalar, por otro lado, y como dato comparativo entre la agenda instalada y la agenda MERCOSUR, que las notas particulares sobre Brasil son iguales en cantidad a las que refieren al MERCOSUR.

Cuadro 2

Distribución según los medios de notas MERCOSUR implícito (MI) (En unidades de información)

Medio	Notas bilaterales	Notas indiv. por país
<i>Clarín</i>	18	66
<i>La Nación</i>	12	60
<i>Página/12</i>	6	43
<i>Crónica</i>	10	45
<i>Noticias</i>	—	4
<i>Total</i>	46	218

Por otra parte, hemos relevado en el período considerado, y a modo de material comparativo, un total de 260 unidades de información sobre otros acuerdos regionales, como el TLC la CE y el GATT, aparecidas en las secciones que refieren temas internacionales. Conviene aclarar que los meses en los que se llevó a cabo el relevamiento del corpus corresponden a etapas clave en la constitución del TLC y para la marcha de la CE y el GATT. La gran mayoría de las notas da cuenta de las instancias previas y la aprobación del TLC por el senado de Estados Unidos de los intereses puestos en juego, las instancias de la CE y el Tratado de Maastricht y la marcha del GATT. Si bien refieren de manera central al campo de la economía, aparecen también consideraciones sobre los temas laborales, culturales, y massmediáticos. Esto implica, por una parte, estadios más desarrollados en estos procesos de integración y, por otra, una competencia periodística mayor en el análisis de esos procesos de integración que la que se da cuando se aborda el MERCOSUR. Es decir, implica una masa de fuentes mayor, lo que permite a nuestro periodismo más cantidad y mayor diversidad de información sobre la cual trabajar, pero a la vez muestra un nivel de elaboración mayor en la construcción de la noticia.

El MERCOSUR explícito en la agenda de los diarios

En los medios analizados, la información registrada de manera explícita sobre el MERCOSUR es sólo información económica y en especial macroeconómica. Forma parte de la agenda de economía de los diarios, es decir, una agenda especializada, lo que implica a un lector especializado. Nos referimos a un lector con competencia en el área económica e interesado directamente en el tema (especialistas y actores económicos, tanto del área gubernamental como empresarial)⁹.

La información sobre el MERCOSUR suele aparecer, centralmente, en las secciones de economía (el 85% del corpus), a veces en las de política nacional (un porcentaje notoriamente menor que refiere en especial a las relaciones y/o posibilidades del MERCOSUR con otras instancias regionales, y algunas informaciones sobre la relación Argentina-Brasil). Raramente el MERCOSUR es noticia en las secciones de política internacional en *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*, y las páginas que incluyen noticias de corte económico y políticas del ámbito nacional en *Crónica* (aquí aparecieron algunas notas que relacionan las posibilidades de Argentina entre el MERCOSUR y el TLC, por ejemplo, y muy poca información sobre la economía brasileña puesta en relación con el MERCOSUR).

En lo que se refiere a sus temas, el orden de importancia es el siguiente:

— aranceles: 31,5%;

9. Comparando con relevamientos efectuados desde 1991 sobre el tema MERCOSUR comprobamos que se ha desplazado el lugar de la información. Lo que en 1991 aparecía como noticia de ámbitos especializados, sobre todo en *Clarín* y *La Nación* (suplementos de economía en forma separada del cuerpo principal del diario, o a veces en sección Economía del cuerpo principal con poco centimetrage y lenguaje especializado), se va introduciendo lentamente hacia mediados de 1992 como tema en unidades de información en las secciones Economía y Política, en el cuerpo principal del diario, y comienza a circular en *Crónica*. Esta tendencia se consolida en los últimos meses de 1992 y durante 1993.

- industria argentina: 13%;
- posibilidades de MERCOSUR/TLC: 12%;
- reuniones Cavallo-Cardoso: 10%;
- compra de cereales de Brasil a otros países (deslealtad): 10,5%;
- acuerdos sectoriales: 8,5%;
- plazos del MERCOSUR: 3,7%; y
- MERCOSUR, GATT y CE: 2%.

Hay que destacar que la mayor parte de la información sobre la economía brasileña, crucial en el período analizado porque refiere a las etapas previas y al establecimiento del nuevo plan económico (casi siempre en notas de las secciones internacionales), aparece despegada del Tratado, o sea que no se mencionan los efectos que puede tener sobre el acuerdo regional¹⁰.

Hay escasas referencias al ámbito sectorial —la situación especial de algunos sectores de la actividad industrial, por ejemplo—, que suele aparecer como información económica sin conexión con el MERCOSUR, a pesar de que la noticia dé cuenta de ventas de nuestro país a Brasil, o viceversa. Hay algunas excepciones registradas en *La Nación* (caso industria automotriz, en el que se hace la referencia al desarrollo del rubro en el marco de la integración).

Al hablar de agenda, resultan significativos su ubicación en el contexto de los diarios, las secciones y las páginas y la cantidad de ilustraciones y gráficos que se publican con las notas y las diversas modalidades en que los textos son dichos.

En el corpus analizado, la información resulta casi siempre central en las secciones tratadas y también en secciones de Opinión o notas editoriales. Los temas directamente relacionados con las áreas económica y política suelen ser nota también en los suplementos económicos dominicales de *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*. Por lugar central entendemos lugar destacado en cada sección, por lo general ocupando página completa, doble página o la parte superior y superior derecha de las mismas.

Pero, fundamentalmente, el MERCOSUR se constituye en tema de agenda¹¹ al aparecer con regularidad en la información de índole económica, día a día, en los medios investigados. La temporalidad resulta fundamental en el registro de un tema como agenda. Habitualmente, el manejo de los tiempos de la información es parte de la estrategia planteada al lector, pero en el tema que estudiamos proviene del hecho de que el campo de las noticias sobre el MERCOSUR se construye sobre

10. Esta marca, central en la construcción de este tipo de información, indica escasa elaboración y compromiso por parte del periodismo. En la actualidad, y desde hace ya casi un año, se observa una clara tendencia a revertirla: por lo general, la información sobre los países que componen el MERCOSUR aparece en contacto con el hecho MERCOSUR, se explican sus conexiones y consecuencias sobre el Acuerdo, etc.

11. La agenda de un medio es el conjunto de noticias propuesto al público como relevantes y fundamentales sobre la realidad en un determinado período. Un sector de la investigación en comunicación ha planteado el posible efecto de *agenda setting* (establecimiento o instalación de la agenda) de que dispondrían a largo plazo los distintos medios. Esta hipótesis de trabajo asume que, a largo plazo, los medios pueden ejercer un efecto de agenda sobre el público. Los medios ya no indicarían a la gente cómo pensar, sino sobre qué temas y problemáticas pensar (cfr. McCombs/Shaw, 1972; McCombs, 1981; De George, 1981; Wolf, 1987; Vilches, 1993; McQuail, 1993).

negociaciones (las negociaciones propias del MERCOSUR en esa etapa). De esta manera, la información aparece en los diarios como etapas de un proceso con distintos plazos¹². Por eso, y aunque la noticia en la prensa gráfica se define por la dinámica de las 24 horas, la temporalidad en la que se desarrolla la información sobre el tema MERCOSUR está marcada de diferentes formas. Está la información nueva, reciente, es decir la noticia de las 24 horas, la que da cuenta del acontecimiento a medida que va ocurriendo (entre muchos otros, lo ejemplifican estos titulares: «Cavallo y Cardoso acercarán posiciones sobre el Mercosur» (*La Nación*, sección Economía, 9-12-1993), o «MERCOSUR: la UIA pide prórroga» (*Crónica*, p. 8, 17-11-1993). Estas notas presentan como formato predominante el de las notas de información, aunque a veces puede aparecer la entrevista. Se trata de etapas de las negociaciones y de información estructurada a partir de la información de los actores involucrados en el Tratado (gobierno y empresarios).

Pero están también las unidades de información marcadas por un tiempo más laxo e impreciso, que es también el tiempo de las negociaciones y las controversias. En estos casos, la noticia da cuenta de, o discute circunstancias, coyunturas, posibilidades del MERCOSUR a corto, mediano o largo plazo, tales como Argentina y su posible relación con el TLC, GATT o la UB; y la relación entre Argentina y Brasil. Son notas cuyos titulares expresan, por ejemplo: «La Argentina se debate entre mirar al NAFTA o al MERCOSUR» (*La Nación*, 19-11-1993), o «Mercoproblemas» (*Página/12*, sección Economía, 13-11-1993) o «Argentina NAFTA, Argentina rural» (*Página/12*, sección El Mundo, 21-11-1993), o «Plataforma para el MERCOSUR» (*Clarín*, sección Economía, 21-10-1993).

Esta temporalidad más laxa que marca ciertas notas sobre el MERCOSUR explícito tiene que ver, en parte, porque suelen aparecer como notas de opinión o como editoriales (se hacen evaluaciones, y se argumenta sobre el fenómeno). Pero cuando no tienen esos formatos ponen en evidencia la falta de interpretación que en general caracteriza a la información sobre el tema, y acaso también la falta de interés del propio periodismo. Esta información, no puntualmente datada, puede considerarse complementaria y, en todo caso, resulta un contexto para continuar leyendo lo que sucede día a día en el ámbito MERCOSUR. Pero también permite una imagen de un MERCOSUR débil, en la medida en que es un tema que no genera una fuerte masa de información nueva¹³.

Por eso, si bien es tema que se instala en la agenda, lo hace de manera débil con respecto a lo periodístico y sólo es fuerte con respecto a un sector especializado, como veremos más adelante. En síntesis, aquí lo importante es que el MERCOSUR se instala en la agenda en el plano específicamente económico-

12. Porque la reiteración del tema en el tiempo es una de las formas del énfasis que se requiere para que el tema sea «agendado». Aquí entramos en el plano cognoscitivo: cómo se focaliza la atención, se percibe, se conoce, se instala un tema en la memoria (cfr. Becker/McCombs/McLeods, 1975; van Dijk, 1990; Wolf, 1987).

13. Como señalamos (cfr. nota 10) hay una tendencia que se está consolidando en la construcción de la noticia sobre los países que componen el MERCOSUR: contextualización y conexión de la información presentada con el MERCOSUR. Y también registramos, aunque de manera desordenada (rotando por diferentes secciones), que el MERCOSUR está generando una masa más fuerte de información.

institucionalizado como MERCOSUR con una retórica diferente a la de la noticia y sin referencias a los aspectos socioculturales de la integración.

La información sobre MERCOSUR a veces se constituye en series y ofrece un conjunto relacionado de datos sobre un aspecto determinado del tema. Y aunque nos refiramos a lo específicamente económico y comercial, la información sobre el MERCOSUR comienza a construirse, como en otros fenómenos de integración, como serie abierta. Pero en este caso en una etapa muy anterior o precaria a lo que pueden ser las series de discusiones sobre la CE.

Como se trata de información especializada, es una serie que, para ser comprendida, implica un seguimiento puntual. Durante veinte días, por ejemplo, las asimetrías entre las industrias argentina y brasileña, la atención de los sectores privados argentinos sobre el anuncio del nuevo plan de Brasil, y que originan los reclamos del sector argentino, aparecen constituyendo una serie en la agenda del diario. Focaliza la problemática fundamental del MERCOSUR en esa etapa: la necesidad de cumplir con los plazos previstos y las dificultades derivadas de las asimetrías entre las economías de ambos países. La serie se aprecia, por ejemplo, en *Clarín* en estos titulares: «La UIA le pedirá al gobierno que renegocie los plazos del MERCOSUR» (10-11-1993); «Cierran persianas en la industria» (15-11-1993); «Presiones industriales sobre el MERCOSUR» (18-11-1993); «Quejas contra el Brasil» (19-11-1993); «Grave retroceso industrial» (20-11-1993); «Estrategias distintas dentro del MERCOSUR» (21-11-1993); «Protestan por la invasión de bienes brasileños» (30-11-1993).

En esta serie, que es la central en el período analizado, de acuerdo con la información periodística la industria argentina sufre fuertes desventajas. Y señala al lector la posibilidad de leer el Acuerdo como desfavorable para nuestro país, en tanto Brasil aparece marcado como «peligroso», caracterización que subraya cierto sector de la información «dura» sobre Brasil y los problemas que afronta su nuevo plan económico, y especialmente cierta información de las zonas «blandas», la que refiere a la seguridad y el turismo en Río de Janeiro, como veremos más adelante.

Se trata de una serie que, a raíz de que refiere temas exclusivamente económicos, sólo puede ser seguida por especialistas.

La instalación del tema como serie en la agenda económica puede ser la base de sus ampliaciones hacia otras secciones no contempladas en la temática MERCOSUR. Frente a la noticia cerrada, la información como proceso y secuencia en general necesita ampliar sus bases más allá de lo específicamente económico. El análisis de negociaciones lleva, necesariamente, a lo sociocultural, pero esto por ahora no se ha manifestado como una necesidad ni en los actores económicos y gubernamentales ni en el periodismo.

La construcción de la noticia en la información sobre el MERCOSUR explícito

La noticia que se constituye sobre el MERCOSUR, si bien está relacionada con

los cambios en el contrato de lectura de cada diario, y con los que ofrece la gráfica en la actualidad, tiene aspectos específicos.

En primer término, es importante analizar desde dónde se habla del MERCOSUR y para quién se habla, especialmente porque estamos analizando procesos comunicacionales en el marco de procesos de integración. Quiénes son los enunciadores (quiénes hablan en las notas) y los enunciatarios (los destinatarios de la información en el interior del texto)¹⁴ que vemos en las noticias de los diarios y qué nos dicen sobre la integración, sobre cómo se procesa en diversos niveles socioculturales, etc.

El MERCOSUR que aparece en los periódicos analizados en 1993 es una información que requiere una competencia relativamente especializada: su lector principal o enunciatario es el sector constituido por miembros del empresariado y del gobierno argentinos, los actores principales del Acuerdo. Y permite suponer que el lector común del diario es quizás el que menos consume información sobre este tema. En realidad en los textos sobre el MERCOSUR se pone en evidencia que se trata de un diálogo entre los diarios y los actores más que de un diálogo entre el diario y su lector común. En todo caso, el diario no puede dejar de informar sobre MERCOSUR más allá del contrato de lectura¹⁵ que tiene establecido con sus lectores habituales. Por eso, cuando señalamos que hay marcas de especialización en la construcción de la noticia MERCOSUR nos estamos refiriendo especialmente a cierto nivel de desvío en *La Nación*, *Clarín*, *Página/12*; y la revista *Noticias*, aunque sus lectores pertenecen a los sectores medios y altos. En *Crónica*, diario dirigido al sector popular de la población, MERCOSUR es una noticia más entre el conjunto que construye el panorama general de índole nacional, con un nivel de especialización mucho más bajo que el que registran los otros medios.

Por otra parte, la especialización con que se encara el tema se inscribe también en la caída de las secciones duras de los diarios en el interés de los lectores que hemos señalado al principio. Y también en la relación diario-poder. Constituye una zona de la agenda sólo dirigida a un medio específico.

La competencia especializada, necesaria en el lector de este tema, se verifica, por ejemplo, en este fragmento de una nota cuyo título es «Más déficit comercial», el copete explica «Resultado: en los 9 primeros meses del año el saldo negativo de la balanza comercial creció un 20,5%», el cuerpo de la nota empieza diciendo que «Los números de la balanza comercial siguen siendo un dolor de cabeza para la economía argentina. Y según las cifras de los nueve primeros meses del año, esa molestia ya está camino a convertirse en una profunda jaqueca (...)». Y explica así: «el saldo negativo con el MERCOSUR cayó, en el período de enero a septiembre, de 1281,1 millones de dólares en 1992 a 369,2 millones en este año. Con Estados

14. En la teoría del discurso, el enunciado —lo dicho— pone en juego la relación entre dos categorías discursivas: enunciador y enunciatario. El enunciador es el que habla en el texto. No se trata de una persona con nombre y apellido sino de una categoría construida por ese texto. El enunciatario es el destinatario del enunciado o texto, es también una categoría que refiere al lector modelo construido por las estrategias discursivas de un texto determinado. Cfr. Benveniste, 1977.

15. El contrato de lectura es un lazo que el medio establece, en el tiempo, con su lector ideal. Se trata de una relación fundada en los modos de decir las noticias. Cfr. Verón, 1984; Martini, 1995.

Unidos, sin embargo, subió el 40,4%...» (*La Nación*, sección Economía, 3-12-1993).

Hay una marca específica en la construcción de la noticia sobre el MERCOSUR explícito. Se trata de un discurso que tiene muy poca elaboración e interpretación periodística¹⁶. Decimos esto porque el enunciador está constituido por el discurso mismo de los actores involucrados en el Tratado, gobierno y empresariado. Esto queda claro en el modo en que se construye la información y en las fuentes utilizadas.

Cada uno de los medios estudiados, de acuerdo con el contrato de lectura que mantienen con su receptor habitual, reproduce los pasos del proyecto de integración desde la perspectiva argentina, y en clave económica. Esto se ve en que las notas se organizan de acuerdo con las declaraciones, oficiales u oficiosas, de las partes involucradas. Pero con diferencias con respecto al contrato general. El discurso de la prensa analizada retoma el discurso de los actores del MERCOSUR, mediado casi de manera rutinaria. Una nota que lleva el título de «La industria quiere patear el MERCOSUR al '97» ilustra esta tendencia: «En Economía y en la Cancillería, en tanto, la noticia fue recibida con sorpresa. 'Ahora el gobierno paraguayano (...) va a tener un aliado de primer nivel para sostener su posición aislacionista', interpretó un funcionario con rango de embajador. Mientras tanto, el subsecretario Alejandro Mayoral descartó toda postergación. La decisión de la Unión Industrial fue confirmada a este diario por el ex industrial petroquímico y titular de la Comisión MERCOSUR de la entidad, Jorge Gaibisso. 'En los trece meses que faltan para poner en marcha la zona de libre comercio no habrá tiempo para que Brasil baje su inflación y corrija las asimetrías que existen en aspectos macro y sectoriales'» (*Página/12*, sección Economía, 11-11-1993).

En la agenda económica MERCOSUR, las fuentes de información o de noticia, provienen de empresarios (60%), o del gobierno (40%). Las fuentes completan este círculo de discurso periodístico especializado, para especialistas. El relato de los hechos, en tercera persona, ofrece como es habitual en *Clarín* y *La Nación*, fuentes concretas que remiten al contrato de lectura de esos medios con sus lectores. Las notas mencionan las agencias de noticias, los enviados especiales (para el caso de reuniones en Brasil, por ejemplo), organismos de realización de encuestas, áreas gubernamentales, funcionarios, empresarios y personal ejecutivo de las empresas, con nombre y apellido, que suministraron la información pertinente. Las fuentes aparecen también en la cantidad de infografías que incluyen *Clarín*, *La Nación* y *Noticias* con datos duros sobre el MERCOSUR. La revista *Noticias*, por ejemplo, analiza el tema siempre desde los datos cuantitativos referidos al intercambio comercial. *Página/12* no menciona las fuentes de las que recoge información. Menciona funcionarios y empresarios actores de la información, pero es reticente en la indicación de agencias de noticias u otras fuentes originales. Se limita a las informaciones fundamentales del tema aunque abunda

16. Una noticia no es el mero reflejo de la realidad sino una peculiar construcción que un medio realiza, a partir de un trabajo de selección e interpretación, sobre esa realidad. Cfr. van Dijk, 1990; Gomis, 1991; Wolton, 1992; Ford, 1994.

en notas de análisis y de opinión en sus suplementos dominicales de Economía, que aparecen, por sí mismos, como seguras fuentes de información.

Al ser el MERCOSUR un acontecimiento o una serie de acontecimientos aún en vías de constitución y en el que los propios actores disienten, resulta construido como lugar de controversia entre éstos: es frecuente la alternancia de recursos para mencionar a las fuentes que no son agencias de noticias y para jerarquizarlas. En una misma unidad de información, las fuentes son tanto: «asesores de la propia repartición (...) [que] aclararon el punto a este diario...», como: «los funcionarios [que] dijeron», y, por último: «habló también el viceministro [de Economía] Carlos Sánchez» (*Página/12*, 9-11-1993).

A veces, y siguiendo con una modalidad propia de todo su discurso político y económico, *Página/12* cruza, en la mención de las fuentes, ciertos apelativos que pueden mostrar un matiz peyorativo, tanto para el personaje calificado como para el Tratado en sí mismo (de manera implícita): «el galletitero Montagna sostuvo...», para referirse a una de las figuras más fuertes en el rubro de la industria alimentaria argentina, y que se inició justamente con una empresa de fabricación de galletitas. Pero esto no impide la apoyatura en un actor.

Y tanto *Clarín* como *La Nación*, y también la revista semanal *Noticias*, cuya circulación es hacia los sectores medios y altos de la sociedad, informan de manera detallada sobre el tema. En cada caso, el enunciador se hace eco, o actúa como canal pasivo de las preocupaciones, quejas y dificultades de los industriales argentinos en esa etapa de negociaciones del MERCOSUR.

Este enunciador-actor de los acontecimientos del tema que estudiamos y el hecho de que sea un tema de agenda económica, explican también otras características del discurso. Por ejemplo, la ausencia casi total de información sobre la realidad interna de Paraguay y Uruguay, a los que la prensa denomina los socios «menores» del MERCOSUR, y que es significativa. Al igual que la desconexión entre la escasa información provista sobre ellos y el proyecto de integración regional. Y como es el espacio en donde se reconstruyen las voces de los actores del Acuerdo, la lectura permite afirmar que los intereses primordiales de Argentina en el Tratado pasan por Brasil (pero la información interna de Brasil también es desconectada del MERCOSUR).

Resulta significativa una diferencia con respecto a la información que los diarios suministran sobre otros acuerdos regionales como la CE, el TLC y hasta el GATT. En estos casos aparecen las problemáticas culturales, massmediáticas, laborales e inmigratorias, a través del registro de las discusiones sobre inversiones y fuentes de trabajo; migraciones; reglamentación de la industria audiovisual, etc., en clara conexión. Aparece registrado un concepto global de integración¹⁷.

17. Pasado el período de recolección del corpus, en la sección Economía de *Clarín*, el 19-9-1994, junto a la nota titulada «Europa sólo mira a los países más cercanos», aparece una infografía que lleva por título «Tratado de Maastricht» que grafica los porcentajes de la opinión pública europea acerca de temas como la lucha contra la droga y el crimen organizado (91% a favor); la política de defensa común (77% a favor); las normas comunes en materia de asilo e inmigración (77% a favor); la base común para una política social (el 76% a favor), etc. Este ejemplo, aunque limitado, contrasta fuertemente con el rasgo economicista de la información MERCOSUR instituida.

Por el predominio casi absoluto del discurso informativo no comprometido en las notas sobre el MERCOSUR, el texto se organiza como transcripción de informes oficiales o extraoficiales de las reuniones realizadas o con el punteo de problemáticas a tratar en futuros encuentros. A modo de ejemplo, en una nota aparecida en *Clarín* el 26-11-1993 que lleva el título de «MERCOSUR: ahora se hace la cumbre [de presidentes] de fin de año», se informa sobre la marcha de las negociaciones en torno al arancel externo común. Se sobreentiende que el lector sabe de qué reunión cumbre se habla. La explicación periodística del poco tiempo de que se dispone «para limar las divergencias» se cruza con las diversas fuentes que construyen la noticia: «En Buenos Aires le echan la culpa a la diplomacia brasileña...», donde se da por sentado que se refieren al gobierno argentino. La nota continúa con un tono de imprecisión, para el lector común, en lo que respecta a las fuentes: «Pero de pronto entró a tallar la gente de Itamaraty, que se puso dura. Y todo se arruinó», comentaba ayer uno de los que estuvo en el encuentro de Montevideo». Aquí se pone en juego la competencia especializada para conocer tanto a «esa gente» como a «Itamaraty». Esta falta de precisión se reitera en la expresión «uno de los que estuvo en Montevideo». La nota nombra en diversas oportunidades a funcionarios que no pertenecen a los más altos estamentos. No son públicamente conocidos por un lector común, lo que acentúa la marca de un discurso especializado.

Señalemos que aparecen, muy pocas veces, cruces con el discurso narrativo y, si lo hacen, son propios de las transformaciones de la noticia que se están produciendo en la actualidad, y no una estrategia singular del discurso que analizamos. Para ello se incluyen, a veces, retóricas de la narración tales como la precisa y detallada ubicación espacio-temporal, la descripción de momentos del encuentro, de la reacción de los actores, diálogos intercalados.

Hay notas con fórmulas narrativas introductorias convencionales como: «El clima estaba fresco y el ánimo de los negociadores del MERCOSUR parecía tranquilo. Pero esta reunión de viceministros ...» (*Clarín*, sección Economía, 13-11-1993), que permiten entrar en el tema de manera en apariencias diferente a este enunciado meramente informativo de los hechos: «La divergencia de políticas y economías entre los países del MERCOSUR (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay) ha vuelto a manifestarse» (*Clarín*, sección Economía, 21-11-1993).

En algunas coberturas encontramos marcas narrativas que tienen función de complemento. *Clarín* y *Página/12* incluyen, en ocasiones, una unidad de información, como recuadro, en la que se registran anécdotas del encuentro entre representantes de Argentina y Brasil y que ilustran o metaforizan el tema central desarrollado, a modo de estructura narrativa secundaria. Con el estilo de una anécdota ligera, por ejemplo, bajo el título «La puerta rebelde», se da cuenta de un desperfecto de la puerta del avión oficial, transporte de los funcionarios argentinos, que demoró la partida de la comitiva hacia São Paulo (*Clarín*, 10-12-1993), en una nota corta que acompaña la información detallada del encuentro de los ministros de Economía de ambos países. Pero estos recursos narrativos son retóricos y no contribuyen al ahondamiento de la información.

En algunas notas se utiliza la argumentación. En realidad, la recurrencia al

discurso argumentativo pasa a ser dominio de las tradicionales secciones de opinión, tanto de *Clarín*, como de *La Nación* y de *Página/12*. Aquí puede llegar a ampliarse el espectro de enunciadores: no sólo hablan los propios interesados en el tema, sino también periodistas especializados, economistas de prestigio en el ámbito nacional y hasta algún ex funcionario del sector en Brasil. Sin embargo, el fenómeno observado en las notas informativas vuelve a tener lugar, ya que las notas de opinión que plantean controversias o analizan las perspectivas del MERCOSUR por lo general representan la voz o bien de los sectores gubernamentales o de los sectores industriales involucrados en las negociaciones.

De manera indirecta, dentro del discurso de las notas que son relatos de hechos suele aparecer el estilo argumentativo en el discurso de los actores de los acontecimientos. Esto sucede en notas donde se transcriben las discusiones entre los funcionarios oficiales y los representantes de la industria argentina con respecto al tema de los aranceles y las modificaciones que los industriales pretenden en las áreas impositiva y laboral. Son notas donde el hilo del relato lo dan las declaraciones, argumentaciones y contraargumentaciones de empresarios y de funcionarios gubernamentales. Incluso hay notas construidas casi totalmente con el montaje de las declaraciones en estilo directo o indirecto de funcionarios, especialistas sobre el tema y empresarios, como mero registro de los hechos.

Esta construcción de la temática del MERCOSUR, por un lado en un nivel específicamente económico y técnico, pero por otro lado dentro de un sistema de discusiones y controversias, puede ser parte de todo proceso de integración. Sin embargo el nivel metacomunicacional, la observación sobre lo que implican estas discusiones como enfrentamientos no restringidos únicamente al plano de lo económico, sino que abarca también lo cultural, es muy poco tenido en cuenta por el periodismo argentino. Está presente sólo en los niveles de lengua, en su cotidianidad aunque se refieran a temas técnicos, como: «Los ruidos en el MERCOSUR bajaron los decibeles» (*Clarín*, 26-11-1993).

En general, el nivel de lengua en el corpus analizado en las secciones «duras» es el estándar habitual de esas mismas secciones, con el grado de especialización que implica el tema económico. El nivel más estandarizado de lengua es también índice del tema MERCOSUR como agenda: cada uno de los medios analizados hacen uso de un determinado nivel de lengua de acuerdo con su propio contrato de lectura. Pero el nivel estándar si bien puede responder a un intento (quizás no muy fuerte) de ampliar el número de lectores del tema, es una característica común de la gran mayoría de los diarios «serios» en el mundo.

Con todo, *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*, y la revista *Noticias* demuestran que apuntan a un *target* medio y medio alto con un estándar que retiene marcas de especialización: «...las divergencias son de peso. Está en juego el arancel externo común del bloque. Y eso significa definir cómo y cuándo se va a proteger (de las importaciones extrazonales) a los productores regionales» (*Clarín*, sección Economía, 13-11-1993); o «Dos años es el período que la UIA considera mínimo para que Brasil se ponga en orden. Aunque no lo va a decir en forma explícita en la declaración con que la semana próxima solicitará la prórroga de los plazos para el MERCOSUR...» (*Página/12*, sección Economía, 11-11-1993).

Se trata de una especialización propia del lenguaje científico de divulgación, propio también de la información interempresarial, que suele volcar los datos «duros» en gráficos e infografías. La infografía no es sólo divulgación sino aceleración de la información. Bajo el titular «Pese a las dudas, se viene el MERCOSUR», una cobertura informativa incluye, además de cuatro unidades informativas, un esquema de síntesis de una de las notas con el título «Las principales posiciones», un gráfico «Balanza con Brasil» y una infografía titulada «Comercio argentino con todo el bloque», de manera de hacer la lectura más operativa y variada (*La Nación*, sección Economía, 24-10-1993).

Al igual que la «coloquialización» de la información, que ya señalamos hay, en el corpus que analizamos, metáforas usuales en temas políticos y económicos; son bastante obvias y refieren fundamentalmente a los campos semánticos de la actuación teatral: «El escenario de la reunión» (*La Nación*, 24-10-1993), o a las etapas de desarrollo del ser humano: «El MERCOSUR ya está gateando» (*La Nación*, 24-10-1993), o bien al juego y al deporte: «La industria quiere patear el MERCOSUR al '97» (*Página/12*, 11-11-1993) y «... colocó la pelota en otro campo» (*Clarín*, 21-10-1993).

El uso de metáforas como estrategias textuales tiene que ver con la estandarización de la lengua ya señalada, pero no agrega nada a las estrategias textuales habituales de los medios analizados. En todo caso, remite también a una forma habitual coloquial de uso extendido en nuestra sociedad y en los ámbitos empresarios. En las metáforas utilizadas lo que subyace es la dificultad, la confrontación, la negociación que no redundan en avances concretos en la etapa que analizamos.

La información es acompañada por ilustraciones y fotografías, completada y difundida por diagramas e infografías, en especial en los diarios *Clarín* y *La Nación* y en la revista *Noticias*; en menor medida en *Página/12*. Las fotografías y las caricaturas ilustran las notas sobre reuniones de ministros de los países socios, tanto en calidad de mera ilustración del tema tratado (fotografías de altos funcionarios de gobierno) como en calidad de referente conectado con el tema (fotografía de un sector portuario ilustra nota sobre exportaciones argentinas a Brasil, por ejemplo). Este tipo de ilustraciones responden a las convenciones habituales de cada medio con sus lectores pero que refuerza las características de la noticia sobre MERCOSUR muy apoyada, como lo señalamos, en los actores. En este caso se acentúan, como contrapartida de la falta de interpretación y de la pasividad de los medios frente a la información MERCOSUR/integración.

Crónica, que es un diario popular, ofrece marcas diferenciadoras. Las fuentes son las agencias de noticias que proveyeron los cables. El discurso de *Crónica* sobre el MERCOSUR sigue la marcha del Acuerdo informando aparentemente sin interpretar el material, de manera breve, y sin abundar en datos duros y cifras. Su lector no es especialista en Economía. En este sentido, el contrato de lectura es totalmente diferente. *Crónica* habla desde afuera de los actores para gente que está afuera del poder. Y esto de alguna manera nos informa sobre el lugar del MERCOSUR en la población. Su discurso es diferente al del que habla desde adentro de los hechos, de manera especializada. Si informa, es porque no puede eludir la importancia de los hechos, su valor de noticiabilidad. Pero hay que tener

en cuenta que un diario popular trabaja con un horizonte de futuro mucho más breve que el de otros diarios. No es lo mismo un hecho, que va a ser importante para dentro de tres o más años, para las capas medias o altas, que para las clases populares. Por eso, a veces, hace la aclaración de qué es el MERCOSUR.

Las notas de *Crónica* sobre el tema se insertan entre otras del ámbito nacional, no se destacan del conjunto de las que aparecen en la página. Remiten, habitualmente, a un discurso de este tipo: «La Argentina y Brasil intentarán destrabar la próxima semana las negociaciones sobre el arancel externo común del Mercado Común del Cono Sur (MERCOSUR), cuyo estancamiento obligó a prorrogar la fecha en que se reunirían los presidentes de los cuatro países miembros del bloque regional», indica la primera parte de una nota en ese diario (p. 12, 27-11-1993). Las diferencias del discurso de *Crónica* con el resto de los medios analizados son una prueba elocuente de que hay un público o lector que entiende el MERCOSUR de otra manera.

En síntesis, si bien la información sobre MERCOSUR se construye desde formas que son habituales en esos medios, es evidente que presenta marcas diferenciadoras que muestran el peso de los actores privilegiados del MERCOSUR. Esas características indicarían también que el MERCOSUR no ha sido instalado por la prensa como lugar de debate público o como parte de la sociocultura general de país. No se pide la participación de la ciudadanía en el proyecto: el mero hecho de informar sobre el Tratado no implica que se lo proponga como agenda a la sociedad en su conjunto. En realidad, la prensa analizada no aporta, a una adecuada discusión pública del tema de la integración regional¹⁸. Esto indica, además, que la «cultura periodística», por más que dé información sobre el MERCOSUR, no lo ha ingresado en su «agenda interna». De ahí que lo resuelva desde la rutina o desde el discurso de los actores. Es un tema que aparece porque es un dato importante¹⁹.

La información que refiere de manera implícita al MERCOSUR

Como ya indicamos al comienzo, hay una masa de información que corresponde a las relaciones de Argentina con sus socios en el MERCOSUR y también a la situación de cada uno de esos países. Los textos analizados no la presentan en las

18. Es notable también que los temas de cultura, educación, idioma, sociedad relacionados con el proceso de integración analizado están ausentes de los diarios. En todo el corpus recolectado hay una sola unidad informativa sobre convenios educativos entre Argentina y Brasil, en lugar no destacado, en el diario *Clarín*. Esta relación numérica va a sufrir variaciones en el curso de 1994 y 1995. Las problemáticas y resoluciones en el campo de la educación y en el de la cultura (aunque, como veremos, entendido más que nada como el de las bellas artes) van a ir adquiriendo un espacio en páginas centrales de *La Nación*, *Clarín* y en menor medida de *Página/12*, sobre todo bajo el formato notas de opinión.

19. MERCOSUR sigue siendo una instancia económica, por lo que la información central sobre él sigue siendo de corte especializado. Sin embargo, en 1995, el tema MERCOSUR se hace explícito en otras zonas de los diarios y en otras situaciones y problemáticas, presentadas en su relación directa con el MERCOSUR: salud, educación, ciencia, patrimonio cultural, lengua y bellas artes, por ejemplo, son noticia desde la fábrica MERCOSUR.

conexiones obvias e inevitables que tienen con los alcances del Acuerdo, pero son parte indiscutible de un proceso de integración. Es decir, cuando la información no aparece legitimada por la reunión o el evento MERCOSUR, no se establece la relación con éste, como en los casos de las diversas noticias que se publican en los diarios y que implícitamente corresponden a la integración. Este fenómeno se registra tanto en las zonas «duras» como en las «blandas»: migraciones, sistemas laborales, cultura, educación, desarrollo tecnológico, culturas del trabajo y producción, etc. Más adelante ahondaremos en este fenómeno. Aquí es donde aparecen notables diferencias entre las discusiones en la CE, el TLC y MERCOSUR. MERCOSUR es hasta el momento técnico y economicista; aparece como información específica. No se trata de que los diarios no dan información sobre los países del Acuerdo, sino que la inscriben en otras series. La información sobre MERCOSUR queda encapsulada en el área económica y es notoria su escasa y hasta nula vinculación con problemáticas bilaterales (como los problemas limítrofes en el norte de Argentina con Paraguay, ampliamente cubiertos por los medios en este período) o con problemáticas internas de los países socios (como los efectos desestabilizadores sobre el gobierno de Itamar Franco durante las semanas de «destape» de la corrupción en Brasil), problemáticas que debieran ponerse en relación con la marcha del MERCOSUR.

Por el contrario, las notas sobre la situación individual de los socios del Acuerdo en el área de la economía, la política interior o exterior de Brasil, Paraguay y Uruguay se construye en discursos similares a los que se usan en las secciones en donde aparecen (Internacionales). En realidad, los temas referentes a los países que componen el MERCOSUR forman parte de la agenda tradicional del diario, pero son objeto de mayor elaboración periodística que los temas rubricados como MERCOSUR explícito. Esto es, la información tiene diversas fuentes, por fuera de los actores implicados, se registra su contextualización y está interpretada.

Algunas notas se construyen desde una modalidad más pretendidamente «objetiva», con marcas de «seriedad» que intentan informar sin tomar partido. Así, por ejemplo, en una nota en la sección Internacionales de *Clarín*, del 28-10-1993, bajo el título de «Levantán en Brasil el secreto bancario para investigar los casos de corrupción», con el origen de la información en Brasilia, a través de las agencias de noticias EFE Y AFP, se da el relato de los hechos que llevaron a la decisión anunciada en el titular, y de los que resultaron en consecuencia. La nota ubica los modos de la resolución en estos términos: «Luego de varios días de debate interno, la CPI [Comisión Parlamentaria de Investigación] que investiga la presunta manipulación a lo largo de cinco años, de partidas presupuestarias por parte de altas autoridades brasileñas...». Se dan datos sobre el accionar de los implicados, modalidad que colabora con la instauración de la credibilidad de la información: «...un esquema de corrupción que desviaba partidas presupuestarias y forzaba la aprobación de las enmiendas necesarias para viabilizar las obras de importantes empresas constructoras brasileñas y multinacionales». Después de explicar que: «Entre los acusados se encuentran 20 diputados, 4 senadores, 2 ministros y 3 gobernadores...», se interpreta y organiza la información para el lector: «Esta es la primera vez en la historia de Brasil que una CPI investiga un número tan elevado

de colegas. Incluso la mayoría de los legisladores pertenece a los mismos partidos políticos de los acusados». Las consecuencias inmediatas de una decisión de tal envergadura aparecen en la información sobre las reacciones de los principales representantes de los partidos de izquierda que, con la convocatoria a una manifestación popular, intentan «presionar a la CPI para que llegue hasta las últimas instancias de las investigaciones»; en el temor de las Fuerzas Armadas de que «el escándalo por corrupción en el Congreso desencadene un proceso de desestabilización...»; en la reunión citada por el presidente de la Nación, y en la que estuvo presente el ministro de Economía Fernando H. Cardoso, para tratar «la crisis política».

La nota, si bien por el tipo de información brindada tiene una estructura abierta, cierra con esta declaración: «Según fuentes oficiales, los jefes militares manifestaron su respaldo al presidente Franco y ratificaron su propósito de contribuir a la preservación de la institucionalidad democrática». El final responde al esquema tradicional de cierre de noticias, pero se destaca de la información sobre el MERCOSUR explícito en la interpretación que, luego de relatar los pormenores sobre una situación de riesgo para la democracia (contexto de las inestables democracias latinoamericanas) baja la entonación y brinda el informe «tranquilizador» (apela a la competencia del lector y a su experiencia histórica). Difícilmente encontraremos en las notas sobre el MERCOSUR explícito este nivel de elaboración y compromiso periodísticos.

Pero también hay noticias que muestran una modalidad más «subjetiva»: toman partido por la condena de los casos de corrupción. Se trata de una versión más fuerte de periodismo actual (denuncia, corrupción, etc.), que no se encuentra en el discurso de las noticias rubricadas como MERCOSUR explícito. Si bien es una información cuyo discurso sigue los estándares de las secciones internacionales, la que refiere a la situación interna de Brasil puede ofrecer una marca diferenciadora. Es el caso de un conjunto de notas que desarrollan el proceso de investigación y destape de la corrupción, una serie presente en todos los medios, que una volanta de la revista *Noticias* del 5-12-1993 denomina «Episodios policiales brasileños». Las diferencias más fuertes se dan en *Clarín* y en *Crónica*, que pasan del estilo «serio» de otras notas políticas, a una forma más narrativizada (que en *Clarín* agudiza la segmentación de la información y permite suponer diferentes lectores). El seguimiento de estas notas muestra una construcción narrativa. Se maneja el suspenso, al estilo de las secciones policiales; se echa mano de calificativos, comparaciones y metáforas que destacan la intencionalidad de denuncia, advertencia y de cierre moralizante de los textos.

La Nación se despega de este tipo de discurso, en la medida en que su información sobre los distintos países socios del MERCOSUR sigue las mismas pautas de estilo de casi todo el diario: la información «seria» o la reflexión que se hace implícitamente moralizante ante situaciones criminales. En *Crónica* aparece una imagen negativa de Brasil, que es en realidad una sanción a los estamentos dirigentes —gobierno y empresariado— del país (justamente los actores del MERCOSUR). Se traduce en titulares como: «Brasil: diputado corrupto y 'timbero'», con un copete: «En 6 meses apostó 5 millones de dólares y asegura que ganó

la lotería ¡56 veces!» (27-10-1993). Hay cierta ironía cuando se habla del Brasil corrupto: «Tengo mucha suerte y ya gané 56 veces con la ayuda de Dios», afirmó [el diputado José] Alves el jueves pasado ante la Comisión Parlamentaria que investiga las denuncias de corrupción en el Congreso» (27-10-1993); o «Brasil: la corrupción 'mais grande do mundo'» (4-12-1993). También aparece el rescate de la ciudadanía honesta: «Farras ya está preso» con un copete que dice: «Lo recibió multitud enfurecida al grito de 'Ladrón' y 'Cerdo'» (4-12-1993); o «El ambiente de agitación ciudadana, que en 1992 presionó la renuncia de Fernando Collor a la presidencia, ha regresado a Brasil y será Río de Janeiro la primera ciudad que hará sentir su descontento por la red de corrupción descubierta en el Congreso de la República» (6-11-1993). La ubicación de las notas sobre conflictos y temas de corrupción en Brasil y los problemas internos de Paraguay entre las noticias internacionales que refieren otros casos de corrupción o catástrofes varias marca, en *Crónica*, una intención de condena.

En todos los diarios aparece una imagen compleja de Brasil: debilidad, inflación, corrupción que desestabilizan al gobierno y que parecieran en ese momento favorecer al candidato de izquierda, Lula, al que, salvo *Página/12*, los medios miran con desconfianza. La revista *Noticias* no menciona el MERCOSUR cuando habla de la corrupción en Brasil y sus efectos sobre la economía y la política del socio mayoritario de Argentina.

La información en las secciones «blandas»

Las noticias pertenecientes a las secciones tradicionalmente consideradas «blandas» tienen un lugar importante en la construcción del imaginario. Pero también son formadoras de la opinión pública y de representaciones sociales intermedias. La noticia presentada como caso o como narración, generalmente atribuida a los diarios «sensacionalistas», está hoy presente en casi todos los diarios y cumple un rol fuerte y problemático en la cultura contemporánea, como lo hemos señalado en otros estudios (ver nota 1).

Este tipo de noticias son las que, por un lado, refuerzan o reafirman determinadas posiciones previamente instaladas o circulantes en la sociedad, como los estereotipos, y prejuicios sobre las otras culturas²⁰. Por otro, son las que captan las

20. En un trabajo exploratorio realizado en la Maestría de Comunicación en la Universidad Católica del Uruguay, realizado por Alvaro Gazeue en 1993 y dirigido por Aníbal Ford, aparecieron diversos procesos que modifican el imaginario sobre el otro. Así las telenovelas brasileñas rompió el estereotipo uruguayo sobre Brasil como pueblo pobre y haragán, pues ponía en escena riquezas urbanas e industriales. Un programa popular de entretenimientos argentino había instalado el estereotipo argentino en una serie totalmente diferente, la del animador histérico, juvenil y simpático. «Todos los argentinos son como Tinelli», dijo un informante, refiriéndose al animador de aquel programa. Esto muestra cómo son otras series las que construyen estereotipos y los desconstruyen. En esta zona, en general la gráfica se acerca, como veremos en *Crónica*, a estereotipos tradicionales. De manera similar aparecía en un grupo de Internet donde los uruguayos discutían sobre la crisis de su fútbol. Difícilmente estos elementos de las construcciones identitarias ingresan en las investigaciones. Pero son los que actúan con mayor fuerza en el intercambio intercultural. De ahí la importancia que le damos a las zonas «blandas».

transformaciones, las tendencias, las *new issues*. Las secciones de información general son particularmente importantes en este caso debido a su propia indefinición, o a su agrupación de informaciones no tipificadas excepto por su valor como noticia o por su grado de noticiabilidad²¹.

Aquí aparecen dos temas fundamentales para la problemática de la integración: las migraciones y el turismo, temas globales —pues no son temas exclusivos del MERCOSUR— que en el caso de muchos periódicos internacionales ya conforman secciones específicas. Esto no quiere decir que no aparezcan datos sobre esto en las secciones «duras», pero por lo general tienen las características de informes estadísticos que no consideran sus proyecciones socioculturales.

Se han realizado dos tipos de análisis. Uno contempla la estructura de secciones de cada uno de los periódicos. Otro toma temas específicos que ocupan lugares importantes en la agenda pero que no siempre aparecen en la misma sección. Ellos son fundamentalmente los dos señalados antes y en menor medida, temas como salud, o vida cotidiana, no como registro de color sino en sus transformaciones críticas, como es el caso de la reestructuración de la familia. Tanto su presencia como su carácter rotativo entre las secciones indican que estamos ante la aparición de nuevos temas y clasificaciones.

Este corpus, en el cual se detectaron y analizaron 280 noticias, está constituido por los suplementos: Cultura y Nación, Espectáculos (*Clarín*); Suplemento Literario, Turismo, Espectáculos (*La Nación*); Primer Plano, Metrópolis, Verde (*Página/12*), y Democracia (*Crónica*); y las secciones: Medios, País, Sociedad, Reportaje (*Página/12*); Policía, Información general, Opinión (*Clarín*); Gobierno, Ciudad, Policía (*La Nación*). *Crónica* no especifica las secciones, pues como todo diario popular se mueve bajo una lógica situacional y casuística. Pero se puede ubicar en el mismo plano que las informaciones que los otros diarios colocan, en información general, espectáculos, y policiales.

La distribución del total de unidades informativas recogidas se muestra en el cuadro 3.

Lo que predomina en este corpus son notas que se refieren en forma individual a los países miembros del MERCOSUR, sin hacer mención al proceso de integración. Son las notas aparecidas en cultura y espectáculos, en información general, salud, vida cotidiana. O aluden a problemáticas que involucran a más de un país, como ocurre con algunas de la sección policial —el caso de la turista argentina muerta en Río de Janeiro—, las que se refieren a las migraciones ilegales, o a la legalización de extranjeros indocumentados.

Hay un factor que da pie a diferentes situaciones que tendrán un amplio despliegue periodístico en diferentes secciones o suplementos. Se trata del tipo de cambio argentino, la paridad del peso argentino con el dólar, que posibilita o promueve, en el plano laboral, las migraciones de trabajadores de países cercanos,

21. Estos valores son de hecho muy discutidos. Pero para dar un ejemplo de lo que estamos señalando, citamos las características que según el *Novo manual de redação de la Folha de São Paulo* (1994) debe reunir una noticia más allá del tema que trate: «ineditismo»; improbabilidad, interés (personas afectadas); apelación a la curiosidad; empatía (identificación con los personajes del acontecimiento).

Cuadro 3

Distribución del total de unidades informativas recogidas

Corpus	Cantidad	Porcentaje
Cult./espectáculos	91	32,5
Policiales	70	25
Migraciones	45	16
Turismo/seguridad	38	13,5
Salud/ecología/etc.	24	8,5
Vida cotidiana/etc.	8	2,8
Ciencia/tecnología	4	1,4
Total	280	100

arrojados de sus países de origen a causa del desempleo o la marginación, y atraídos por los salarios proporcionalmente más altos pagados en Argentina; en el plano del mercado del espectáculo, la contratación de artistas internacionales en Argentina, o en Buenos Aires, muchos de los cuales son brasileños; en el plano de la industria del turismo, el incremento del turismo argentino a Brasil y a Uruguay²².

Esto último debe ser contextualizado atendiendo a la época del año en que se recolectó el corpus —los meses de octubre a diciembre—, cuando factores estacionales (verano, vacaciones) explican la gran oferta publicitaria referida al turismo; las notas sobre turismo, y sobre la seguridad en las playas brasileñas o uruguayas; las noticias policiales que tienen un sesgo implícito bilateral, y que están relacionadas con asesinatos de turistas argentinos en Brasil.

Es importante señalar el hecho de que un porcentaje muy elevado del total de notas que conforman este corpus está relacionado con Brasil: 135 noticias (48,2%). Visto desde Argentina, el tema Brasil constituye el vector más fuerte de toda la información que analizamos en este trabajo. Es posible que incluso sea mucho mayor el espacio que le dedican los medios argentinos a Brasil que viceversa.

Del corpus constituido por migraciones, trabajo ilegal, sólo se tomaron para este análisis las diez notas que cubren la información sobre el descubrimiento, en dos oportunidades, de situaciones puntuales de explotación de trabajadores brasileños. En ellas están contenidos los elementos paradigmáticos de la manera en que se procesa el tema de las migraciones en los diarios. Hemos centralizado el análisis en notas referidas a Brasil porque en el resto de las unidades informativas los diversos análisis de los procesos migratorios son vistos como un conjunto que

22. La situación se ha revertido con el actual plan económico brasileño. Esto muestra cómo los aspectos socioculturales que subyacen en el proceso de integración son objeto de circulación aleatoria cuando no están regidos por políticas específicas.

incluye, en muchos casos, la migración de países latinoamericanos que no constituyen el MERCOSUR, como Bolivia, Perú, Chile. Demográficamente estas migraciones son las más importantes, actual e históricamente.

En el corpus conformado por Cultura y espectáculos, constituido por 91 unidades de información, Brasil tiene 70 notas, el 76,9% del total. A Uruguay le corresponden 15 notas, el 16,4%. Las referidas a la música totalizan 48. A Brasil le corresponden 42: 33 sobre músicos brasileños, y 9 sobre actuaciones de músicos internacionales en Brasil. Y del corpus televisión, de 14 notas, la totalidad se refiere a la televisión brasileña. (Uruguay y Paraguay prácticamente no tienen producción televisiva).

En secciones policiales, de un total de 70 notas, a Brasil se le dedican 53, o sea el 75,7% del total. De las notas que se refieren a ecología, salud, crisis, minorías -24 unidades informativas en total-, el 70,8% se refiere a Brasil (17 notas). En turismo/seguridad, sobre 38 unidades informativas, hay 27 referidas a Brasil (71%).

En las zonas «blandas» se reconocen dos secciones establecidas: Espectáculos y Policiales, mientras que hay temas que rotan: turismo, en especial relacionado con seguridad, y migraciones, tanto en notas generales como en el relato de episodios referidos a migrantes y las que corresponden a vida cotidiana, o curiosidades. Esto es importante porque:

- ante la ausencia de análisis socioculturales de la inmigración, este conjunto pasa a ocupar su espacio;
- al estar ubicado en las zonas de la agenda de mayor impacto en los lectores, las de información general son las que obviamente suministran más material para la construcción del imaginario en nuestros países;
- el hecho de aparecer la información sociocultural en clave de policiales, de turismo/seguridad, o de espectáculos «distorsiona» necesariamente el análisis de la integración en términos socioculturales. (Estas secciones tienen sus retóricas, marcadas fuertemente por lo narrativo, lo que hace que se desvíen de los objetivos de la información dura como planteamientos orgánicos y argumentados ante la opinión pública. «No dejes que la verdad interfiera en una buena historia», dice el subtítulo del filme norteamericano *El diario* (*The Paper*).

Para profundizar en esto, debemos ahondar en las formas en que se construyen las noticias sobre los países del MERCOSUR y establecer hipótesis sobre qué emiten hacia la construcción del imaginario social; si lo que emiten favorece, complementa o se contradice con los procesos de integración; la manera en que se relaciona el análisis de este corpus con el corpus analizado en la primera parte.

Para llevar a cabo el análisis de las zonas blandas, se trabajará por separado la información aparecida en secciones específicas (cultura, espectáculos, policiales) y la aparecida como temática de actualidad (migraciones, turismo, violencia urbana, etc.).

Cultura y espectáculos

De la totalidad de las notas aparecidas bajo el rubro de espectáculos, las que se

refieren a los socios de Argentina en el MERCOSUR constituyen 5,2% del total en *Clarín*, y 6,6% en *La Nación*. Si bien su proporción no parece significativa, está conformada por una cantidad importante de notas: 91. La actividad musical y televisiva está ampliamente documentada.

El cuadro 4 muestra cómo está constituido el corpus de las secciones de Cultura y espectáculos.

— Cuadro 4 —

Distribución del corpus de Cultura y espectáculos

Corpus	Cantidades
Plástica	3
Literatura	4
Teatro	6
Cine	9
Periodismo	7
Televisión	14
Música	48
Total	91

En este corpus se ha incorporado también la información aparecida en revistas. Las revistas *Noticias* y también *Caras* -de la misma editorial- publican 6 notas incluidas en este corpus. Todas son sobre Brasil. En ellas se refieren a un hecho que puede ser considerado como una forma de integración económica bilateral, que es la publicación en Brasil de la revista *Caras*, por la editorial Abril. Es una de las pocas notas que se refieren a la industria cultural.

Las noticias que conforman este corpus son tanto reseñas de libros, como comentarios de estrenos de obras teatrales o filmes, críticas, reportajes. De las notas referidas a la televisión (14) hay 12, el 85,7%, dedicadas a Xuxa.

Música. También en las notas sobre música predomina la información sobre Brasil: de un total de 48, hay 42 sobre Brasil y 4 sobre Uruguay. Como fue dicho, el plan económico argentino que establece la paridad entre el peso argentino y el dólar estadounidense posibilitó la presencia de artistas internacionales.

Con respecto a las noticias sobre música en Brasil, los diarios registran dos tipos de notas: las que cubren la actuación de músicos internacionales en ciudades de Brasil, etapa previa a recitales en Buenos Aires -caso Michael Jackson, Madonna, Paul McCartney-; y las que hablan de músicos brasileños, estén o no de visita en el país.

Dejamos de lado las primeras, por tratarse únicamente de informaciones llegadas por agencia, y que no dan cuenta de la actividad musical brasileña -aunque sí del consumo y de la globalización de la industria cultural-. En cambio es importante, con respecto a los músicos brasileños, la cantidad de visitantes: en ese

período, actuaron en Buenos Aires Roberto Carlos, Caetano Veloso, Daniela Mercury, Simone, y estuvo a punto de viajar, pero a último momento canceló la gira, Iván Lins.

Sobre Roberto Carlos se hacen 10 notas, entre reportajes, crítica del recital, etc., en los diarios y revistas revisados. Sobre Caetano Veloso también 10 —lo hemos elegido para desarrollarlo en extenso—. A Daniela Mercury le dedican 6; a Simone, 2.

En términos generales, los textos están contruidos desde una retórica exclusivamente laudatoria. Son textos cargados de adjetivaciones, de calificativos. Se puede decir que no se dispone de herramientas de análisis que, por un lado, evitarían recurrir a lugares comunes, y por el otro, permitirían describir con más distancia sus valores o contextualizarlos culturalmente. Esto los empobrece como disparadores de integración.

Como «figura emblemática de la poesía y la música de Brasil» denomina *Clarín* a Vinicius de Moraes. Daniela Mercury es llamada «volcán bahiano» o «terremoto bahiano» por *La Nación*, mientras que *Clarín* habla de su «Contagiosa mezcla de ritmos propios de su tierra». La admiración alcanza también a Roberto Carlos, cosa que hubiera resultado improbable en otras épocas. *La Nación* lo califica de «cálido y simpático músico y poeta popular brasileño».

En una crítica al espectáculo de Roberto Carlos, aparecida en *La Nación* se encuentra una de las claves para comprender la retórica con que los diarios abordan la música brasileña. Dicen: «El tiempo de los brasileños no es el mismo del resto del planeta. Su tiempo tropical es moroso, interminable». Esta aseveración es generalizable a la totalidad de las notas sobre música brasileña. Los brasileños son colocados en una categoría diferente, que no puede ser analizada, se la ubica en una zona que tiene que ver con la magia, con códigos propios. De esta manera, el periodista no puede distanciarse del objeto para analizarlo. No caben la información, la reflexión, la exploración de la relación intercultural. Si bien esto constituye parte de la retórica de este tipo de suplementos —o de sus tendencias actuales— es importante señalarlos porque por su extensión y su nivel de lectura son los únicos que ponen en escena el intercambio sociocultural totalmente dejado de lado en el análisis del MERCOSUR.

Un caso: Caetano Veloso.

La retórica que venimos señalando llega a su punto culminante en las notas que se dedican a Caetano Veloso. Se le dedican 10, el 30%. Tienen una retórica que expresa un nivel muy alto de admiración, no común en los géneros periodísticos.

El contrato de lectura supone un lector con una fuerte competencia en su figura. Un lector que no es un simple conocedor de Caetano Veloso, sino un *fan*. Son textos «endo», «para iniciados» que no explican su música a lectores no conocedores.

No se encuentran diferencias en los discursos de los tres periódicos que lo tratan: *Clarín*, *Página/12* y *La Nación*. Con la excepción de *Crónica*, que no lo trata, por lo que se supone que el lector de *Crónica*, conformado por sectores populares, no asiste a sus *shows*, los otros periódicos le dedican varias notas: *Clarín* 5, *La Nación* 3, y 2 *Página/12*.

Su figura, su voz, su *show* son colocados en un plano mágico. Ver a Caetano se transforma en una experiencia que linda con lo místico: «Levita...flota. Mágico» (*Clarín*, 5-11-1993); «Caetano Veloso: El mágico hombre que juega a ser genial (...) No es perfecto, es mágico», y se plantea disquisiciones acerca de la humanidad de Caetano mientras se traza un símil con la gacela, un animal tradicionalmente asociado con la gracia: «¿puede ser humano esta gacela que se desliza sigilosamente por el escenario?» (*Clarín*, 8-11-1993). «Comunión con la música y la poesía en las más altas cumbres de la magia» (*La Nación*, 9-11-1993).

Están contruidas con fuerte utilización de calificativos. En una misma nota *La Nación* habla de: «Cálidas notas»; «Almas sensibles»; «Voces interiores, quedas, huracanadas»; «Buenos oídos»; «Auténticos sentimientos»; «Entrenadas percepciones»; «Clara inteligencia»; «Sutilezas de la liviana percusión»; «Ascéticas líneas melódicas»; «Riquísimo y original solo de guitarra»; «Exquisito entrecruzamiento de voces»; «Polifonía canyengue, que elabora tangamente»; «Ritmo contagioso»; «melodismo irreplicable», «sabores profundos»; «livianas delicadezas»; «elasticidades estéticas» (9-11-1993).

Página/12 también connota positivamente su actuación: «la riqueza de sus fuentes (...) genial bahiano (...) Obra descomunal, acaso atrapada en casi 30 discos» (5-11-1993). Acuña un término, «la caetanomanía», en un titular. Habla de «caer en estado de ...» (9-11-1993). Señala la complicidad con los espectadores: «la asistencia al teatro era un pase a su intimidad» y el «*show* dejó boquiabiertos y maníacos a sus *fans* y aspirantes porteños, unidos en el deseo de que vuelva a la brevedad» (9-11-1993).

Se establece un diálogo con el lector, otro *fan*, a quien se lo hace cómplice de ese fervor: «Caetano no puede ser congelado, claro»; «El público estaba atónito. Probó la fórmula de la felicidad», que se fusiona con la propia experiencia del cronista: «Es que ver a Caetano es una de esas experiencias que no se olvidan» (*Clarín*, 8-11-1993).

A veces, las críticas son especializadas, dirigidas a lectores con cierto conocimiento musical: En «Mensaje cifrado», recuadro aparecido en *Clarín*, se analiza el canto de Caetano. Habla de la «perfecta entonación», «variedad de colores», «exquisita fragilidad», «referente cultural, estético y político». Sus obras pueden ser consideradas como «mensajes cifrados» por la «riqueza, complejidad de conexiones internas y con el mundo real» (8-11-1993).

Se trata de un discurso intelectual: sus producciones «podrían ser llamadas futuristas, si no fuese porque el futurismo constituyó, antes que otra cosa, una glorificación del presente» (8-11-1993).

En síntesis: ante la carencia de información sobre la cultura brasileña, tanto en las zonas «duras», como en las zonas «blandas», al levantar de esta manera la figura de Caetano, y sin poner en duda sus valores, se lo descontextualiza con respecto a su relación con la cultura de Brasil y con relación a nuestros intercambios culturales. También se lo ubica en un sector sociocultural cerrado, o se lo limita en la relación con un imaginario social más amplio. Esto indica, frente al extremo economicismo que analizamos en la información MERCOSUR, y ante el bajo perfil de los acuerdos culturales, que los procesos de integración cultural se

reducen, en aquellas zonas que realmente podemos considerar fuertes, a una dinámica fragmentaria y aleatoria. Pero a su vez señalan otra cosa: los acuerdos culturales, que casi siempre conciben la cultura como bellas artes, artesanías, patrimonio en el sentido tradicional, no van a tener en cuenta estas zonas —las de la música popular— que son las más dinámicas en el intercambio cultural.

Policiales

Este corpus está conformado por 70 notas. Constituyen alrededor del 5% del total de las notas que tanto *Clarín* como *Crónica* dedican a noticias policiales. En el corpus recogido hay 53 referidas a Brasil, 11 a Uruguay, 6 a Paraguay. Los porcentajes son, respectivamente, 75,7%, 15,7% y 8,5%.

La cantidad y porcentajes de notas por medio pueden verse en el cuadro 5.

Cuadro 5

Distribución de las notas policiales por medio

Medio	Cantidad	Porcentaje
<i>Clarín</i>	17	24,3
<i>La Nación</i>	11	15,7
<i>Página/12</i>	8	11,4
<i>Crónica</i>	34	48,5

La mayoría de las notas aparecidas en este corpus tiene que ver con hechos delictivos —robos, drogas, enfrentamientos entre policías y ladrones o criminales, prisiones, accidentes diversos—. Algunos son hechos puntuales y también a veces tienen una contextualización mayor, como cuando se trata de la violencia de los escuadrones de la muerte en Río de Janeiro. Obviamente, el despliegue es mayor en *Crónica*, y su estilo corresponde al de los periódicos populares, cuya tematización de la violencia se explica porque se dirigen a lectores que experimentan la violencia cotidiana de manera directa.

El caso de la turista argentina. Se ha elegido ejemplificar con el caso de una turista argentina muerta en noviembre en un hotel de Río de Janeiro, cubierto por todos los diarios entre el 8 y el 24 de ese mes. Si bien la noticia es tratada en relación con el turismo argentino en Brasil, se la aísla del MERCOSUR.

La construcción de la noticia sigue las pautas tradicionales según los contratos de lectura de los diferentes diarios. Se le dedican 29 notas, que, dentro del corpus total de policiales representa 41,4%. Están distribuidas de la siguiente manera: *Clarín* publica 10 notas; *Página/12*, 5; *La Nación*, 3; y *Crónica*, 11. En *Clarín* y *Crónica* es nota de tapa. Al no estar esclarecido el crimen, se construye una serie que, al modo de los relatos por entregas, ofrece un nuevo capítulo cada día. En el tratamiento del tema aparecen rasgos xenófobos.

Aquí es importante cotejar el tratamiento de *Crónica*, periódico popular, cuya construcción se asienta en una retórica propia del periodismo sensacionalista, con el de los periódicos restantes.

Para adentrarnos en el análisis, se debe señalar que apenas un mes atrás había sido asesinado un turista argentino también en Río de Janeiro. Si por un lado este hecho se ubica en el contexto de violencia en esa ciudad brasileña, tiene contactos así mismo, como fue señalado al comienzo, con la cantidad de argentinos que viajan por turismo a Brasil, y a Río de Janeiro.

Crónica tiene la primicia, y le dedica 11 notas en sus ediciones matutinas. Algunas veces trae fotos de la joven asesinada. Va a construir la noticia apelando a recursos de la prensa sensacionalista: la objetividad que caracteriza al discurso informativo se mezcla constantemente con rasgos subjetivos, narrativos, que incluyen evaluaciones propias («está en condiciones de informar», 8-11-1993), la recurrencia a fuentes no confirmadas («se habría producido», «se apellidaría», 8-11-1993) y extrae conclusiones (el titular «Matan a turista»). También, como todo discurso de diario popular, su construcción es personalizada, puntual en los detalles, concreta, identificatoria de personajes, lugares y situaciones. Esto implica patrones de expresión tan rígidos y formales como los que se dan en los otros periódicos (Muniz Sodré/Ferrari, 1987).

Crónica supone un lector con conocimiento de otro asesinato reciente, el de un joven argentino que pasaba su luna de miel en Río, y comparte el dolor con los lectores: «Está fresca aún en la memoria la tragedia» (...) Como se recordará...» (8-11-1993). Para ello acude a datos que intensifican el contraste entre el estado de felicidad y el dolor posterior: el joven «estaba disfrutando de su luna de miel en compañía de su flamante esposa» (8-11-1993); con lo que quiere poner en relieve la injusticia del hecho, la inseguridad de Brasil, y apunta a sensibilizar al lector.

Dado que el asesinato mencionado tuvo lugar durante una visita al estadio Maracanã, en varias oportunidades *Crónica* se va a referir a éste como «el mítico estadio», el «legendario Maracanã», con lo cual está estableciendo, por un lado, una complicidad con el lector conocedor del fútbol, y por el otro, reafirmando el imaginario sobre Brasil, que entre otras expresiones, pasa por el fútbol.

Aunque la información periodística trata de evitar supuestos, todo contrato de lectura admite su existencia. Pero lo importante aquí es señalar las diferencias en la relación con el lector, que aparecen si comparamos la manera en que lo relata *Crónica* con la forma en que hablan los otros periódicos sobre Caetano Veloso. Más allá de que se inscriben en géneros distintos, son series diferentes que hablan a diversos sectores socioeconómicos, sin que se vislumbre alguna política de integración o de la exploración de los intercambios culturales que los incluya a ambos.

A lo largo de los días, *Crónica* enmarca la noticia en el contexto de violencia de Brasil y el auge de turismo argentino. Los argentinos «invadieron el país vecino», en «económicos tours», y a causa del «favorable tipo de cambio». Por la misma razón, asume un rol de consejero en lo referente a la conveniencia de veranear en Brasil. Apunta a llamar la atención de «potenciales turistas argentinos». Les aconseja que se cuiden de las «excursiones baratas que se transforman en las más

caras» (8-11-1993). Les señala las desventajas: «Empero, hay un bien que no puede incluir en sus muchos servicios: seguridad para bienes y vidas (...) algo que no tiene precio» (10-11-1993). Esto último, reforzado por la gráfica, en negrita. *Crónica* saca conclusiones, trata de mover a la reflexión de lectores, no a partir de lo argumentativo, sino apelando al sentido común, al valor de la vida.

Para *Crónica*, la violencia en Brasil no se limita «a ciertos puntos 'claves', como se dijo en los últimos tiempos» (8-11-1993), y ubica este crimen en una serie, donde el asesinato del joven en luna de miel aparece en primer lugar, y luego mencionará otro caso, «el rapto de una pareja de argentinos que tuvo lugar en los últimos días en Camboriú» (10-11-1993), del que no sólo no brinda otros datos, sino que no es recogido por los demás periódicos.

Se debe remarcar que Camboriú es uno de los balnearios donde se concentra gran parte del turismo argentino. *Crónica* está suponiendo, por un lado, un lector que conoce la geografía de Brasil, y por otro está refutando opiniones circulantes que distinguen entre la tranquilidad del sur y la violencia de Río. Con la mención de este rapto, *Crónica* coloca a Camboriú en las generalidades de la violencia: «Como se ve, la delincuencia no es estática: va donde hay posibles víctimas, y los argentinos lo son», concluye (16-11-1993).

No sólo es un discurso alarmista, también *Crónica* está haciendo campaña contra el destino de veraneo elegido por casi un millón de argentinos. Y, especialmente, está construyendo información para turistas de bajos recursos.

Esto se pone en evidencia en la especulación que hace acerca de lo que podrá desatar este incidente: La «ola de violencia delictiva hace temer una disminución sustancial de turismo para esta temporada, donde miles de argentinos —alentados por el cambio de divisas— viajan a Brasil para disfrutar de sus playas que antes eran placenteras y ahora son 'de temer' al decir de un hotelero carioca que ya está pensando en un cambio en el rubro de sus negocios» (11-11-1993). Esta mención a una fuente no comprobada —el hotelero carioca—, puede ser vista como una estrategia para reafirmar lo que aparece como la prédica de *Crónica*: que los argentinos no vayan a Brasil. La utilización de fuentes secundarias es típica de los periódicos populares. Se ubican fuera de los centros de poder de la información. Las «fuentes cercanas» a *La Nación* son fuentes inaccesibles para *Crónica*, que se ubica junto al lector.

Como el caso no era esclarecido, y las pericias policiales no concluían, *Crónica* va a exhibir una xenofobia que tiene que ver con el «nacionalismo» que maneja el periodismo sensacionalista. Titula: «Joven muerta, Brasil demora pericias». Y en el copete toma partido: «Ocultan la autopsia para evitar reconocer que otro turista fue asesinado» (16-11-1993).

Crónica arremete contra la policía brasileña, y ve detrás de las demoras una intencionalidad no declarada: «la dilación trata de evitar que cunda el pánico entre los potenciales miles de turistas argentinos» (16-11-1993).

Su retórica es redundante: «las dilaciones brasileñas tienen un claro propósito, habida cuenta de que son muchos los turistas argentinos que se dejan tentar por los buenos precios (...) olvidando que Río es una de las capitales (sic) del mundo con mayor índice de criminalidad» (16-11-1993).

El tratamiento narrativo que *Crónica* da a este caso genera una expectativa tendiente a atrapar al lector. Trabaja con la serialidad de un relato por entregas, donde hay una fragmentación generadora de suspenso. Las notas se construyen siguiendo el ritmo de las averiguaciones. Pero la serialidad que construye *Crónica*, a diferencia de la de *Clarín* o *La Nación*, se apoya en lo afectivo y sentimental —la referencia constante al matrimonio de recién casados—, en lo paradójico —«las vacaciones baratas que son las más caras» (10-11-1993)— que le dan pie para imaginar una supuesta cruzada en Brasil en contra de los turistas argentinos.

Como conclusión sobre el tratamiento de *Crónica* a este caso, importa observar que en numerosas oportunidades se menciona el hecho de que la víctima no era una persona de dinero. De esta manera, se lo puede analizar como un caso testigo acerca de la posibilidad de acceder a *tours* económicos para el cambio argentino, por parte de amplios sectores de la población. Se puede inferir que el lector de *Crónica* no asiste a los recitales de Caetano Veloso —ya que *Crónica* no da cuenta de ellos—, pero sí puede acceder al turismo en Brasil. Por lo que la relevancia que *Crónica* da a este caso tiene que ver tanto con la importancia que el periodismo popular otorga a las secciones policiales, como con la posibilidad de que sus lectores sean veraneantes en Brasil. En este salto de un caso particular a una consideración general radica, en el lenguaje periodístico, el «gancho» de la noticia (cfr. *Novo manual de redação de la Folha de São Paulo*).

Los restantes periódicos, si bien tratan la nota en forma detallada —*Clarín* la sigue en diez ocasiones— no se caracterizan por las retóricas de los diarios populares. La cobertura de *Clarín* aporta muchos datos informativos; realiza una infografía sobre la ubicación del hotel en Río de Janeiro; cita las fuentes a las que consultó: la agencia de noticias Télam, conversaciones telefónicas con el cónsul, conversaciones que Radio Mitre hace a funcionarios en Brasil, el diálogo con la familia de la víctima. *La Nación*, si bien le dedica menos espacio que *Clarín*, procede de manera semejante. *Página 12*, a través de un corresponsal, se transforma en el único medio que acude al lugar. Informa desde lo que puede verificar. No realiza especulaciones, recoge información de la prensa carioca, entrevista al gerente del hotel, a la policía.

Nos hemos detenido en esta cobertura por diversas razones. El turismo a Brasil no sólo mueve importantes sumas de dinero, sino que es uno de los fenómenos que más movilizó el imaginario argentino sobre Brasil, en diversos niveles económicos ya que también alcanza a sectores de bajos recursos. De ahí la importancia que le da *Crónica*. El turismo es el sector donde se produce la mayor masa de intercambio cultural directo, no mediatizado por los medios de comunicación. Su importancia está dada por el valor de noticiabilidad que tiene el caso analizado. Pero no ingresa ni económica ni culturalmente en los análisis institucionalizados como MERCOSUR.

Migraciones

Las notas referidas a la temática de migraciones, trabajo ilegal, situación laboral, fueron publicadas en las secciones Información general y Policía, en

Clarín. Cuando los casos crecieron en importancia y generaron discusiones públicas, aparecieron notas en la sección Opinión y una nota editorial. En *Página/12* aparecen en el suplemento Metrópolis, en las secciones País, Sociedad, y también en columnas y reportajes. En *La Nación*, en Gobierno, Ciudad y en una nota editorial. Es importante aquí observar que en algunos diarios comienzan a aparecer clasificaciones o secciones no tradicionales. Dentro de este corpus colocamos las noticias referidas a migraciones, situaciones de explotación laboral, documentación de extranjeros. El corpus consta de 45 notas.

La problemática de las migraciones es fundamental en las actuales circunstancias internacionales. Hay tres notas que focalizan la situación en el marco del TLC, una que se refiere al desempleo en la CE, mientras que el resto se inscribe en el marco Argentina-migraciones diversas. La mayor parte de la información es acerca de migraciones de países limítrofes. Tienen relación general con la economía pero no con el MERCOSUR, del que no se habla ni se lo distingue como bloque.

La problemática de las migraciones de países vecinos a Argentina tiene una historia larga que precede al MERCOSUR. El mayor número de migrantes a Argentina proviene de Bolivia. *La Nación* estima en 190.000 el número de bolivianos sin documentar. Y en segundo lugar, aparece Paraguay.

Por otro lado, en los tiempos recientes, debido al desempleo y los bajos salarios en los países de origen, se está produciendo, además de las tradicionales corrientes migratorias (de Paraguay y Bolivia) un flujo migratorio proveniente de Brasil y Perú, que en otras épocas era prácticamente inexistente. La temática conforma, como se verá, un campo de conflicto y de reacciones xenófobas.

El caso de los obreros brasileños. Hechos puntuales que ocurrieron en esos días explican la cantidad de notas aparecidas en los periódicos. Por un lado, el hallazgo, en dos oportunidades, y a causa de una denuncia proveniente de la UOCRA (Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina) de empresas en las que se explotaba a trabajadores brasileños (los días 5 y 20 de noviembre). La información fue amplia, y los diarios no dudaron en denunciarlos y criticarlos, pero sin explorar los sistemas de producción, las causas de migración, de contratación, etc.

El término «esclavos» fue ampliamente utilizado por los medios analizados para describir la situación: «Esclavos traídos de Brasil», tituló la nota de *Página/12* (20-11-1993). «Vinieron de Brasil para ser esclavos», dice *Crónica* (5-11-1993), mientras que el copete es «Indigno: a obreros hacinados en un mugriento galpón los matan trabajando por \$300». «Esclavitud: la Municipalidad clausuró un depósito en Brasil al 2300, donde trabajaban y vivían de modo infrahumano...» es el copete de *La Nación* (6-11-1993). «Denuncian que 250 brasileños trabajan en negro y viven casi como esclavos» es el titular de *Clarín* (5-11-1993).

Posteriormente se descubrieron gestorías laborales que se ocupaban de ingresar trabajadores ilegalmente: «Frenarán 'importación' ilegal de trabajadores» es el titular principal de la tapa de *Crónica* (21-11-1993). En el artículo, se habla de «mafia que importa 'esclavos' (que traían) mano de obra regalada».

Estos episodios inician una línea de problemáticas de discriminación y de racismo que sin duda marcarán esta etapa. Inicialmente la UOCRA (Unión Obrera

de la Construcción de la República Argentina) denunció la existencia de trabajadores brasileños clandestinos. El titular del gremio declaró: «Si no se toman medidas urgentes, el próximo año se sumarán unos 500.000 brasileños clandestinos que, además de sacarle el trabajo a nuestros trabajadores, aumentarán a un 4% la desocupación» recoge *Página/12*, en una nota que titulan: «Brasileños va embora» (5-11-1993).

Por otro lado, el mismo gremio, en esta oportunidad, y también cuando había finalizado la recolección del corpus (febrero y marzo de 1994), llevó a cabo una campaña publicitaria con afiches callejeros que decían: «Que no nos quiten el pan» debajo de una fotografía de una pieza de pan; y otros del mismo tenor que hablaban de dar trabajo a los argentinos.

Presionado por tales situaciones, el gobierno informa el vencimiento del plazo para la radicación de extranjeros, a ocurrir el 31 de diciembre: «Emplazan a los residentes ilegales» es el titular de tapa de *Clarín* el 3-12-1993, y en el copete dice: «Medio millón de extranjeros podrá ser expulsado a partir del 1º de enero si no regulariza su situación. Intentan frenar la importación de mano de obra baratísima desde países vecinos», que generó diversos incidentes en la oficina de migración, como filas larguísimas, bajo el sol, a altas temperaturas, «hubo tumultos, tres bebés con principio de asfixia y forcejeos» (*Clarín*, 10-12-1993). Y el comercio de niños para hacer las colas: «Alquilan chicos y piden coima. Sinistra especulación mientras extranjeros ilegales forman colas» (*Crónica*, 14-12-1993). La situación finalizó con la ampliación del plazo para tramitar la documentación.

Lo más relevante de este corpus es la presencia de diversos géneros periodísticos, como notas de opinión, cartas de lectores, entrevistas, encuestas y editoriales bajo los que aparecieron discusiones en torno a temas como el racismo, las políticas migratorias, el desempleo, el nuevo orden.

Página/12 consultó a Lelio Mármora, director en Argentina de la Organización Internacional para la Migración; al sociólogo Heriberto Muraro, autor de un estudio sobre la reacción de los argentinos frente a la contratación de extranjeros que *Página/12* titula «Ocho de cada diez argentinos no quieren trabajadores extranjeros» y cuya información grafica. Se publica una columna firmada titulada «Bolitas, go home», término que alude, despectivamente, a los bolivianos. En el suplemento Metrópolis dedican una extensa nota al tema de migraciones.

Clarín, por su parte, le dedica dos notas editoriales. En la sección Opinión aparece un artículo de la socióloga, especialista en demografía, Susana Torrado, titulado «¿Inmigrantes o chivos expiatorios?»; un recuadro del director del Instituto de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales, Enrique Oteiza, sobre la discriminación, además de la carta de un ex diputado sobre los problemas de la frontera con Brasil. Aquí vemos que la información se fragmenta. Los casos concretos aparecen en Información general y Policiales. Las estadísticas en las secciones «duras». La interpretación en los columnistas. Pero el mayor peso de lectura está en los casos concretos. Pero, aunque esto no se conecte con las lecturas estructurales o interpretativas, esta zona es la que muestra con mayor fuerza la otra cara de los procesos de integración.

Turismo

Las notas que se refieren al turismo aparecen en la sección de Información general de *Clarín*, o en el suplemento Turismo de *La Nación*. No guardan relación con el MERCOSUR a pesar de la enorme cantidad de dinero que moviliza, y de lo que puede significar como contacto entre dos culturas. Tampoco los efectos de esto, tanto a nivel sociocultural como económico, por ejemplo, en el consumo.

En este corpus, vale señalar que la cantidad de notas (38) se conectan, en primer lugar, con la proximidad de las vacaciones. En este sentido, se las debe analizar prestando atención a la masa publicitaria que ofrece «paquetes» de excursiones en dos de los países miembros del MERCOSUR, Brasil y Uruguay.

Durante la temporada veraniega, las ofertas a Asunción, o a otras ciudades de Paraguay, son inexistentes, debido a las altas temperaturas y a la ausencia de playas, mientras que durante otras estaciones del año están presentes.

Por otra parte, el turismo a Uruguay es una práctica instalada ya hace muchos años en sectores de la población argentina. No debe olvidarse que un porcentaje grande de los poseedores de chalets en Punta del Este, o de los inquilinos, son de nacionalidad argentina. Y los argentinos eligen así mismo otras ciudades de la costa uruguaya, como Colonia, Piriápolis, La Paloma. A lo largo de todo el año, por vía marítima, aérea, terrestre, hay un intercambio fluido con Uruguay.

La elección de playas en Brasil, en cambio, si bien es más reciente, data de algunos años atrás. Tradicionalmente la elección recayó en Río de Janeiro. En los últimos años, se extendió a las playas del sur, como Camboriú y Florianópolis. En 1992 se desarrollaron nuevos destinos, en el norte de Brasil.

Los motivos de elección de playas en Uruguay o en Brasil difieren: si bien se asientan en la diferencia de precios con respecto a Argentina, esto vale principalmente para Brasil.

Un servicio en *Clarín*, el 28-11-1993 lo explicita. Se titula «Los precios de Brasil seducen a 900.000 argentinos». Hasta el momento, se trata de una cifra récord. *La Nación* consigna que en 1991 el turismo argentino a Brasil movilizó a 369.000 personas (5-12-1993).

Por otra parte, en informaciones posteriores al corpus analizado, se afirmaba que durante enero y febrero 92% del turismo que recibió Florianópolis era argentino. Con respecto a Uruguay, no se trata de una elección económica. Los veraneantes en ese país, que en su gran medida se dirigen a Punta del Este, han pertenecido tradicionalmente a sectores de alto poder adquisitivo.

Otro de los motivos que circulan acerca de la elección de esos destinos turísticos, además de los precios, es el de la belleza, y el clima más estable y caluroso en relación con las playas argentinas, situadas a 400 km. al sur de Buenos Aires.

Del total de 38 notas del corpus, hay cinco que abordan, ligada al turismo, la cuestión de la seguridad en los destinos turísticos de Brasil. No aparecen en secciones dedicadas específicamente a turismo, sino en el cuerpo general de *Clarín*, *La Nación*, *Crónica* y *Página/12*. Obviamente esto se relaciona con el caso analizado en policiales.

Clarín publica una nota informativa donde cronistas enviados especialmente

constatan con autoridades de Brasil los dispositivos de seguridad. «Cómo se prepara Brasil para cuidar a los argentinos» es el titular aparecido el 21-11-1993, en cuyo copete se consigna que «Alrededor de 900.000 argentinos cruzarán este verano la frontera para pasar sus vacaciones en Brasil».

Dentro de este corpus aparecen tres notas que mencionan el MERCOSUR. En *La Nación*, con la volanta «Tendencias» y el titular «Reuniones y desencuentros» se informa sobre encuentros de funcionarios y empresarios de empresas de turismo, con el fin de lograr acuerdos de integración en ese sector.

La periodista de *La Nación* describe las contramarchas y dificultades: «Mientras tanto, el interés en el tema no es por cierto homogéneo en los países». Y describe que *La Nación* envió a los cuatro organismos oficiales de turismo un breve cuestionario sobre los logros y plazos. «Como mero termómetro puede ser anotado este ejemplo (...) La respuesta argentina, escueta, llegó un día después; la uruguaya fue detallada y llegó a los 22 días; la brasileña se demoró exactamente un mes y fue amplia, con referencia a otras fuentes e información y, por último, la paraguaya todavía no fue contestada» (5-12-1993). Lo cual señala por una parte la precariedad de acuerdos en el marco de MERCOSUR para esta área, asentada, por el otro, en el hecho de que únicamente *La Nación* entre los medios analizados es quien se interesa por esta instancia.

Damos estos datos porque el turismo, y en especial el turismo popular, si bien es discutido en sus sectores específicos e industriales, es desplazado tanto por la agenda del MERCOSUR, como por el análisis sociocultural. Sin embargo, un intercambio directo tan fuerte genera transformaciones en los estereotipos que ambos países han conformado acerca del otro; genera nuevas prácticas y percepciones del consumo; activa el conocimiento directo de las culturas y en especial de las culturas urbanas; da pie a flujos como es el caso del traslado de cultos o religiones afrobrasileñas a Argentina; pone en contacto lenguajes corporales, no verbales, diferentes; desarrolla formas de comunicación a través de la música, etc.

Salud, ecología, población

En este corpus se han agrupado las notas referentes a ecología, salud, crisis económica y hambre, pobreza, minorías. Son un total de 24 notas. Aparece diseminado en diversas secciones o suplementos de los medios analizados, como Democracia, suplemento dominical de *Crónica*; Verde, suplemento dominical de *Página/12*; Sociedad, sección de *Página/12*; Opinión, sección de *Clarín*; Caza y pesca, sección de *La Nación*.

Como en otras secciones, la presencia de notas referidas a Brasil es mayoritaria: hay 17. *Crónica* es el medio que más notas trae: 16. Entre ellas, el suplemento Democracia trae 7 notas referidas a Brasil.

Dentro de la variedad de temáticas que conforman este corpus, se ha elegido agruparlas de acuerdo a los siguientes temas: Ecología (6); Salud (11); Minorías indígenas (1); Crisis (6, que incluyen temas sobre crisis económica y prostitución, hambre, etc.).

El corpus presenta diversas aproximaciones a temáticas de fuerte peso social:

algunas informan sobre casos de cólera o meningitis, o sobre reuniones de ministros acerca de políticas para combatir el cólera. Otras se instalan en una zona de trivialización de la ecología, o de los derechos de los animales.

Hay tres notas breves referidas a Brasil, aparecidas en *Crónica*, que merecen comentarse. Se trata de notas provenientes de una agencia, donde se informa que en una encuesta realizada en São Paulo, los encuestados confiesan la disminución de su deseo sexual vinculado a la crisis económica. *Crónica* titula: «Derumbe macaco» (29-11-1993), utilizando un término acuñado por este periódico, prejuicioso y discriminatorio hacia el país vecino. Días después, la misma información será titulada «Inflación y deseo sexual» (1-12-1993); mientras que el 5-12-1993, en el suplemento Democracia la misma información se titulará «Brasileños menos fogosos por la crisis».

Más allá de cuestionar la validez de la encuesta, que no es tema de este trabajo, resulta sintomático que *Crónica* la coloque en tres oportunidades. Aunque se trate de una información proveniente de São Paulo, *Crónica* resuelve adjudicarla al Brasil, operación que le permite aludir a un imaginario corriente sobre los brasileños, a una mitología que los ubica como fogosos y grandes amantes. La crítica a un estereotipo, o su nuevo registro da muchas veces lugar a la revisión de las relaciones interculturales en niveles que, aunque hayan sido tratados por la antropología, son desplazados. A pesar de que el tema de la sexualidad aparezca casi humorísticamente en *Crónica*, está poniendo en escena una de las zonas básicas del imaginario con respecto a otras culturas. El hecho de que Brasil sea considerado un país «generador» del SIDA en el folclore internacional, es uno de los datos que marca la importancia de la relación sexualidad-interculturalismo.

Lo que hemos visto hasta aquí, en esta segunda parte, exige una aclaración pues estamos trabajando en tres niveles. El primero es el que enfrenta al economicismo, puesto que un proceso de integración, pensado globalmente, no puede dejar de contemplar los aspectos socioculturales. El segundo es que, si pensamos específicamente en términos político-culturales o político-comunicacionales, no podemos desplazar la concepción de la cultura tal cual la definen la semiología y la antropología, como un dispositivo transversal. Esto no quiere decir que cultura sea «todo lo que hace el hombre», como aparece en algunos tratados, pues esta concepción no es operativa. El tercer nivel que subyace en nuestro enfoque, es la crítica a la concepción de la cultura como un conjunto constituido por las bellas artes, el folclore, y las visiones tradicionales del patrimonio (Ford, 1995).

Conclusiones

De acuerdo con el análisis de la prensa gráfica, en 1993 el tema de la integración no está contemplado globalmente ni por el gobierno ni por los medios ni por las empresas ni por la sociedad civil. Aparece como orgánica únicamente la instancia económica-comercial.

Sin embargo, no se trata de que falte información sobre los países que componen el MERCOSUR, muy especialmente sobre Brasil, que está instalado en la

agenda de los diarios de manera mucho más amplia y persistente en lo que se refiere a la zona «dura». El corpus de noticias sobre Brasil, en sí es, por otra parte, más importante que el corpus explícito del MERCOSUR.

Los temas que no pertenecen al ámbito económico/comercial en el proceso de integración, como educación, sociocultura, «identidades», intercambio simbólico tanto massmediático como directo (fronteras y turismo, por ejemplo), cultura del trabajo, del consumo, de la producción, genealogías históricas, salud, etc., no son objeto de información, análisis, o interpretación. Aparecen de manera aleatoria y mediatizados por los géneros, los sistemas de construcción de la noticia, la retórica de las secciones²³.

Esto hace que puedan ser considerados índices de los aspectos de la integración no comentados, de sus problemáticas. El corpus que se ofrece al lector no está profundizado sistemáticamente, y queda librado a los avatares de una recepción, de una construcción del sentido precaria, ya que esas temáticas no encuentran tampoco desarrollo en instituciones no massmediáticas, como puede ser la educación.

Sin embargo, esto no es atribuible a los medios. A pesar de que se hayan realizado convenios y propuestas en el campo de la cultura, por el momento son de bajo perfil²⁴. A esto se le suma la carencia de políticas gubernamentales que plantea la «cultura de la integración». En zonas como éstas, donde los medios no construyen, sino que van detrás de lo noticiable —como lo hemos visto específicamente en el plano económico, dominado por instituciones y actores— este campo de la integración tiene poca presencia. Pero esto implica otro aspecto observado en la primera parte de este análisis.

El periodismo mantiene una relación fuerte con la información tradicional sobre los países que componen el MERCOSUR, en la redacción de las notas, en la construcción de las noticias, en la investigación y uso de fuentes, en su compromiso con el contrato de lectura y con el lector modelo del diario.

23. Hoy, 1995, es poco lo que se ha avanzado en el registro periodístico de los medios. Se da cuenta de diversas reuniones sectoriales sobre algunos de estos temas pero de manera dispersa e inorgánica y tiene poca difusión pública. Por esa misma marca de dispersión, aporta de manera insuficiente al espacio público, al debate sobre la integración.

24. O son híbridos. La reunión de mediados de marzo de 1995 sobre políticas culturales del MERCOSUR, llevada a cabo en Buenos Aires, y a la que asistieron no sólo las máximas autoridades culturales de los cuatro países socios del Acuerdo, sino también las representaciones de Chile y Bolivia, especialmente invitadas, puso en claro la indefinición o precariedad del concepto cultura. Al respecto, *La Nación* informó en su sección Cultura (14-3-1995), bajo el título de «El Mercosur cultural, una idea que afronta sus primeros pasos». En la nota se manifiesta un cierto espíritu «macondista» en las expresiones de la subsecretaria de Patrimonio Cultural, Magdalena Faillace, quien al reconocer los exigüos presupuestos oficiales para el campo de la cultura, apela a poner en juego «nuestro pensamiento mágico y creatividad para potenciar la iniciativa privada en el área». El discurso oficial sobre la integración cultural y MERCOSUR es un campo vago. En un artículo de opinión («MERCOSUR y cultura» en *Clarín*, 23-3-1995), el secretario de Cultura de nuestro país, Mario O'Donnell, sintetiza y reflexiona sobre las cuestiones fundamentales en ella abordados. Si bien se reconoce la necesidad de integración cultural y el conocimiento de los otros socios, la cultura es entendida casi exclusivamente como el territorio de las bellas artes, de los patrimonios museísticos, a pesar de que se hayan incluido industrias culturales. Aparece una serie dispersa de problemas y un concepto errático de cultura.

Por lo contrario cuando se trata de notas sobre el MERCOSUR la relación es distante y burocrática. Mucho menos periodística en el plano *hard* que en la información que se trabaja con otros procesos como puede ser el TLC o la CB. Esto implica un ingreso precario del MERCOSUR en la agenda, en la medida en que ésta está relacionada no sólo con la cantidad de información sino con el énfasis²⁵.

Librados los procesos socioculturales al *laissez-faire*, puede ser que el MERCOSUR se haga presente a través de hechos concretos o aleatorios, muchas veces disparadores de discusiones públicas estructuradas. Esto comienza a suceder en el campo de las migraciones²⁶. Este campo constituye el tipo de *issue* más fuerte, porque emerge de la propia sociedad. Por ahora sigue siendo un tema tratado fragmentariamente como lo señalamos anteriormente.

Pero si se tratara de establecer políticas de integración en los niveles socioculturales, es bueno tener en cuenta que todavía este campo es precario en su sistematización; no está interrelacionado con los problemas que plantean las migraciones como problema global que excede al MERCOSUR; es cruzado por prejuicios y preconceptos que impiden razonarlo sistemáticamente.

Además, se desconoce lo que piensan las audiencias, los lectorados y la población en general de nuestros países acerca de estos procesos, de los cuales reciben una información discriminatoria y especializada, o aleatoria y superficial. A causa de ello, esta investigación se planteó como objetivo, en una segunda instancia, explorar, por medio de técnicas diversas, el imaginario social de nuestros países sobre el MERCOSUR y los procesos de integración.

25. Hay aquí un punto clave. La información se define en cuanto discurso por la presencia del receptor modelo del periódico. En este caso, en la información MERCOSUR el lector modelo es el especialista en economía, el funcionario del gobierno, el ejecutivo de una empresa. El ingreso de la discusión sobre el MERCOSUR en la práctica periodística es reciente. Se registró, por ejemplo, en el Encuentro «Mercosul e Imprensa 94», al que concurrió Anibal Ford como expositor, organizado por las Confederaciones de Trabajadores de Prensa del MERCOSUR, en Florianópolis, 1994.

26. Esta fue una conclusión de la investigación de 1993. Las condiciones económicas han cambiado y frenaron la inmigración brasileña a Argentina. Por el contrario, lo que rompió la forma burocrática de información fue la posibilidad de que se arancelara la importación automotriz argentina a Brasil. Esto fue tema y objeto de análisis más detallado y se relacionó con la discusión sobre la creciente desocupación en Argentina, y también con algo que tramó en otro plano al MERCOSUR: el «efecto Tequila» que también instaló otro tema como el de la inestabilidad de todos los procesos de integración (cfr. Ford, 1995). Este hecho puso en evidencia las precariedades del Acuerdo y la ausencia de análisis periodísticos sobre su constitución; sólo entonces se planteó o apareció la necesidad de un tribunal arbitral.

Bibliografía

- Becker, L./McCombs, M.E./McLeods, J. The Development of Political Cognitions, en Chafee (ed.), *Political Communication*. Sage. Beverly Hills, 1975.
- Benveniste, E. El aparato formal de la enunciación, en *Problemas de lingüística general II*. Siglo XXI. México, 1977.
- Charon, J.M. de *L'Etat des Médias*. La Découverte. Paris, 1991.
- De George, W. Conceptualization and Measurement of Audience Agenda, en Wilhoit, G., 1981.
- Delli Carpini/Williams, B. Fictional and no fictional television celebrates earth day, or politics is comedy plus pretension, en *Cultural Studies* vol. 8, nº 1, 1994.
- Epstein, J. News Agressivo. Aqui Agora and South America's Passionate, Controversial New Journalism, en *Columbia Journalism Review*, nov.-dic. 1993.
- Ford, A. Los medios, las coartadas del New Order y la casuística, en *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*. Amorrortu. Buenos Aires, 1994a.
- Ford, A. La tiranía instantánea. Noticias: strip-tease o censura global, en *Página/30*, agosto 1994b.
- Ford, A. Integración: desafíos y diferencias, ponencia presentada ante el Seminario Internacional «Mercosul e os Caminhos da Integração», organizado por el Forum de Ciência e Cultura de la Universidad Federal de Río de Janeiro, abril 1995.
- Ford, A./Longo F. La exasperación del caso. Algunos problemas que plantea el creciente proceso de narrativización de la información de interés público, en Escudero/Verón (comp.), *La ficción televisiva* (en prensa).
- Ford, A./Martini, S. (eds.) *Cuadernos de Teoría del Periodismo 8/ El Periodismo en el Nuevo Espacio Público*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, s/f.
- Gazcue, Alvaro MERCOSUR y estereotipos nacionales desde la óptica de un grupo de jóvenes trabajadores uruguayos. Mimeo. Trabajo para la Maestría de Comunicación, Universidad Católica del Uruguay, 1993.
- Gomis, L. *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*. Paidós. Barcelona, 1991.
- Lebenson, A. La publicidad en el MERCOSUR. Tesis de grado de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. 1994.
- Martini, S. Una triangulación fundamental: periodismo, imaginario social y opinión pública, en Ford/Martini (eds.) s/f.
- Martini, S. Qué pone en juego un texto periodístico, en Ford/Martini (eds.), *Cuadernos de Teoría del Periodismo 5/ Teoría de los Medios. Teoría del Periodismo. Materiales para la discusión*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. 1995.
- McCombs, M.E. Setting the Agenda for Agenda-Setting Research. An Assesment of the Priority Ideas and Problems, en Wilhoit, 1981.
- McCombs, M.E./Shaw, D. The Agenda-Setting Function of Mass Media, en *Public Opinion Quarterly* vol. 36. 1972.
- McQuail, D. *Media Performance. Mass Communication and the Public Interest*. Sage. London, 1993.
- Muniz Sodré/Ferrari O texto nos medios de comunicação, Francisco Alves (4a. edición). Río de Janeiro, 1987.
- O'Donnell, M. MERCOSUR y Cultura, en *Clarín*, 23 de marzo de 1995.
- Reyes Matta, F. Journalism in Latin America in the '90s: The Challenges of Modernization, en *Journal of Communication* vol. 42, nº 3, 1992.
- Sunkel, G. Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre la cultura popular, cultura de masas y cultura política. ILET. Santiago de Chile, 1992.

- Van Dijk, T.A. *La noticia como discurso*. Paidós. Barcelona, 1990.
 Verón, E. *Quand lire, c'est faire: l'énonciation dans le presse écrite, en Sémiotique II*. IREP. Paris, 1984.
 Vilches, L. *La televisión. Los efectos del bien y del mal*. Paidós. Barcelona, 1993.
 Wilhoit, G. (ed.) *Mass Communication Review* vol. 2. Sage. Beverly Hills, 1981.
 Wolf, M. *La investigación de la comunicación de masas*. Paidós. Barcelona, 1987.
 Wolton, D. *War Game. La información y la guerra*. Siglo XXI. México, 1992.

Etnia y nación en la frontera México-Estados Unidos

José Manuel Valenzuela Arce

El nuevo milenio aparece enmarcado por turbios presagios: la miseria, el hambre, la amenaza nuclear; el narcotráfico, debacles políticas que actualizan sentencias añejas: «antes de que termine el sexenio me habrás negado tres veces». Las fronteras milenarias arrastran una carga atávica de aprehensiones, temores, premoniciones, certezas apocalípticas, redenciones definitivas y esperanzas renovadas.

A pesar de que la vida humana ha cruzado 37 fronteras milenarias, desde la construcción occidental apenas nos encontramos en el umbral que dará origen a la tercera. Conteos azarosos cargados de sentido por las cosmovisiones religiosas y seculares. El fin de milenio conlleva ajustes de cuentas de nuestros actos en el largo tiempo de la historia. Condición propicia para detenerse y hacer una mirada retrospectiva que permita, en lo posible, identificar errores y corregir rumbos¹.

El fin del milenio se presenta como un campo complejo donde interactúan diversos procesos de conformación del sentido de la vida, representaciones sociales heterogéneas, intensificación de los procesos de globalización que producen asimilaciones, recreaciones y resistencias socioculturales. Al mismo tiempo que se consolida el dominio del discurso neoliberal, diversos movimientos sociales y culturales cuestionan su índole.

Los discursos envolventes han dado paso a procesos amplios definidos bajo el marco de la globalización. Concepto que refiere de manera principal a la expansión económico/productiva pero que también ha sido ubicado en el análisis de los procesos culturales, destacándose el papel de las industrias culturales y su pretendido efecto homogeneizante. Conjuntamente con esta dimensión englobante de las industrias culturales se presentan dinámicas culturales que continúan por caminos diferentes a los definidos por la apuesta neoliberal. También debemos señalar los procesos culturales transfronterizos que se configuran y expanden a partir de construcciones colectivas de sentido que emergen de códigos compartidos en contextos nacionales diversos.

El debate cultural contemporáneo incorpora de manera relevante diferentes puntos de vista enunciados por las perspectivas teóricas posmodernas, las posicio-

1. Posiblemente fue esta situación la que propició que en el primer cruce de milenio auguraba el fin del mundo y la segunda venida de Cristo. Raymond Williams destaca esta definición arbitraria de las fronteras milenarias: «...cuentan 2000 según el esquema de un monje escita que vivió (según el cómputo por él mismo establecido) en el siglo sexto *anno domini*. Las cronologías del mundo industrial desarrollado siguen todavía la de Dionisio el Exiguo. Sin embargo, el dominio de esta datación occidental cristiana existe» (1984).

nes sobre la llamada globalización, las organizaciones posnacionales o las diversas formas de creación y recreación identitaria. Los procesos de identificación incorporan nuevos elementos, resemanantizan los espacios y generan campos emergentes de identidad como sucede con los jóvenes, los ecologistas, el movimiento *new age*, entre otros.

Una de las áreas en las cuales los cambios en las identidades sociales presentan dimensiones conspicuas es en la de las estructuraciones familiares, las construcciones sociales de hombres y mujeres, la redefinición de los mercados de trabajo que incorporan a la mujer de manera creciente, principalmente en el campo heterogéneo de la llamada informalidad.

El mundo contemporáneo se caracteriza por la importante definición y redefinición de fronteras culturales, umbrales no esencialistas desde los cuales se construye la relación con aquellos que quedan fuera de los límites de adscripción. El llamado nuevo orden mundial dejó al descubierto viejos dilemas no resueltos y ha generado nuevos límites de adscripción, donde cobran fuerza algunas nacionalidades e identidades religiosas y se reconstruyen los imaginarios sociales.

Nuevas representaciones sociales cobran fuerza en la definición del sentido social. Entre éstas encontramos diversas manifestaciones juveniles, la beligerancia de los estigmas que atizan el racismo y la xenofobia, la proscripción de las utopías, las redefiniciones en las estructuraciones familiares y de género, la extensión de la presencia de las industrias culturales en el mundo cotidiano, la aparición de formas alternativas de expresión que involucran nuevos lenguajes. Nuevas disputas por la participación en la construcción sociocultural de los espacios que recurrentemente son reapropiados y resignificados por los jóvenes a través de la subrepticia y osada experiencia de «grafitear» las paredes. Al mismo tiempo observamos el *rock* como una de las mediaciones más vitales de identificación juvenil. El *rock* participa de manera evidente en la conformación de redes de sentido que otorgan fuertes rasgos de definición y vinculación generacional a amplios núcleos juveniles.

Además de las demarcaciones generacionales, uno de los elementos que más ha influido en las transformaciones culturales es la participación social de la mujer. Las mujeres han generado fuertes cambios en las dinámicas laborales y familiares, también han participado en la estructuración de los movimientos sociales, la redefinición de la relación entre lo público y lo privado, y la constitución de nuevos imaginarios.

Los procesos de globalización o de formaciones de sentido supranacionales refieren a diferentes procesos de convergencia o de integración y aluden a códigos, símbolos e información que circulan de una manera amplia en la mayoría de los países del mundo. Sin embargo, la globalización también conlleva procesos de desintegración, de irrupción, a veces violenta en otras conformaciones de sentido. Paradójicamente, la globalización conduce también a la fragmentación cultural, a las rupturas de sentido, a la mayor separación entre la información producida y su incorporación en la definición colectiva del sentido de la vida. Nunca como ahora este enorme flujo informativo, técnico, productivo y simbólico había evidenciado con tanta fuerza su influencia en la definición de la representación identitaria.

La globalización es un proceso inacabado, fragmentado y no lineal, por lo cual difícilmente podemos hablar de su predominio exclusivo como referente de identificación cultural.

Si el capitalismo expandía las industrias y sus relaciones sociales, y el imperalismo se caracterizó por la exportación de capital, el concepto de globalización se nos presenta como un concepto aparentemente aséptico que refiere a la mundialización de la subordinación a los países más poderosos (principalmente a Estados Unidos), así como a sus matrices de representaciones.

Las identificaciones sociales involucran procesos de adscripción cotidiana e imaginaria a comunidades de sentido de una manera dinámica, situacional y relacional. Las identidades no aluden a contenidos definitorios o esencialistas, sino a la conformación de límites de adscripción o fronteras identitarias. Estas fronteras se producen en la relación de negociación y disputa entre auto y heteropercepciones.

Los procesos culturales supranacionales o globalizantes deben analizarse a partir de la circulación de estos elementos y su apropiación por parte de los sectores o grupos sociales. Por ello el elemento fundamental para el análisis cultural no es la circulación de capitales, de tecnología, de bienes productivos o productos simbólicos, sino los procesos de integración, recreación y resistencia que producen, así como sus redes de poder y simbología.

Las identidades se conforman en campos que involucran y trascienden a la definición de ciudadanía, definida por normas con un pretendido carácter general inscritas en la institucionalidad estatal; también incorporan aspectos de tradición y memoria colectiva a través de mecanismos de habituación no institucionalizados.

Las sociedades contemporáneas se desarrollan dentro de grandes paradojas culturales, pues al mismo tiempo que se amplían los ámbitos genéricos y las posibilidades de adscripción en redes de identificación imaginaria, encontramos procesos de globalización fragmentada, atomizada, situación que se acentúa con la presencia de tendencias culturales particularistas y formas inéditas de identificación y de acción social.

Nos encontramos frente a un vasto campo de redefinición de las fronteras culturales, las cuales están lejos de circunscribirse al estrecho campo del consumo, como sugieren algunos autores. Lo frecuente es que sus marcas de referencia oscilen en torno a antiguos límites de adscripción identitaria como son la clase o el sector social, el grupo étnico, la pertenencia de género, la identidad nacional, el grupo generacional, etc.

El análisis de las identificaciones sociales, por lo tanto, debe orientarse hacia la representación de los elementos de mediación entre estos procesos amplios que tienden a globalizarse, y los de diferenciación que generan fragmentación.

Los procesos de globalización no implican al conjunto de elementos culturales, como si fuesen referentes omnímodos. También observamos una gran cantidad de campos culturales que surgen y siguen rutas no definidas por la siempre inacabada globalización.

Las identidades culturales frente a la globalización

El dinámico crecimiento de los procesos de globalización económica, social y cultural ha puesto a la orden del día la discusión acerca de los cambios previsibles en las construcciones colectivas de sentido así como en las transformaciones de las identidades sociales. Este escenario involucra formas diversificadas de respuesta frente a los grandes factores modernizantes, entre los cuales encontramos elementos culturales de asimilación, transculturación, recreación y resistencia.

Dentro de esta realidad compleja se inscribe la discusión acerca de la articulación de sentidos colectivos de carácter local, nacional y transnacional, así como los debates sobre los procesos culturales de hibridación, sincretismo, recreación, actualización, amalgamamiento y resistencia, que han adquirido particular relevancia en la discusión sobre las identidades culturales y nacionales en relación con el Tratado de Libre Comercio (TLC) entre México, Estados Unidos y Canadá (TLC).

Identidades culturales²

Consideramos las identidades como construcciones que incorporan elementos «objetivos» y subjetivos estructuradas en ámbitos relacionales no esencialistas, por lo cual no existe la objetividad al margen de la interpretación «subjetiva». Las identidades sociales aluden a comunidades cotidianas e imaginarias, permitiendo la construcción de un sentido social de pertenencia que se expresa en la delimitación del grupo y de aquellos que se encuentran por fuera de sus límites de adscripción.

En la medida en que las identidades poseen un carácter relacional, el proceso de construcción identitaria incluye una interacción de negociación y disputa entre diversas formas colectivas de auto y heteroidentificación. Esto refiere a procesos mediados por condicionantes de poder que se manifiestan dentro de ámbitos específicos de interacción donde cobran forma y sentido diferentes niveles de disputa, resistencia, recreación e integración cultural.

Lo anterior resulta válido para las identidades tradicionales o profundas destacadas por Guillermo Bonfil (1991), o las identidades primordiales persistentes a las cuales alude Gilberto Giménez, (1992), así como para las identidades emergentes que, aun cuando carecen de atávicas matrices culturales comunes, se constituyen a partir de construcciones simbólicas de proyectos, compromisos o resistencias implícitas. Las identidades sociales refieren a construcciones históricas específicas y tienen una condición situacional que nos obliga a considerar su heterogeneidad.

El mundo presenta importantes transformaciones en lo referente a las lealtades y adscripciones a través de las cuales los grupos sociales se identifican y son reconocidos. Estas identidades se insertan en prácticas cotidianas a través de la familia, el barrio, el ámbito del trabajo y las condiciones objetivas de vida, así

2. Una exposición más amplia de la discusión sobre las identidades la hemos realizado en Valenzuela Arce (comp.), 1992.

como a través de la identificación con proyectos imaginarios, donde las personas se incorporan en comunidades de carácter religioso, juveniles, étnicas, y los ámbitos culturales genéricos.

A pesar de los procesos de globalización y de mayor interacción económica, social e informativa a escala mundial, las experiencias recientes en los ámbitos nacionales enfatizan la prevalencia de procesos de identificación cultural emanados de referentes nacionales étnicos, generacionales y religiosos. Estos pueden adquirir importantes connotaciones de resistencia que nos obligan a repensar la relación entre los procesos de globalización, y las formas de recreación y demarcación de estas identidades. A partir de esta compleja interacción entre diferentes ámbitos de adscripción identitaria, es que se puede retomar la discusión sobre los cambios culturales derivados del TLC.

Globalización y modernización

Vivimos una época en la cual las fuerzas sociales aparecen como personajes bromistas que nos cambian «los cuadros» de la historia con enorme velocidad. El mundo se desfigura, delinea nuevos perfiles, renueva viejos conflictos. El marco general de estos cambios se establece dentro de la incierta configuración de un nuevo «orden mundial» emanado de los profundos vacíos dejados por algunos de los llamados países socialistas, de donde emergieron con fuerza imprevista las identidades profundas y persistentes que décadas atrás habían sido condenadas al olvido mediante decreto burocrático y que ahora reaparecen con vigor espectacular.

Sin embargo, también observamos la fuerte presencia de la intolerancia, la xenofobia y el racismo que se manifiestan en Alemania, Bélgica, España, Inglaterra, Francia, Brasil o Estados Unidos donde en los últimos años han operado grupos como el Ku Klux Klan, White Arian Resistance, Skin Heads, Light up the Border, White Power, o Metal Militia³.

La redefinición de las fuerzas sociales en la escala internacional construye un nuevo orden mundial que expresa relaciones conspicuas en el terreno económico, pero también amplía su marco de influencia al terreno social y cultural. Aquí los procesos se muestran más complejos y contradictorios que lo que las teorías de la modernización sugieren, pues los modelos culturales contruidos desde las identidades profundas o persistentes desbordan la lógica lineal-instrumental a la cual las condenan los enfoques neoliberales.

La configuración y recreación de las identidades sociales no necesariamente se mueven al ritmo, sentido y transparencia de las transformaciones económicas.

3. En noviembre de 1992 observamos el asesinato de una mujer y una niña de origen turco, víctimas de los grupos neonazis en Alemania. Así mismo, en España se asesinó a una dominicana, y se intentó incendiar la casa de otras dos mujeres dominicanas. En Nápoles se profanan tumbas judías. Los ataques xenofóbicos de Rostock son un ejemplo más de la multiplicación de este tipo de expresiones de odio. Sin embargo, la exaltación de la euforia derechista no sólo mantiene un fuerte componente xenofóbico, sino que también los Skin Heads alemanes asesinaron a un joven izquierdista.

Como bien señala Robert Fossaert (1992), los elementos y condicionantes sociales de la modernidad son heterogéneos y pueden resultar contradictorios dependiendo del enfoque disciplinario y los indicadores a partir de los cuales se analicen, pero remiten a la acentuación del impacto de algunos aspectos de la realidad actual, como son los nuevos caminos de la industrialización, el consumo y sus transformaciones sobre los modos de vida, la urbanización, la escolarización, o la comunicación, al mismo tiempo que se presentan grandes carencias en prensa, edición de libros, bibliotecas y espíritu crítico⁴.

A pesar de estos procesos de globalización, las nuevas coaliciones de Estados ejemplificados a través de la Comunidad Económica Europea no han logrado proscribir importantes diferencias sociales ancladas en modelos culturales o matrices identitarias profundas mediante las cuales los pueblos y naciones se reconocen y diferencian.

Lo anterior es captado acertadamente por René Girault (1992) cuando destaca que la conciencia europea todavía es frágil y desigualmente distribuida entre las poblaciones de ese continente. Esta conciencia presenta importantes diferencias derivadas de las actividades profesionales o sectoriales definidas por el «marco de vida», el nivel social, las condiciones de empleo, el vivir en las zonas fronterizas o no fronterizas, el ser migrante o no, la condición urbana o rural, la edad de las personas, aspectos que pesan diferenciadamente al analizar la pírrica victoria del Sí en el referéndum francés sobre el Tratado de Maastricht de 1992. Por ello los procesos de modernización originados por la transformación económica no conllevan una transformación uniforme de las mentalidades colectivas⁵.

Consideramos diversas posibilidades de articulación cultural, que no necesariamente coinciden con los procesos de globalización y modernización. La compleja articulación de tiempos y procesos culturales es captada certeramente por Carlos Fuentes cuando señala la reaparición del pasado en el presente: «Todo lo que se creía muerto estaba vivo: han regresado las tribus con sus ídolos, los nacionalismos y las religiones, a llenar los grandes vacíos dejados por las ideologías en pugna durante la guerra fría» (1992).

4. Fossaert también plantea que el mundo actual se caracteriza por la delimitación de nuevas coaliciones de Estados, que enfrentarán serias dificultades para sostener escenarios inciertos definidos por el fuerte crecimiento demográfico, una nueva realidad ecológica, un errático dispositivo monetario y financiero, la revolución informática, y un crecimiento de los medios de comunicación que rebasa las fronteras nacionales.

5. Girault señala: «Es indudable que la coyuntura económica y política en Europa occidental a partir de la Segunda Guerra Mundial ha incitado a los europeos ante todo a un mayor liberalismo en sus intercambios materiales y humanos, y después a una cierta cooperación sectorial (política agrícola común o en los transportes); después a una Comunidad Económica amplia, y por último, a una unificación jurídica de acuerdo con una sociedad cada vez más uniformada y estandarizada. Este proceso «vivido» ha ayudado a la toma de conciencia; de la Europa «vivida» se ha pasado a la Europa «pensada». No obstante, esta interdependencia ha sido (y sigue siendo) variable según los círculos y los lugares; es necesario por lo tanto que intervengan otros factores para explicar esas actitudes diversas. Fenómenos vinculados a formaciones culturales diversas, entre países de tradición católica o protestante, entre regiones vivaces frente al poder central o no, entre zonas centrales y zonas fronterizas, entre agrupamientos humanos abiertos, es decir, influidos por el fenómeno migratorio o no, etc.» (1992).

Modernización y proyecto nacional

Durante los últimos meses la prensa ha evidenciado ante los ojos del mundo la imagen desesperanzadora de la crisis mexicana. Un núcleo importante del pueblo que parecía soportar todo se rebeló el 1º de enero de 1994. Mientras que la población recibía los efectos devastadores de la devaluación sobre sus niveles de vida, la élite político-económica, obediente a las indicaciones establecidas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial (BM), veía asombrada el derrumbe de nuestra fugaz «integración» en el Primer Mundo. Poco consoladoras resultaron las palabras del director del FMI, quien se refirió a México en febrero de 1995 como «modelo ejemplar de país que adoptó las políticas económicas recomendadas por la comunidad internacional» (*Jornal do Brasil*, 13 de febrero de 1995).

La modernización y disposición primermundista del país, basada en la apuesta al proyecto neoliberal, se desmoronó para dar paso a la resaca que nos regresaba ante el mundo bajo viejas imágenes caricaturizadas de charros, nopales y efecto tequila. Apareció otro México que sorprendió a quienes confiaron en la imagen construida (con altos costos económicos y sociales) donde no tenía cabida la heterogeneidad nacional compuesta por la prevalencia de 56 lenguas, diez millones de indígenas, fuertes expresiones culturales populares y regionales, así como una profunda y ominosa desigualdad social.

México ha seguido fielmente las disposiciones neoliberales definidas, entre otras, por la liberalización comercial, cuyo ejemplo conspicuo es el TLC, transformación de disposiciones constitucionales que garantizaban la propiedad ejidal de la tierra, férreo control salarial, exclusión de más de cuatro quintas partes de la población del mercado privado de vivienda, amplia privatización de empresas públicas, con la desvinculación estatal de 750 empresas paraestatales entre 1989 y 1990, disminución del gasto público y la asistencia social, control sindical, afectaciones a los contratos colectivos de trabajo, apertura a la inversión extranjera, modernización tecnológica en empresas de punta, apoyo prioritario a las grandes empresas y descuido de la pequeña y mediana.

Conjuntamente con la caída del Producto Interno Bruto (PIB) de 4% en el primer semestre de 1995, el desempleo abierto llegó a 6,6%, correspondiente a por lo menos 2.310.000 personas, frente a 1.120.000 que había en diciembre de 1994 de acuerdo con información del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI). Esta cifra fue considerada por el propio secretario de Hacienda y Crédito Público, Guillermo Ortiz, como la más alta de las últimas décadas (*La Jornada*, 26 de julio de 1995). Lo anterior implica que diariamente cerca de 8.000 personas pierden sus fuentes de ingreso. Así mismo, según las estimaciones de Ciemex-Wharton Econometric Forecasting Association (WEFA), la tasa de desempleo abierto será de 10,9% al finalizar el presente año (*La Jornada*, 18 de julio de 1995; p. 1).

Lo anterior propició la acentuación de las diferencias en la distribución de la riqueza social. A inicios de los años noventa se reconocían oficialmente 40 millones de pobres y 17 millones de miserables. De acuerdo con el BM, desde hace

quince años 666.000 personas se integran en las cifras de mexicanos que viven en la pobreza y en la pobreza extrema, llegando a 31 millones en 1995 (25,9% de la población vive en la pobreza y 8,2% en la pobreza extrema). Al mismo tiempo, durante el gobierno de Carlos Salinas se incorporaron en la lista de *Forbes* 21 mexicanos a los tres que ya aparecían entre los nombres de la selecta élite de los más ricos del mundo.

Los costos sociales han sido enormes. Además de la reaparición de enfermedades de la miseria como el cólera, de la cual se han registrado 6.589 casos en 1995 (750 de los cuales corresponden a Chiapas), en 1994 la población rarámuri de la sierra Tarahumara, en el norte de México, padeció una hambruna que cobró muchas vidas. En el sudeste mexicano, Chiapas, uno de los estados más pobres de México, con más de tres millones de habitantes y un alto porcentaje de población indígena (tzotziles, tzetzales, tojolobales, choles, mames, y lacandones), vive profundas convulsiones derivadas del levantamiento indígena ocasionado por una miseria e indefensión atávicos, donde anualmente mueren cerca de 15.000 personas por hambre y los salarios del campo apenas llegan a los 8.000 pesos diarios, así como proliferan los abusos de los poderosos ganaderos y latifundistas de la región, y la discriminación ancestral de los coletes.

Lejos ha quedado la euforia activada en junio de 1990 cuando se conoció el Plan de Bush para las Américas, organizado a partir del libre comercio, inversiones, y reducción de la carga de la deuda. Se presentó un marcado regodeo por el triunfo del esquema liberal y se destacó el rechazo a las políticas económicas estatistas por impedir el crecimiento (*El Cotidiano*, mayo-junio de 1991). También se propuso una zona de libre comercio para América Latina, argumentando que el proteccionismo anula el progreso, mientras que los mercados libres generan prosperidad.

La decisión de los presidentes Bush y Salinas de impulsar un Tratado de Libre Comercio no sólo buscaba reglamentar una realidad comercial evidenciada por las cifras que indican que el 70% del comercio mexicano se realiza con Estados Unidos, sino agilizar las condiciones para un reordenamiento de las relaciones comerciales entre ambos países, y de sus propios proyectos nacionales⁶. En el caso mexicano, esto se ha expresado en importantes modificaciones a la normatividad nacional a través de varias reformas constitucionales y de una evidente redefinición de la participación de los actores sociales, donde los asalariados y los campesinos han sido fuertemente afectados en sus condiciones de vida, especialmente a partir de 1995, con la devaluación de la moneda en más del 50% y el crecimiento del desempleo a 6,8% para el mes de mayo.

La relación entre México y Estados Unidos es definida por una desigualdad socioeconómica que se constata cuando observamos que el PIB de Estados Unidos

6. La apertura comercial se presenta dentro de una situación de declive económico relativo de la más grande potencia militar del mundo (que es al mismo tiempo la que cuenta con el mayor endeudamiento). La deuda externa estadounidense es de 230 mil millones de dólares y su déficit en la balanza comercial es de 70 millones de dólares. Al mismo tiempo, nuevos actores asumen el liderazgo económico, destacando el caso de Japón.

es 32 veces mayor que el mexicano, su población es el triple de la mexicana, su territorio (a costa nuestra), es cinco veces más grande, y se presenta una relación de 18 a 1 en el sector manufacturero⁶. Más allá de las condiciones específicas del intercambio comercial, la lectura cultural del TLC se inscribe en lógicas definidas por condiciones de vida diferenciadas, así como la redefinición de los proyectos nacionales y de los imaginarios sociales. Para ello resulta pertinente contrastar el discurso que emana de la euforia neoliberal, con los escenarios que quedan en la periferia del proyecto estadounidense, donde se ubican las condiciones socioeconómicas de la mayoría de los habitantes de los países latinoamericanos.

Más allá de los cambios previsibles sobre las identidades culturales a partir de una mayor interacción comercial, lo que está produciendo los efectos más importantes sobre la construcción de un orden social significativo entre los mexicanos es la configuración de un proyecto de nación en el cual ellos no participan como actores protagónicos.

Desde inicios de los años ochenta se definieron los nuevos lineamientos de las relaciones entre el Estado mexicano y los sectores populares, así como mayores niveles de inequidad en la distribución de los ingresos; sin embargo, estos rasgos se fueron acentuando, de tal suerte que hasta el ex presidente de la República, José López Portillo, se autodefinió como el último presidente de la Revolución (*Proceso*, n° 836, 9 de noviembre de 1992)⁷.

Los cambios a los cuales hemos hecho alusión se presentan enmarcados por una realidad nacional que también ha sufrido importantes transformaciones. Esto nos obliga a relativizar los efectos del TLC a la luz de las transformaciones socioculturales que México ha experimentado a partir de los cambios en la composición urbano/rural⁸, las transformaciones en los niveles de escolaridad de la población, la redefinición de los ámbitos de interacción cotidianos y genéricos, así como de los espacios públicos y privados, y el papel de las industrias culturales frente a las identidades profundas y las prácticas culturales tradicionales.

Si en los albores del siglo, apenas el 10% de la población mexicana vivía en localidades con más de 2.500 habitantes, para inicios de la tercera década esta población había aumentado a casi una tercera parte, y en 1945 superó la mitad de la población total del país, acercándose a las dos terceras partes para el final del milenio. Detrás de estos cambios, han cobrado relevancia las posiciones que destacan que la urbanización de la población conlleva transformaciones fundamentales en los hábitos y prácticas culturales, lo cual, sin caer en los esquemas fatalistas de la asimilación, implican importantes procesos de recreación cultural de la población inmigrante, así como matrices culturales diferenciadas para la población urbana y la rural.

La urbanización de la población se asocia con cambios profundos en las prácti-

7. Sin embargo, durante su período presidencial se presentó un crecimiento de la desigualdad social agudizado por los problemas económicos profundizados por la caída de los precios del petróleo en el mercado internacional, y altas tasas de inflación.

8. De acuerdo con información de la CEPAL, en 1950 el 60% de los latinoamericanos vivía en áreas rurales, mientras que para 1990 esta proporción descendió al 30% y para el año 2000 se estima que llegará a 25% (CEPAL, 1991).

cas culturales y en las redes de relaciones familiares. Los cambios no han implicado la desaparición de las familias extensas, ni de las redes de apoyo de antiguas raíces comunitarias (Salles, 1991 y 1992). Esta discusión resulta de particular relevancia para los estados fronterizos del norte de México donde los niveles de urbanización son más altos que los promedios nacionales, y especialmente para Baja California, donde más del 90% de la población reside en áreas urbanas (Valenzuela Arce, 1991).

La fuerte expansión económica de la posguerra implicó una importante urbanización de la población latinoamericana, diversificación económica y un sesgado mejoramiento social⁹. Sin embargo, la crisis de los años ochenta deshizo muchos de los avances en materia de bienestar social, en tanto que el 5% de la población que concentraba los ingresos más altos no salió afectada, sino que incluso incrementó sus ingresos. Esta situación derivó en un aumento de la población pobre, «anulándose de este modo los progresos de los años setenta»¹⁰.

La difícil situación económica y social de una amplia población latinoamericana también implica formas desiguales de recreación del discurso neoliberal que pregona la igualación cultural a través de las opciones de consumo. Situación que resulta de gravedad si atendemos con Carlos Fuentes a que actualmente 20% de la humanidad acapara el 80% de la riqueza mundial, y que la quinta parte de los habitantes del mundo (1.000 millones) viven en la miseria absoluta, y que diariamente mueren innecesariamente 40.000 niños (Fuentes, 1992).

En el escenario latinoamericano la situación no es menos difícil cuando consideramos los problemas de alimentación para una parte importante de su población. Recientemente Edouard Saouma, director de la Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO, por sus siglas en inglés) consideró el peligro de una hambruna en el mundo, señalando un cuadro preocupante de 700 millones de personas con desnutrición crónica y 50 millones con riesgo de morir de hambre. Así mismo, se registra que en América Latina existen 61 millones de personas en situación de pobreza extrema, condición que define a aquellos que carecen de la

9. De acuerdo con información de la CEPAL, este período se caracterizó por sostenida expansión económica, incremento de la capacidad productiva y tecnológica, aumento del PIB real por habitante, diversificación social, fuertes migraciones rural-urbanas, rezago tecnológico, alta vulnerabilidad externa, y desigual distribución de los beneficios. Así mismo, se registran logros sociales tales como: fuerte disminución de la mortalidad, incremento de la esperanza de vida en 13 años (de 52 años en 1950, a 68 en 1991), mayor cobertura escolar, disminución de las tasas de analfabetismo, incremento en infraestructura y servicios públicos, reducción relativa de las personas ubicadas bajo la línea de la pobreza y una fuerte concentración del ingreso (CEPAL, 1991).

10. CEPAL informa que «el porcentaje de pobres pasó de 41% a 43% de la población entre 1980 y 1986 (136 millones y 170 millones de habitantes, respectivamente), y una estimación conservadora sitúa esa cifra en 44% en 1989, lo que equivale a 183,2 millones de habitantes». Así mismo, la CEPAL señala el empeoramiento en la distribución del ingreso en la mayoría de los países latinoamericanos, y también se constata que los años de la posguerra se caracterizaron por fuertes transformaciones en la estructura productiva latinoamericana, donde el sector agrícola fue perdiendo peso relativo, pasando del 50,2% en 1960, a 42,1% en 1970; 36,2% en 1980 y 36% en 1990. Por otro lado, el sector industrial representó el 18,2% en 1960; 20,8% en 1970; 20,9% en 1980 y 17,5% en 1990. Finalmente, observamos el importante 42,9% en 1980 y 46,5% en 1990 (CEPAL, 1991).

posibilidad de una dieta mínima diaria. La imagen sombría se agiganta cuando observamos que de 12 millones de niños que nacen por año, 700.000 mueren antes de cumplir un año (*La Jornada*, 22 de junio de 1992).

La competitividad educacional

Uno de los puntos recurrentes en la discusión sobre los efectos previsibles del TLC en el campo cultural se refiere a la «competitividad» internacional, lo cual involucra educación y capacitación científica y laboral. Sin embargo, no es mucho lo que se ha avanzado en el análisis de la calificación escolar de la población. Los niveles de educación y escolaridad han sufrido importantes modificaciones, pues a inicios de la década de los treinta, casi dos terceras partes de los mexicanos mayores de diez años eran analfabetos (63,6%), situación que para 1983 se había reducido a una décima parte de esa población que superaba los diez años de vida.

Así mismo, a mediados del presente siglo el promedio de escolaridad de los mexicanos era de 1,4 años, mientras que en la mitad de la década pasada apenas superó los seis años. De acuerdo con la información de Saka y Nivón (1992), este escenario se vuelve más difícil si consideramos que el porcentaje de alumnos que desertan de la escuela primaria es de 45%, casi la mitad de los que se inscriben en ella, y que en las zonas rurales e indígenas el porcentaje asciende a 80%. Por otro lado, la matrícula en las universidades disminuyó durante la década pasada en un contexto de pérdida de competitividad en los mercados laborales de las universidades públicas frente a las privadas, bajos salarios de los académicos y fuertes desigualdades en las condiciones de enseñanza-aprendizaje entre las universidades mexicanas y las estadounidenses o canadienses.

Un grupo de especialistas definió como una catástrofe silenciosa el deterioro del sistema educativo mexicano a inicios de los años noventa (Guevara Niebla, 1992). Esta situación conforma un elemento más de la modificación de las prioridades del nuevo proyecto nacional. Así mismo, la inversión en la educación como capital escolar no resulta atractiva, ni posible para amplios sectores de la población mexicana.

Nuestro país vive una fuerte crisis educativa, situación que indudablemente tendrá efectos importantes en nuestra inserción en un posible mercado abierto, donde se tuviera que competir por los empleos. En este punto tiene sentido la afirmación de Carlos Monsiváis sobre la chicanización de México, con lo cual entendemos su inserción subordinada a un esquema definido por una división sociocultural de oportunidades.

En Estados Unidos, de acuerdo con las estimaciones sobre el crecimiento del mercado laboral y la calificación de la fuerza de trabajo se observa que para el año 2000 por lo menos una tercera parte de los empleos generados requerirán de personas graduadas de secundaria. Así mismo, más de la mitad de los nuevos empleos requerirán de personas con grado de educación postsecundaria y sólo uno de cada siete nuevos empleos incorporarán trabajadores con niveles de escolaridad inferiores. Si tenemos en cuenta las características educativas de la población mexicana y estadounidense de origen mexicano, resulta lamentable observar que

éstos en su gran mayoría se encontrarán justo en los niveles más bajos de la estructura ocupacional.

La crisis de la educación en México atraviesa todo el sistema educativo: la cobertura educativa, la eficiencia terminal y la calidad. De los niños que ingresan a la escuela primaria, 45% no la concluyen, 30% no terminan los estudios secundarios, y casi la mitad de quienes ingresan a los niveles de educación superior no la finalizan (Guevara Niebla, 1992). La educación carece de vínculos que recuperen las especificidades regionales, locales o étnicas de los estudiantes, lo cual se convierte en un obstáculo en el proceso enseñanza-aprendizaje. Así mismo, decrece la capacidad de absorción de la población entre los 4 y los 24 años, estimándose que para 1994 existirá un rezago de 27,1 millones de personas en educación primaria, y de 31,1 millones en educación básica (ibíd.).

La situación anterior empeora cuando se constata la afectación y el recorte real al presupuesto para educación pública, considerados en 35,9% para el período comprendido entre 1982 y 1987 (a precios constantes de 1982). En relación con la inversión educativa, se recomienda para los países en desarrollo que ésta sea del orden del 8% del PIB. Sin embargo, en México este gasto fue de 5,5% en 1982, cayendo hasta 3,6% para finales de la década de los ochenta. Así mismo, los sueldos de los maestros cayeron casi a la mitad durante el período considerado (ibíd.).

La crisis del sistema educativo inspira múltiples lecturas de las cuales sólo nos interesa destacar que la desatención de este sector corresponde a las nuevas prioridades nacionales. Esta situación estrecha aún más las posibilidades de ascenso social de la población más pobre, en la medida en que la educación misma ha atenuado su papel de canal fundamental de movilidad ascendente.

Los problemas centrales que se observan se relacionan con la pérdida de referentes centrales de la identidad cultural nacional y de la llamada cultura nacional. El deseo de desvincularse del imaginario sociocultural emanado de la Revolución deja grandes vacíos, y la disputa por la memoria social como elemento configurador de ese imaginario social se encuentra a la orden del día. Por ello se intenta resignificar el peso de algunos héroes nacionales, principalmente de aquellos que devinieron símbolos mitificados de un proyecto nacional que se apropió de símbolos de fuerte arraigo popular como Zapata, Villa o Cárdenas.

Igualmente, se busca revalorar a aquellos personajes cuyo proyecto supuestamente se orientó hacia la consolidación de la modernización nacional, como sería el caso de Don Porfirio. En el mismo sentido se encuentra el abandono de referentes míticos que cumplieron un papel importante en la reconstrucción épica de nuestra historia, como son Los Niños Héroes y El Pípila.

El nuevo proyecto nacional carece de referentes históricos, simbólicos y de mitos desde donde organizar un nuevo imaginario social en el cual se reconozcan los mexicanos. En los grupos populares la adscripción imaginaria se orienta de manera creciente hacia las identidades cotidianas (barrio, colonia, banda, pandilla, y otros grupos pequeños), o hacia identidades imaginarias que no se encuentran referidas por los mojones del Estado-nación ni por el proyecto nacional gubernamental, como son las identidades religiosas y místicas.

Por el contrario, las modas, las expresiones gregarias, y las identificaciones frívolas orquestadas desde las industrias culturales (transnacionales o imitadoras de éstas) parecen cobrar mayor presencia en la promoción, dirección y muerte de muchas identificaciones súbitas y fugaces.

Durante la década de los ochenta aparecieron en México una gran cantidad de jóvenes pobres organizados en barrios, bandas y clicas¹¹, quienes han tenido una fuerte presencia en las expresiones de los cholos y «chavos banda»¹², y han construido importantes recreaciones culturales a partir de las cuales formaron sólidas identidades grupales.

Sin embargo, contrariamente a las lógicas desarrollistas y las posiciones de quienes sostienen visiones polarizadas y dicotómicas, los problemas del «subdesarrollo» también se presentan en los países económicamente avanzados, como sucede en Estados Unidos, donde el 1% más rico de las familias, percibió cerca del 60% o más del aumento en el ingreso *per capita* registrado entre 1977 y 1989 (Lustig, 1992). Esto conlleva mayor desigualdad social, depauperación de sectores importantes y disminución de programas de asistencia social en salud y educación¹³. Esta situación afecta de manera principal a los grupos minoritarios, y especialmente a la población afroamericana y latinoamericana, pues en Estados Unidos prevalece una división sociocultural de oportunidades donde los grupos minoritarios ocupan las peores posiciones.

¡Cuántos mexicanos! Persistencia y olvido de los pueblos indios en México

Las postrimerías finiseculares y de milenio nos muestran el rostro vergonzoso y vergonzante de segmentaciones sociales que recrean una suerte de colonialismo interno reiteradamente negado en los discursos dominantes. Sin embargo, la información socioestadística demuestra la dimensión subordinada de los grupos indígenas que pueblan nuestro país. Las inercias culturales que derivan de la desigualdad social cobran forma en una amplia gama de discursos que, con mayor o menor grado de sofisticación, aluden a una condición cultural fuertemente racista.

El México contemporáneo, tan empeñado en exhibir los rasgos gregarios que le confieran el acceso a la condición moderna, destaca un mestizaje unipolarizado que condena al ostracismo la raíz indígena. Por ello en el México que se publicita desde los discursos dominantes y las industrias culturales se difuminan las 56

11. «Clica» es un término utilizado por los cholos para referirse a un grupo estrecho de amigos y alude a la banda o a la pandilla. Deriva de la onomatopeya «clíc» (cerrar).

12. Dentro de éstos existen diferentes agrupamientos juveniles, entre los que destacan los rockeros, punks y salseros, y hasta simples atracadores.

13. Son las llamadas minorías quienes han padecido los costos de estas políticas. Entre 1969 y 1990, la tasa de pobreza entre la población negra de las ciudades aumentó de 21,2% a 33,8%, y dos de cada cinco niños negros vivían bajo los límites de pobreza, mientras que la mortalidad infantil negra era dos veces mayor a la de los blancos (*La Jornada*, 6 de mayo de 1992).

lenguas indígenas que se hablan en nuestro país, mientras el proyecto dominante de nación conlleva una exigua participación de los 8 ó 10 millones de indígenas que viven en el territorio mexicano, a pesar de que conforman entre el 10% y el 15% de la población.

Podemos señalar dos formas fundamentales a través de las cuales han desaparecido los pueblos indios. La primera de ellas es el genocidio, el exterminio que por cinco centurias ha diezmado muchos de los pueblos originarios de este continente. Largo proceso en el cual muchos grupos desaparecieron y otros se encuentran en peligro inminente de desaparecer, pues actualmente existen cerca de 20 grupos étnicos que tienen menos de 10.000 personas, la mitad de los cuales ni siquiera llegan a los mil miembros.

El exterminio físico de los pueblos no es la única causa que produce su desaparición. Los pueblos también perecen cuando se les despoja o extravía su memoria social. Cuando se desdibujan los mojones que definen sus límites de adscripción identitaria. Los pueblos prehispánicos tenían un alto reconocimiento de la función de la memoria colectiva para su permanencia; por eso el Mictlán, señorío de Mictlantecutli, el dios o señor del inframundo, representaba el sitio del olvido, de la pérdida de la memoria. Actualmente, muchos pueblos indios continúan esforzándose por recuperar, reapropiarse y recrear sus mitos fundadores, los elementos que les otorgan continuidad y reconocimiento en el tiempo, y de diversos elementos que asumen como símbolos de resistencia social y cultural, condición imprescindible para vencer el olvido.

En Baja California donde la promesa de oro, piedras preciosas y la escultural figura de Calafia con su ejército de hurfes prevalecieron como imágenes seductoras para los soldados españoles¹⁴, la situación de las comunidades indígenas también presenta grandes necesidades. Las poblaciones Pai-Pai, Kiliwa, K'miai, Cochimi, y Cucapá, depositarias de la cultura yumana en la región, que llegaban a cerca de 20.000 personas en las postrimerías del siglo XVIII, habían disminuido a tan sólo una octava parte de esa cantidad en los albores del siglo XIX, y en la actualidad apenas superan los mil habitantes. La violencia, los trabajos agotadores, la pobreza, la tuberculosis, el tifo y el sarampión conformaron la dimensión apocalíptica frente a la cual perecieron las comunidades guaycuras, pericúes y cochimies de las regiones centro y sur de la península, mientras que los kiliwas apenas alcanzaban las tres docenas en la segunda mitad de la década pasada.

La situación que se vive en el estado de Chiapas obliga a redimensionar la condición social de las comunidades indígenas no sólo atendiendo al impostergable mejoramiento de sus condiciones económicas y sociales, sino también a la redefinición de los elementos mediante los cuales se ha construido y actualizado la llamada cultura nacional caracterizada por una recuperación selectiva del pasado,

14. Según la obra épica de Garci-Ordóñez de Montalvo *Las sergas del virtuoso caballero Esplandian, hijo de Amadis de Gaula* (1510), Calafia era líder de una isla habitada sólo por mujeres, una suerte de Amazonas que sólo permitían la llegada de varones para reproducirse, conservando a las niñas y matando a los niños. Los soldados españoles que participaron en la Conquista creyeron que la Península de la Baja California era la isla imaginaria y pensaban que en ella encontrarían a las esculturales guerreras, así como una gran cantidad de oro y perlas.

donde los olvidos reales o fingidos dicen tanto como los rasgos por ella ponderados.

Lo anterior también alude a la necesidad de reconsiderar los rasgos del proyecto dominante de nación, donde se atenúe el peso de la dimensión salvaje del proyecto neoliberal, y se apueste a uno nuevo apoyado en la interlocución y participación de los actores sociales mayoritarios. Un proyecto de nación que muestre un profundo respeto por la diversidad cultural y la condición pluriétnica que caracteriza a nuestro país. Una nación plural en la cual se garantice la representatividad de los pueblos indios y se respeten sus propiedades y territorios. Un proyecto de nación que termine de manera contundente con las redes de poder desde las cuales se construyen ignominiosos cacicazgos que laceran la dignidad indígena y campesina. Un proyecto de nación que amplíe los ritmos y los espacios conducentes a una verdadera democratización del país. Un proyecto de nación decididamente respetuoso de los derechos humanos y civiles, base imprescindible para la construcción de condiciones de vida dignas que impidan el genocidio y fortalezcan un armónico florecimiento de las diferentes identidades socioculturales que conforman este México plural.

Desencuentros culturales y estereotipos

La sociedad mexicana presenta una amplia heterogeneidad. En ella, el prejuicio y el racismo han tenido una fuerte presencia, no sólo contra las poblaciones indígenas, sino también en diferenciaciones de carácter clasista o regionalista.

Los desencuentros culturales constituyen una de las marcas del tiempo que vivimos. Entre éstos, resultan particularmente preocupantes aquellos que se derivan de los prejuicios o los estereotipamientos, que a la postre propician situaciones de animadversión o conflicto entre los grupos.

A continuación dedicaremos una breve reflexión a algunos de los desencuentros que han persistido en las relaciones culturales de nuestro país, que se presentan como confrontaciones entre pochos, chilangos, o guachos.

En 1986 observamos con indignación la muerte del niño Juan Israel Bucio Venegas, producida (directa o indirectamente) por ser guacho o chilango, es decir de la ciudad de México. Esta situación nos lleva a analizar el impacto que puede tener entre la población infantil la propagación de estereotipos, cuyo carácter degradante trasciende al pretendido comentario chusco o su manejo «simpático e irresponsable». Estamos hablando de la configuración unilateralizada de un pretendido carácter que diversos sectores del norte de México y de otras partes del país le atribuyen a algunos habitantes del DF, o en general a las personas «del sur», como sucede en Sonora.

El aislamiento, la vertical imposición del centralismo, el atractivo que sobre las clases media y altas ejerce el paradigma cultural estadounidense, los conflictos económicos de capitales «nacionales» y «regionales», y la conflictiva interacción histórica con Estados Unidos, han desarrollado tendencias localistas peculiares en la frontera norte. El regionalismo, como proceso de identificación imaginaria, produce construcciones simbólicas de diferenciación con otros grupos o regiones.

Entre las posiciones regionalistas que han cobrado forma en la frontera algunas se han caracterizado por contener una fuerte carga racista, y generalmente se asocian a prejuicios o intereses de clase. Entre ellas tenemos algunas actitudes antichilangas, anticholas y antiguachas.

El cholo, el guacho, el paisa o el chüntaro, representan la versión nortea del naco. Puntos referenciales de una diferenciación racista que tradicionalmente han sido utilizados (principalmente) por los sectores medios y altos.

El antichilanguismo. En su libro *Quince años y casanova aventureros*, Zamora Plowes (1984) señala que los jarocho veracruzanos se referían a los habitantes blancos de la meseta central con el término de «huachinangos», en alusión al pez del mismo nombre, y supone que esto se debía al color de la tez. Probablemente éste sea una de las fuentes de origen del término «chilango» con el que posteriormente se ha identificado a los habitantes del Distrito Federal. Así mismo, la imagen del pez alude a una cierta condición escurridiza o evasiva que se les atribuye a los «defeños».

El antichilanguismo se encuentra en todos los estados fronterizos, aunque con diversas intensidades. Debemos diferenciar entre el antichilanguismo tal como lo estamos señalando y lo que ha sido una actitud defensiva frente a la arrogancia centralista asumida por ricos, políticos y algunos clasemedios del DF, que en no pocas ocasiones refuerzan el estereotipo. No obstante, no debemos hacer tabla rasa de este hecho, pues seguramente también en la frontera encontramos dignos representantes del estereotipo que se le ha atribuido al chilango.

Nos centraremos en el estereotipo que refleja una actitud racista y clasista, o que busca a través de la alimentación de prejuicios la construcción de chivos expiatorios. A este tipo de situaciones corresponde la posición antichilanga desarrollada en la ciudad de Tijuana durante la década de los ochenta, en la cual, a partir de un semanario local de amplia aceptación en la comunidad, se dio cabida a una campaña en contra del residente originario del DF.

El estereotipo del chilango se ha basado en el prejuicio; en prenociones o ideas elaboradas sin fundamento. Es la utilización prematura de la «actitud defensiva», en la que se utilizan hechos aislados o la caricaturización de algunos rasgos que se sobreponen al análisis. En la actitud frente al chilango hay mucho de anecdótico, de sobrevaloración unilateral tendiente a constatar el rechazo al defeño. El antichilanguismo en Baja California cobró forma también en su ataque al estereotipo del chilango señalado como arrogante, presumido, prepotente, arrastrado, servil ante quien está por encima de él, adulador, intrigante, traicionero y falso.

No obstante, el perfil multirregional del bajacaliforniano no ha desarrollado redes de identificación tan poderosas como podrían ser las sonorenses, ni el regionalismo ha tenido fuerte presencia, debido principalmente al gran peso del crecimiento social (inmigración) bajacaliforniano. Sin embargo, durante los últimos años hemos observado la eclosión de expresiones nativistas que también construyen divisiones ficticias. No obstante, en Baja California la campaña antichilanga no ha estado dirigida contra el trabajador o el campesino migrante, ni ha tenido una connotación racista.

El antichilanguismo que se vive en los últimos años en el norte del país se

identifica con la reacción de sectores de la burguesía regional que han tenido que competir con capitales «nacionales» —fundamentalmente capital comercial o de la industria de la construcción—, los cuales a partir de la devaluación de 1982, han visto en la frontera un mercado atractivo. Por otro lado, están los defeños que han llegado a laborar en la burocracia, así como aquellos que como profesionistas independientes también compiten por los puestos y por la clientela con residentes de la región, generando la base material objetiva de la cual se deriva una campaña desafortunada que levanta como bandera consignas tales como «chilangos go home» o «haga Patria, mate un chilango», o «si ves a un chilango aléjate de él y cuéntaselo a quien más confianza le tengas».

Los efectos de esta campaña, aun cuando no han sido evaluados adecuadamente, presentan un marco atractivo para muchos fronterizos, a pesar de que el impacto parece presentarse diferenciadamente a partir de la posición de clase. Seguramente el obrero, el jornalero, el trabajador pobre, se encuentra más preocupado por el grave deterioro en su nivel de vida que en apoyar estas consignas.

El prejuicio contra el chilango, generalmente fundamentado en la anécdota («una vez un chilango...») puede convertir al defeño en chivo expiatorio, en una figura estereotipada de donde emergen los males y la crisis misma. Una crisis que no muestra su verdadero rostro al común de los mortales y en la que se demonizan algunas de sus consecuencias para mejor ocultar el mal.

El antiguachismo. Según el *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* (1980), «guacho» es un término profusamente utilizado en Perú, Colombia, Chile, Ecuador, y refiere al hijo bastardo. Guacho es la persona que carece de madre, el ilegítimo, el pobre, o el extranjero (entre otras connotaciones). De esta manera, guacho es el huérfano de madre, el humilde indigente, el que no pertenece al grupo. Una variante en la castellanización del término, sería guachorro, considerado en una de las acepciones como el conjunto de hijos ilegítimos. Esta connotación, posteriormente, fue utilizada en España, aludiendo a los hijos ilegítimos dejados en México por los españoles peninsulares durante la conquista y la colonia. Actualmente también se utiliza para hacer referencia al soldado raso; al soldado de la bola, el depositario del más bajo rango militar.

El antiguachismo es una de las formas que ha asumido el antichilanguismo en Sonora. Ahí, el anticentralismo es acompañado de una actitud racista y discriminatoria. ¿Dónde empieza el guachismo, en Navojoa, Cajeme, Villa de Seris, Hermosillo o Nogales?

El antiguachismo requiere estudios más profundos que exploren los conflictos y estereotipos construidos durante la confrontación de los grupos de poder durante la Revolución Mexicana. Sin embargo, el antiguachismo cobró forma y se fortaleció con los flujos migratorios de los años cuarenta, cuando una cantidad considerable de inmigrantes sureños llegaron a trabajar a los campos sonorenses.

Gerardo Cornejo (1985) apunta algunos rasgos asociados con la reconstrucción épica y mitificada de ciertos sonorenses, relacionados con «el endurecimiento del carácter, la adquisición de seguridad en sí mismo y la actividad compulsiva, producto de la batalla que desarrolló contra la naturaleza hostil y llena de fealdad. Es el mismo que se enriqueció con el trabajo del migrante, a quien ahora designa

despectivamente como guacho. Al sector de la vieja burguesía enriquecida bajo el apoyo federal y en base a los trabajadores (guachos) migrantes» (p. 13).

José Therán, en *El cazador de guachos...* (1984), lleva al límite el prejuicio antiguacho, planteando una concepción racista, que lleva el regionalismo al extremo. En ese libro, estructurado como una entrevista a Carlos Monge, se dice: «lejos de odios y de prejuicios infandos, he tratado de conjuntar en este libro esa sensación indeterminada de rechazo y resistencia de muchos sonorenses y que se externa generalmente en petit comité para denostar, festinar o tratar de entender a los exponentes y promotores de una cultura sureña que sentimos remota e indescifrable». Therán no escatima calificativos: «especie única e irreductible, asaz depredadora... codiciosos y dispuestos a todo... apáticos y procaces... especie de aborígenes altiplánicos... sanguinuela capitalina... mitómano... homo esmoguis (más esmoguis que homos)... penitente nahuatlaca... Homo hipersexualis... don Juan teotihuacano... jijoelachingada... su ambición desmedida de escalar posiciones sociales... guacho gacho... el antiplánico animal urbano... transa, déspota y marrullero, exhalando a su paso un tufo insostenible de prepotentes e infalibles ombligos del mundo... muro de contención antiguacho, los sonorenses podemos todavía (con cierto trabajo) reconocernos e identificarnos entre nosotros, porque a como van las cosas, tarde o temprano habrá más guachos que gente...».

También exhibe un desconocimiento acerca del chicano (del «pocho», dice Therán)¹⁵ y en general de los procesos de asimilación y resistencia cultural que se desarrollan entre los mexicanos que viven en Estados Unidos. El prefiere llamarles: «el que nunca, jamás, aceptará que alguna vez fue guacho y prefiere mejor (con orgullo secreto e indecible) que lo nombren con el mote de pocho. El infame, renegado, altanero, presumido, atroz, agresivo: guachopocho». Así mismo, el «regionalismo» de Therán plantea que «aunque el guacho, el sonoguacho y el guachopocho son alevnas que no se pican, se dice que en algunos enfrentamientos entre ellos, han salido con la cola entre las patas los dos primeros». Therán termina citando a Carlos Monge, quien señala: «en mi largo peregrinar por todo el territorio nacional no he conocido grupo, raza, asociación o género, sin excluir a los animales por supuesto, que se asemejen a la temible y réproba plaga de guachopocho» (p. XI del Prólogo).

A pesar de que no pretendemos identificar regionalismo y anticentralismo, consideramos que éste juega un papel importante en el desarrollo de tendencias «antichilangas» o «antiguachas». En el antichilanguismo subyace un rechazo a la premoderna, antifederalista y antidemocrática inercia de toma de decisiones «desde el centro», que persiste a pesar de planes y programas de descentralización.

En el antichilanguismo se presenta también el rechazo hacia algunos rasgos derivados de la perenne competencia que genera una ciudad como el DF frente a lo cual se contraponen el ingenio, el agandalle¹⁶, el servilismo, el conjuro mágico del

15. «Pocho», según el *Vocabulario Sonorense* de Horacio Sobarzo (1991), proviene del ópata potzico «arrancar la hierba», y designa a cuantos fueron cortados de su nacionalidad y corrieron la suerte del territorio que se «pochó» a nuestro país.

16. «Agandalle» es un acto o conducta alevosa, aprovechada, abusiva.

poder... del amigo, que no pocas veces reproducen algunos ricos y clasemedios defechos, que a su vez cultivan el estereotipo del «provinciano inculto, torpe e ignorante».

La sentencia vasconcelista de que en el Norte termina la cultura y comienza la carne asada sigue estando presente en las concepciones de muchos habitantes del centro geográfico del país.

Elementos como los señalados debilitan las identidades culturales nacionales y la solidaridad de las clases y sectores subalternos. La creación de estereotipos descalifica y a veces encubre otros intereses. Hemos querido destacar cómo los fronterizos y norteros no han escapado al estereotipo y en la etiqueta del cholo, del chilango, del naco, del guacho, también se oculta un prejuicio de clase.

Los ejemplos presentados ilustran procesos de identificación cultural fuertemente centrados en elementos racistas y regionalistas diferentes a los ponderados por la globalización o la homogeneización cultural.

Desde la frontera

Uno de los rasgos notorios de nuestra modernidad es la dinámica redefinición de fronteras culturales. Esta situación ha propiciado un uso elástico e impreciso de los elementos que definen la transposición de las fronteras. Nuestras sociedades se caracterizan por el uso de esquemas binarios y dicotómicos, por lo cual las estructuras de nuestras representaciones comúnmente aluden a situaciones de frontera.

Trataremos de presentar un marco general que nos permita identificar los rasgos constituyentes de las fronteras culturales, destacando algunos que, a nuestro juicio, conforman las demarcaciones fundamentales de las interacciones sociales entre México y Estados Unidos.

Partiremos de una diferenciación conceptual entre colindancia y frontera. La colindancia alude a la condición de vecindad, o adyacencia. Este concepto no representa mayores problemas en el campo de los trabajos geográficos, pero la situación puede variar cuando entramos al terreno político-administrativo o a la definición de las fronteras nacionales.

La situación se torna más compleja cuando nos ocupamos de la definición de las fronteras culturales, pues no es suficiente la división taxonómica que externamente identifica diferencias socioculturales, sin la ubicación de su función en la demarcación de límites socioculturales. Hablamos de colindancia y no de fronteras culturales cuando dichas diferencias no participan en la conformación de los límites de adscripción grupal.

Las fronteras culturales refieren a aquellos elementos que participan en la construcción de los imaginarios colectivos, donde los grupos se identifican y diferencian. Los elementos que conforman las fronteras culturales tienen que participar en la representación social donde las personas se identifican como parte de un grupo que es diferente de los otros con quienes interactúan. De esta manera las fronteras culturales se corresponden con los límites de identidad.

Consideramos a las fronteras culturales como procesos de identificación/dife-

renciación. Esto implica la existencia de umbrales semantizados desde los cuales los miembros del grupo construyen requisitos de pertenencia y de exclusión. Este punto de vista teórico nos obliga a conceptualizar las fronteras culturales (al igual que a las identidades sociales), como fronteras porosas, elásticas.

Las fronteras culturales cambian con el tiempo y la situación histórica. Hablamos de fronteras situacionales que se representan simbólicamente y lingüísticamente (mediante referentes tópicos, tradicionales, fundantes, diacrónicos, míticos o mesiánicos), por lo cual las fronteras culturales frecuentemente se organizan a partir de perspectivas que sólo consideran uno o algunos de los rasgos de «los otros», casi caricaturizándolos o estereotipando su imagen.

La sociedad presenta segmentaciones espaciales que son porosos límites socio-culturales; puntos de interacción que involucran encuentros y desencuentros, pero también delimitaciones imaginarias construidas en ámbitos genéricos, donde las relaciones aparecen metamorfoseadas y el producto simbólico es diverso, plural; portador de múltiples rostros. La experiencia personal influye y se inserta en la construcción de sentido que se establece entre sujeto y producto simbólico. La mediación entre ambas la establece la experiencia de vida y no la marca unívoca de los medios de comunicación o el estrecho ámbito cotidiano.

Las personas se encuentran integradas en diversas redes de relaciones con espacialidades diferentes y ámbitos heteróclitos. Algunos autores han analizado estos aspectos, así como la influencia que los ámbitos espaciales de interacción ejercen en la constitución de las relaciones sociales o en las identidades imaginarias¹⁷. Consideramos como ámbitos cotidianos aquellas relaciones que se establecen a partir de una fuerte intensidad de interacciones entre los sujetos, lo cual implica una constante confrontación intersubjetiva; el ámbito cotidiano podría posibilitar un interconocimiento más profundo. Sin embargo, este proceso no es mecánico ni lineal y se encuentra fuertemente influido por condicionantes étnicas, de clase, de género o de adscripciones alternativas.

El ámbito cotidiano involucra redes de relaciones estrechas, las cuales se atenúan en la medida en que su tamaño se amplía. En él se construyen diversas identidades familiares o barriales, y las atribuciones del sentido explícito se confrontan permanentemente con los actos.

El ámbito imaginario implica dimensiones amplias de reconocimiento, las cuales se han vuelto más frecuentes y diversificadas a partir del desarrollo del transporte y los medios de comunicación. En él encuentran cabida las adscripciones a redes genéricas de significado que influyen en las delimitaciones del sentido

17. Entre estas demarcaciones encontramos destacadamente «vida cotidiana y genérica» en Agnès Heller; «mundo de vida» y «sistémico» en Habermas; «imaginario colectivo» en Castoradis; y Gilberto Giménez también se ubica en esta lógica cuando identifica las identidades de pertenencia como adscripciones al grupo social próximo, debido a una alta frecuencia de interacciones, dado que es un espacio social donde la «identificación existencial» se establece a partir de las redes inmediatas, y es muy alta la frecuencia de interacciones entre el grupo, frente a las identidades imaginadas o por referencia, que son comunidades mítico-envolventes, tales como las identidades religiosas y nacionales, las cuales trascienden el espacio local y se manifiestan a través de símbolos, que no se inscriben en la observación directa o en la interacción (1992).

de la acción colectiva y personal; ahí se inscribe la moral, la ética social, las identidades colectivas nacionales, las creencias religiosas.

Las mediaciones entre los ámbitos cotidianos y genéricos o imaginarios no son un mero corte espacial intermedio, sino que involucran el análisis de los grados diversos de intensidad de las interacciones que en ellos se desarrollan. La intensidad no es una categoría que se remita en exclusiva a la frecuencia de las interacciones, sino que involucra grados de compromiso, actos de conciencia y, como en el caso de algunas religiones, nacionalismos o proyectos alternativos de sociedad; implica también una fuerte inversión emotiva. Por ello, el análisis cultural requiere ubicar diversos ámbitos cotidianos y genéricos que se superponen y diferencian.

La construcción del sentido de la acción social se establece en un marco de redes de significado que comprenden diversos ámbitos de interacción y redes de significado cuyos encuentros son de tal magnitud, que a pesar de las diferencias se posibilita la construcción colectiva del sentido de la acción.

Muchos estereotipos se han puesto en circulación cuando se ha pretendido contrastar organizaciones sociales específicas con las comunidades imaginarias; esto ha sido particularmente claro cuando se hace referencia a la población fronteriza del norte de México y a la población de origen mexicano en Estados Unidos. Las adscripciones a las comunidades imaginarias son desiguales, y sus componentes comprenden dimensiones e intensidades diferentes.

Los ámbitos imaginarios y cotidianos involucran importantes diferenciaciones sociales, étnicas, de género, generacionales, religiosas, etc. En la frontera norte de México y sur de Estados Unidos, encontramos un rasgo que participa en la definición de la especificidad de las relaciones que ahí se presentan: la colindancia. La ausencia de delimitaciones explícitas acerca de los ámbitos de interacción ha originado saltos entre diferentes niveles de análisis. Tanto en Chiapas, Matamoros o la Ciudad de México, se difunden posiciones más o menos similares dentro del ámbito genérico; el discurso y el proyecto legitimizador propuesto desde el Estado, las ideas religiosas, las «identidades nacionales», la «cultura nacional» o las ideas morales se propagan y reproducen con éxito relativo involucrando a la población dentro de un marco genérico que atribuye sentido a las acciones a partir de construcciones simbólicas accesibles y decodificables.

Los ámbitos cotidianos de la frontera norte o sur de México implican colindancia e interacción con el otro lado; motivo por el cual este elemento se integra con fuerza variable, dependiendo del tipo de interacción. La alteridad con el otro lado de la frontera no es una categoría omnicompreensiva que explique el conjunto de ámbitos de interacción, pero cumple una función determinante en algunos referentes genéricos y, de manera particular, en la definición de las identidades culturales nacionales. Sin embargo, en este mismo ámbito genérico se reproducen adscripciones a comunidades imaginarias que no se encuentran definidas por la colindancia. Esto lo podemos ejemplificar remitiéndonos al imaginario de los mixtecos de Tijuana, que se piensan y reclaman como miembros de la comunidad mixteca, con lo cual no están negando su carácter de mexicanos, sino ubicándose en un ámbito imaginario diferente. La importancia que puede asumir uno u otro de los ámbitos genéricos se define en los procesos de interacción social.

En la frontera existen aspectos de la acción social definidos de manera fundamental por la colindancia, donde la alteridad se reproduce y recodifica de múltiples maneras en los ámbitos cotidianos, donde se evidencian las desigualdades, los contrastes, pero también las semejanzas y anhelos asimilacionistas.

La interacción derivada del ámbito cotidiano no implica de manera automática la aculturación como mucho se ha dicho, pues también involucra diferencias, resistencias y conflictos. En el primer nivel se encuentran los ámbitos cotidianos transfronterizos que construyen redes de significado a los cuales se adscribe (con intensidades variadas) población de ambos lados de la frontera; este ámbito cotidiano transfronterizo se construye en la interacción frecuente e intensa, la participación en redes de consumo simbólico transfronterizo, tales como radio, televisión, periódicos, revistas, productos, servicios, signos y símbolos urbanos. En el segundo se encuentran las diferencias culturales: lenguaje, prejuicios, estereotipos, racismo, adscripciones imaginarias, diferencias de poder, etc.

Lo estadounidense influye de manera desigual en ámbitos genéricos y cotidianos de los fronterizos y de los mexicanos y chicanos que viven en Estados Unidos; sin embargo, su presencia no borra las diferencias existentes entre los distintos ámbitos cotidianos de la frontera, aunque influya de forma específica en algunos de ellos. La influencia estadounidense se presenta de manera importante entre la población de mayores ingresos, mientras que su influencia es menor entre los más pobres. Las posibilidades mismas de cruzar legalmente hacia Estados Unidos se presentan como criterios simbólicos de adscripción y *status*, pues la probabilidad de hacerlo se corresponde con los niveles de ingreso.

Grupos amplios de población cruzan la frontera y trabajan en Estados Unidos, se integran en ámbitos cotidianos sumamente reducidos y, por lo general, difícilmente logran construir las mediaciones entre su ámbito cotidiano y el sentimiento de pertenencia a los ámbitos genéricos estadounidenses. El primero es estrecho y fragmentado, pero el genérico se les presenta ajeno, inaprehensible. Sus lealtades imaginarias y sus relaciones cotidianas se viven como constatación de *status* inferior, de condición vulnerable y posibilidades limitadas, las cuales se perciben como si emanaran de su mismidad, de su identidad profunda, de sus adscripciones imaginarias.

Algunos, principalmente aquellos que legalizan sus documentos migratorios, podrán interactuar en ámbitos cotidianos y genéricos acentuadamente transfronterizos, pero muchos otros considerarán importante su integración a los contextos anglosajones; sin embargo, los ámbitos cotidianos en los cuales se encuentra inserta la población de origen mexicano, son aquellos donde se ubican los niveles socioeconómicos inferiores. Lo anterior es un proceso sumamente complejo de sincretismos, incorporaciones culturales diversificadas y matices siempre necesarios.

Las fronteras culturales, a pesar de sus transformaciones en campos fundamentales de definición de las identidades sociales, poseen importancia central en los procesos de interacción social. Algunos de los campos identitarios que presentan una influencia preponderante sobre la construcción de órdenes socialmente significativos, son:

1. *Fronteras generacionales.* La presencia de las manifestaciones juveniles y de la propia construcción social del concepto de juventud ha sido una de las marcas culturales más importantes del período de la posguerra donde hemos visto desfilar una gran cantidad de modas y movimientos juveniles tales como la Lost Generation, la Beat Generation, los rebeldes, pachucos, *hippies*, *punks*, surfos, cholos, chavos banda, *funkies*, rockeros, *new waves*, vaqueros urbanos, *taggers*, entre muchos otros. Así mismo, en el proceso de relevo generacional es donde se evidencia la inadecuación de diferentes valores sociales que van perdiendo credibilidad ante los ojos de estos núcleos juveniles.

2. *Fronteras étnicas.* Una de las construcciones identitarias que ha tenido mayor relevancia en la conformación de la acción y los movimientos sociales de los últimos años, ha sido la derivada de la adscripción étnica. Los pueblos indígenas, así como los grupos sociales identificados a partir de la construcción colectiva de una identidad común anclada en lenguaje, tradiciones, códigos y proyectos comunes, han actualizado muchas de sus demandas, por lo cual, además del resurgimiento de distintas luchas indígenas, cuyo ejemplo más reciente lo encontramos en el estado de Chiapas, observamos en el mundo un resurgimiento de expresiones étnicas. Destacan las que tienen lugar en la ex Unión Soviética y en la ex Yugoslavia, además de las manifestaciones de las minorías nacionales en diferentes países de Europa y en Estados Unidos.

3. *Fronteras de género (masculino/femenino).* Muchos trabajos han evidenciado la enorme importancia de la construcción social de los géneros en el proceso de estructuración social. Además de la existencia de una división social de oportunidades derivadas de la pertenencia de género, perviven mundos diferenciados a partir de la conformación heteróclita de hombres y mujeres.

4. *Fronteras religiosas.* Otro campo que presenta recreaciones importantes es el de las identidades religiosas, donde existen procesos de conversión, así como transformaciones fundamentales en las fronteras de lo numinoso y entre las religiones oficiales y la mística popular.

5. *Fronteras entre lo rural y lo urbano.* El siglo veinte se ha caracterizado por la profunda transformación de las sociedades que pasaron de una condición rural a la urbana. Esta dimensión transicional ha estado acompañada de importantes cambios culturales que han trastocado diferentes componentes de la vida social como son las estructuraciones familiares, la inserción laboral, la relación con los espacios y sus referentes, la integración en el campo de circulación delirante de productos e información por parte de las industrias culturales, el trastocamiento de las antiguas visiones bucólicas que daban sentido a la vida. Sin embargo, la transición de lo rural a lo urbano remite a una situación procesual y no a una realidad dicotómica, por lo cual resulta necesario incorporar tanto los rasgos de diferenciación como los elementos de recreación que les vinculan.

6. *Fronteras nacionales.* Las fronteras nacionales constituyen uno de los campos que mayor impacto han tenido sobre las identidades culturales. Lo anterior se pondera debido a los procesos de reordenación de los modelos de acumulación, la globalización económica, la apertura comercial, el incremento de la acción política abierta a escala mundial, la conciencia ecológica que redimensiona la percep-

ción sobre el mundo, la crisis y desaparición de países que propicia un nuevo modelo de guerra fría, el esquema unipolar que reiteradamente viola la soberanía nacional de los países más débiles. Todo esto forma parte de una nueva definición de los conceptos de soberanía y de las fronteras nacionales.

Las fronteras culturales no necesariamente coinciden con las fronteras nacionales, puesto que en muchos casos los ámbitos de interacción generan circuitos que van más allá de los límites señalados por los mojones que dividen a los países. Así mismo, las fronteras culturales no necesariamente coinciden con las geográficas, sino que los parámetros de definición de frontera son marcados por la intensidad de las interacciones, con lo cual, podemos enfatizar que la presencia de la colindancia cultural no remite de manera necesaria a la existencia de fronteras culturales.

Hasta ahora el reconocimiento de la importancia social de estas demarcaciones no se corresponde con análisis precisos sobre la modificación de las fronteras culturales. Lo anterior nos lleva a plantear una idea aparentemente paradójica. La frontera cultural también implica continuidad. Esta continuidad se establece en la medida en que el otro lado participa de manera destacada como referente dialógico de la identidad, a diferencia de las alteridades u otredades que interpelan la conciencia del grupo, obligándolo a definirse a través de ella, situación que se presenta por aceptación o por rechazo.

Hablar de fronteras culturales nos conduce al análisis de la percepción que el grupo construye sobre «los otros», cómo los «construyen», cómo y dónde se establecen las fronteras subjetivas y los límites de adscripción. Estos aspectos adquirieron particular relevancia en la discusión sobre los efectos culturales del TLC.

Cultura y TLC

Como es conocido, los asuntos culturales ocuparon un lugar privilegiado en la discusión del acuerdo de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá, en el cual se reconoció el derecho canadiense a su preservación identitaria y cultural. Al mismo tiempo, Canadá refrendó sus atribuciones para otorgar subsidios a revistas y a una parte de la red protectora de publicaciones, películas y transmisiones televisivas (Castro Martínez, 1989). En esta discusión se reconoció la importancia central que el acuerdo comercial puede tener sobre la radio y televisión, de lo cual derivó la posición canadiense de no despreteger del todo estas áreas, manteniendo dependencias públicas de carácter cultural (Canadian Broadcasting Corporation; National Film y Canada Council), y otorgando apoyos y subsidios a industrias culturales privadas (ibíd.). La discusión entre Estados Unidos y Canadá en relación con el TLC estuvo permeada por la disputa de las identidades culturales. En estos países donde las características físicas, lingüísticas y los niveles de vida se asemejan, la definición identitaria enfatiza la dimensión subjetiva de las diferencias, se ponderan las demarcaciones imaginarias y se atrincheran en la preservación de sus identidades culturales.

En el sur de la frontera estadounidense la confrontación es más contundente dadas las profundas desigualdades económicas, lingüísticas y culturales que confluyen y se confrontan en la frontera entre Estados Unidos y un nuevo proyecto mexicano de nación que de manera contradictoria y en ocasiones paradójica nos identifica como miembros de la modernidad, independientemente de que carezcamos de sus atributos inherentes de bienestar, altos niveles de vida, democracia, alta tecnología y productividad, fuerte desarrollo de los medios electrónicos y del individualismo.

Dentro de este marco de relaciones culturales transnacionales, se construyen ámbitos de interacción donde el sentido de las prácticas colectivas se produce y confronta a partir de nuevos esquemas de concertación, negociación y disputa económica, social y cultural.

Frente a este contexto, resulta fundamental sistematizar, reordenar e identificar los términos adecuados para la definición de la cultura fronteriza, así como de una serie importante de expresiones culturales insertas en esta interacción entre México y Estados Unidos.

Algunas de las preocupaciones referidas a los posibles efectos del TLC en los procesos culturales-identitarios se han orientado hacia los «riesgos» derivados del acceso amplio al consumo de bienes provenientes de Estados Unidos, y con mayor énfasis, cuando se incorporan diferentes «productos culturales», tales como películas cinematográficas, videos, discos, libros, etc. Es difícil responder de manera adecuada a la profundidad y el sentido de los cambios culturales derivados de estas nuevas opciones de consumo para la población mexicana o, más adecuadamente, para algunos sectores de la población mexicana. Para construir un escenario definido por un acceso a productos estadounidenses y canadienses sólo restringido por la capacidad de consumo, resulta importante recuperar la experiencia de Zona Libre en la frontera norte mexicana, la cual en muchos sentidos prefiguró algunos de los cambios asociados con el flujo libre de productos y mercancías derivado de la firma del TLC.

La frontera norte de México creció dentro de una intensa interacción socioeconómica con el sur estadounidense; durante el siglo pasado, gran parte del abastecimiento de productos se realizaba en San Diego, lo cual continuó a través de diversos vínculos establecidos en el turismo, la inversión de poderosas empresas estadounidenses en el sector agrícola como fue el caso de la Colorado River Land Company, el flujo comercial que se presentaba con acuerdos de zonas y perímetros libres o sin ellos. Las economías de diversas ciudades de la frontera oscilaban en relación con las condiciones económicas estadounidenses, como pudo observarse durante los períodos de recesión económica en aquel país y de manera dramática durante la recesión económica de finales de los veinte y principios de los treinta y durante la Segunda Guerra Mundial, que propició una importante demanda de fuerza de trabajo; en las disposiciones políticas tales como la operación Espalda Mojada; o en las reglamentaciones morales, tales como la Ley Volstead o Ley Seca y la prohibición del juego, que contribuyeron al auge de la vida nocturna en algunas ciudades fronterizas mexicanas.

El régimen de Zona Libre ha sido un elemento fundamental dentro del desarro-

llo regional en la frontera norte; y ha tenido importantes repercusiones en el proceso de acumulación de los capitales regionales. Esta disposición ha permitido un considerable flujo de productos libres de aranceles, que han posibilitado que importantes sectores fronterizos se encuentren incorporados en un mercado internacional de consumo. Destacar esta situación resulta pertinente frente a una serie de argumentos esgrimidos en torno a la firma del TLC, donde se destaca que el acceso a productos estadounidenses produce de manera lineal una pérdida de la identidad nacional entre la población mexicana.

En una investigación reciente sobre hábitos de recepción en cine, video, televisión y televisión por cable en la ciudad fronteriza de Tijuana (Valenzuela Arce, 1994), destaca la amplia preferencia por los canales televisivos mexicanos y en español, situación que tiende a aumentar entre los sectores populares y se atenúa en los niveles sociales más altos (ver Lozano, 1991; Malagamba, 1986; y Bustamante, 1983). Así mismo, entre las mujeres se aprecia una mayor proclividad hacia la programación mexicana y en español. Esto nos ubica en la conformación de ámbitos de sentido diferenciados, en los cuales, además del conocimiento del idioma inglés, participan elementos culturales de identificación desde los cuales se construyen las diferencias. Es por ello que los niveles de preferencia por los productos culturales estadounidenses no derivan de manera mecánica de la colindancia o la cercanía geográfica con la frontera estadounidense, máxime con el aumento de la densidad de los campos imaginarios desde los cuales se conforman las relaciones culturales entre México y Estados Unidos que pueden hacer más homogénea la definición del gusto y las adscripciones identitarias como variables condicionadas por el sector social de pertenencia.

La discusión inicial sobre los efectos previsibles del TLC en las identidades culturales estuvo marcada por posiciones variadas que incluyen puntos de vista esencialistas y museográficos que enfatizan la inalterabilidad de costumbres, hábitos, tradiciones, y estilos de vida. Un ejemplo notable de estos puntos de vista que aluden a la invulnerabilidad de nuestras identidades culturales, se encuentra en las declaraciones de Jaime Serra Puche, ex secretario de Comercio y Fomento Industrial, quien señaló que este tópico no era relevante para México, y que por consiguiente no había por qué preocuparse.

En este debate también han participado quienes destacan la fuerza de las identidades profundas y persistentes, enfatizando los procesos de actualización, recreación y resistencia cultural¹⁸.

En el contexto de la discusión nacional, la identidad se presenta como un campo de múltiples acepciones donde se mezclan indiferenciadamente identidades culturales, nacionalismo, identidad nacional, identidad étnica o identidad patria. En ellas destaca un amplio espectro de posiciones que van del fatalismo que avizora la caída de las identidades culturales frente a los embates de la globalización e

18. Carlos Fuentes destaca la mayor fortaleza de la identidad nacional mexicana sobre la estadounidense, por lo cual considera que deben ser ellos los que sientan temor y no los mexicanos, dado que para nosotros la pluricultura no es un problema, mientras que Carlos Monsiváis considera a la identidad cultural como un espíritu de continuidad y de resistencia, de adaptación y asimilación (*La Jornada*, jueves 28 de julio de 1992).

integración económica, hasta las opiniones triunfalistas que apuestan a su incólume permanencia, lo cual supuestamente garantiza que al despertar del sueño de la integración las identidades aún estarán ahí.

El debate sobre las identidades también se manifiesta como expresión de presencias inasibles que actúan en la ordenación del sentido de nuestras vidas sin que podamos aprehenderlas del todo¹⁹. Por otro lado, se encuentran las opiniones de quienes consideran que los procesos de integración deberían avanzar hacia formas más amplias en los terrenos no sólo económico, sino también político²⁰.

La experiencia de la frontera norte de México indica que no es adecuado pensar que el mero acceso a productos provenientes de Estados Unidos o la exposición a las emisiones de los medios estadounidenses y la acción de las industrias culturales derivan de manera lineal en una transformación de las identidades culturales. Los mexicanos aprovechan algunos productos que se les ofrecen, sin embargo, este consumo de productos se inserta en redes de sentido simbólico a partir de sus propias matrices culturales.

A partir de los elementos expuestos, consideramos que las identidades sociales mexicanas se encuentran sujetas a importantes transformaciones, sobre las cuales influye de manera más relevante la modificación del proyecto nacional, que una mayor exposición a productos estadounidenses derivada del TLC.

El TLC genera aprehensiones en el campo cultural no sólo por las marcas y temores que produce la histórica voracidad del socio mayor del acuerdo, sino también por la evidente desigualdad económica, política y militar, los prejuicios de uno y otro lado que se engrandecen ante la permanencia de una división sociocultural de oportunidades en Estados Unidos, donde el estereotipamiento étnico y racial juega un importante papel en la definición de las expectativas sociales.

Dentro de este marco de relaciones culturales transnacionales, se construyen nuevos ámbitos de interacción donde el sentido de las prácticas colectivas se produce y confronta a partir de nuevos esquemas de concertación, negociación y disputa económica, social y cultural. En este complejo proceso se incorpora la construcción de semejanzas y diferencias dentro de experiencias históricas semantizadas que le otorgan sentido a la interacción, pero ésta también se construye dentro de relaciones de poder que enmarcan los ámbitos de interacción entre la población de los países involucrados en el TLC.

19. Así, Lorenzo Meyer señala con cierta ironía: «Sé que existe, pero no tengo una idea clara de qué se puede entender como identidad nacional mexicana. Sin embargo, soy optimista al respecto» (*La Jornada*, jueves 18 de julio de 1992).

20. Entre estos puntos de vista se ubica Octavio Paz, quien partiendo de la experiencia de la CE fundada (desde su punto de vista) en las diferencias culturales, lingüísticas e históricas entre sus miembros, deriva que: «en América deberíamos explorar ese camino. Si tiene éxito, como espero, podría completarse y coronarse con una asociación política y cultural de los tres Estados» (1992).

Conclusiones

La agudización de la crisis económica ha vuelto a poner a la orden del día la fuerte vulnerabilidad del proyecto nacional impulsado en nuestro país. La anunciada modernidad se desvaneció dejando una secuela amarga de desencanto y desesperación entre la población que súbitamente perdió la mitad de su capacidad adquisitiva y se enfrentó al fantasma real o potencial del desempleo. Como ya habíamos señalado, la verdadera amenaza a las identidades sociales no ha sido el acceso privilegiado a productos culturales estadounidenses, sino la agudización de los rasgos de un proyecto de nación excluyente y depauperador.

La definición de las medidas económicas desde el exterior, y el condicionamiento de la política económica desde esos mismos centros de poder ilustran el profundo perjuicio contra la soberanía nacional. Frente a esto, la apertura comercial ha sido un elemento complementario, pero periférico en lo que respecta a los rasgos centrales del modelo de país que queremos construir. Poco queda de las declaraciones del ex presidente Carlos Salinas afirmando la nueva dimensión de la soberanía como interdependencia entre Estados soberanos, ante las condiciones subordinadas frente a los grandes capitales financieros. Además de esta soberanía subordinada, encontramos otros procesos que obedecen a lógicas supranacionales y que requieren de acuerdos internacionales y mundiales, como son la preservación del medio ambiente, la limitación de las pruebas nucleares —discusión actualizada con la reactivación de las pruebas en Francia—, resoluciones tendientes a regular los conflictos internacionales, búsqueda de restricciones a la utilización de armas nucleares y químicas, y la búsqueda de soluciones a la muerte producida por el narcotráfico. Por otro lado, las relaciones transnacionales enfrentan nuevos retos, sobre todo en relación con los debates recientes sobre la doble nacionalidad de migrantes mexicanos a Estados Unidos, o frente a la exacerbación del racismo en diferentes campos de la vida política y social estadounidense.

Las transformaciones constitucionales sentaron las bases para el incremento en la desigualdad de opciones de los actores sociales en nuestro país, con un aumento del protagonismo clerical, una mayor depauperación y vulnerabilidad de obreros, trabajadores informales, campesinos y ejidatarios. La acentuación de los rasgos de relaciones económicas, sociales y culturales enmarcadas en la lógica del capitalismo tardío rebasan la discusión orientada a analizar las transformaciones culturales sólo desde las opciones de consumo y, simultáneamente con los procesos de globalización y de circulación de bienes culturales observamos procesos socioculturales de recreación, persistencia y resistencia cultural.

De lo antes dicho se deriva que la modificación del proyecto nacional caracterizado por una mayor pobreza y miseria, así como por la disminución de los niveles de vida de amplios sectores medios, también se refleja en la calidad y las características de la educación. La propia situación de pobreza de los sectores populares presiona hacia la incorporación de los niños y jóvenes al mercado de trabajo con el fin de que contribuyan al ingreso familiar, con lo cual se limitan las posibilidades de su capacitación escolarizada, mientras que la situación educativa confirma y promueve la acentuación de la desigualdad. Por otro lado, en el campo de las

actividades culturales también se registra una disminución de los apoyos estatales y una creciente participación de la iniciativa privada que al mismo tiempo que se involucra en los campos culturales los resemaniza, y los incorpora dentro de una lógica que no atiende prioritariamente a los valores culturales o al contenido estético de la creación artística, sino a su rentabilidad.

Lo anterior se inscribe de manera directa en lo que hemos considerado como la acentuación de los rasgos neoliberales del proyecto nacional dominante, que ha tenido efectos más fuertes sobre la configuración de las identidades culturales, la soberanía y el proyecto nacional, que el acceso a productos culturales estadounidenses o canadienses enfatizado en la discusión sobre el TLC.

Bibliografía

- Bonfil Batalla, Guillermo** *Pensar la cultura*. Alianza Editorial. México, 1991.
- Bustamante, Jorge A.** *Tensiones sociales entre los jóvenes de la Frontera Norte*. COLEF. México, 1983.
- Castro Martínez, Pedro F.** El acuerdo de libre comercio en Estados Unidos y Canadá, en *Comercio Exterior* vol. 39, n° 4, México, abril de 1989.
- CEPAL** Notas sobre el desarrollo en América Latina. Apuntes preparados como base para la discusión en la Primera Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno. Guadalajara, Jalisco, 18 y 19 de julio de 1991.
- Cornejo Murrieta, Gerardo** *Políticas culturales y creación individual*. Cuadernos de divulgación del Colegio de Sonora. México, 1985.
- Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico* Editado por Juan Corominas y José A. Pascual. Editorial Gredos. Madrid, 1980.
- El Cotidiano* mayo-junio de 1991.
- Fossaert, Robert** Modernización e identidades: México en el corazón del Nuevo Mundo, ponencia presentada en el coloquio «Modernidad e identidades sociales». Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM/Instituto Francés de América Latina (IFAL). México, 28 y 29 de octubre de 1992.
- Fuentes, Carlos** La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial, en Varios autores, *Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México, la situación mundial y la democracia*. UNAM/CONACULTA/FCE. México, 1992.
- Giménez, Gilberto** Comunidades primordiales y modernización en México, ponencia presentada en el coloquio «Modernidad e identidades sociales». Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM/Instituto Francés de América Latina (IFAL). México, 28 y 29 de octubre de 1992.
- Girault, René** La modernización en Europa occidental: construcción europea e identidad cultural europea, ponencia presentada en el coloquio «Modernidad e identidades sociales». Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM/Instituto Francés de América Latina (IFAL). México, 28 y 29 de octubre de 1992.
- Guevara Niebla, Gilberto** (comp.) *La catástrofe silenciosa*. FCE. México, 1992.
- Jornal do Brasil* 13 de febrero de 1995.
- La Jornada* ediciones del 6 de mayo, 22 de junio, 18 de julio y 28 de julio de 1992; y 26 de

julio de 1995.

Lozano, José Carlos *Prensa, radiodifusión e identidad cultural en la frontera norte*. El Colegio de la Frontera Norte. Tijuana, Baja California, 1991.

Lustig, Nora América Latina, desigualdad y pobreza, en *Nexos* n° 47, mayo de 1992.

Malagamba, Amelia *La televisión y su impacto en la población infantil de Tijuana*. COLEF. México, 1986.

Paz, Octavio Respuestas nuevas a preguntas viejas, en *Vuelta* año XVI, n° 192, noviembre de 1992.

Proceso n° 836, 9 de noviembre de 1992.

Safa, Patricia/Nivón, Eduardo La educación y el TLC: de la crisis a las perspectivas, en Guevara Niebla, G./García Canelini, N. (comp.), *La educación y la cultura ante el Tratado de Libre Comercio*. Nueva Imagen/Nexos. México, 1992.

Salles, Vanía Cuando hablamos de familia, ¿de qué familia estamos hablando?, en revista *Nueva Antropología*, vol. XI, n° 39, México, junio de 1991.

Salles, Vanía Las familias, las culturas, las identidades, en Valenzuela Arce, 1992.

Sobarzo, Horacio *Vocabulario sonorense*. Instituto Sonorense de Cultura. Hermosillo, Sonora, 1991.

Therán, José *El cazador de guachos, iriata: la octava plaga!*. Edit. El Tiburón Descalzo. Hermosillo, Sonora, 1984.

Valenzuela Arce, José M. *Empapados de sereno: el movimiento urbano popular en Baja California (1928-1988)*. El Colegio de la Frontera Norte. Tijuana, Baja California, 1991.

Valenzuela Arce, José M. (comp.) *Decadencia y auge de las identidades: cultura nacional, identidad cultural y modernización*. El COLEF/CONACULTA. Tijuana, 1992.

Valenzuela Arce, José M. Tijuana: la recepción audiovisual en la frontera, en García Canelini, N. (coord.), *Los nuevos espectadores: cine, televisión y video en México*. IMCINE. México, 1994.

Williams, Raymond *Hacia el año 2000*. Editorial Crítica/Grijalbo. Barcelona, 1984.

Zamora Plowes, Leopoldo *Quince años y casanova aventureros*. Ed. Patria. México, 1984.

La evolución de la política científica: nuevos y viejos desafíos culturales para América Latina en la integración supranacional

Enrique Oteiza

Al recordar el proceso de constitución del complejo de actividades de investigación en ciencia y tecnología (CyT) en América Latina, es útil tener presente que nuestra región experimentó un desarrollo tardío de dichas actividades. En efecto se trata de una historia que no se extiende mucho más allá de los últimos cien años, ya que si bien existieron algunas contribuciones científicas anteriores, éstas fueron poco numerosas, resultado de investigadores metropolitanos «viajeros» o de iniciativas aisladas, por lo general débilmente institucionalizadas y de limitado impacto social. Sólo a partir de finales del siglo pasado se constituyen grupos de investigación de alguna entidad, en distintas disciplinas científicas: matemáticas, física, química, biología, ciencias médicas, astronomía, etc. Así se fueron conformando en diferentes ciudades del continente «complejos» de actividades de investigación científica, que incorporaron más tarde las de investigación tecnológica, en un proceso de acumulación accidentado y aún poco sistemático, signado por demasiado frecuentes instancias de destrucción —ciertamente no constructivas—.

Los trabajos de historia de la ciencia, realizados en distintos países de América Latina¹, muestran el escaso desarrollo de las actividades de investigación científica y tecnológica «modernas» (en términos de un quehacer científico *aggiornado* para la época). En efecto, diversos historiadores de la región coinciden en atribuir el tardío desarrollo científico latinoamericano a las siguientes causas:

1. Durante el período colonial, las características que adquirió la contrarreforma en España y Portugal marcaron la historia de ambos países. El predominio de un escolasticismo integrista controlado por las Iglesias de la Península Ibérica —estrechamente ligadas a las monarquías reinantes— resultó antitético con la expansión del pensamiento científico. Nuestras metrópolis accedieron marginal y tardíamente a la «era moderna», quedando excluidas en buena medida de procesos históricos fundamentales como el Renacimiento, la Ilustración, la Revolución Industrial, así como del impacto político de la Revolución Francesa —impactó que no pudo ser controlado por España en las colonias—, etc.

2. En este período también pesaron las formas de los vínculos metrópoli-colonia: los sabios viajeros, la expulsión de los jesuitas (el ala «modernizante ilustrada» de la Iglesia iberoamericana), la forma de expansión de las actividades económicas —agricultura y minería de enclaves tradicionales, limitadas al comercio con las metrópolis respectivas—.

1. Consignamos aquí algunas referencias para los lectores que deseen asomarse a la historia de la ciencia en América Latina: Sagasti/Guerrero, 1974 (cap. I, parte 2); Cueto, 1989 (en particular cap. I y II); Jaguaribe, 1971 (pp. 389-432); Myers, 1992; Roche, 1978; y Vessuri, en prensa.

3. En el período posindependencia, las economías de la región se rearticulaban con el sistema internacional que ya en el siglo pasado estaba dominado por las potencias industriales de la época: Inglaterra, en primer lugar, y luego Francia, Alemania, Holanda y más tarde Estados Unidos. Esta rearticulación consolidó durante largos años un modelo agroimportador económica y tecnológicamente subordinado y subsidiario del Norte.

4. El siglo XIX estuvo signado en América hispana por la larga guerra de independencia así como por las luchas entre caudillos y jefes militares con control regional parcial al interior de nuevos países. Estos conflictos no sólo crearon inestabilidad, sino que mantuvieron el poder en manos de despotismos no precisamente «ilustrados», perdurando un contexto desfavorable para la acumulación de recursos y capacidades científicas. Sólo a finales del siglo XIX se estabilizan mínimamente nuevas élites civiles urbanas, por lo general conservadoras en la defensa de los intereses dominantes de dentro y fuera, pero marcadas por el pensamiento positivista modernizante.

No es, en consecuencia, casual que sea sólo a partir de entonces que las actividades de investigación científica —no sólo las de enseñanza de la ciencia y las de tipo taxonómico descriptivo que habían ido surgiendo con anterioridad— emerjan y se vayan expandiendo, aunque con dificultad y de manera discontinua.

La articulación de los complejos de investigación CyT en el Norte y en América Latina

A los efectos de nuestro análisis, es importante tener en cuenta que también en lo referente a los vínculos entre ciencia, tecnología y sociedad, la historia de los países científicos e industrialmente avanzados es muy diferente de la nuestra. Si bien a partir de la llegada de Colón a América las historias de ambos márgenes del Atlántico se vincularon a través del llamado «encuentro», dada la índole de esa y otras conquistas, el mundo no se homogeneizó en términos económicos, políticos, o sociales; por el contrario, se configuró gradualmente un Norte-centro y un Sur-periferia desigualmente estructurado aunque articulado a nivel global. En el Norte, en particular en Europa, a partir de una larga historia que se acelera desde el Renacimiento, y que pasa por la Ilustración, el enciclopedismo, y el positivismo —entre otros procesos culturales—, se producen transformaciones constitutivas de la llamada era moderna, caracterizada por el peso del pensamiento racional, y en particular del saber científico. En este largo proceso de cambio, las revoluciones políticas, sociales y económicas, la independencia de Estados Unidos —la llamada Revolución Americana—, la Revolución Francesa, las revoluciones industriales, las revoluciones Rusa y China, fueron hitos que facilitaron transformaciones profundas en las sociedades que hoy en día consideramos científicamente avanzadas. En este proceso, la racionalidad científica y tecnológica se fue constituyendo como una de las dimensiones fundamentales de la cultura de dichas sociedades. Así, la articulación de las actividades de investigación CyT entre sí y con el resto de la sociedad pasó a ser parte consustancial del proceso de modernización de lo

que hoy se suele denominar «el Norte» industrialmente avanzado, constituido en tres grandes bloques (Asia-Pacífico; Europa; Norteamérica).

En este sentido, creemos que hay que revisar la manera como la enseñanza de la ciencia integra y simplifica una compleja historia del desarrollo del conocimiento y de sus aplicaciones. En efecto, hoy se entrega una imagen de la ciencia de los últimos siglos, de la que se excluyen los vínculos socioculturales, las articulaciones que existieron realmente entre la generación y el aprovechamiento del conocimiento.

Ilustraremos esta cuestión recordando los aportes de unos pocos científicos, cuyo legado nos llega como si se tratara sólo de contribuciones teóricas que no hubieran tenido mayor aplicación práctica en su época. Recordaremos sólo a título de ejemplo a Newton, Watt y Simpson, quienes desarrollaron conocimientos con el apoyo de gobiernos y de empresas inglesas de la época. Newton², además de sus aportes fundamentales a la física, en lo que se refiere a la mecánica contribuyó grandemente a mejorar los instrumentos de navegación y observación de su época. Perfeccionó el sextante y los telescopios de reflexión (en el Museo del Observatorio de Greenwich se exhibe el telescopio de dos caños por él inventado; un aparato más compacto y potente que sus antecesores). Estos avances, en el campo de la óptica, permitieron mejorar los atlas celestes, la cartografía y la navegación. Así mismo su desarrollo del cálculo infinitesimal fue fundamental. Simpson³, otro matemático inglés, realizó contribuciones importantes; el método que lleva su nombre ha sido de gran utilidad hasta el día de hoy en el diseño naval en la solución de muchos problemas hidroestáticos e hidrodinámicos (como son los cálculos de flotación, estabilidad en diversas condiciones de rolido y cabeceo, ángulo crítico de voltereta, resistencia al avance, velocidad, etc.). Su método se aplica hoy a la resolución de los problemas más variados. El mismo tiene aplicación general para el cálculo de superficies y volúmenes curvos cuando la función matemática de la curvatura es desconocida. La aplicación rápida por parte de Inglaterra de estos conocimientos físicos, matemáticos y astronómicos, contribuyó de manera decisiva a su triunfo, en los mares del mundo, sobre España y Francia (Mahan, 1946).

Siguiendo con algunos ejemplos, las aportaciones a la mecánica y la termodinámica de James Watt, matemático y constructor de instrumentos de la Universidad de Glasgow, quien se asoció luego con el industrial Boulton, fueron absolutamente decisivas en el desarrollo de la máquina a vapor. Gracias a él se logró concebir y fabricar las primeras máquinas a vapor eficientes, con capacidad no

2. Sir Isaac Newton (1642-1727) estudió en Cambridge y fue profesor de dicha universidad, lo cual dice mucho de lo que ya era la universidad inglesa durante el período en que en dicho país se estaba transformando el sector agrícola-ganadero, expandiendo la producción y el comercio, y extendiendo el poder naval. Época de grandes cambios sociales, económicos y culturales que prepararon el terreno para la llamada Revolución Industrial que se desencadenaría con ímpetu creciente poco después. Newton fue nombrado presidente de la Royal Society en 1703. Esta asociación fue fundada con el fin de promover el debate y, en general, el progreso de las ciencias naturales. Desde sus orígenes estuvo apoyada por el gobierno al cual asesora en materia científica.

3. Simpson desarrolló su método a mediados del siglo XVIII y no hubiera podido hacerlo sin las contribuciones de Newton en el campo de las matemáticas. Ver, por ejemplo, Iglesias, 1921 (pp. 24-27); y Gamboa Sánchez, 1944 (pp. 12-14).

solo de transformar el movimiento rectilíneo alternativo del cilindro en otro rotativo, lo que ya había sido logrado a través del mecanismo de biela manivela, sino también que el movimiento rotativo tuviera velocidad aceptablemente uniforme. Con el agregado del regulador de velocidad —un ingenioso servomecanismo—, la máquina a vapor pasó a ser plenamente operativa. Impulsó fábricas, barcos y trenes; fue, en efecto, el gran corazón mecánico de la primera revolución industrial (el corazón humano de empresarios y gobernantes se mostró escaso)⁴.

Estos pocos ejemplos se multiplican sin fin, no sólo en los campos de la mecánica, la termodinámica y la química sino también en los de la electricidad, la óptica y más tarde la física nuclear, la electrónica, la biología, etc., donde nuevos conocimientos científicos han tenido con frecuencia aplicaciones prácticas, con poco rezago temporal. Ni siquiera la Revolución Industrial primigenia, la inglesa, fue un asunto fundamentalmente de hábiles mecánicos y *practitioners*, como a veces se le quiere presentar. Esta primera Revolución Industrial constituyó un fenómeno complejo, donde profundos cambios y avances que se habían producido en la etapa anterior en los planos económico, social, político y cultural (incluyendo naturalmente lo científico y lo tecnológico) y las transformaciones que se produjeron durante el período de la Revolución misma, fueron decisivos. Así, puede decirse que no todo se debió solamente al avance de la ciencia y la técnica durante los siglos XVII, XVIII y XIX, pero también, como nos lo recuerda Ashton, «...es más fácil que la inventiva emerja en una comunidad que se preocupa por las cosas de la mente que en aquellas que sólo persiguen fines materiales. El desarrollo del pensamiento científico que surge de las enseñanzas de Francis Bacon, ampliado por el genio de Boyle y Newton, constituyó una de las principales vertientes que nutrió la Revolución Industrial» (Ashton, 1948, p. 15).

Al releer los autores clásicos que estudiaron la Revolución Industrial (p.e. E.J. Hobsbawm, Paul Mantoux, T.S. Ashton, A. Toynbee) aparece bien desarrollado el carácter complejo de dicha revolución, o sea la profundidad de los cambios

4. James Watt (1736-1819) nació en Escocia. Su abuelo era matemático y en su casa natal estaban colgados los retratos de Newton y Napier —el creador de los logaritmos—. A partir de su tarea docente y experimental en la Universidad de Glasgow, pudo concebir y desarrollar un condensador (mantenido siempre frío), separado del cilindro de la máquina a vapor (mantenido siempre caliente); logró así aumentar considerablemente la eficiencia en el proceso de transformación de energía térmica en mecánica, eliminando al mismo tiempo dificultades que parecían insuperables en el funcionamiento del cilindro. Luego se trasladó a Birmingham, en donde trabajó en contacto estrecho con la industria de maquinaria introduciendo otras innovaciones cruciales para que la máquina a vapor se convirtiera en una fuente de energía termomecánica eficiente y confiable (ver, por ejemplo, Ashton, 1948, pp. 12, 16, 18, 19, 20, 21, 67 a 70; 77, 86, 110 y 129). En 1769, Watt obtuvo su primera patente y 16 años después la máquina a vapor comenzaba a usarse en la industria de tejidos de algodón. Wiener y Bigelow, los creadores de la cibernética, consideraron que el regulador de velocidad de Watt constituía el primer ejemplo de la noción de servo-mecanismo, en la que se aplica la retroalimentación (de Latil, 1956, p. 7; Mantoux, 1959, pp. 324-350). El clásico libro de Bruhat *Cours de physique générale mécanique* (1948) contiene un excelente tratamiento teórico matemático (aplicando análisis vectorial) del regulador de Watt; no incluye sin embargo ninguna referencia al aporte tecnológico mayor que significó esta invención. Este es un buen ejemplo de la forma parcelada de enseñar la ciencia, que impide conocer las relaciones entre el conocimiento, la sociedad y la historia, o sea, los vínculos o articulaciones a los que nos estamos refiriendo.

económicos, sociales, políticos, tecnológicos y culturales en general, así como sus interrelaciones. Es poco claro, sin embargo, el análisis de las relaciones entre los avances del conocimiento científico y el tecnológico, quizás por que ésta es un área de los estudios culturales que ha avanzado solo muy recientemente y que, por lo tanto, no estaba madura cuando realizaron sus trabajos los autores antes mencionados, por otra parte excelentes historiadores económicos, sociales o generales.

Los procesos de industrialización importantes que ocurrieron después de la revolución industrial inglesa —como por ejemplo la revolución industrial alemana— descansaron de manera aún mucho más directa e inmediata en los avances científicos. En este último país la influencia de la «universidad científica» fue decisiva en el desarrollo de la industria química, farmacéutica, metalúrgica y eléctrica. El modelo universitario alemán, con un fuerte componente de investigación CyT como fuente de creación de conocimientos válidos, fue imitado por Suiza (química y farmacia) y difundido en Estados Unidos vía la experiencia de la Universidad de John Hopkins. En Inglaterra inspiró reformas en la Universidad de Cambridge y desde allí se difundió a otras casas de altos estudios.

En materia de articulaciones, la historia nos muestra ya en el siglo XVII y XVIII no sólo las importantes relaciones que existieron, por ejemplo, entre los desarrollos de la genética animal y vegetal en Inglaterra y la revolución agrícola que precedió a la industrial en ese país, o entre los avances de la matemática, la física y la astronomía y la navegación. Estos nexos le permitieron a Inglaterra alcanzar el dominio de los mares y así lograr una rápida expansión del comercio; más tarde, también de la tecnología industrial y del transporte terrestre.

Es interesante observar que, aunque fuera de manera embrionaria, las articulaciones existieron en los términos en que las definió hace pocos años Jorge Sábato, en su conocido triángulo. En efecto, el papel de las universidades escocesas en el desarrollo de una filosofía laica —desprendida de la teología y del control eclesial—; la vinculación de Newton con Cambridge; el apoyo de la monarquía inglesa a la Royal Society —que Newton presidió—; la famosa Lunar Society de Birmingham que nucleaba a científicos, filósofos, empresarios y gobernantes; y más tarde el papel saliente de la universidad y de las políticas del Estado en el desarrollo científico, tecnológico e industrial de Alemania, son buenas ilustraciones de cómo se fueron estableciendo los vínculos entre la ciencia, la tecnología y la sociedad en el proceso de transformación cultural del Norte industrial moderno. Esa historia nos muestra también cómo los trabajadores fueron sobreexplotados y marginados de las articulaciones del poder y de los mecanismos de decisión. Sólo pudieron actuar por reacción uniéndose para demandar mejoras en su condición o para luchar por cambios en la estructura del poder, sin acceder ellos mismos, por lo general, al proceso de creación científico y tecnológico.

De esta manera, resulta que son las características propias del largo proceso histórico de construcción de la Europa moderna, las que hicieron que las actividades científicas y tecnológicas se articularan no sólo a través de la economía, sino fundamentalmente de la cultura, lo que les permite exhibir hoy rasgos sistémicos *avant-la-lettre*, en los países del Norte. Las relaciones de la ciencia con la tecnología y con la sociedad tienen allí, entonces una lógica histórica.

En América Latina, el desarrollo mucho más tardío del complejo de actividades de investigación CyT tuvo lugar de manera muy diferente al que experimentaron los países del Norte. En efecto, en nuestra región dicho proceso se realizó de manera desconectada de la expansión y transformación productiva, incluso durante la fase de industrialización post-1930 (por sustitución de importaciones), que en los países grandes y medianos produjo un crecimiento rápido del sector secundario. En nuestra región, las actividades que conforman el complejo de investigación en CyT crecieron en forma desarticulada, tanto al interior del propio complejo como en relación con las actividades de la producción de bienes y servicios. Esta desarticulación se dio en sociedades culturalmente premodernas, en el sentido de que ellos no pasaron por la larga transformación cultural que llevó p.e. en Europa a que la razón, y en particular la científica, pasara a constituir una dimensión central de la cultura toda. En lo económico, el desarrollo exhibió un carácter heterogéneo en cuanto a las actividades productivas —dispersión de los niveles de productividad—.

La política CyT explícita del norte industrializado ha perfeccionado en las últimas décadas esta integración preexistente, constituyendo hoy por hoy un verdadero sistema. En el caso de España, que tuvo en Europa una industrialización mucho más tardía y también un desarrollo científico menos vigoroso que el de los países de industrialización temprana, se hacen presentes también problemas de desarticulación, aunque en menor medida que en América Latina. Creemos, sin embargo, que España ha estado atacando estos problemas de manera efectiva (ver *Country Reviews*, varios años).

Modelos de organización de los complejos CyT: la experiencia de Europa occidental

A partir de fines de la década de los cincuenta, América Latina efectúa una incorporación del modelo de institucionalización y gobierno del complejo CyT. Esta experiencia permite ahora efectuar una breve «lectura latinoamericana» de la historia de cómo surgió inicialmente este modelo en Europa occidental. En particular cuáles fueron las necesidades a las que respondió en función del proceso de desarrollo vivido en dicha región después de la Segunda Guerra Mundial.

Desde 1945 se hizo evidente en Europa que no sólo era necesaria la reconstrucción de lo destruido, sino también la construcción de nuevas capacidades y potencialidades que permitieran ubicar a este conjunto de países en «escala», en relación con las dos superpotencias que entonces dominaban el mundo. Esta convicción se presentó asociada a la idea de la necesidad de una modernización, entendida básicamente como el proceso tendiente a cerrar la brecha —sobre todo en el plano económico— con Estados Unidos, lo cual implicaba que este país —líder entonces de Occidente— devenía en muchos aspectos el modelo a imitar. Varias fueron las fórmulas aplicadas para lograr este objetivo:

Primero, la ayuda en términos de transferencia neta de capitales a través del Plan Marshall, que permitió movilizar el trabajo y el *know-how* de países europeos

semidestruidos, pero industrialmente avanzados; condiciones éstas que no existieron en América Latina. Así se reconstruyó y modernizó la infraestructura de transporte, energía, comunicaciones y planta urbana de manera de hacer posible el desarrollo ulterior. Sin duda pesó mucho en esta estrategia la preocupación por frenar el avance del comunismo y de la ex URSS, la otra superpotencia de la guerra fría.

Segundo, el impulso al proceso de integración, mediante la constitución de la Comunidad Europea, con el fin de construir mercados a escala americana y permitir de esta manera superar las restricciones en la producción resultantes de falta de «escala».

Tercero, la creación de los Consejos de Productividad en la década de los cincuenta que permitieron realizar comparaciones por rama entre la industria de los principales países europeos y la americana. Esto permitió detectar problemas tales como los de la vejez relativa del equipamiento industrial en algunos países europeos (y por lo tanto la necesidad de intensificar la inversión y remontar el rezago tecnológico) y el retraso en la aplicación de las técnicas «modernas» en materia de *management* e ingeniería industrial.

Cuarto, el establecimiento de programas tendientes a actualizar al empresario de los países europeos con el fin de capacitarlo para que pudiera operar los saltos de escala, la aceleración en la dinámica de introducción del cambio técnico y el proceso de integración de mercados, fusiones de empresas y *joint ventures*.

Por último, se observó ya en la década del cincuenta que en Europa, en muchas ramas de la producción de bienes y servicios, la cantidad de científicos y tecnólogos en relación con el total de personas empleadas, así como el gasto en investigación y desarrollo, eran inferiores a los niveles de Estados Unidos.

Hacia finales de la década de los cincuenta, sobre todo en los años sesenta, se afirmó en varios países europeos la noción de que el Estado debía cumplir un papel activo en todo lo concerniente a la dinamización de la investigación científica y tecnológica, así como a la transferencia del conocimiento a los sectores productivos. De esta forma se fueron gestando los llamados sistemas de CyT, que incluyen instituciones de investigación básica, aplicada, tecnológica, de educación superior, de programación y de apoyo, mediante las cuales dichos países buscaron la respuesta a los desafíos de la época, dentro de un contexto político, económico y social marcado por las ideas de la economía de bienestar (crecimiento económico, justicia social, progreso cultural y científico) y de la democracia política. Pesaban los fantasmas de la crisis del treinta, las profundas cicatrices de la guerra, la preocupación por frenar el avance soviético, la posibilidad de aprovechar las enseñanzas del *New Deal* de Roosevelt y el deseo por parte de los países europeos de cerrar la brecha con Estados Unidos. Sin embargo, a diferencia de este país, cuya política de ciencia y tecnología operaba dentro de un sistema sectorializado (agricultura, salud, defensa y espacio, en los que el Estado intervino definiendo políticas y asignando cuantiosos recursos), en los países de la Comunidad Europea se fue poniendo en marcha un sistema centralmente coordinado pero participativo y flexible, mediante la constitución de ministerios de Ciencia y Tecnología, que establecieron sistemas de definición concertada de políticas y planes, así como

organismos de promoción tipo CNRS, en un marco descentralizado de instrumentación y eslabonamiento. Así, estos países fueron perfilando la naturaleza y modalidad de sus complejos de CyT, logrando articular de una manera no autoritaria no sólo a un vasto conjunto heterogéneo de instituciones dedicadas a la investigación básica y aplicada, sino también a organizaciones que cubren desde la educación superior hasta el reciclaje y la capacitación permanente en los sectores productivos.

La alternativa europea (véase, por ejemplo, OCDE, 1966; Lord Bowden, en OCDE, 1968, p. 22; J.J. Salomon, en OCDE, 1968; y los *Country Reviews* [de política científica y tecnológica] realizados desde 1960 para diversos países miembros de la OCDE), diferente de los modelos preexistentes, demandó la creación de un marco institucional propio y el establecimiento de nuevas instancias y organismos de decisión e implementación. No existía en Estados Unidos un ministerio de Ciencia y Tecnología que formulara una política global a nivel nacional. Por otra parte, el modelo alternativo soviético funcionaba en un marco altamente centralizado que no era por lo tanto adaptable a sistemas político-administrativos democráticos y descentralizados.

Esta experiencia de innovación, tanto en materia institucional como en los procesos de formulación de políticas y en el diseño de instrumentos de CyT, fue acompañada desde el comienzo por la Secretaría de la OCDE, desde donde Alexander King ejercía un liderazgo indiscutible. La OCDE aseguró el rápido intercambio de experiencias entre los países europeos que establecieron ministerios de Ciencia y Tecnología u organismos de conducción equivalentes, e integró un grupo técnico de alto nivel que colaboró en la búsqueda de soluciones adecuadas a los problemas que se iban planteando. Uno de los nuevos mecanismos tendientes a evaluar las experiencias, aprender de las mismas y difundir los resultados entre países miembros, consistió en la realización periódica de los «Exámenes de política CyT» a nivel nacional (*Country Reviews*), efectuados con la participación de examinadores externos. Es interesante observar que dichos exámenes fueron siempre publicados, constituyéndose así en instrumentos valiosos no solamente para la formulación de políticas públicas sino también para el debate público y la transparencia imprescindibles en procesos democráticos de concertación. Posteriormente esta experiencia se extendió a Canadá y Australia, que también optaron por una organización similar del complejo CyT.

Al revisar los *Country Reviews* realizados desde 1960 en diversos países de Europa occidental, se observan claramente las diversas fases por las que atravesaron los sistemas CyT, en respuesta a los desafíos que iban planteándose en la región.

En efecto, para el período comprendido entre la posguerra y 1970 —y a pesar de vaivenes y dificultades no desdeñables, incluso en el proceso de integración— el paradigma dominante fue el de la modernización, impulsado por dos décadas de crecimiento económico sostenido. Esta modernización fue entendida fundamentalmente como el cierre de la brecha entre Europa y Estados Unidos en el plano económico-productivo, tecnológico y científico. Entre tanto, en lo militar, Europa occidental mantuvo la dependencia respecto a Estados Unidos, articulando sus

recursos a través de la OTAN (con la excepción de Francia en algunos períodos, que de todas formas se mantuvo en la alianza «occidental» aunque con algo más de autonomía).

En la década de los setenta aparece una nueva crisis (¿de acumulación? ¿de sobreproducción?), puesta de manifiesto —pero no causada— por el aumento en el precio del petróleo. La necesidad de reestructurar los sectores rezagados de la economía, ubicados en regiones de producción tradicionales en varios países de Europa, se hizo impostergable frente a la competencia, sobre todo de Japón. La emergencia indudable de un nuevo polo de desarrollo económico en el Pacífico obligó a los otros polos del Norte, Europa y Estados Unidos, a tratar de relanzar un nuevo período de crecimiento económico para no quedar rezagados. Es importante para nuestra región distinguir entre este proceso de reconversión y ajuste estructural europeo y el que propiciaron en América Latina los organismos representativos del sector financiero (acreedor) de los países del Norte, desde mediados de la década de los setenta. El ajuste estructural europeo, con excepción de Gran Bretaña, consistió en una reconversión industrial —y no en una desindustrialización—, realizada en un marco de concertación y cuidadosa planificación, en donde el Estado desempeñó un papel fundamental. Por cierto, la política científica y tecnológica asumió ya entonces más explícitamente su carácter estratégico, participando del esfuerzo requerido con el fin de neutralizar los efectos del aumento del costo de energía, mediante acciones importantes de investigación, desarrollo y aplicación de nuevos conocimientos a la conversión industrial de las ramas rezagadas. Se impulsó el desarrollo de las llamadas «nuevas tecnologías» y, en general, a través de la aplicación de nuevos conocimientos, la innovación en los sectores de producción de bienes y servicios.

Aproximadamente a partir de 1980, la situación planteada por la llamada crisis energética en Europa aparece superada y, en lo fundamental, puesto que esa región ya había cerrado la brecha respecto de Estados Unidos, cambia la estrategia de desarrollo. El paradigma de la innovación —ya no el cierre de la brecha— emerge como la fórmula llave a la que apuestan los países europeos para mantener su competitividad ante Estados Unidos, Japón y las nuevas potencias industriales de Asia. Esta fase se encara mediante una renovada estrategia neoschumpeteriana; en ella los empresarios y el Estado deben desempeñar un papel combinado para desencadenar un proceso de creatividad y aumento de la productividad en la producción de bienes y servicios, en un marco de competitividad internacional creciente, intensificando al mismo tiempo la cultura del consumismo. Se procura estimular la innovación no sólo a través del conocimiento científico y tecnológico, sino incluso en las esferas del diseño, el *marketing*, la organización, las telecomunicaciones, el procesamiento veloz de la información y las nuevas técnicas de gestión. El modelo para aprender ya no es Estados Unidos, sino Japón y Alemania.

Significativamente, los *Country Reviews* de los países de la Comunidad Europea, así como los de Canadá y Australia, no sólo incorporan en los ochenta la palabra innovación en el título de tapa, sino que modificaron los énfasis. Los informes más recientes muestran cómo las nuevas perspectivas de los ochenta modifican la naturaleza de la política científica de tales países.

Transferencia del marco institucional formal a América Latina a partir de los años cincuenta

Ya a comienzos de los sesenta la experiencia de Europa occidental en esta área atrajo la atención de políticos y estudiosos latinoamericanos, interesados en la aplicación de los frutos del quehacer científico y tecnológico al desarrollo. Se conocían para ese entonces los resultados de estudios que se habían realizado en Estados Unidos y Europa, de los que se desprende que una proporción significativa de la tasa de crecimiento económico de dichos países era atribuible a la incorporación al proceso productivo, de nuevos conocimientos obtenidos a través de la investigación científica y tecnológica.

Varios fueron los canales de difusión y promoción en nuestra región de la experiencia europea. Temprano, los investigadores latinoamericanos tuvieron acceso a las publicaciones pertinentes de la OCDE y encontraron allí una fuente de inspiración interesante.

La UNESCO (1965) también absorbió muchas de estas ideas y las insertó dentro de una concepción general de «desarrollo», transfiriéndolas a América Latina y otras regiones del Sur. La OEA (p.e. Sagasti, 1974; Amadeo, 1978) abrevó así mismo de la misma fuente e hizo su adaptación, enfatizando más la variable tecnológica y promoviendo luego la difusión de su propio «paquete».

En los países de nuestra región que ya asignaban algunos recursos públicos a la investigación CyT, se consideró a este «paquete organizacional» del Norte como algo digno de ser transferido y de validez universal⁵, aplicable en principio sin mayores dificultades a nuestra realidad. Así se fueron creando en América Latina ministerios, secretarías o consejos, se formularon políticas, se realizaron relevamientos e inventarios, se establecieron organismos de promoción de la investigación CyT, todo a imagen y semejanza de lo que ya estaba bien descrito en libros y manuales. La realidad de los países de América Latina tiene no obstante grandes diferencias con aquella en la que surgió el «paquete» antes mencionado. Con frecuencia nos hemos sorprendido sin embargo al ver que este andamiaje funcionaba con dificultad y menor eficacia en nuestra realidad.

En cuanto a los actuales complejos de investigación CyT, cabe recordar que la acumulación de instituciones ubicadas, como es normal, en jurisdicciones muy diversas y con grados de autonomía variable, ha sido el resultado de iniciativas fundacionales que se inspiraron con frecuencia en modelos que respondían, en los países centrales, a lógicas prevalecientes en diferentes momentos de su historia. La imitación institucional se realizó con desfases considerables en el tiempo, y su implantación a nuestra realidad se hizo con resultados variables. Quizás el fenómeno fundacional más autónomo y creativo fue el de la Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918. Si bien esta suerte de revolución académico-social

5. Sin embargo, algunos autores detectaron a partir de la década del sesenta la necesidad de concebir las instituciones políticas e instrumentos tomando en cuenta el marco económico, social, político y cultural de nuestros países; por ejemplo, Herrera, 1971; Kaplan, 1972; Varsvasky, 1970; y Amadeo, 1982 (y documentos parciales anteriores del mismo Proyecto).

contribuiría a abrir y modernizar bastante la educación superior de la región, en su propuesta universitaria quedó prisionera de una concepción profesionalista de la universidad inspirada en el modelo napoleónico francés⁶.

La historia social del quehacer científico y tecnológico latinoamericano, que está aún por hacerse, tendrá que examinar por qué hubo iniciativas trasplantadas que florecieron, otras que vegetaron y algunas que fueron destruidas. Este proceso de construcción y destrucción permanentes tuvo un alto costo en cuanto a las perspectivas de desarrollo científico y general de nuestros países a largo plazo y en buena medida refleja el choque de fuerzas sociales y élites de poder en que con frecuencia prevalecieron las menos ilustradas.

Intentaremos, en los párrafos siguientes, explorar algunas de las características diferenciales pertinentes propias de nuestra realidad, con el fin de detectar problemas no sólo políticos y económicos, sino también culturales de los que tendría que ocuparse la política científica y tecnológica en nuestra región. Como veremos, la mayor parte de estos problemas no aparecen explicitados en las formulaciones que realizan los países europeos.

Grado de aplicabilidad de este modelo a la realidad latinoamericana

Quizás sea importante destacar antes de avanzar en el examen de las diferencias que existen por debajo del modelo organizacional CyT adoptado en nuestra región, que existieron, de todos modos, algunas buenas razones para tratar de adaptar este paquete.

En América Latina, al igual que en todos los países del resto del mundo, incluso los más privatistas, las actividades del sector ciencia y tecnología están sostenidas directa o indirectamente, en una proporción muy elevada, por el Estado (en particular el grueso de la investigación en ciencias básicas, consideradas acertadamente como esenciales, mientras en investigación tecnológica el sector privado invierte hasta alrededor del 40% —en el Norte; casi nada en el Sur—). Frente a esta realidad, parece bastante razonable aprovechar la experiencia europea, en lo que respecta a la instauración de formas jurídico-institucionales y organizativas adecuadas para formular políticas y planes en materia de CyT, elaborados de manera participativa y efectuar una gestión descentralizada de los recursos disponibles, en el marco de los actuales sistemas de gobierno de la región. Precisamente se trata de que también el complejo CyT participe del aún endeble proceso de democratización política de las sociedades latinoamericanas, aplicando métodos, no verticalistas en la formulación de políticas CyT.

Por otra parte, cuando se pasa del nivel de diseño de modelos jurídico-institucionales al de definición de políticas e instrumentos, debe tenerse en cuenta la necesidad de adaptar las concebidas en el Norte e innovar, con el fin de encontrar

6. El modelo profesionalista de universidad recibió algo más tarde el espaldarazo adicional de J. Ortega y Gasset. En su libro *Misión de la Universidad* (1940), ampliamente difundido y citado en América Latina, Ortega enfatiza la enseñanza y el profesionalismo dejando un lugar marginal para la investigación científica, tecnológica y humanística.

respuestas adecuadas a los requerimientos y características específicas de nuestras sociedades. El objetivo, en términos muy generales, es el mismo: asegurar el progreso científico y tecnológico e involucrar el nuevo conocimiento así generado en un proceso efectivo de desarrollo integral (o sea no sólo de crecimiento económico, sino también de incremento de la equidad social y de preservación del medio ambiente a largo plazo, como partes integrales del modelo). Obviamente, esto no se obtiene simplemente a través del trasplante de un modelo jurídico-institucional formal exitoso en el contexto de países industriales y científicamente avanzados.

Como hemos visto, una diferencia fundamental respecto de los países europeos que nos han servido de modelo, resulta del proceso histórico de dichos países, donde la capacidad de generar conocimientos científicos y tecnológicos y aplicarlos a la producción, constituyó precisamente un ingrediente fundamental del desarrollo cultural moderno. Para el período más reciente —post 1945—, cuando tiene vigencia el modelo organizativo al que nos estamos refiriendo, conviene recordar que ya al comenzar la Primera Guerra Mundial, países como Inglaterra, Alemania y Francia tenían una gran tradición de investigación científica y tecnológica, recursos humanos altamente calificados, laboratorios, universidades e industrias en donde dichos procesos encontraban sus apoyaturas. Así, en Europa, el actual complejo CyT se pudo apoyar en instituciones, tradiciones y articulaciones de probada eficacia.

El que el fortalecimiento de los eslabonamientos entre la ciencia, la tecnología y la producción hayan constituido un factor esencial del desarrollo industrial y agrícola europeo de los dos últimos siglos, mientras en América Latina dichos eslabonamientos sean casi inexistentes, constituye un dato fundamental en lo que se refiere al contenido y a las formas de una política científica y tecnológica, así como a la naturaleza de los instrumentos necesarios para su puesta en marcha.

Otra diferencia que conviene recordar es que a través del Plan Marshall, después de la Segunda Guerra Mundial, Europa occidental recibió importantes transferencias netas de capital provenientes de Estados Unidos, lo que permitió acelerar la reconstrucción y el desarrollo de esa región. América Latina nunca obtuvo semejante apoyo; por el contrario, en la última década nuestra región efectuó una importante transferencia neta de capitales en dirección a los países centrales.

Estas diferencias, que consideramos pertinentes para nuestro análisis, se refuerzan aún más si tomamos en cuenta otras características distintivas de nuestra realidad regional. Mientras ya para 1970 los países de Europa occidental habían cerrado la brecha respecto a Estados Unidos, confirmando el éxito de sus políticas en relación con los objetivos que se habían fijado, los países de América Latina experimentaban en el mismo período de posguerra una ampliación constante de la brecha que los distanciaba de los países industrializados del Norte. Ciertamente el mismo paradigma de modernización no es aplicable a dos grupos de países estructuralmente tan diferentes y con inserciones en el sistema internacional para nada comparables, aun suponiendo que esta meta además de alcanzable fuera deseable.

Posteriormente, durante la década de los setenta, mientras los países de la

Comunidad Europea realizaron un ajuste estructural que implicó una reconversión industrial en la que el Estado jugó un papel importante y en donde el sector científico y tecnológico participó activamente, la mayor parte de los países de América Latina entraron en un proceso de endeudamiento creciente, debilitamiento de los sectores sociales incluyendo la educación, desregulación, apertura indiscriminada y caída de las tasas de inversión, en síntesis en la aplicación de políticas de ajuste de carácter regresivo. Esto llevó, en varios de nuestros países, no a una reconversión industrial planificada, sino a la desindustrialización, a formas de ajuste de las variables macroeconómicas de muy elevado costo social, y a un embate tendiente a producir la descomposición creciente del Estado, en lugar de una reforma, que aumentara su eficacia en relación con un nuevo paradigma de desarrollo sustentable con equidad social, en un período de democratización real.

A diferencia de la reconversión europea, en América Latina el proyecto de transformación económica de los últimos quince años no contempló ningún papel creativo o constructivo para el sector científico y tecnológico en el marco del modelo de desarrollo global y descuidó la revolución cultural que implica la introducción masiva del pensamiento científico y el desarrollo de capacidades tecnológicas (esta transformación se hizo en Alemania y más tarde en Japón, de manera autoritaria, por *dictum* de las élites de poder —p. e. Revolución Meiji—). Se mantuvo, por lo tanto, un alto grado de aislamiento de las actividades de investigación científica y tecnológica, no por vocación de los investigadores (aunque en algunos casos ésta pudiera existir) sino por causas estructurales y estrategias económicas y políticas en las que no quedó espacio cultural alguno para la participación de las capacidades creativas existentes.

Por otra parte, el fin de los regímenes militares en varios países de la región permitió eliminar algunas de las características más negativas de la política científica y tecnológica experimentadas durante esas dictaduras, al suprimirse instancias de control ideológico y político y restaurar grados normales de autonomía a investigadores e instituciones que, como las universidades, se asfixian en un contexto autoritario centralizado. Este fue un paso fundamental en materia de política científica y tecnológica, suprimiendo una de las causas importantes del éxodo de científicos, tecnólogos y creadores de todo tipo. Estos emigraron en gran número, ya fuera por persecución ideológica o política directa o por rechazo a un clima de falta de libertades intelectuales y políticas, de supresión de garantías democráticas fundamentales y de graves violaciones de los derechos humanos.

Volviendo a nuestra comparación con Europa occidental, sin duda en este aspecto las naciones de esa región se beneficiaron, en el período de posguerra, no sólo de un crecimiento económico sostenido, sino también de la estabilidad de instituciones políticas democráticas, que ofrecieron garantías de pluralismo que no habían existido en períodos anteriores en varios de dichos países. Así Europa evitó una de las causas tradicionales de drenaje de talento y pudo atraer a numerosos científicos de primera línea del exterior (incluso a muchos perseguidos o emigrados de América Latina, entre ellos a un premio Nobel).

Creemos que no es necesario subrayar la importancia de defender los avances logrados en la reciente etapa de democratización, ya que cualquier involución que

implique una amenaza de reinstaurar las instancias de control político e ideológico, produciría una inmediata retracción en la comunidad de investigadores activos en el quehacer científico y tecnológico, ubicados dentro o fuera de la universidad. La experiencia latinoamericana e internacional deja pocas dudas de que una pérdida de confianza por parte de la comunidad científica y académica respecto a actores clave ubicados en el vértice del aparato estatal (empleando el modelo del triángulo de Sábato) afectaría la posibilidad de construir los eslabonamientos necesarios para que el sector Ciencia y Tecnología se articule y seguramente, estimularía también el *brain drain*.

La política de remuneraciones es otro aspecto en donde se observa una gran divergencia respecto del modelo europeo. En dicha región, a lo largo del período de crecimiento de posguerra, se produjo un aumento sostenido del salario real de investigadores y profesores universitarios. Aun al comienzo de este período, en países semidestruidos y empobrecidos, las remuneraciones a este estamento fueron siempre dignas reflejando, por otra parte, la alta valoración que esas sociedades asignan tradicionalmente a los profesores y científicos universitarios, que va más allá por supuesto del mero salario. Países como Francia hicieron una pronta recuperación de sus científicos e intelectuales que durante la ocupación habían emigrado a Estados Unidos y Gran Bretaña. Sin duda, esto es parte también de una política cultural.

El contraste, si se compara lo que ha sido la política de remuneraciones en este sector en muchos de los países de América Latina, no puede ser más marcado. La política salarial del personal con dedicación exclusiva, tanto en las universidades como en las instituciones de investigación, ha sido inestable, con caídas frecuentes en términos reales que han hecho imposible el cumplimiento satisfactorio de los compromisos normales de este tipo de tarea y dedicación, con el consiguiente deterioro de la calidad de la docencia y la investigación. La inexistencia de una política de remuneraciones adecuadas refleja poca conciencia sobre la importancia de preservar y aprovechar de manera constructiva recursos humanos valiosos, en los que la sociedad ha realizado una gran inversión. Este mal manejo resulta también en el drenaje sistemático de científicos y profesores universitarios altamente calificados a otros países que, por el contrario, tratan de acumular este tipo de capital cultural y aplicarlo a las necesidades de su desarrollo en una perspectiva razonable de mediano y largo plazo.

La falta de apoyo continuado y reconocimiento, combinada con reiterados períodos de persecución ideológica durante los regímenes autoritarios, llevó a la creación de centros autónomos, fuera del Estado, que constituyen hoy una realidad que debe tomarse en cuenta. Estas unidades de investigación existen tanto en las ciencias naturales como en las sociales, si bien en las primeras el costo del equipamiento y de los gastos básicos en un medio sin tradición de inversión privada en este tipo de actividad, hace que su número sea mucho menor y la dependencia del Estado mayor. Estas últimas instituciones han llenado un papel importante para disminuir el retraso que algunos de nuestros países ha exhibido en materia de investigación social (p. e. Argentina). La realidad europea actual difiere mucho también en este aspecto de la nuestra, lo cual plantea nuevos

desafíos en cuanto a la formulación de la política científica, con el fin de lograr un avance (y no un retroceso) en el área de las ciencias sociales.

Por otra parte, cabe recordar que algunos de los aspectos a los que hemos hecho referencia tienen que ver con lo que ciertos autores han llamado «política científica para el avance de la ciencia», mientras que otros se refieren a la «política de la ciencia en relación con la sociedad». Estas últimas son las medidas encaminadas a poner a la ciencia al servicio, no solamente de la creación de conocimientos, sino también del bienestar económico y social de la comunidad. Como nos lo recuerda Amílcar Herrera en su libro *Ciencia y política en América Latina* (1971), estos dos aspectos están por supuesto íntimamente vinculados entre sí. La transformación de nuestra cultura debiera darle lugar a ambas dimensiones.

Así mismo, y como es bien sabido, las posibilidades de formular una política científica orientada a incrementar la contribución que el sector pueda hacer al desarrollo, depende de que exista el marco proporcionado por objetivos nacionales de mediano y largo plazo aceptados por la sociedad, así como una estrategia coherente para alcanzarlos. Pocos son los elementos útiles para definir una política tecnológica si, por ejemplo, no hay una estrategia clara de industrialización. Tampoco es mucho lo que se puede avanzar sin una reestructuración del Estado que lo convierta en un instrumento apto para llevar adelante los objetivos de desarrollo que se propongan, a no ser que se caiga en un *laissez faire-laissez passer* que por cierto no existe en materia de política científica y tecnológica en los países avanzados, más allá del mundo de la propaganda.

La naturaleza de nuestras sociedades, la herencia histórica, y la inserción internacional, nos coloca en una situación de retraso cultural respecto al lugar potencial del conocimiento surgido de la investigación científica y tecnológica, que nos impide tener un espacio cultural real donde formular una política científica y tecnológica. Nuestras élites de poder, para usar la categoría de Wright Mills, no entienden aún los rudimentos de esta problemática. Se trata de una encerrona tipo el huevo o la gallina. Como no hay ciencia no se sabe para qué sirve, y como no se sabe para qué sirve, no hay ciencia. Por eso hablábamos de revolución cultural. Gracias al denodado esfuerzo de algunos de nuestros investigadores, ya nuestras élites saben lo que cualquier buen ingeniero o industrial del Norte conoce, o sea que la innovación menor (al decir de Schumpeter) —o al cambio adaptativo— es muy rentable en términos de la obtención de aumentos de productividad. Lo que aún no saben es que la investigación básica, así como la tecnológica, son la fuente de las innovaciones mayores, tan importantes en la vida económica y social.

Como reflexión final, de carácter general, podemos decir, después de tres décadas de experiencia latinoamericana en el establecimiento de estructuras tendientes a organizar formalmente sectores de Ciencia y Tecnología a nivel nacional, que la formulación de estrategias, políticas, planes e instrumentos tendientes a incrementar la calidad y la pertinencia social de la investigación en un marco de democracia, participación, responsabilidad y respeto, es una tarea que va mucho más allá que la mera transferencia de guías y manuales.

El desafío en el plano cultural es grande; la tarea demanda capacidad, realismo, imaginación y esfuerzo, por parte de los principales actores del complejo CyT, y

de los demás centros de decisión pertinentes —tanto en el sector público como en el privado—.

En el momento actual, cuando las tres grandes regiones del Norte industrial y científicamente avanzado van entrando en un período de competencia creciente a nivel global, el énfasis, en sus políticas, se desplaza hacia los aumentos constantes de la productividad a través de la innovación —o sea la aplicación intensa de nuevos conocimientos—. En este contexto, en el Sur, no tenemos que confundirnos y perder los avances que hemos logrado en CyT, aunque no estén aún demasiado bien articulados.

Bibliografía

- Amadeo, Eduardo Los Consejos Nacionales de Ciencia y Tecnología en América Latina. Éxitos y fracasos del primer decenio, en *Comercio Exterior* vol. 28, n° 12, México, 1978.
- Amadeo, Eduardo Los instrumentos de política científica y tecnológica en Argentina: una síntesis del Proyecto STPI, en SIPI Background Paper n° 3, IDRC-MR 36, Ottawa, 1982.
- Ashton, T.S. *The Industrial Revolution*. Oxford University Press (1a. edición). Londres, 1948.
- Bruhat, G. *Cours de physique générale mécanique*. Ed. Masson & Cie. Paris, 1948.
- Cueto, Marcos *Excelencia científica en la periferia*. Grade-CONCYTEC. Lima, 1989.
- De Latil, Pierre *La pensée artificielle*. Gallimard, Paris, 1956.
- Gamboa Sánchez, Marcial *Nociones de arquitectura naval*. Editorial Naval. Madrid, 1944.
- Herrera, Amílcar *Ciencia y política en América Latina*. Siglo XXI. México, 1971.
- Iglesias, Emigdio *Arquitectura naval*. Calpe. Madrid, 1921.
- Jaguaribe, Helio *Ciencia y tecnología en el cuadro sociopolítico de América Latina*, en *El Trimestre Económico* vol. 38, 1971.
- Kaplan, Marcos *Política científica*. Editorial Ciencia Nueva. Buenos Aires, 1972.
- Mahan, Thayer *Influencia del poder naval en la historia*. Editorial Partenón. Buenos Aires, 1946.
- Mantou, Paul *La révolution industrielle au XVIII^{ème} siècle*. Editions Genin. Paris, 1959.
- Myers, Jorge Antecedentes de la conformación del complejo CyT, 1850-1958, en Oteiza et al., *La política de investigación CYT Argentina*. Bibliotecas Universitarias, Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1992.
- OCDE *Politiques nationales de la science*. Paris, 1966.
- OCDE *Problems of Science Policy*. Paris, 1968.
- OCDE *Country Reviews* varios años.
- Ortega y Gasset, J. *Misión de la Universidad* (volumen El libro de las Misiones), Colección Austral. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1940.
- Roche, Marcel Rafael Rangel: *ciencia y política en la Venezuela de principios de siglo*. Monte Avila Editores. Caracas, 1978.
- Sagasti, Francisco *A System Approach to Science and Technology Policy Making and Planning*. OEA. Washington, 1974.
- Sagasti, Francisco/Guerrero, Mauricio *El desarrollo científico y tecnológico de América Latina*. INTAL. Buenos Aires, 1974.

UNESCO Informes de las conferencias sobre la Aplicación de la Ciencia y la Tecnología al Desarrollo de América Latina. Paris, 1965.

Varsavsky, Oscar *Ciencia política y científicismo*. Centro Editor de América Latina. Buenos Aires, 1970.

Vessuri, Hebe Bitter Harvest: the growth of a scientific community in Argentina, en Krishna/West/Gaillard (eds.), *The Emergence of Scientific Communities in Developing Countries* (en prensa).